

C. H. DUGMOR

E X VAGOS  
♥ Jiff ♥



Ella es mi  
*Peccado*

EL SEGUNDO VOLUMEN DE LA SERIE "SUEÑOS Y PECCADOS"

C. H. DUGMOR



Ella es mi  
*Pecado*

EL SEGUNDO VOLÚMEN DE LA SERIE "SUEÑOS Y PECADOS"

# Sueños y Pecados

El Segundo volumen de la serie



Ella es mi  
Pecado

C. H. Dugmor

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas, es pura coincidencia.

Queda terminantemente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamos públicos sin la autorización del autor.

Título original: Ella es mi Pecado

Tercera edición: septiembre, 2016.

© C. H. Dugmor, 2016

SafeCreative: 1609259269641

Diseño de portada: Claudia Dugarte

Revisión y edición: Ingrid Filippi

ASIN: — (Asignado por AMAZON)

BISAC: FIC027010

®Todos los derechos reservados.

### **Sobre la autora:**

Nacida en Mérida, Venezuela en el seno de una familia amante del arte. La devoción de su madre por la música y el

amor de su padre hacia la escritura la llevaron a recorrer un hermoso camino entre ambos ámbitos.

Docente de profesión. Cantante y escritora de corazón.

Escribió su primera novela romántica a los 14 años, pero decidió dejar esa historia para sí misma y alimentarse de otros sueños.

10 años más tarde, retoma la escritura y se enamora perdidamente de ella.

Decide abrirse camino dentro del mundo literario, escribiendo diversas historias, siendo el romance, la fantasía y el suspenso sus temas predilectos a la hora de escribir.

No se considera como una escritora profesional, pues reconoce que todavía le queda mucho por aprender.

Amante de la música metal, las novelas de Dan Brown y Stephen King, es una romántica empedernida que solo desea hacer soñar despiertos a sus lectores mientras se sumergen entre las líneas que surgen desde los profundo de su corazón.

Para mi madre.

Gracias por ser mi cómplice de sueños.

*“Podría simular una pasión que no sintiera, pero no podría simular una que me arrasara como el fuego.*

Oscar Wilde.

# *Índice de Contenido*

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

# Agradecimientos



## Prólogo

El auto se detuvo, la puerta se abrió y bajé con cuidado, a la vez que arreglaba mi traje con sutileza. Los gritos estuvieron a punto de dejarme sordo y los flashes fueron tan abrumadores que me casi me dejan ciego. Caminé con tranquilidad entre el montón de hombres robustos trajeados que formaban un pasillo, ellos conformaban el Cuerpo de Seguridad del evento.

Me sentí lleno de gozo al oír que cientos de chicas gritaban mi nombre. Ese año había sido muy fructífero para mi carrera y me encontraba promocionando la película que

se había convertido en el mega éxito de taquilla del verano, de la cual, yo había sido el protagonista. Además, había sido nombrado como el hombre más sexy del planeta, según

las revistas más vendidas del mundo.

Miré a mi alrededor y bastaron diez minutos para que toda mi vida pasara frente a mis ojos, como si se tratara de un largometraje.

«¡Por Dios!», dije para mis adentros.  
«Mis sueños comienzan a materializarse».

El recuerdo de un pequeño de ocho años llegó a mi mente.

Mi madre caminaba a mi lado, me llevaba de la mano e íbamos al teatro. Ese día le

correspondía ensayar para la obra en la que aparecería a finales de mes.

Alyssa Shelley, esa mujer que con ternura me crió bajo las buenas costumbres, con

amor y dedicación.

Desde muy pequeño había sido un niño muy curioso. Siempre buscaba la manera de

aprender nuevas cosas y de destacar en lo que hacía.

El arte siempre estuvo presente en mi vida, mareaba a mis padres durante la hora del

té con la melodía de “El Ciclo sin Fin” del Rey León y cuando nadie me veía, levantaba a

mi cachorro Lexy, tal cual la escena en la que Simba era presentado como el futuro Rey de

la Selva. No podía evitarlo, pues era mi película favorita de todos los tiempos.

Recordé también las tantas travesuras en casa del abuelo, cuando junto a mis

hermanas y mis primos, sacábamos los grandes paquetes de heno de la parte trasera del establo e improvisamos un escenario para teatro. Sharon y Elyse se encargaban de crear la

historia, la cual siempre estaba inspirada en la última película que habíamos visto o el último libro que mamá nos había leído. Albert, George y yo nos encargábamos de hacer

las espadas con palos de madera que

luego forrábamos de papel aluminio, también nos encargábamos del vestuario, el cual estaba compuesto casi siempre por ropa vieja del abuelo.

La sorpresa siempre se la llevaban nuestros padres, tíos y abuelos, ya que un día antes del final de las vacaciones les presentábamos una obra de teatro tan espectacular que no tenía nada que envidiarle a ningún teatro londinense, excepto la iluminación y efectos

especiales, las veces que George había intentado agregar pirotecnia a nuestra puesta en escena, el heno terminaba incendiándose. A continuación, mamá y tía Lucy tratando de aplacar las llamas.

Papá y el tío John nos daban el sermón del siglo.

¡Qué bellos tiempos!

Cuando cumplí diez años comencé a participar en los recitales de la escuela, deseaba

siempre ser el personaje principal, pero siempre era Taylor Monroe quien se quedaba con

el estelar y por quien la mayoría de las niñas suspiraban. Nunca entendí que le veían. Era

un bravucón sin cerebro.

Alana Green.

Ese nombre retumbó en mi cabeza.

La primera vez que la vi supe que era la niña más hermosa de la escuela. Ella se presentó en la audición para el papel de Julieta y bastaron dos minutos para hechizarme.

Por supuesto acudí a la audición. Ese día comprendí que con pasión, dedicación e interés, se puede lograr lo que sea. Obtuve el papel protagónico y Alana fue mi Julieta.

El día de la presentación llegó y mis padres asistieron, yo estaba muy nervioso.

Recuerdo que mi hermana Elyse también participaba en la obra, interpretando un personaje secundario.

Sin saberlo, ese momento cambió mi vida por completo. En el instante en que terminó el *performance* y el público (compuesto por padres y maestros), reventó en aplausos. Fue ese el instante, el que me hizo ver con claridad lo que de verdad quería hacer con mi vida. Oír los aplausos, sentir ese calor humano, los gritos, la algarabía... Fue una sensación indescriptible. Saber que esas personas me aplaudían por el simple hecho de

haber fingido ser otra persona. Imaginar el hecho de poder ser un enamorado trágico, un

rey, un pirata, un policía, un fantasma o un profesor; ser tantas personas a la vez, era algo fascinante.

Continué siendo el chico tímido frente a mis amigos, pero el joven desinhibido sobre

un escenario, pues allí era donde me sentía cómodo de verdad, allí era donde podía ser yo

mismo.

A pesar de que mis padres se

divorciaron ese año, Elliot, mi padre, pagó mi matrícula

en el Colegio Eton y fue así como a la edad de 12 años comencé a estudiar en dicha institución, pues él deseaba que yo tuviera la mejor educación posible a fin de alejarme,

según él, de la disparatada idea de ser actor. Él deseaba que yo fuera un científico, un abogado o un profesor, un académico como él. Mi padre era un hombre brillante, de gran

inteligencia, pero no aceptaba el hecho de que las asignaturas prácticas como la física y las matemáticas, no eran mi punto fuerte, por el contrario, yo me

desvivía por las cátedras humanísticas, idiomas, letras, ciencias, eso era lo mío.

Recordé la nochebuena del año 1996. Estábamos reunidos en familia y aunque mis

padres tenían ya casi dos años de divorciados, aún conservaban una linda amistad por nosotros, sus hijos. Aproveché el momento en que vi a mi padre un poco pasado de copas.

Le lancé una mirada cómplice a mi madre, de esas que sin ser ensayadas expresan de todo.

Esa noche había reunido el valor para decírselo, le diría a mi padre que quería

estudiar actuación.

—*Debiste haberlo visto Elliot, Xander estuvo grandioso* —comentó mi madre

*devolviéndome una mirada pícaro. Ella me estaba dando el preámbulo, para que hablara*

*y le dijera a mi padre cuál era mi mayor deseo.*

*Mi padre entrecerró los ojos y me miró dubitativo.*

—*¿De qué era la obra?* —me preguntó.

—*Shakespeare* —agitó la mano en el aire como queriendo restarle

*importancia.*

*Sabía que mi padre tenía un serio conflicto con el teatro y todo lo que se le relacionara.*

*—Típico cliché de los británicos — comentó mi padre de manera despectiva, sacando*

*a relucir su lado irlandés—. Nace alguien, interpretan una obra de Shakespeare. En un cumpleaños, Shakespeare. Obra de fin de curso, Shakespeare. Si hay una boda ¿cómo lo celebran? Déjame adivinar, con una obra de Shakespeare —allí estaba él, poseedor de un*

*gran sarcasmo.*

*Para mi padre, todo lo que estuviese relacionado con el arte estaba vinculado a personas soñadoras que, según él, nunca llegaban a triunfar en la vida. Siempre vivía recordando el hecho de que mi madre había tratado de ser una actriz reconocida, pero no había tenido la suerte de conseguir un promotor que la ayudara a abrirse camino en la*

*industria. A duras penas había llegado a ser actriz de teatro, con uno que otro papel destacado.*

*A esas alturas de la vida, no había logrado comprender por qué mis*

*padres habían*

*permanecido tantos años juntos, si mi padre nunca había respetado los sueños de mi madre.*

*—¿Qué obra era? —continuó mi padre con un atisbo de fastidio en su voz.*

*La sangre hizo ebullición dentro de mis venas. Tuve que apretar mis puños y morderme la lengua, para no soltar alguna frase soez.*

*—No importa que obra haya sido, lo que importa es que mi bebé hermoso estuvo asombroso —mi madre habló con esa dulzura, haciendo olvidar las ganas de escupir rudas palabras en la*

*cara de mi padre.*

*—¿Hermoso? ¿Esa cosa? —allí estaba Elyse, mi hermanita menor. Ella estaba*

*empeñada en crearme un trauma existencial con sus burlas. Para ella, yo era el narizón, el cabezón, la lombriz y pare de contar los miles de adjetivos que empleaba para hacerme sentir mal. Sin embargo nunca lo lograba. En esa época no se utilizaba el término*

***“Bullying1”**, pero de haber sido así, Elyse habría sido quien implantara el concepto en toda regla.*

*Me giré en dirección a ella y le hice*

*una mofa, sacándole la lengua.*

*—Elyse, respeta a tu hermano mayor —  
mi madre la reprendió—. Elliot, Xander*

*necesita decirte algo —fulminó a mi  
padre con la mirada.*

*—No, madre. Déjalo así. No tiene  
importancia —argumenté de prisa,  
pues toda*

*intención por querer decirle algo a mi  
padre, se había esfumado con el  
montón de sátiras previas por parte  
suya. Intenté levantarme de la mesa.*

*—Habla muchacho —me apremió él y  
fijó sus ojos sobre mí.*

*Me paralicé ante las miradas ansiosas de mis padres y mis hermanas. Agité la cabeza negándome a hablar, pero no pude evitarlo. Lo solté...*

*—Quiero ser actor.*

*Mi madre sonrió satisfecha al ver que me había atrevido. Mi padre adoptó un serio*

*semblante y el incómodo silencio se apoderó de la estancia.*

*—De ninguna manera —estalló mi padre al cabo de un par de segundos—. ¿Qué*

*disparate es este, Alyssa? —se giró*

*hacia mi madre—. Ya le estás llenando la cabeza al*

*muchacho, con esas estúpidas ideas de ser famoso y hacer películas en Hollywood.*

*—No ha sido ella padre, soy yo. Deseo estudiar actuación y prepararme para...*

*—NO —mi padre alzó la voz, interrumpiéndome.*

*—Pero padre, yo...*

*Intenté decirle que tenía talento, que había sido elogiado luego de la obra, que un*

*profesor me había felicitado que tenía talento para eso, pero...*

*...mi mente se quedó en blanco.*

*Me limité a ver como mi padre agitaba sus manos en el aire y vociferaba.*

*—Has sido educado en los mejores colegios de Gran Bretaña. ¿Por qué deseas*

*gastar la vida fingiendo ser alguien, cuando puedes ser tú mismo? Ser reconocido como*

*un gran empresario, un científico, alguien que haga algo de importancia por la humanidad. No ser un frustrado*

*más del montón, con un sueldo mediocre, presentándote*

*en pequeños teatros, con amigos hippies que se creen intelectuales —mi padre estaba al*

*borde de un infarto—. ¿Sabes? El noventa y nueve por ciento de los actores de teatro, en este país, están desempleados. Mira a tu madre —la señaló con gesto acusador—. Todas*

*esas ilusiones, todo ese tiempo perdido. ¿Y para qué? ¿Dónde está el Oscar? ¿Lo ves por algún lado?*

*—Ya basta, Elliot —la voz de mi madre tembló. Supe que en cualquier momento*

*las*

*lágrimas comenzarían a brotar.*

*Miré a mi madre con pesar. Me faltaba valor para encarar a mi padre, para defender mis sueños.*

*Me di la vuelta dispuesto a escapar, una vez más..*

*—Vuelve acá, no me dejes hablando solo —continué caminando, haciendo caso*

*omiso a la demanda de mi padre—. Xander August Granderson Shelley, regresa aquí —*

*Elliot gritaba a medida que yo me alejaba.*

A partir de ese día, mi relación con mi padre no fue la misma, con frecuencia nos encontrábamos en una disyuntiva. Él mantenía su posición firme y yo defendía la mía.

A los 17 años asistí a la prestigiosa Universidad de Cambridge, pues mi padre

insistió en que tuviera una formación académica excelente, así que le di el gusto de ver realizado uno de sus caprichos, aunque desde un principio no estaba muy contento con la

carrera que había escogido, pero con el tiempo se hizo la idea y lo aceptó. Su dicha se acrecentó al verme recibir una distinción honorífica durante el acto de grado, además de

haberme visto cuando di el discurso ceremonial, pues me gradué Summa cum laude y obtuve mi licenciatura en Literatura Clásica.

Durante mi estadía en la universidad, aproveché para participar en todas las obras de

teatro que estuviesen a mi alcance. Siempre tratando de mantenerme enfocado en lo que

realmente quería.

Una tarde, justo después de haber culminado mi intervención en la obra teatral “Les

misérables” de Victor Hugo, un hombre llamado Jeffrey Saint-Michael se acercó a mí para

ofrecerme la posibilidad de firmar un contrato con su agencia. En ese momento no tenía ni

la más mínima idea de cómo repercutiría en mi vida, el haber tomado una decisión siguiendo a mi corazón. Mi vida cambiaría por completo.

“Los sueños son para hacerlos realidad. Persíguelos y cúmplelos”. Ese era mi lema,

mi estandarte y mi fuerza. Todos los días al despertar, me lo repetía una y otra vez.

Cada oportunidad que se me presentaba la aprovechaba. Me presentaba en cada

casting que podía, enviaba currículos a todas partes, teatros, canales de televisión, productores independientes...

Sentí que el corazón se me saldría del pecho, la tarde del 5 de octubre del año 2000

cuando recibí la llamada de Martyn Shudder, un destacado director de cine independiente.

Gracias al buen desempeño de mi representante, había sido seleccionado para interpretar a

un joven soldado en una película de bajo presupuesto. Un papel muy pequeño, pero a raíz

del cual llegarían muchas oportunidades más.

Luego vino mi participación en una miniserie, la cual no tuvo mucho éxito, sin embargo fue una gran experiencia de crecimiento personal y laboral.

Ese mismo año conocí al gran Clint Freeman en el rodaje de una película independiente.

¿Quién iba pensar que con el paso del tiempo él sería mi gran amigo, el único que de

verdad confiaría en mí, el culpable de tantas cosas buenas en mi vida?

Sin darme cuenta, comencé a forjarme un camino hacia una prometedora carrera

actoral.

Al año siguiente me inscribí en la

Academia de Música y Arte Dramático  
de

Londres, mejor conocida por sus siglas en inglés como LAMDA. Sin duda, una de las academias de actuación más prestigiosas de Inglaterra y me atrevo a decir que del mundo.

Mis años allí fueron asombrosos.  
Conocí muchas personas, entre ellos:  
Scott

Redman. Un hombre realmente meticuloso y poseedor de un don para detectar talentos ocultos. Cuando él decía que alguien era talentoso, era porque así lo era. Redman tenía en

su haber una galería de actores y actrices que habían sido descubiertos por él y se habían

convertido en afamados y aclamados por la industria, lo que me hizo llegar a la conclusión

de que él era el hombre que necesitaba para darle un empujoncito a mi carrera y, de hecho,

lo hizo.

También conocí al profesor Vincent Hoffman, quien con el tiempo se convirtió en mi

mentor y gran amigo. Él poseía una

característica innata de hacerme sentir como en casa,

me aconsejaba, me corregía y me enseñaba los secretos que hacían excelente a un actor.

Aprendí muchas cosas, nuevos hábitos y nuevas técnicas. No sabía lo ignorante que

era hasta que entré a estudiar allí. Fueron tres años inolvidables, en los cuales me dediqué de lleno a perfeccionarme en el campo de la actuación.

En el 2006, recién egresado de la academia, obtuve mi primer rol

protagónico en una

serie para la BBC, fue mi oportunidad de oro.

Pero en verdad, el tema de importancia, al cual le he huído desde que besé

apasionadamente a la pequeña Alana, una tarde mientras ensayábamos en mi casa y por lo

cual ella había comenzado a sufrir [“Xanderfobia2”](#), es el amor. Un tema bastante polémico y muy confuso.

¿Qué puedo decir acerca del tema?

Que soy extremadamente enamorado.

No es mi culpa, es algo que se sale de mis manos. Ver un lindo rostro femenino, complementado con un delicado cuerpo, no es nada desagradable, sino todo lo contrario.

Mi debilidad, las curvas y no estoy hablando precisamente de béisbol.

No relataré una historia fantasiosa donde yo sea un Casanova, perseguido por miles

de damas, bueno al menos no en esa época. En ese tiempo era un muchacho bastante reservado y siempre me fijaba en la chica equivocada. Yo me dejaba deslumbrar por la parte intelectual de las damas, pero muy a mi pesar, ese tipo

de chicas tendían a ser solitarias y estaban enfocadas en ser las mejores del curso, así que no les importaba lo demás.

Sin embargo, Katherine Rogers fue distinta. Poseedora de una hermosa sonrisa,

cabello negro como la noche y dulces ojos verdes. Tres meses fueron suficientes para que

fuese mi novia. Lo que sentía junto a ella era maravilloso, ella era la única ante mis ojos.

Mis labios existían para besarla. Era el sentimiento del primer amor, ese que

sientes que

sin esa persona mueres. Un amor dominado por las hormonas. Katherine fue mi primera

vez en todos los aspectos.

Luego llegó Vivian, el típico amor que a pesar de seguir siendo adolescente tiene vestigios de madurez, con el que comienzas a hacer planes a futuro y que comienzas a decir chaladas sin sentido, a prometer el sol, el cielo y las estrellas. Un amor romántico casi rayando en lo cursi.

Todo comenzó a complicarse cuando ella se mudó de ciudad por motivos de

estudios. Yo, como el romántico empedernido que soy, la visitaba con frecuencia al campus universitario. Un día, con la ayuda de algunos de sus compañeros, le organizamos

una fiesta de cumpleaños sorpresa. No sé qué bicho raro me picó, pero esa tarde fui en busca de un anillo, decidido a pedirle matrimonio. Con apenas 21 años de edad, ya estaba

pensando en dar ese paso tan importante. No obstante, el plan resultó ser un completo desastre. En el momento que mi rodilla tocó el suelo y la cajita se abrió frente a sus ojos, ella puso cara de espanto y agitó su cabeza de un lado al

otro.

Se negó rotundamente, diciendo: “En este momento de mi vida un compromiso como tal, no forma parte de mis planes”.

Esa fue la primera vez que sentí como si me sacaran el corazón del pecho, lo arrojaran al suelo y lo pisotearan sin piedad, para luego incinerar los pedazos desgarrados.

Un vacío en la boca del estómago me atormentó durante días y los ataques de ansiedad hicieron estragos en mí.

La actuación fue mi único refugio.

Al año siguiente, Clint volvió a hacer acto de presencia en mi vida, en esa

oportunidad me ofreció la oportunidad de trabajar junto a él en una miniserie policíaca de

alto presupuesto, papel que acepté sin pensarlo. Trabajar con él era un honor. Siendo uno

de los directores más reconocidos del Reino Unido, era un total misterio que había visto

en mí, que lo había fascinado tanto.

Fue entonces cuando volví a sucumbir ante los encantos de una dama, cuando

pensaba que ya esa etapa del chico romaticón empedernido había quedado atrás, apareció

Adeline Richards. Desde el primer instante que la vi me dije: “Esa mujer será mía”.

Y así fue.

Adeline se convirtió en mi amiga, mi compañera, mi amante y mi novia. En ella albergué miles de ilusiones y me enamoré como un loco. Ella tenía la particularidad de hacerme bailar a su ritmo. Era divertida, desinhibida, parlanchina, poseía el sentido del humor más ligero que hubiese conocido. Se reía de todas mis bromas y chistes

absurdos.

Sin embargo, mi vida se encontraba a punto de dar un giro de 180° y no fui consciente de cuánto afectaría mi relación con Adeline.

Clint me consiguió una audición para una película basada en un exitoso bestseller del

género épico-medieval. La saga literaria ya contaba con un extenso séquito de seguidores,

lo que aseguraba un éxito de taquilla. Él me había alentado con la idea de presentarme al

casting para el papel protagónico. Sin embargo, no fui elegido para dicho papel.

*—Eso estuvo genial, chico. Al director le ha encantado, pero falta algo. Tal vez un*

*poco más de músculo —comentó uno de los productores.*

Las semanas siguientes me dediqué a entrenar arduamente para adquirir más tono

muscular, pero Clint tenía otros planes. Había logrado que me dieran una audición para el

papel antagónico. Un guerrero persa, con tendencias hacia la magia negra. En línea general, era un villano en toda regla.

Me presenté para dicho papel y no tuve necesidad de finalizar la prueba, pues los encargados del casting quedaron maravillados con mi interpretación. Y así fue como me convertí en el intérprete de uno de los personajes más emblemáticos de la aclamada saga de libros.

Lo que vino a continuación nunca imaginé que sucedería, ni en mis sueños más

locos.

Durante los meses siguientes me vi rodeado de grandes actores. Muchos ganadores

del premio de la Academia, otros nominados y ganadores de importantes galardones también.

Conocí a Danny Maxwell, quien era la celebridad del momento. La revelación

canadiense, como muchos críticos de cine le decían. Con el tiempo se convirtió en mi gran

amigo, casi como un hermano.

Entrevistas, giras de promoción, eventos de todo tipo; días enteros sin dormir y la creciente atención de las féminas hacia mí, me hacían sentir algo fascinado. Las mujeres

gritaban mi nombre con euforia, brincaban de alegría cuando me les acercaba. Me deseaban.

Era una completa locura. Mujeres de todas las clases, rubias, morenas, pelirrojas, altas, bajas, gorditas, flacas... todas ellas haciendo enormes filas para verme, aguantando

horas y horas bajo el sol, únicamente para obtener un autógrafo o una foto conmigo.

En medio de mi repentina ascensión a la fama, conocí a muchas mujeres hermosas,

colegas y amigas. Entre ellas, Bárbara Harris. Ella era una mujer impactante, de las que te dejan fuera de órbita, con un rostro de ángel y un cuerpo de diosa. Lo que sentía con ella

era un instinto salvaje, de querer devorarla de pies a cabeza, sin importar las consecuencias. Bastó una semana para que me viera enredado en una apasionada relación

clandestina, aunque tuviera una relación estable con Adeline.

Mi relación con Adeline comenzó a deteriorarse con el tiempo. Yo viajaba constantemente y ella también. Pasaban semanas en las cuales no nos veíamos y la comunicación a distancia comenzó a hacerse tediosa.

Estábamos a punto de cumplir dos años juntos, cuando todo se desmoronó. Ella vino

a mí con una serie de quejas, diciendo que yo era el culpable de nuestro fracaso, que yo

dedicaba mucho tiempo a mi trabajo y que le daba prioridad a mis fans. Agregado a eso,

habían comenzado a circular rumores de mi relación clandestina con Bárbara. Adeline perdió los estribos y lo mandó todo al carajo.

Mi ruptura con Adeline fue terrible, amarga y dura. A pesar de que yo no quisiera

reconocerlo, la amaba. Fueron casi seis meses de llorar en los rincones, beber hasta perder la conciencia en compañía de mi gran amigo y publicista: Aaron Wickerman. En ese tiempo, decidí dedicarme a salir con cuanta dama agradable pudiera, sin ningún tipo de compromiso, no tenía tiempo de involucrarme sentimentalmente con

nadie.

Luego vino la segunda parte de la saga y la locura alcanzó niveles exorbitantes.

Los estruendosos gritos, provenientes de decenas de mujeres que clamaban mi

nombre, me trajeron de nuevo al presente. El Teatro “El Capitán” de Los Ángeles estaba

vestido de gala para recibir a todas las estrellas de la segunda entrega de “Remembranzas

de Harvinder3” y yo, no lograba creer que tantas personas estuvieran allí por mí.

Pensé que el máximo de locura ya había pasado, pero no sabía lo equivocado que estaba cuando fui convocado para realizar la tercera parte de “Remembranzas de

Harvinder”.

Ruedas de prensas, meses enteros sin dormir debido a la gira de promoción, la cual

me tocó hacer prácticamente solo por capricho de Clint, pues la fanaticada de Aldous Kenrrang, el villano sexy del reino de Harvinder, como algunas revistas habían decidido

apodarme, era demandante y muy

apasionada. Era increíble el hecho de que el malo de la

película era más amado que el protagonista.

“¿Es por el personaje o por el actor?”.

Ese era el enunciado de miles de magazines. Mi nombre y mi rostro eran conocidos

en el mundo entero. Mi vida ya no me pertenecía. Vivía para un público que me amaba y

debía cuidarme de las personas que se alimentaban de los errores y las desgracias de los

famosos. Me tocó ser Xander Granderson, el sueño de muchas y la envidia de muchos.

Regresé a Londres al cabo de unos meses y las cosas se calmaron por un tiempo. Ese

año participé en una adaptación para televisión de la obra literaria de Oscar Wilde, “El retrato de Dorian Grey”. Mi nombre comenzó a aparecer en las portadas de diversas revistas destacadas en Europa, mis fotos adornaban miles de vallas publicitarias, las grandes empresas de accesorios para caballeros comenzaron a ofrecerme contratos

multimillonarios para ser la imagen

exclusiva de sus marcas.

Con el tiempo, volví a tomar el control de mi vida y comencé a salir con una hermosa mujer. Anna Ferguson se convirtió en mi compañera, aunque decidimos mantener

nuestra relación bajo perfil, pues mis fans eran muy intensas y no se tomaban muy bien el

hecho de que una mujer (que no fuera alguna de ellas) llenara el vacío que desde hacía muchos años sentía mi corazón.

Pensaba que Anna era la definitiva. La mujer que me daría la estabilidad

emocional

que estaba buscando, pues con 31 años de edad, con los que ya contaba, mi ser comenzaba

a pedir a gritos por una esposa.

Estaba muy equivocado.

El destino me tenía deparado algo más.

Una pasión clandestina que me haría arder entre las llamas del infierno. Un infierno

en el cual ardería gustosamente.



## Capítulo 1

Estiré mi mano y de un manotazo apagué la molesta alarma del despertador. El sol iluminaba tenuemente mi recámara. Me removí un poco entre las sábanas, sonreí al ver el

lado vacío de mi cama y recordar que Anna llegaba esa tarde. Después de una larga estadía en Milán, por fin regresaba.

Tomé una ducha rápida y al salir del baño le escribí al profesor Vincent

Hoffman para recordarle nuestra cita. Necesitaba algunos consejos de su parte, pues en unas semanas estaría retomando mi pasión por el teatro al interpretar un papel principal en la próxima puesta en escena para el exclusivo *Donmar Warehouse* y estaba teniendo problemas con la canalización de algunas emociones de mi personaje. Por lo tanto, habíamos acordado encontrarnos en la academia entre las ocho y nueve de la mañana.

Fueron muchos los recuerdos que llegaron a mi mente cuando entré a la academia,

llenándome de melancolía por los años

de estudio. Algunos estudiantes se me acercaron para pedirme autógrafos y felicitarme por mis logros. Estaba tan avocado en responder a

todas las demandas de mis admiradores cuando una simpática voz a mi espalda me dio la

bienvenida.

—¡Oh! Querido Xander, es todo un honor tenerte por acá —me giré en dirección a la

inconfundible voz de Hoffman mientras terminaba de firmar una libreta que me había entregado una linda chica. Le sonreí en señal de despedida cortés y

me acerqué a mi viejo

amigo.

—Viejo querido —lo saludé dándole un fuerte abrazo.

Estuvimos charlando por un largo rato. Lo puse al tanto de mis últimas vivencias, le

conté toda la locura vivida en América, donde mis fans eran muy apasionadas. Hablamos

de mi problema con el personaje que debía interpretar y él me dio muchos consejos al respecto. También me comentó acerca del nuevo

descubrimiento de Redman, al parecer  
en

uno de sus tantos viajes al continente  
americano, había descubierto a una  
joven promesa

de la actuación.

—Debiste verlo cuando me habló de  
ella, estaba realmente emocionado —  
dijo

Hoffman con cierta gracia en su voz—.  
Aún no he visto a la chica en acción,  
pero imagino

que debe ser muy buena, para haber  
impresionado a Scott de esa manera...

Por fracción de segundo, la voz de Vincent me pareció distante, mis ojos se fijaron

en una sublime silueta que se acercaba caminando por el pasillo, su rostro de hada denotaba nerviosismo y algo de temor, su larga cabellera negra caía sublime sobre sus hombros y jugueteaba con el viento. A medida que la bella dama se acercaba, mi corazón

golpeteaba frenético en mi pecho. ¿Por qué? No lo entendí.

Junto a ella, otra chica que parecía reprenderla.

No pude evitar sonreír ante tal escena.

Hoffman percibió que había perdido mi atención y se giró en dirección a mi nuevo interés...

—¡Oh! Allí está. De ella es de quien te he hablado. Ella es la nueva consentida de

Redman —dijo Hoffman. De repente, mi interés por esa chica aumentó.

«Además de ser preciosa, es talentosa», pensé.

Me quedé mudo por unos segundos, admirando tan sublime aparición No escuché

nada de lo que Hoffman decía. Noté que la dama en cuestión se acercaba a nosotros y mis

ojos se embebieron mirando tan hermoso rostro de ángel. El carraspeo de Hoffman, me hizo reaccionar.

—¡Oh! Un placer, soy Xander Granderson. Bienvenida a LAMDA — dije tratando de

disimular los nervios que de repente se habían apoderado de mí. Había algo en esa chica

que, se me hizo de lo más adorable, me recordó a mí mismo, cuando llegué a la academia

con tanta sed de aprender, cargado de sueños y metas por cumplir.

—Gracias —sonrió y su sonrisa me cautivó—. Es un placer conocerlo señor

Granderson —su dulce voz me hechizó.

Su alto nivel de diplomacia y entereza me sorprendió, pues yo estaba acostumbrado a

la reacción típica de las risas nerviosas y sobresaltos por parte de las féminas, pero ella no reaccionó de esa manera y eso, sin poder evitarlo, me incomodó un poco.

—Espero verte actuando algún día o

quién sabe, hacer algo

juntos —le respondí con una sonrisa seductora, que a juzgar por Hoffman era la típica

sonrisa de “hombre al acecho”. No sé por qué, pero esa chica frente a mi había despertado

al Don Juan que yacía dormido dentro de mí. Sin embargo, ella demostró total serenidad y

hasta cierto grado de indiferencia.

—Trabajar con usted será un gran honor —dijo ella, mostrando una

profesionalidad implacable.

—Tengo que irme. Debo ensayar dentro de una hora —comenté

con rapidez, tratando de recuperar el control. La miré fijamente, tratando de hallar algo que me dijera que había causado algún tipo de atracción en ella, pero nada. No había nada

en su mirada—. Gracias de nuevo profesor, por su ayuda —le di un fuerte

apretón de mano a Hoffman—. Señoritas —asentí y extendí mi mano—, un placer —tomé

su mano y deposité un suave beso en el

dorso de la misma, igual con la chica que estaba a

su lado.

Hoffman dijo algo, pero no lo escuché, estaba mirando tan bello rostro, el cual me sonreía con serenidad absoluta.

Sin más qué hacer o decir, me di la vuelta y me marché de allí.

Caminé en dirección a la salida, pensando en esa mujer. Esa inquietante mujer. No era que fuese un galán infalible, pero últimamente mis intentos por atraer a una dama no

pasaban de largo, pero... con esa chica,

mi seducción había sido totalmente ignorada.

«¡Un momento!». Me detuve a medio camino «¿Cómo se llama?».

¡Genial!

Si había dicho su nombre, yo no lo había escuchado.

Me sentí como un bobo ante mi inmaduro comportamiento. Había actuado como un

niño precoz con las hormonas alborotadas.

¿Qué era lo que tenía esa mujer para

ponerme así?

Caminé hacia mi coche, con el rostro de esa mujer en mi mente.

«¿Por qué diablos reaccionó así?».

No logré entender como mis armas de seducción habían fallado con ella. Lancé la mirada pícaro, hablé con el tono sensual, besé su mano manteniendo mis ojos fijos en los

de ella. ¿Y qué fue lo que obtuve a cambio? Nada.

Llegué al teatro y algunas de mis fans me esperaban frente al recinto. Fotos por doquier y seguí mi camino. Al entrar, fui

recibido con un caluroso aplauso por parte de mis compañeros de obra. Vi muchos rostros conocidos y otros tantos eran nuevos para mí.

El ensayo dio inicio y nos pusimos manos a la obra. Transcurrieron un par de horas

entre secuencias de lucha y releídas de libreto, hasta que llegó la hora de retirarnos.

El ensayo concluyó y yo me encontraba en el área de camerinos, cambiándome de

ropa.

—Xander. Alguien te busca —me indicó Mark, un compañero del elenco.

Me giré en la dirección que él me señalaba y vi a esa dulce dama, Anna. Me llené de

gran alegría al verla allí, me acerqué de prisa y la abracé fuertemente dándole un beso en

los labios.

—Amor. Pero... ¿No se suponía que llegabas en la tarde?—dije con notoria emoción.

—Te mentí. Mi avión salía antes. Te

quería dar la sorpresa, mi cielo —sus ojos brillaron con intensidad.

—Te habría ido a buscar al aeropuerto —la miré frunciendo el ceño. Me imaginé que

ella estaba muy agotada. Lo único que deseaba era atenderla y llenarla de mi cariño.

—¿Qué tal si adelantamos esa cita y en vez de cenar nos vamos a almorzar?

—Pues, entonces... ¿Qué esperamos? ¡Muero de hambre! —la tomé de la mano

dispuesto a salir del teatro, pero en

cuestión de segundos, la solté bruscamente.

—¿Qué sucede? —ella se mostró algo contrariada por mi reacción.

—Afuera hay una decena de *paparazzi* esperando. No quiero que me vean salir de la

mano contigo.

—¿Te avergüenzas de mí? —Anna frunció el ceño.

—No, mi cielo, lo digo para protegerte. Si se enteran que salgo contigo comenzaran

a perseguirte y a atacarte por las redes sociales y no quiero eso para ti —me acerqué y le

di otro beso.

Ella asintió y sonrió.

—Está bien, entiendo.

Salimos uno al lado del otro, pero tratando de no mostrarnos tan íntimos. Saludé a unas chicas que se encontraban cerca de la entrada y continuamos caminando.

Nos dirigimos al restaurante Punjab, Anna amaba la comida hindú, así que me propuse a

consentirla un poco.

Al llegar pedí una botella de vino. Comimos y platicamos durante toda la velada, poniéndonos al corriente de todo lo que había acontecido desde la última vez que habíamos estado juntos, de eso hacía más o menos siete meses.

Anna me comentó lo ocupada que había estado en los últimos días, pues el trabajo de

diseñadora de modas era bastante ajetreado en la semana de la moda. Gran parte de su tiempo se la pasó arreglando diseños, confeccionando trajes, contactando los modelos, dirigiendo los ensayos de pasarela y corrigiendo

detalles.

Le conté de mis tantos viajes por el mundo, de la creciente fanaticada que tenía y de

todas las ofertas de trabajo que había recibido en América

Al culminar la cena, la llevé a mi departamento. Esa noche me dediqué a recordar cada milímetro de su piel, para tratar de sacar el sentimiento de culpa que me atacaba al

recordar las tantas noches apasionadas durante mi estadía en América junto a Bárbara.

Ella fue mi compañera constante en esas noches solitarias en las habitaciones de hotel.

Aunque ella tenía su pareja estable y yo la mía, nuestra relación nunca había sido exigente en ese aspecto, lo nuestro era casual, sin sentimientos de por medio. Simplemente, no podíamos negarle a nuestros cuerpos, el placer que nos hacíamos sentir el uno al otro.

En cambio, Anna era un despliegue total de ternura. Estar con ella era sentirse como

dentro de una película romántica. Frases dulces entre besos y besos cortos esparcidos por

todo el cuerpo.

«Esa mujer».

¡Mierda!

Un par de ojos color miel aparecieron en mi mente, mientras que frente a mí, yacía

una mujer de mirada azul cristalino.

Agité mi cabeza y sin pensarlo lancé a Anna sobre la cama, acto seguido me deshice

de mi ropa para luego acostarme sobre ella. La mujer en mi mente me incitaba a la perversión y el morbo se apoderó de

mí al recordar que ni siquiera sabía su nombre.

Imaginé a esa recién conocida entre mis brazos. Cerré mis ojos, dejándome llevar.

Sin contemplación entré en Anna, sus jadeos me hicieron regresar a la realidad. Mi

novia me miraba un tanto perturbada, pues nunca la había tratado de tal manera. Sin embargo su cuerpo se adaptó a mi ritmo sin esfuerzo. Entre mis brazos tenía a Anna, pero

en mis pensamientos era otra la mujer que me incitaba a pecar.

Al día siguiente, mientras me preparaba el desayuno, recibí una llamada de mi buen

amigo Hoffman. Charlamos largo rato acerca de los nuevos planes y proyectos que tenía

entre manos, pero bastaron pocos minutos para darme cuenta cual era el verdadero motivo

de su llamada.

—...será un proyecto experimental — dijo él, haciendo énfasis en la última palabra

—. No pensé en nadie más que no fueras

tú. Eres perfecto para ese trabajo.

—No lo sé Hoffman, ando un poco ocupado con la obra y los preparativos de la misma, yo...

—No hace falta que respondas de inmediato. Piénsatelo. Serán algunos talleres y

algunas charlas. Luego con calma podríamos montar el *performance*, no hay prisa —

Hoffman tenía el poder de convencimiento a flor de piel. Aunque yo hubiese deseado negarme, no podía hacerlo.

—Hagamos una cosa, pasaré por la academia esta tarde. Charlaremos mejor acerca

de esta innovadora idea tuya. A mí me parece muy interesante, de verdad que me has entusiasmado.

—¡Genial! Una cosa más —Hoffman sonó un tanto misterioso—. Les dije a los del

consejo de profesores que la propuesta había sido tuya.

—¡Vincent! ¿Pero por qué has hecho eso? —no me equivoqué al sospechar desde un

principio que alguna treta se traía entre manos.

—Mis ideas “innovadoras” no son muy tomadas en cuenta últimamente, pero al decir que habías sido tú, el mismísimo Robert Allen se quedó con ansias de saber más acerca del proyecto.

—¡Wow! ¡Qué halagador! El mismísimo director de LAMDA, entusiasmado con una

idea “mía” —reí a carcajadas—. Bien. Pasaré esta tarde por allá.

Desayuné con calma junto a Anna, luego la llevé hasta su estudio, pues aún tenía

algunos preparativos pendientes por culminar.

Entrada la tarde me dirigí a la academia.

Al llegar no pude evitar mirar en todas direcciones, inconscientemente buscaba a alguien entre la multitud de rostros que iban y venían...

—¡Xander! ¿Qué te trae por acá? —la voz de Scott Redman me obligó a abandonar

mis intentos por encontrarla a... ella.

—¡Scott! ¿Cómo has estado? —me volteé para saludarlo con un fuerte abrazo.

—Yo muy bien, pero dime ¿Qué haces acá?

—Vengo a ver a Hoffman por lo del...

—Cierto, cierto. El proyecto de teatro experimental —«¿El qué?», pensé, pero caí en

cuenta al instante. ¡Cierto! Se suponía que yo era la mente maestra detrás del proyecto.

Sonreí—. Que idea tan brillante la tuya. Dime, ¿ya tienes en mente los actores para los protagónicos? —mi mente divagó por un instante. No supe que responder ante la

interrogante de Redman, pues Hoffman no me había revelado muchos detalles acerca de

su maravillosa iniciativa, así que me limité a negar con la cabeza—.

Entonces, aprovecho

para hablarte de Shirley Sandoval, mi nuevo descubrimiento.

—¿Quién? —sacudí mi cabeza tratando de ordenar mis ideas.

—Descubrí una bella joven en mi más reciente viaje a América. Es realmente

talentosa. Se llama Shirley Sandoval. Deberías verla en acción...

—«Shirley», repetí el nombre mentalmente. Así se llamaba la mujer que se había adueñado de mis pensamientos

en los últimos dos días. La palabra “acción” me hizo pensar en otra cosa que no tenía nada

que ver con la actuación. «¡Oh sí! Me agradecería mucho verla en “acción”». Reí

débilmente, pero me vi me vi obligado a callarme de inmediato, al percibir que Redman

me miraba como si me hubiese vuelto loco—. ¿Qué ha sido eso? —me lanzó una mirada

inquisitiva.

—Nada, nada. Es que recordé algo — dije tratando de disimular el rubor que de

repente había aparecido en mis mejillas.

—Hoffman está en el taller ocho, seguramente te está esperando —asentí con la

cabeza y me dirigí hacia la dirección indicada—. ¿Xander?— me llamó y me giré hacia él.

—¿Sí?

—Mantén presente a mi chica para el

*casting*, de verdad que es muy buena — dijo con un radiante brillo en sus ojos.

Asentí de nuevo con la cabeza y me alejé.

Cuando llegué al lugar donde estaba Hoffman, lo encontré en medio de una clase con

alumnos del primer año. Allí estaba ella, Shirley. Suspiré. Era un gran alivio saber su nombre, pues ya no era ella, ni la chica. La dama en mi cabeza ya tenía una identidad y

eso hizo que mi interés se tornara en algo más personal.

Ella levantó su mirada y la clavó en mí, con una leve sonrisa dibujada en el rostro.

Desvié mi mirada hacia Hoffman, de inmediato. No entendía por qué esa mujer me ponía

tan nervioso, era una sensación que no experimentaba con frecuencia, la mayoría de las veces era yo quien intimidaba a las mujeres.

Me senté en una silla que estaba en un rincón. Algunos estudiantes se percataron de

mi presencia y comenzaron a reír con nerviosismo mientras me saludaban

desde sus asientos. Mis ojos se fijaron en ella, pero nada. Ella sólo tenía ojos para el profesor que daba la clase.

Al cabo de unos minutos, la clase finalizó y todos se retiraron, a excepción de mi buen amigo Vincent que me hizo un ademán para que me acercara a su escritorio.

Al estar próximo a él...

—Señorita Sandoval —la llamó antes de que ésta abandonara el salón—.

Tenga. Ya

lo calificué y déjeme decirle que está impresionante. Usted es muy talentosa con la pluma

—agregó él y le guiñó el ojo. Yo sonreí, devolviéndole la sonrisa fugaz que ella me había

brindado.

—Gracias, pero no es para tanto — Shirley se sonrojó y tomó su ensayo. Miré de soslayo y pude percibir que se trataba de un trabajo acerca de Oscar Wilde, uno de mis autores predilectos. Me llené de curiosidad y sin más...

—¿Me permites? —le solicité con amabilidad. Ella levantó su mirada y pude notar



que estaba sorprendida.

¡Por fin! Una reacción distinta a la indiferencia.

Extendí mi mano con la plena intención de ponerla nerviosa, pero nada. Ella me entregó el documento volviendo a su típica serenidad.

—Véalo con calma y cuando lo finalice, por favor déjeselo al profesor Hoffman.

Debo retirarme, voy tarde a Dramaturgia —sonrió e hizo una pequeña inclinación con su

cabeza para luego salir de la estancia a paso acelerado.

La miré mientras se alejaba.

Un inesperado carraspeo me indicó que no me encontraba solo.

—En muy talentosa —indicó Hoffman.

Yo sacudí mi cabeza con fuerza.

Lo siguiente que vino, fue una larga charla con Vincent. Me contó cómo había

surgido la idea de su proyecto. Al parecer, el hecho de que su nieta de quince años le hubiese comentado que Shakespeare le parecía aburrido y que el teatro le daba sueño, había despertado en él, la necesidad de crear una

alternativa que hiciese que la juventud se interesara más por el arte dramático. Por esa razón, nació el proyecto de Teatro Experimental Contemporáneo.

Hoffman me dijo que el proyecto consistía en mezclar diferentes corrientes

dramáticas. Fusionar el teatro clásico con la música, pero que no quería arriesgarse a usar música moderna, pues lo menos que quería era crear musicales. Su idea era innovadora, él

quería tomar las grandes obras maestras de la ópera, adicionarles un poco de modernismo

y llevarlas a las tablas. Me convenció enseguida y accedí a liderar el proyecto.

Los siguientes meses los pasé entre el *Donmar Warehouse* (donde me presentaba cada noche) y la academia, a la cual asistía durante las mañanas y las tardes a fin de impartir

charlas y talleres de actuación. De vez en cuando la veía a ella caminando por los pasillos y la saludaba con una sonrisa muy sincera. No obstante sólo eso obtenía a cambio, una simple sonrisa. No lograba entender porque me importaba tanto el simple hecho de estudiar su lenguaje corporal, el cual me decía que ella estaba allí por una única

razón, estudiar.

Sin poder evitarlo, eso hizo que mi interés por ella, creciera cada día un poco más.

Con el pasar de los días, la obra de teatro en la que me presentaba, llegó a su final y

me dispuse a viajar a Manitoba, donde comenzaría el rodaje de [“Red Dragonfly4”](#), una película de terror ambientada en el siglo XVII y dirigida por uno de los directores más importantes del género del terror, el alemán Ewald Wittgenstein.

Los primeros días en Canadá fueron de

adaptación. El cambio de horario me afectó

un poco, sin embargo, el clima era prácticamente el mismo de Londres, frío pero no húmedo.

En ese proyecto, compartí con grandes actores. Me dio mucha alegría ver a una vieja

amiga, después de tanto tiempo.

Dannessa Finntrock era una hermosa mujer de cabellera

roja y ojos azules con talento de sobra.

Le di un fuerte abrazo en el momento que la tuve cerca de mí, sin poder evitar

recordé nuestro primer encuentro...

*Era mediado de 2012 y me encontraba en una gala de beneficencia que había tenido*

*lugar en Londres. Mis ojos se fijaron en una bella pelirroja de vestido violeta que sonreía al otro lado del salón.*

*—¿Quién es ella? —le pregunté a Aaron, mi publicista.*

*—Es Dannessa Finntrock, una actriz estadounidense en ascenso. Ha participado en*

*diversas películas, tales como...*

*La voz de Aaron se apagó a medida que me alejaba de él y caminaba hacia la hermosa dama frente a mí.*

*—Buenas noches —dije al acercarme.*

*Ella se giró y casi se ahoga con su bebida.*

*—¡Oh por Dios! Aldous Kenrrang.*

*Reí nerviosamente al comprender la referencia que había hecho con respecto a uno*

*de los personajes más emblemáticos que me había tocado representar en el cine. Extendí*

*mi mano, tomé la suya y deposité un beso en el dorso de la misma—. ¡Qué dulce! Es verdad lo que dicen de los británicos.*

*—¿Y qué es lo que dicen? —pregunté con picardía sin apartar mis ojos de los suyos.*

*—Pues que son muy caballerosos y que... —sonrió y sacudió su cabeza con sutileza*

*—, me encantó tu trabajo en “Harvinder” —hizo un cambio drástico de tema—. Soy fiel lectora de la saga y cuando supe que ibas a ser tú quien le diera vida a ese fabuloso personaje, pensé que sin lugar a dudas,*

*eras perfecto para el papel.*

*—¡Oh! Gracias, no creí que fueses el tipo de chica que ve esa clase de películas —*

*me sentí algo avergonzado, pues no me gustaba ser el centro de atención.*

*—Pues te equivocas, me encanta ese tipo de películas... —rió de nuevo—. De hecho*

*he leído los libros un par de veces y déjame decirte que Aldous Kenrrang es mi personaje favorito. No sé, pero un villano con cualidades de héroe, me fascina —reí a carcajadas y humedecí mis labios con mi lengua lanzándole*

*una mirada lasciva. No me di cuenta en qué momento nos habían dejado solos, estábamos tan cerca uno del otro, que pude percibir el hipnótico perfume de Dannessa.*

*—¿Ah sí? Dicen que también es un poco travieso —susurré seductoramente y noté*

*como ella se mordía el labio inferior y el rubor se apoderaba de sus mejillas.*

*Me deseaba, eso era innegable y yo también la deseaba con locura. Una mujer de*

*tan deliciosa estampa podría seducir hasta al más frívolo de los seres.*

—Salgamos de acá —ella me sujetó del brazo. Yo arqueé mis cejas ante su repentina

invitación de ir a otro lugar.

—¡Uh! Eres fuego puro y me agrada — dije y en gesto divertido toqué su brazo

—  
¡Auchs! Me quemas —me mordí el labio —. Iré contigo a donde desees, pero prométeme

que me quemaras sin contemplación alguna.

—Te lo prometo —me dijo con total ardor.

*Se giró y comenzó a caminar en dirección a las escaleras que conducían a una segunda planta.*

*Al llegar al segundo piso pude ver dos largos pasillos que se extendían de lado y lado, con hileras de puertas. Dannessa caminaba sensualmente delante de mí y de vez en*

*cuando giraba su cabeza para asegurarse de que yo la estaba siguiendo.*

*Se detuvo frente a una puerta, la abrió y entró, haciéndome un ademán para que entrara también. El lugar estaba totalmente oscuro. Lo siguiente que sentí, fueron sus brazos rodeando mi*

*cuello a la vez que su boca chocaba contra la mía. Su lengua exploró y tanteó como en un intento por querer enredarse con la mía.*

*Como pude, cerré la puerta y la aseguré. Lo que iba a suceder en esa habitación no*

*podía ser de dominio público. La devoraría sin ninguna contemplación.*

*Mis manos recorrieron su cuerpo. Esa suave piel a mi tacto ardía en pasión.*

*Bastaron pocos minutos para poder sentir sus succulentos pezones en mi boca.*

*La oscuridad nos abrazaba y eso me excitó mucho más, pues mi imaginación se activó tratando de descifrar sus gestos. Ella gemía de placer y yo sudaba a causa de la pasión que desbordábamos.*

*Entre lametones, mordiscos y besos le di la vuelta, enfocándome en dejar un rastro*

*de saliva a lo largo de su cuello, subiendo desde la clavícula hasta llegar a su oreja. Bajé mi mano y levanté la falda de su vestido. Mi mano juguetona buscó a tientas su parte más íntima. Hice a un lado esa estorbosa tela e introduje mis dedos en su*

*abertura mientras mordisqueaba el lóbulo de su oreja, ella se retorció de placer entre mis brazos...*

*—Sí, sí, así... —gimió.*

*Mi miembro estaba a punto de estallar, así que mientras con una mano manipulaba*

*su punto de placer más extremo, con la otra aflojé mi cinturón. Como pude me deshice de mi pantalón y ropa interior.*

*Ella se deshizo de su vestido, tomó mi desamparado amigo y lo guió hacia su cobijo.*

*Entré en ella con tal suavidad que sentí*

*los vellos de mi nuca erizarse.*

*Dannessa se inclinó hacia adelante invitándome a invadirla más profundo. Su humedad me dio la bienvenida. La penetré repetidas veces mientras estrujaba sus senos con sutileza. Ella movió sus caderas a un ritmo tan delicioso que me hizo gemir escandalosamente. Me incliné para abrazarla y arroparla con mi cuerpo mientras las embestidas eran más lentas y más profundas. Ella se giró con suavidad, dibujando pequeños círculos con sus caderas.*

*—¡Dios! Me encantas —susurré y ella aceleró sus movimientos obligándome a*

*enderezarme.*

*Aumenté la velocidad de las embestidas. Entraba y salía de ella a tal ritmo que la*



*hice estremecer a la vez que soltaba un grito ahogado. Ella llegó a su culminación y yo estaba a escasos segundos de lograrlo también. Embestí un par de veces más y salí rápidamente de ella, derramándome sobre su espalda.*

*Todo quedó en silencio.*

*Al cabo de unos segundos, ella habló.*

*—Que esto quede entre nosotros, por favor —dijo con la respiración entrecortada—.*

*No acostumbro a involucrarme con colegas y pienso mantener esa regla intacta —Se giró*

*hacia mí—. Estuviste fabuloso. Tal y como lo esperaba.*

A raíz de ese incidente, las cosas se tornaron un poco intensas y algo incómodas.

Danessa estaba saliendo con un empresario y viajaba con frecuencia por

compromisos laborales y aunque manteníamos conversaciones subidas de tono vía mensajes de texto, nuestra relación era netamente sexual. En esa época yo estaba con Adeline y la amaba, pero mis necesidades de hombre demandaban por un cuerpo femenino y más cuando

pasaban semanas o hasta meses sin poder estar con mi novia.

Después de casi dos años, allí estaba Nessa, como ella me había pedido que la llamara, frente a mí, con esos ojos tentadores fijos en mí. Sonreí al notar que se había ruborizado, tal vez, ella también estaba recordando lo mismo que

yo.

—Muy bien damas y caballeros, les presento a “*Red Dragonfly*” —la voz de Ewald

irrumpió en la habitación. Nos entregó una copia del libreto a cada uno. Éramos cinco actores principales—. Mi asistente se tomó la molestia de resaltar las partes de cada uno.

Si tienen alguna observación al respecto, no teman en decirlo.

Los días transcurrieron entre grabaciones y entrenamientos. Nessa y yo pasábamos

muchos tiempo juntos, más de lo normal. De vez en cuando, las bromas por parte de algunos compañeros de la producción habían llegado a un punto realmente tedioso.

“¿Para cuándo es la boda?” o “¡Por Dios, váyanse a un hotel!”, se había convertido

en los comentarios más frecuentes en el plató.

—Hoy nos toca rodar esa escena —dijo Nessa una tarde que nos encontrábamos en

mi tráiler.

—¿Cuál escena? —mi mente divagó entre las líneas del libreto a la vez que el rostro

de cierta personita llegaba a mi mente.

Habían transcurrido varios días sin que Shirley Sandoval se apoderara de mis

pensamientos. Sin embargo esa tarde, era un recuerdo intermitente. Sentí nostalgia y deseé

tenerla allí a mi lado en ese momento, verla y charlar. Simplemente charlar...

—...y es allí cuando me sujetas con fuerza por el cabello, me dices, “me estoy

hartando de esto”, seguido me... —

Nessa se quedó en silencio,  
observándome con cautela

—, ¿Xander? ¿Me estás oyendo? —me  
agitó del hombro.

—¿Qué? ¿Cómo? —vi molestia en sus  
ojos—. Lo siento Ness. Estaba pensando

en... —interrumpí la frase—. ¿Qué me  
decías? —cerré mis ojos y me llevé la  
mano hacia

la frente.

—Decía que... —ella se levantó de su  
silla y se acercó a mí—, tal vez  
debamos

ensayar esa parte... —se sentó a horcajadas sobre mí. Abrí los ojos, sorprendido. Me quedé inmóvil mientras ella rodeaba mi cuello con sus brazos. Yo la bordeé con mis brazos, tocando su espalda con mis manos—. ¿Cómo está Anna? —susurró a mi oído seguido de un lametón.

Solté un gemido que ella ahogó con sus labios.

Esa era la clase de juegos que me encantaban, los que comenzaban sin ser planeados.

Dannessa poseía el don de encenderme al instante que su piel entraba en contacto con la

mía.

—¿Te dispones a abusar de mí y lo primero que pasa por tu mente es preguntar por

mi novia? —reí con malicia, mientras ella mordisqueaba el lóbulo de mi oreja derecha.

Otro gemido salió de mi boca.

—Te he extrañado mucho, Xander —su lengua comenzó a recorrer mi cuello—. Te

deseo —susurró.

—Yo también te deseo, Shirley —su

lengua se detuvo pero mis gemidos no.  
Mi

abultado amigo ya estaba atento,  
haciendo presión en mis pantalones,  
pedía a gritos escapar. Abrí mis ojos al  
percibir que la desbordante pasión se  
había esfumado. Me encontré con la  
mirada penetrante de Nessa.

—¿Quién es Shirley? —indagó ella  
entrecerrando sus ojos.

«Mierda».

Mi subconsciente me había traicionado,  
había deseado estar con alguien estando  
con

otra persona, y más allá de eso, me había puesto en evidencia.

Abrí mi boca para intentar hablar, aunque de seguro alguna estupidez se me escaparía. Nessa se levantó bruscamente y adecentó su ropa.

—Déjalo así, Xander. Veo que no soy la única, aparte de Anna, que mantiene tu mente ocupada —se dio la vuelta y salió de mi tráiler.



Capítulo 2

Estaba incómodo por lo que había sucedido en mi tráiler, pues se suponía que lo nuestro

era simplemente fortuito. No había motivos para que ella se molestara conmigo. Para mí,

sus celos eran absurdos y no quería que eso influyera en nuestro trabajo. En ese instante

comencé a entender por qué algunos de mis colegas habían tomado la radical decisión de

no involucrarse con nadie del medio.

Cuando llegué al plató, el director nos

indicó la posición de cada uno de nosotros y

nos explicó como deseaba que se representara la escena.

—¿Xander? —me habló a mí. Aparté mis ojos de Nessa—. Párate aquí. Deseo hacer

una toma de este plano —yo me situé en el punto que me había especificado.

Volví a mirar

a Nessa, quien evitaba a toda costa hacer contacto visual conmigo—. Bien.

¿Nessa? —

Ewald se giró hacia ella—. Quiero que

tú te pongas aquí, frente a Xander —ella obedeció

—. En el momento en que él te agarra del cabello, quiero que mires en esta dirección —él

levantó su mano, señalando hacia su derecha.

Después de darnos las últimas indicaciones, se alejó, se situó detrás de su cámara y

al grito de “acción”, comenzamos a filmar.

Me acerqué a Nessa y la sujeté fuertemente del cabello, cuidando todo

lo posible de

no lastimarla. Ella levantó su rostro e hizo lo que Wittgenstein le había indicado.

—¡Corte! —gritó el director. Nessa y yo volteamos hacia él en el acto. No

entendíamos que sucedía, pues la escena estaba saliendo bien. —¡Rayos, Marcus! Te hice

la señal. Debías bajar la intensidad de la luz —le llamó la atención a uno de los asistentes de iluminación—.

Disculpen. Tenemos un inconveniente con las luces. No se muevan.

Será un segundo no más.

En el momento en el que se retiró para solventar el problema, aproveché para charlar

con Nessa, no quería que lo que había sucedido, causara fricción entre nosotros.

—¡Psss! Nessa —la llamé. Ella se giró hacia mí. Su semblante era sereno, lo que me

tranquilizó al instante—. Lamento mucho lo que...

—No, Xander —susurró ella, interrumpiéndome—. No te preocupes.

Sabemos

exactamente cuál es nuestra posición en esto. Tú tienes a Anna y yo a Paul, así que no...

—Es que no quiero que esto influya en nuestro trabajo y que...

—Cuando te dije que no me gusta involucrarme con colegas, es por esto —hizo un

gesto señalándonos a ambos—, pero tú tienes algo que no sé. No pude evitarlo.

—Nessa. De verdad lo siento. No fue mi intención...

—No pasa nada, Xander. Ante todo somos amigos y lo entiendo —hizo una pausa y

arqueó una ceja—. Por cierto... ¿Quién es Shirley? —su mirada inquisitiva me hizo reír.



—¡¿Shirley?! Ehhm... Ella es... —comencé a balbucear. De verdad no sabía cómo

explicarle a Nessa quien era Shirley. no podía decirle: “es una chica que conocí

hace meses atrás y no me la sacaré de la cabeza hasta que me la lleve a la cama”. Aunque en

parte era cierto, era algo más complejo. Ni yo sabía qué era, así que me incliné por la explicación más diplomática—. Es una chica que descubrió Redman en uno de sus viajes a

América, es muy talentosa. Scott está fascinado con ella y yo pues...

—Te sientes atraído por ella — sentenció Nessa completando la oración.

—No, no, no —negué repetidas veces moviendo mi cabeza—. Es una colega. Ella

sólo me inspira ternura y en cierta forma me recuerda a mí mismo cuando... —la mirada

de Nessa decía: “Si claro. No me digas”. Gesto que me hizo carcajear—. No es lo que piensas, Nessa —comenté entre risas.

—Lo que yo pienso es que para ser una simple colega, está dominando tus

pensamientos y creo que... —se calló de repente.

—¿Qué crees? —indagué.

— *Bueno chicos, ya estamos listos. ¿Preparados?*

La voz de Ewald Wittgenstein nos indicó que el inconveniente ya había sido

solventado, así que Nessa y yo volvimos a nuestros roles, dispuestos a grabar de una vez

por todas.

Los días siguientes pasaron entre grabaciones, visitas al exterior del set para atender a los fans, fotos, autógrafos por doquier y salidas entre colegas de vez en cuando a algún bar de la localidad.

En dos días tendría que regresar a Londres para asistir a una entrega de premios donde, si la buena fortuna me

sonreía, obtendría el galardón al Mejor Actor del año, así que me dediqué a adelantar lo máximo posible de mis escenas para evitarle la molestia a

Ewald de atrasar el trabajo.

Ese día telefoneé a Anna y la puse al tanto de la hora del vuelo y demás detalles.

Deseaba pasar esos dos días en Londres junto a ella. La extrañaba y quería aprovechar toda esa añoranza que sentía por ella, para perderme en su piel y sacar de mi mente a esa

mujer que sin previo aviso se había apoderado de mi deseo.

Shirley Sandoval se había convertido en inquilina habitual de mis pensamientos, no

entendía porqué. Muchas veces me vi tentado en llamar a Redman para pedirle el número

de ella, pero lograba controlarme ante lo irracional de mis impulsos. Muy dentro de mí, sabía que era un capricho de esos que se te fijan entre ceja y ceja.



Todos se habían ido a dar un paseo por la ciudad, así que Nessa y yo nos quedamos en el

hotel, ella porque se sentía un poco indispuesta y yo porque no me apetecía salir.

—¿Que sucede contigo? —me preguntó ella mientras nos disponíamos a cenar.

—¿Suceder de qué? —espabilé. Sin querer me había quedado con la mirada perdida

mientras le daba vueltas al albondigón en mi plato.

—Divagabas. Te hablo y ni siquiera me miras ¿Sucede algo? —indagó ella.

Recordé lo bien que se veía Nessa junto a su prometido y por muy loco que

pareciera, sentí envidia. Sacudí mi cabeza con fuerza...

—No. No es nada, Nessa. Es sólo que me puse a pensar en lo bien que se ven tú y

Paul juntos y...

—¿Quién es ella, Xander? —Nessa soltó la pregunta. Yo la miré sin comprender a qué se refería—. Shirley. ¿Quién es ella? —agregó.

—¿A qué se debe tu pregunta?

—En estos días te he notado algo pensativo y distraído. Sé que algo te atormenta.

—No es nada, Nessa. Simplemente ando un poco nostálgico por volver a Londres,

ver a mi familia, a Anna...

—No. Tienes todos los síntomas de un loco enamorado —dijo ella en tono burlón.

—¿De qué hablas? ¿Enamorado? ¿Yo? ¡Pffff! ¿De Shirley? ¡Apenas la conozco!

—Me refiero a Anna. ¿O acaso no estás enamorado de la mujer con quien piensas casarte? —Nessa abrió los ojos, horrorizada de mi reacción. Me quedé mudo—. Puedo notar el anhelo en tus ojos. Deseas vivir un romance intenso,

una pasión que te deje sin aliento y creo que eso no lo tienes con Anna. Eres un hombre completamente distinto desde que conociste a esa chica. Shirley.

—Sí. Un Xander pervertido que en lo único que piensa es en llevarse a la cama a una

mujer con la cual no ha mantenido una conversación por más de cinco minutos.

Aunque me costara admitirlo, Nessa tenía razón, algo dentro de mí pedía a gritos un

beso, una caricia, una mirada. Algo proveniente de Shirley. La deseaba de tal manera, como nunca antes había

deseado a una mujer.

Llegó el día de regresar a Inglaterra y durante los días previos traté de adelantar todas mis escenas, de tal manera que la producción de la película no se retrasara.

Abordé mi avión y salí rumbo a Londres.

Al llegar, una limusina esperaba por mí para llevarme hasta mi departamento, donde

me cambiaría de ropa lo más rápido posible para luego dirigirme al *Royal Opera House*, donde se llevaría a cabo la premiación.

Una vez a las afueras del teatro me reencontré con mis geniales fans. Aaron

Wickerman, mi amigo y publicista, estaba allí. Me alegró mucho verlo después de casi dos

meses.

—¡Xander! ¡Qué alegría verte! —Nos fundimos en un eufórico abrazo—. ¿Qué tal el

clima por allá? — preguntó él.

Continuamos charlando y poniéndonos al día mientras firmaba y me tomaba fotos

con mis fans. De repente una voz familiar me distrajo de lo que hacía.

—¡Xander! Pensé que no vendrías. Te creía grabando en Canadá —era Redman,

quien vestía un glamuroso traje negro muy parecido al mío, a diferencia que el usaba corbata y yo pajarita.

—¡Scott! —lo abracé sin poder evitar sentirme muy emocionado al verlo—.

¿Qué

haces acá?

—Ando acompañando a Shirley —ese nombre hizo que mi cerebro se

congelara—.

Ella está con el grupo de teatro *Lawrence*. Le insistí para que participara, así que acá estamos.

—¿Shi-shirley anda por acá? —los malditos nervios me hicieron tartamudear.

—Sí. Se presentará en unos minutos, acá fuera, en la tarima lateral. Es un pequeño

*performance*... —mientras Scott hablaba, por inercia yo había comenzado a buscar el rostro de esa mujer que me hacía sentir estúpido, entre la multitud. Había mucha gente y

comencé a frustrarme por no poder encontrarla en medio de ese mar de caras, cuando una

voz a mi espalda, me hizo temblar...

—¡Oh! Profesor Scott. Tengo rato buscándolo —me giré para encontrarme con ese

rostro que durante días me había tentado a devorarlo a besos, sus ojos mostraron sorpresa

y cierta alegría. Le sonreí. Ella devolvió el gesto—. Señor Granderson —me saludó.

—Dime Xander, por favor —su mirada

y la mía hicieron conexión por escasos segundos, antes que Redman hablara.

—¿Para qué me buscabas, querida?—  
Shirley se giró hacia Scott.

—La profesora Jones lo busca. Está detrás del escenario. Es para algo relacionado con los focos. Ella dijo que usted sabría resolverlo —expresó y me miró de nuevo con una

sonrisa tímida, la cual me derritió el alma.

—¡Xander! —la voz de Aaron me ayudó a hacer contacto con la realidad, evitando

que me perdiera en esos ojos de almíbar —. Ya debes entrar —me indicó.

Al girarme para despedirme de Shirley, ya no estaba. ¡Mierda!, dije para mis

adentros y me encaminé hacia el recinto con Redman a mi lado.

Concedí algunas entrevistas, para luego entrar al teatro.

La ceremonia transcurrió como debía ser.

Una a una se fueron presentando las categorías. Yo estaba ansioso y deseoso por salir

y poder ver los *performances* que estaban teniendo lugar a las afueras del recinto. El rostro de Anna apareció en mi mente de repente, haciéndome recordar quién era la mujer

que debía estar en mis pensamientos.

Anunciaron mi categoría y mi atención volvió al *Royal Opera House*, donde acontecía lo que debía importarme.

Lamentablemente no fui el ganador de la noche, pero me sentí muy feliz al ver el rostro de un excelente contrincante lleno de emoción al recibir el premio.

La celebración concluyó y yo hice caso omiso de las señales que me hizo Aaron

para

retirarnos. Debía hacer algo primero, mi cuerpo lo demandaba, debía verla una vez más antes de marcharme.

Bajé las escaleras laterales que conducían al exterior. Salí a nivel de las tarimas dispuestas para los *performances* en la calle. Al salir, noté la multitud que iba y venía.

Personas con vestuarios en mano de un lado al otro, dando órdenes y arreglándose los unos a los otros. En la distancia pude percibir su silueta, quien corría a toda prisa hacia el escenario.

—Tome asiento, señor. No puede

quedarse de pie aquí —me dijo un joven, quien al

ver quién era yo, mostró una sonrisa nerviosa—. ¡Oh! Disculpe señor Granderson. No sabía que era usted ¿Tiene una butaca asignada? —negué con mi cabeza—. ¿La desea acá

o más adelante? —preguntó amablemente.

—No te preocupes. Estaré bien aquí —dije señalando una butaca que tenía cerca. Por

nada del mundo deseaba que ella notara mi presencia entre el público. Halé la silla y me

senté con la mirada fija en el escenario.

Los siguientes minutos pasaron rápidos para mí, ella se veía tan radiante, tan

delicada y tan imponente. Por un momento me recordó a mi madre cuando interpretó a la

Reina Victoria, en aquella obra a la que acudí cuando tenía ocho años.

Shirley poseía una magia única y un talento avasallador y comprendí la razón por la

cual había deslumbrado a Redman.

Sonó mi móvil y contesté sin siquiera

mirar la pantalla, pues mis ojos estaban atentos

a cada movimiento que ejecutaba la bella dama frente a mí.

—¿Diga? —dije sin quitar mi mirada de Shirley.

—¿Amor? ¿Tardarás mucho? —la voz de Anna me hizo sentir culpable y

deshonesto.

«*¿Qué diablo hago aquí, mirando a otra mujer?*», pensé en el acto.

Sacudí mi cabeza con fuerza y me puse de pie, obligándome a retirarme de allí.

—¡Querida! ¿Qué tal?

—Mi cielo. Aaron me contó lo que pasó. Lo siento.

—No te preocupes, linda. Si no gané hoy, vendrán otros premios. Voy en camino —

mentí.

—Bien, amor. Te espero.

Finalicé la llamada y me encaminé hacia mi coche. Sin perder tiempo me dirigí al lugar donde me encontraría con ella, mi compañera sentimental, esa dulce mujer que me

esperaba con paciencia durante semanas, hasta meses, para poder compartir conmigo escasas horas.

Al llegar, fui recibido por mi hermosa dama, con un vestido blanco ceñido a su cuerpo, su rubio cabello estaba arreglado en bucles, sus ojos azules brillaron de alegría al verme atravesar el umbral de la puerta. Corrió hacia mí y me abrazó con tal dedicación,

que una vez más sentí esa culpa recalcitrante golpeándome en el pecho, era como un duendecillo sentado en un rincón que me decía, me miraba y me señalaba con su largo dedo verde diciéndome: “bribón malvado, sabes

que lo que haces está mal”.

Sacudí mi cabeza, rompiendo con el agarre. Ella me miró un poco confundida.

—¿Sucede algo? —con sus manos tomó mi rostro—. ¿No te alegras de verme?

preguntó con voz trémula.

—¿Cómo? —Shirley estaba allí presente atormentándome con su sonrisa.

«¡Maldición! ¿Por qué rayos esa mujer no sale de mi mente?». Sacudí mi cabeza con fuerza—. No, amor. No es eso. Es sólo que... estoy un poco cansado —

traté de

excusarme.

—Bien, amor —se acercó a mí y me ayudó a deshacerme de la parte de arriba de mi

traje—. Dame tu saco —lo tomó y lo colocó en el perchero detrás de la puerta—. La cena

está lista. Preparé tu plato favorito.

Caminamos juntos hacia la mesa, donde nos dispusimos a charlar de todo un poco y

ponernos al día de lo que había

sucedido en mi ausencia. Sin embargo por fracciones de

segundos mi mente divagaba y se perdía en el eco de la voz de Anna, era la imagen de Shirley la que aparecía en mis pensamientos. Me levanté con brusquedad del comedor y

me acerqué a Anna, la sujeté del cabello, la incliné hacia atrás para luego devorar su boca.

Fuese como fuese, debía sacarme a esa hechicera de la mente. Me sentí frustrado y amargado, por desearla y no tenerla; allí fue cuando comprendí que Shirley se había convertido en un capricho y no descansaría hasta tenerla,

pero mientras tanto, saciaría mi  
sed con el cuerpo de Anna.

Por nada del mundo permití que mi  
novia apagara las luces, pues no quería  
verme tentado a imaginarme otro cuerpo,  
quería permanecer con los ojos bien  
abiertos y verla en

todo su esplendor, llenarme de su ser,  
consumirme entre sus brazos,  
manteniendo la consciencia de que era  
Anna quien estaba allí, que era Anna  
quien debía estar en mi mente, que debía  
ser Anna la que despertara esa lujuria en  
mí, no Shirley.

Amaneció y desperté enredado en unas

finas sábanas blancas. A mi lado, el  
cuerpo

desnudo de Anna.

La observé en detalle y vi que su rostro  
irradiaba paz absoluta. Ella era mi

compañera, era a quien yo había elegido  
para volver a intentarlo.

Después de Adeline, ninguna mujer  
había logrado darme la estabilidad  
emocional

que Anna me daba. Estaba harto de ir de  
flor en flor, quería sentar cabeza de una  
buena

vez y ella, la mujer que yacía a mi lado, me daba esa seguridad, pero de repente me veía

tentado por una piel nueva, que deseaba con todas mis fuerzas probar, un par de ojos que

con su ternura me incitaban a pecar.

Cuando creía que por fin había encontrado lo que tanto había buscado, había llegado

Shirley para ponerme el mundo de cabeza.

El fin de semana transcurrió tan de prisa, entre paseos y visitas a algunos

amigos, que no me di cuenta en qué momento había abordado el avión con rumbo a Manitoba.

Una vez en Canadá, los días pasaron de prisa. Entre toma y toma, ensayos y sesiones

de fotos.

El último día de grabaciones llegó y esa noche tendría lugar una pequeña fiesta, donde celebraríamos el hecho de haber culminado el proyecto sin ningún contratiempo.

Los días continuaron su curso y tuve que viajar a Los Ángeles por asuntos de trabajo.

*Vintage Studios* se puso en contacto con mi agente para ofrecerme el papel protagónico en su nueva película: “*Heart of Stone*”, una película biográfica, basada en la vida de una gran leyenda del rock, así que decidí aprovechar esa pequeña brecha de casi un mes que tenía

antes de comenzar las grabaciones de mi nueva película para reunirme con la directiva de

la casa productora, pero antes, llevaría a cabo esa loca idea que se había apoderado de mi

mente.

Me escapé con Anna a una isla paradisíaca, a fin de reavivar la pasión. Deseaba de

todo corazón que Anna fuese la única en mi vida, esa fue la razón por la cual tomé “la decisión”.

Había contemplado el plan una y otra vez en mi cabeza y me arriesgaría —por tercera vez— a pedirle matrimonio a una mujer. Estaba aterrado pues en las dos veces previas no me había ido como esperaba. En el primer intento había sido rechazado y en la

segunda ocasión el compromiso había terminado de manera intempestiva.

El destino de nuestras improvisadas vacaciones fue nada más y nada menos que la paradisíaca isla de Maui, donde cualquier lugar parecía sacado de un sueño. El lugar perfecto para dos amantes que desean apartarse del mundo.

—Esto es realmente hermoso, amor — dijo Anna en el momento que entramos a

nuestra habitación y se asomaba por el balcón, pudiendo divisar el hermoso mar de aguas

cristalinas, los pequeños islotes que se divisaban a lo lejos y sentir la fresca brisa con olor a océano que tocaba nuestras pieles.

Me acerqué por detrás, rodeé su cintura con mis brazos y así permanecimos en

silencio por algunos segundos, contemplando el paisaje.

—¿Te gusta? —rompí el silencio.

—Me encanta, cielo. Esto es... el paraíso —se giró para darme un apasionado beso,

el que recibí sin reservas.

Nos entregamos el uno al otro, una vez más, con los rayos del sol que entraban por

las ventanas como únicos testigos. Anna

poseía un encanto innato, una inocencia y dulzura

que hacían que cualquier mortal olvidara su lado más pervertido. Yo la quería demasiado.

Con ella me sentía en paz, me sentía lleno, me sentía... conforme.

«¿Desde cuándo el amor pasó a un segundo plano?», me pregunté mentalmente,

mientras besaba sus labios y entraba en ella.

Mi cuerpo estaba allí en plenitud, moviéndose al ritmo de sus desinhibidos

espasmos, pero mi mente repasaba mi plan. Ese día se lo pediría. Ya era el momento y me

sentía listo, quería una familia y ella era la más indicada para ese rol. Me lo había demostrado después de casi un año juntos, tiempo en el cual nunca había sabido lo que era

una pelea por celos, o una escena incomoda por sentirse desplazada por mis fans, ella me

aceptaba tal cual yo era, así que no le daría más largas al asunto. Esa tarde, después de cenar, le pediría que fuera mi esposa.

Bajamos al restaurante y pedimos la cena. Mientras esperábamos a que llegase, miles

de cosas pasaron por mi mente.

Ya iba a cumplir 32 años y mi carrera como actor se encontraba en su mejor

momento, con una película por grabar, un contrato por otra recién firmado y tres ofertas

más, para grabar el próximo año. No podía pedir nada más, me sentía realizado como persona y aunque a veces el cansancio jugara en mi contra, esa era la vida que yo había

elegido y me sentía dichoso de vivirla.

—¡Cielo! —la voz de Anna demandó mi atención—. Tengo rato hablándote y no me

estas prestando atención.

—Lo siento amor, yo... ando un poco distraído.

—¿Es por ella?

¿Por quién? ¿Cómo? ¿Acaso se me había escapado algún comentario sin darme cuenta? ¿Ella? ¡Oh rayos! Anna lo sospechaba.

«*La he cagado. Lo sabe*». Mis

pensamientos se entrelazaron, formando una maraña

en mi cabeza.

—No entiendo. ¿De qué hablas? —  
indagué con fingida inocencia.

—Hay una chica en aquella mesa que no nos ha quitado los ojos de encima, tal vez

ya se dio cuenta de quién eres... —me giré hacia la mesa en cuestión y efectivamente, había una chica de tez oscura que nos miraba y sonreía con timidez. Sentí alivio al saber

que Anna no se refería a mi constante

fantaseo con Shirley. Con cortesía saludé a la dama

que nos observaba, agitando mi mano en el aire.

El alivio fue inmenso y luego de pasar el susto, recordé cual era mi objetivo esa noche.

Me levanté de la mesa con la excusa de que necesitaba ir al baño. Caminé hasta la

parte trasera del restaurante, donde había planeado encontrarme con uno de los camareros

del lugar. Él se encargaría de acercarse

a la mesa y colocar una caja mediana frente a Anna. Mientras yo observaba desde mi escondite.

Pude ver la cara de asombro de Anna, quien charlaba con el caballero, como

preguntando: “¿Qué está sucediendo?”. Se veía confundida y la escena me pareció de lo

más divertida.

Esperé unos minutos en el mismo punto, hasta que por fin la curiosidad la dominó y

abrió el paquete para revelar su contenido. Ella miró a los lados y su

asombro pasó a ser

temor. No aguanté más y me acerqué a la mesa para acelerar un poco el proceso, pues ya

comenzaba a sentirme ansioso.

—¿Qué es eso? —pregunté al sentarme.

—No lo sé, un camarero la puso allí, sin decirme más. Yo creo que debe tratarse de

un error. Llamaré al encargado —hizo un gesto con su mano para llamar a un camarero.

—Ábrelo. Tal vez sea un admirador —

bromeé.

—¡Por Dios! ¿Un admirador aquí? ¿En el medio de la nada?

—Nunca se sabe...—me encogí de hombros y la miré con perspicacia mientras le

mostraba una pequeña sonrisa traviesa.

—¿Tienes algo que ver con esto? —  
entrecerró sus ojos.

—Tal vez, pero no lo sabremos si no lo abres.

Al cabo de unos minutos de titubear, Anna accedió a abrir la caja.

Lo primero que se encontró fue una *matrioska5*, la cual fue desarmando hasta llegar a la más pequeña. La abrió y sus ojos se llenaron de lágrimas al percibir el anillo de oro

blanco de 24 quilates con un diamante de 9,4 milímetros de diámetro. Levantó su mirada

para verme y yo yacía de rodillas a un lado de ella.

Extendí mi mano hacia ella...

—¿Te casarías conmigo?

Ella contempló la joya y sonrió con lágrimas en los ojos.

—Sí, sí, sí quiero —asintió con euforia.

La estreché entre mis brazos, mientras los presentes estallaban en aplausos y algunos

de los presentes nos tomaban fotos.

Al día siguiente la tormenta llegó.



### Capítulo 3

El sonido de mi móvil me despertó y a tientas lo busqué en la mesita de noche a mi derecha. Contesté sin siquiera ver la

pantalla.

—¡Oh por Dios, Xander! Dime que no lo hiciste —la voz de Aaron, mi publicista, se

oyó con tal incertidumbre que me la contagió.

—¿Qué fue lo que hice? —abrí los ojos de golpe.

—La noticia está en toda la red, una fotografía de Anna y tú, donde dicen que estas

en compañía de la Sra. Granderson...

¡Oh por Dios! Te casaste en secreto y ni siquiera me

dijiste a mí —me reprochó.

—¿De qué hablas? —no entendía nada.

—Entra a *Twitter* y lo verás —Aaron estaba sobresaltado.

Tomé mi *iPad* y entré en mi cuenta.

Lo primero que vi fueron las miles de menciones que tenía, pero hice caso omiso a

las mismas y fui directo al inicio. Una fotografía de Anna y yo, justo en el momento en

que ella me besaba después de haberme dado el “Sí”, adornaba el muro de todo

el mundo.

Al parecer la camarera había cometido el gran error de subir la imagen a su cuenta,

refiriéndose a Anna como la Sra. Granderson, lo que desató una polémica con mensajes que iban desde:  
¡Felicidades, les deseo lo mejor!  
Pasando por: ¡Seguramente está embarazada y como Xander es un caballero se casó con ella!

«¡Qué horror!», pensé mientras seguía viendo todos los comentarios.

Uno a uno los fui leyendo y al cabo de casi diez minutos me frustré. Lo que

veían

mis ojos era atroz. Un grupo de personas había creado una página para desacreditar a Anna. Sentí un escalofrió de solo pensar que mi vida privada ya no me pertenecía, pues

esas personas se creían mis dueños.

Me sentí molesto y a la vez impotente de no poder hacer nada, pues si lo confirmaba

no iban a dejarme en paz a mí ni a Anna, pero si lo desmentía estaría negando mi relación

con ella.

—Mierda —dije entre dientes.

Anna despertó de golpe al sentir que me levantaba de la cama con violencia.

—¿Amor? ¿Estás bien? —indagó adormecida a la vez que trataba de taparse del sol

que entraba por el balcón.

—Sí, cielo. Sigue durmiendo —caminé hacia el baño para asearme un poco después

de una noche de tanta pasión.

El día entero lo pasamos en la playa, tratando de evitar a fans y *paparazzi*.

Me sentía abrumado y de cierto modo decepcionado. Siempre había procurado ser lo más amable posible con mis admiradores y con la prensa, con eso sentía que me había ganado un aval

de ser libre y poder estar con quien deseara, pero no era así. Desde Adeline, todo cuanto a mi vida sentimental, era un caos, siempre los rumores, los ataques, las noticias falsas...

¿Acaso no podían entender que yo era dueño de mi vida?

Me sentí frustrado al imaginar la decena de insultos que recibiría Anna a través de

sus redes sociales a diario y que nunca me lo comentaría, por el simple hecho de no hacerme sentir mal.

Mi capricho por Shirley comenzaba a mermar, o eso creía yo. Ese era un asunto que

debía encarar una vez que estuviera de regreso en Londres.

Transcurrió una semana, en la cual nos alejamos de todo y todos. Anna y yo

decidimos aislarnos del mundo rentando una cabaña alejada de la civilización.

Una bella

playa privada, para nosotros dos solos.

—¿Crees que esto se calme algún día?

—me preguntó ella mientras nadábamos  
entre

las deliciosas olas del mar.

—No te preocupes por eso ahora,  
disfrutemos —le dije.

—¿Qué haces? —me preguntó ella en el  
momento que me acerqué por detrás y  
pasé

mis brazos a los lados de ella sujetando  
su voluptuoso busto.

—Relájate —le susurré al oído.

—¡Xander! —se oyó algo asustada—.

Alguien podría vernos —dijo mientras  
mis

dedos jugueteaban con sus pezones y mis  
dientes mordisqueaban su oreja.

Ella gimió, dejándose llevar un poco  
por el placer.

—Estamos en una isla privada, solos tú  
y yo. Nadie nos verá —le aseguré  
mientras

mis manos astutas apartaban la parte  
superior de su traje de baño, para luego  
lanzarla lejos.

—¡Xander! ¡No! Alguien podría vernos  
y mis tetas estarán adornando las

portadas

de revistas y periódicos —trató de hablar entre gemidos a la vez que la giraba para quedar

cara a cara.

—Nadie nos verá, cielo. Te lo aseguro.

Mi boca no resistió la tentación, sus pezones pedían a gritos ser cobijados por mi lengua, y mi misericordia fue tan inmensa que no pude permitir que siguieran sufriendo.

Me incliné y comencé a lamer, mordisquear y succionar, alternando cada acción hasta sentir que Anna se

desvanecía entre mis brazos.

La levanté y la llevé a la orilla, la dejé tendida sobre la arena para poder besarla con

desenfreno. Bajé hasta su monte lujurioso y mi lengua jugueteó entre sus pliegues, mientras mis manos se aferraban a sus caderas, las cuales comenzaron a moverse a un ritmo encantador, invitándome a explorarla mucho más.

El sabor de mujer en mi boca, me embriagó. Percibir ese dulce néctar mezclado con

la sal del agua de mar hizo que mi

miembro se engrosara y creciera. Anna lo tomó entre

sus manos y lo masajeó. Dejé escapar un ligero gruñido.

—¡Delicioso! —dije entre dientes a la vez que mordía su labio inferior.

Me dejé caer en la arena y me entregué a las caricias que ella me daba. No me di cuenta en el momento en que su boca entró en el juego. Me devoró con tal malicia que mi

pulso se aceleró hasta dejarme desorbitado.

Sujeté la parte trasera de su cabeza y

enredé mis dedos en su cabello,  
guiándola a darme más y más placer. La  
humedad de su boca me hizo soltar otro  
gruñido y sin poder

soportarlo más, la tendí por completo  
sobre la arena y mi falo se regocijó  
entre su estrechez. La poseí una y otra  
vez. Su pequeño cuerpo estaba  
hambriento de mí y yo estaba decidido a  
saciar su apetito.

Invertí la posición y pude ver el cielo,  
las nubes y el sol, a la vez que tenía la  
visión

completa de su cuerpo danzando sobre  
el mío. La calidez de su interior me  
arropó, haciéndome sentir escalofríos.

Mis manos estrujaron sutilmente sus pechos y mi boca se

perdió en el anhelo de enredarse con su lengua.

Las olas del mar nos golpearon con sutileza, era como si Anna se hubiese

confabulado con Poseidón para arremeter contra mí en un intento desesperado por

llevarme a mi punto máximo.

Solté un pequeño grito que se vio opacado por un beso, mientras Anna se estremecía

sobre mí, entre espasmos.

Era la primera vez en tanto tiempo, que hacía el amor con Anna, estando de verdad

consciente de que era ella quien estaba entre mis brazos.

Al cabo de tres días, ella tuvo que regresar a Inglaterra por cuestiones laborales. La

semana de la moda se acercaba y ella debía encargarse de los últimos detalles de su próximo desfile. Anna se encontraba en la mejor etapa de su carrera como diseñadora de

moda, Comenzaba a hacerse un lugar en el mundo de las más importantes pasarelas de Europa.

Yo tuve que viajar a Los Ángeles de nuevo, pues los gemelos de mi gran amigo Danny, nacieron y yo había sido elegido para ser el padrino de los dos querubines.

Ese fin de semana trascurrió rápido.

Regresé a Inglaterra, donde estuve casi tres semanas. Necesitaba un descanso

urgente, pues había trabajado duro todo lo que iba de año. Pronto comenzaría a rodar otra

película y debía comenzar a prepararme para dicho papel.

Anna y yo nos vimos en pocas ocasiones, pues ella se encontraba de gira por Europa,

promocionando su nueva colección y viajaba con frecuencia entre París, Milán y

Edimburgo.

La gran parte de mi tiempo la pasé, entre la casa de mi madre y la academia, donde

impartía algunas charlas y talleres, a petición de Hoffman.

Ver de nuevo a Shirley, me trastocó un poco, pues pensaba que mi bizarra obsesión

por ella había cesado, pero no.

Algo dentro de mí andaba mal y no lograba entender qué. No sé qué rayos tenía ella,

pero poseía un extraño don para hacer que mis neuronas se activaran imaginando las mil y

una posiciones existentes en las cuales deseaba tenerla. Más de una vez me sorprendí teniendo erecciones espontáneas al contemplar como mis más profundos deseos carnales

tomaban vida en mi cabeza, mi imaginación se había convertido en mi enemiga y dicha reacción espontánea de mi miembro, me obligaban a dejar la academia casi de inmediato

tras el cobijo incógnito de mi maletín, para evitar que alguien se diera cuenta de que mi

inoportuno amiguito estaba despierto y atento.

Fueron muchas las veces en las que deseé acercarme a ella, hablarle, hacer algo, pero

algo me lo impedía. Me sentía expuesto, como un adolescente púber frente a la

niña más

codiciada del colegio. Tal vez era el grado de indiferencia que ella demostraba conmigo, lo que me hizo desearla más y más.

Era increíble el hecho de que yo llegara a una habitación en la que ella se encontraba

y lo único que recibía era una sonrisa amable o una mirada de reojo, o un simple “hola”,

mientras yo la desnudaba en mi mente.

Me estaba convirtiendo en un depravado.

¡Maldición!

Esa mujer me ponía mal. Pero Anna llegaba a mi mente, recordándome una y otra vez, con quien era mi compromiso.

—¡Xander!

Hoffman levantó la voz para captar mi atención. Sin querer me había quedado mirando a Shirley, quien se encontraba sentada en un asiento en la parte trasera del salón  
junto a sus otros compañeros. Charlaba con ellos por momentos para luego sumergirse en

su lectura, una vez más. Con la cabeza inclinada, su largo y oscuro cabello caía en cascada sobre su mesa. Ella no apartaba la mirada de su libro y se veía tan sublime, tan... hermosa.

»Muchacho, reacciona. ¿Por dónde rayos andas? ¡Planeta Tierra llamando a Xander!

Vincent se burló de mi falta de interés hacia él y lo que hacíamos. Esa tarde discutíamos acerca de la obra que elegiríamos para dar inicio al proyecto. En el escritorio teníamos dispuesto 16 libretos. Sin embargo, hubo uno que llamó mi atención de manera

exagerada. La imagen en la portada me

hipnotizó, era una mujer de cabellera negra, que

miraba hacia el cielo, con tanta majestuosidad que me recordó a Shirley, lo que me hizo

levantar la mirada de nuevo y clavarla en ella, perdiéndome entre mi deseo y mi muy bien

dotada imaginación.

»Pero ¿Qué rayos? —Balbuceó Hoffman siguiendo mi mirada con sus ojos—. ¡Oh!

Ya veo.

Logré espabilar al notar la intensa mirada de mi viejo amigo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué sucede? —dije tratando de recuperar la compostura.

—Te gusta la chica —afirmó él.

—Sí —susurré. Le contesté sin pensarlo, contemplando a Shirley con cara de idiota.

Hoffman se carcajeó



—Invítala a salir, no creo que diga que no —en ese momento reaccioné.

¿Había dicho que sí?

—No. No ¿Dije que me gusta? ¡Pffff!  
¡Claro que no! Bueno, reconozco que es una

mujer muy agradable, pero hasta allí.  
Yo... —me callé al notar la mirada  
acusadora del caballero a mi lado.

—Sí claro y yo soy *Johann Sebastian Bach* —agregó soltando otra carcajada  
—. No

te preocupes muchacho, esto quedará  
entre nosotros —me dio unas palmaditas  
en el hombro—, pero yo insisto.  
Deberías invitarla a salir.

—Estoy comprometido, Hoffman —  
respondí secamente.

—¿Y? —me miró fijo y sus ojos decían:  
“como si eso te detuviera”.

Yo reí a carcajadas.

—Ésta me agrada —dije tomando el  
libreto que había captado mi interés.

—¡Sí, dale! Cambio de tema ¿Sabes que  
eres un especialista haciendo eso? —  
tomó

el pequeño manuscrito y lo miró—. ¡Ah!  
La opereta. No te preguntaré en quien  
pensaste

para el protagonista —fue su comentario burlón para referirse a que yo había elegido dicha

obra, porque la mujer en la portada se parecía a Shirley y no era para nada falso. Sonreí y asentí con la cabeza—. Bueno. Ahora nos tocará adaptarla para teatro.

—Me parece genial —coincidí con él.

Los días transcurrieron y tuve que viajar a los Estados Unidos, esa vez mi destino sería Boston, donde comenzaría el rodaje de *“Heart of Stone”*. Una película biográfica basada en *The Dark Poet*, mejor conocido como *George Paine*. Una película súper emotiva, que

narraría la vida del *rockstar* de Massachusetts, su ascenso a la fama, sus tantos problemas de adicción y sus dos matrimonios infructuosos, hasta llegar a su fatídico desenlace. Él se había unido al *club de los 27* después de que su vida culminara faltando escasos días para cumplir los 28 años.

Al finalizar la filmación, recibí algunas llamadas provenientes de varios estudios con

ofertas bastante tentadoras para protagonizar algunos [remake6](#) de afamados clásicos. Mi agente se reunió con uno de ellos para dialogar los términos del contrato que me ofrecían.

En caso de llegar a un acuerdo, el rodaje comenzaría para mediados del año entrante, así

que por el momento podía tomarme un merecido descanso.

Antes de regresar a Inglaterra hice una visita a los estudios Alkar, los encargados de

la saga “Harvinder”, donde me reuniría con parte del equipo técnico y parte del elenco, para charlar acerca de la nueva entrega, la cual estaba confirmada y en la que ya los guionistas habían comenzado a trabajar.

Ver a Bárbara después de tanto tiempo,

hizo que esa parte salvaje, la que llevaba varios meses dormida, despertara. La señorita Harris tenía cierto magnetismo que me hacía perderme en su deliciosa piel y prominentes curvas. Aunque Bárbara y yo teníamos

nuestras parejas estables, éramos una tentación el uno para el otro.

Esa noche, después de nuestra reunión con los productores de la película, la invité a

mi habitación de hotel, con el objetivo de recordar viejos tiempos.

Después de algunas copas, nos pusimos

un tanto cariñosos. Ambos concordamos en

que era necesario aprovechar al máximo nuestro encuentro furtivo.

Ella llevaba puesto un delicado vestido negro de encaje, su cabello suelto en rizos enmarcaban ese rostro de diosa que me fascinaba, sus labios carnosos pintados de rojo, me

encendieron al mirarlos. Ella era poseedora de una sonrisa malévola, que me incitaba a comportarme como el más depravado de los pervertidos.

Me acerqué y sin ningún tipo de sutileza, la sujeté del cabello, inclinando su

cabeza

hacia atrás para luego abrirme paso con mi lengua en su boca. La actitud lasciva y desinhibida de Bárbara me prendió de inmediato.

«Pero... ¿¡Qué rayos!?!».

Di un paso hacia atrás, aterrado de lo que veía.

Al abrir mis ojos no era Bárbara a quien veía, era el rostro de otra mujer...

...el de Shirley.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? —me preguntó con voz trémula.

Cerré mis ojos como tratando de sacar esa imagen de mi mente y sacudí la cabeza.

—Sí. Bien —abrí los ojos y vi como Bárbara se deshacía de la parte superior de su

vestido.

Se quitó el sujetador y dejó sus pechos al descubierto para mí, a la vez que humedecía la punta de sus dedos con su lengua para luego pasarlos sobre sus pezones, todo eso sin apartar sus ojos de los míos.

Se me hizo agua la boca.

Tragué grueso mientras sentía que mi miembro se endurecía. La mujer frente a mí era fuego puro.

Me acerqué y le quité el vestido, sacándoselo por los pies. Mi querido amigo

comenzó a sentirse atrapado dentro de mis pantalones. Necesitaba salir. Estaba hambriento

y ese cuerpo frente a mí era una comida succulenta, un delicioso manjar.

Desabroché mi cinturón y Bárbara se arrodilló frente a mí, estaba dispuesta a devorarme, darme placer y hacerme

sentir como su amo.

—Lo quiero todo —susurró mientras bajaba la cremallera. Mi pulso aumentó al

sentir como su suave mano sujetaba mi pene.

Un débil gruñido escapó de mis labios.

Aparté los mechones de cabello que estorbaban mi visibilidad mientras ella

succionaba y daba lametones. Cerré mis ojos para concentrarme en esa sensación tan deliciosa.

Al abrirlos, el rostro de Shirley

apareció de nuevo, pero esa vez no reprimí mi deseo.

Me dejé llevar. Cerré mis ojos y dejé que la imaginación hiciera su trabajo.

Mientras Bárbara llevaba a cabo una felación de campeonato, en mi mente era otra la

mujer la que me llevaba al nirvana.

Sin poder evitarlo, me corrí en su boca.

Abrí los ojos para encontrarme con un par de ojos verdes que destilaban furia.

«¡Mierda!».

Maldije en mi mente al darme cuenta que había llegado al orgasmo prematuramente,

cosa que nunca me había sucedido en la vida.

Bárbara se puso de pie de un salto y me dio la espalda. Traté de hablar pero ella se

adelantó...

—¿Qué diablos ha sido eso? —dijo mientras se limpiaba la boca con la mano.

—Lo siento, yo... —me sentí muy apenado.

—No te preocupes. Lo atribuiré al hecho de que has estado expuesto a mucha

tensión, últimamente —comentó con desdén.

—Bárbara, por favor ven... —supliqué y me acerqué a ella—. Dame diez minutos y

te recompensaré —la miré lascivamente y me mordí el labio.

Ella me fulminó con su mirada.

—No tengo diez minutos —se soltó de mi agarre y comenzó a vestirse.

Me sentí tan impotente y tan molesto conmigo mismo. Anhelaba a Bárbara pero mis

ganas por estar con Shirley eran como fuego que recorría mis venas. El hecho de pensar en

ella había causado en mí una sensación tan intensa, que con un simple roce habría podido

llegar al clímax, sin ningún esfuerzo.

—Tú me enciendes demasiado —mentí tratando de excusarme por mi pronta eyaculación.

—Sí, sí. Como tú digas —se dio la vuelta, tomó su bolso y salió de la habitación dando un portazo.

—¡Mierda! —dije entre dientes mientras subía el cierre de mi pantalón.

«¡Maldición Shirley! Mira lo que me has hecho».

Me dejé caer en el borde de la cama, sintiéndome como el estúpido más grande del

mundo. Eso que sentía por Shirley había sobrepasado el límite, ya no era sano para mi salud mental.

«¡Serás mía, Shirley Sandoval! Cueste

lo que me cueste».



## Capítulo 4

Una vez cumplidos todos mis compromisos, por fin pude dedicarme de lleno a “mi proyecto” —secretamente de Hoffman— como Dios manda.

El año llegaba a su final y Vincent había convocado a todos los estudiantes del primer y segundo año para que presentaran sus perfiles académicos a fin de concursar por

un papel en la primera puesta en escena del Proyecto de Teatro Experimental, así era como

Hoffman lo había nombrado. Dicho proceso de auto-postulación duró dos semanas, luego

Hoffman y yo nos dedicamos a elegir el elenco entre los participantes.

Fueron varias las ocasiones en las cuales me sorprendí buscando un expediente en específico entre el montón de carpetas regadas en mi escritorio.

Faltando un día para que la prórroga de entrega de expedientes culminara, revisé de

nuevo todos los perfiles. Buscando uno en especial, el de Shirley, pero nada. No estaba.

Me sentí confundido, pues pensé que tal vez ella no se había enterado de dicho concurso, o simplemente había decidido no participar.

Decidí no darle muchas vueltas al asunto así que sin dudarlo más, telefoneé a

Redman, al fin y al cabo era su mentor, él debía saber algo.

—*¡Xander! ¿Qué cuentas?* —Redman contestó con alegría. No hablé. Comencé a balbucear como un descerebrado. «¿Qué rayos pasa conmigo?» —

¿Xander? ¿Estás bien?

—el hombre que estaba al otro de la línea, insistió.

¡Genial!

Había logrado que Redman, el hombre más despreocupado del planeta, se preocupara.

—Sí. Bien —respondí titubeando.

—¿Sucede algo, muchacho?

—No. No Scott, todo está bien. Te llamo para... — ¿Qué se suponía que le iba a decir? No podía sonar como un reclamo,

pues entonces Redman comenzaría a pensar lo que no era, tenía que medir mis palabras—, para hablar acerca de... tu... chica.

—¿Mi chica? ¿De qué hablas? Estoy divorciado y no tengo novia —supe que su

comentario había sido en chiste.

Redman era un hombre solitario, pues así lo había decidido él, después de que su matrimonio de casi 15 años se hubiese roto luego de que su esposa le fuese infiel con “un

productor de pacotilla”. Así era como le decía Redman al hombre que le había

robado a su

amada, aunque con el tiempo comprendió que su esposa no lo había amado de verdad, sólo lo había usado para escalar posición dentro del mundo del espectáculo. Si no fuera porque Scott era muy simpático con todo el mundo y extrovertido en demasía, habría pensado que después de eso se había convertido en un erudito asocial.

—No, no... no me refería a eso —reí nerviosamente—. Creo que se llama Shirley, tu

protegida...— «¿Creo? ¿Pero qué rayos estoy diciendo?» Claro que sabía su nombre, pero

por alguna extraña razón quería pretender que no tenía el más mínimo interés por esa mujer ¿Por qué? Era algo que no lograba entender.

—¡Ah! Sí, sí. ¿Qué pasa con ella? — indagó él.

¿Cómo rayos se suponía que iba a decirle que estaba molesto porque no veía el perfil

de Shirley entre los postulados?

¡Un momento!

¿Yo estaba molesto?

«¿Qué rayos pasa conmigo?», me lo

volví a preguntar.

Permanecí en silencio por unos segundos, tratando de buscar las palabras adecuadas

para no sonar como un desesperado ni como un niño caprichoso. Anhelaba trabajar con Shirley, compartir mi tiempo con ella y el hecho de saber que ella no había entregado su

expediente, me llenó de ansiedad, pues me dejaba claro que trabajar conmigo o no, no era

algo que le quitase el sueño. Me rechazaba una vez más.

—¿Xander? ¿Qué diablos pasa contigo?  
Te noto algo extraño —la voz de Scott  
rompió el silencio, devolviéndome a la  
realidad.

—¡Oh! Lo siento Scott, me distraje con  
algo — mentí—. Estoy revisando los  
perfiles

de los aspirantes para el proyecto de  
Ho... —me detuve al darme cuenta que  
había estado

a punto de echarlo todo a perder,  
revelando que el proyecto era de  
Vincent y no mío. Scott

era de confiar, pero yo le había

prometido a Hoffman que no le diría a nadie que él era la

mente maestra detrás del plan—, mi proyecto —dije rápido, corrigiendo mi descuido.

—¿Ajá? —Redman comenzó a impacientarse.

—Me resulta curioso que entre todos los expedientes que tengo acá no está el de...

Shirley. Pensé que tal vez sería una de las primeras en participar, ya que es una de las estudiantes que se ha destacado en los talleres y...

—¿Qué dices? ¿No lo entregó? —  
vociferó. Estaba muy sorprendido—.  
¿Pero qué

rayos sucede con ella? Le he dicho mil  
veces que no debe desaprovechar  
ninguna oportunidad —la molestia  
comenzó a hacerse notoria en la voz de  
Scott.

—Tal vez le incomode trabajar conmigo  
—señalé.

—¡Pfff! ¿De qué hablas? La gente  
mataría por trabajar contigo. Déjame ver  
algo. No  
cuelgues.

No sé por qué, pero hubo algo en la voz de mi estimado amigo, que me llenó de tranquilidad. Esperé por algunos segundos, mientras escuchaba algunos ruidos extraños al

otro lado del teléfono. Pude oír como Redman arrimaba cosas y rebuscaba entre papeles.

Una que otra maldición salió de su boca y de nuevo arrimó algo.

—Bien. Listo. Sí, lo tengo.

—¿Qué cosa? —mi confusión se hizo notoria.

—El expediente de Shirley. Lo tomé

prestado hace una semana, lo necesitaba para hacer el papeleo de la matriculación de este año. Pasaré por tu departamento y te lo llevaré.

—Pero... Scott, ¿no crees que ella se moleste si haces eso?

—¡Pamplinas! Soy su mentor, ella sabe que todo lo que hago es por el bien de su carrera —era verdad, él nunca tomaba decisiones erradas y si él estaba de acuerdo con que

ella participara en la obra, pues era porque así debía ser—. Es una gran oportunidad para

ella y no dejaré que la deje pasar —

agregó.

Transcurrieron algunos minutos.

Mientras esperaba a Redman, aproveché en comer algo para calmar mi ansiedad.

Navegué un rato por la web, caminé de un lado al otro en mi sala y volví a chequear todos

los expedientes que estaban en mi mesa. Miraba el reloj cada cinco minutos como si hiciese que el tiempo pasara más rápido. Poco a poco fui dejando vacía la despensa de la

cocina, había devorado todas las galletas de chocolate, los palitos de

maíz con queso y los aritos de cebolla que había dejado de la cena. Al día siguiente me preocuparía por quemar ese montón de calorías, duplicando mi rutina diaria de ejercicios.

El timbre sonó y di gracias a Dios porque mi incertidumbre por fin llegaría a su final.

Caminé de prisa para abrir y allí estaba Redman, con un jean desgastado y una chaqueta

negra, que hacía juego con sus botas de invierno.

—Pasa adelante —lo apremié para que

entrara.

Una vez dentro, caminé en dirección a mi estudio y le hice un ademán para que me

siguiera y nos ubicamos en mi lugar de trabajo.

—Acá tienes. Espero que la consideres para un buen papel —me dijo mientras extendía una carpeta azul hacia mí.

Yo la tomé y comencé a hojearla, sin perder tiempo.

Su perfil académico era asombroso, tenía calificaciones excelentes y

comentarios

destacados de algunos profesores, los cuales en mi época de estudio me hicieron la vida

imposible. No pude evitar sonreír ante tanto talento y dedicación. Redman debió notar mi

entusiasmo porque no pudo evitar hacer un comentario al respecto.

—Te dije que era buena. Espera nada más a verla en acción —la palabra “acción” me

hizo imaginar algo muy pecaminoso y sin poder evitarlo reí a carcajadas.

—¡Sí! Muero por ganas de verla en acción —hablé entre risas mientras Redman no

dejaba de verme como si yo fuese un bicho raro.

—Bueno, me voy. Dejé mi cena a medio comer para venir cuanto antes a traerte esto

—me dio un abrazo fraternal—.

Descansa, muchacho —se despidió.

—Un momento —lo detuve cuando me percaté de un extraño papel dentro de la

carpeta. Era un talonario de pago—.

Pensé que ella había ganado una beca —

agité el papel

entre mi mano.

—Sí. Ganó una beca para un curso de tres meses —contestó él. Fruncí el ceño. No

entendía nada —Cuando el periodo de su beca culminó, pasó a ser una alumna regular.

—La matrícula es muy costosa ¿Cómo la pagó?

—Verás. Ella no la pagó.

—¿De que estas hablando?

—Yo la pagué.

Abrí mis ojos como exorbitados ante tal confesión y un nudo se formó en la boca de

mi estómago. ¿Por qué Hoffman pagaría una costosa matrícula para una chica que había

encontrado en un remoto país? Un pensamiento perturbador se adueñó de mi cabeza.

—¡Oh! Ya veo. Entonces tu interés por ella es mucho más... —él me miró como si

no me comprendiera, o tal vez quería

hacerme creer que no lo hacía porque le daba vergüenza reconocer que era un viejo verde que se metía entre las faldas de una jovencita

soñadora y sedienta de ilusiones, con la promesa de ayudarla mientras ella le retribuía con ciertos favores de índole sexual. Me estremecí ante tal idea.

—¡Oh por Dios! ¿Por quién me estás tomando? —la indignación de Redman me

pareció genuina—. No es lo que estás pensando.

—Tranquilo. No soy quién para juzgarte. Ella es preciosa.

—¡Xander! —Scott levantó la voz—. No es nada de eso. Lo hice porque quise. Ella

no lo sabe y te agradecería mucho que no se lo dijeras. Shirley piensa que es parte de su

beca. El único que lo sabe es Hoffman y ahora tú.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué haces todo esto por ella? Digo, es talentosa, pero jamás

habías hecho semejante cosa por nadie.

—¿Quieres saber por qué lo hago? —me miró con un duro semblante. Yo asentí

---

Hace diez años, en Cambridge, vi a un jovencito muy talentoso. Deseé poder ayudarlo, darlo a conocer en el mundo, pero a duras penas era el asistente de un productor de pacotilla. No tenía el poder que tengo hoy en día. Le pedí a Jeffrey Saint-Michael que no

lo dejara escapar, que le ofreciera un contrato con la agencia...

—Un momento. ¿Dijiste Cambridge? ¿Jeffrey Saint-Michael? —conocía ese nombre. Así se llamaba el hombre que me había dado la oportunidad que tanto había buscado, después de mi

participación en una obra de teatro en...  
Cambridge.

Miré a Redman con notoria sorpresa.

—Eras tú, Xander. Tú eras ese  
jovencito.

—Pero... ¿por qué? —farfullé sin poder  
creérmelo.

—¿Por qué? Vi tu frustración, tu dolor,  
tu desesperación. Pedías a gritos una  
oportunidad. Y yo me pregunté: “¿Por  
qué no le han dado una oportunidad, si  
es tan bueno?”. Así que yo te la di,  
indirectamente. Vi tus sueños, tu pasión,  
tu ilusión, tus ganas de ser grande,

haciendo lo que de verdad amabas hacer. Todo eso lo vi en ella, en Shirley.

Ahora si tengo el poder de hacer que los sueños de alguien se hagan realidad. Por eso lo

hice.

Sonreí.

—Gracias Redman.

Lo abracé con fuerza. Expresando toda la admiración que sentía. Si antes lo

admiraba, mi fascinación se hizo más grande. Scott Redman era el ser humano más desinteresado del mundo. A él lo

único que le importaba era ayudar a los demás, aunque al

final no recibiera una recompensa. Las recompensas materiales no le importaban en lo más mínimo. Él era feliz sabiendo que había logrado ayudar a alguien para que triunfara.

Todo tuvo sentido para mí.

—Mi cena se va a enfriar —comentó él y yo sonreí. Lo abracé una vez más y lo acompañé hasta la puerta.

Sin perder tiempo, abordó su coche y se marchó.

Me dirigí a mi estudio, me senté en el

sofá y me dispuse a ver el expediente de Shirley. Me llenó de gratitud saber que teníamos algo en común; Sueños.

Me quedé dormido, sumergido entre mis fantasías. Esa noche fue la primera vez que

soñé con ella.

*Shirley estaba sobre el escenario y todo el mundo aplaudía. Me acerqué para felicitarla y ella saltó a mis brazos. Sus labios se estamparon contra los míos, con pasión.*

*La tomé entre mis brazos y palpé ese delicado cuerpo, cada curva, cada poro de su piel.*

*Nuestra ropa comenzó a escasear. Su cuerpo era fascinante, sus senos, dos perfectas colinas las cuales pedían a gritos ser mordidos. Jugueteeé con mi lengua sobre sus pezones mientras ella me apretaba contra su cuerpo y pude sentir su piel arder. Bajé hasta su parte más delicada y mi lengua jugueteeó entre sus carnes. Con delicadeza introduje mis*

*dedos y ella gimió de placer. Me puse de pie y la recosté sobre el suelo del escenario. La audiencia nos observaba atenta y a nosotros nos encantaba ser vistos. La penetré de tal manera que un grito escapó de su boca a la vez que yo aplacaba tal grito con mis labios.*

*La sentí húmeda y palpitante. La sentí mía. Su voz susurraba mi nombre y yo la poseía con ímpetu hasta que...*

...desperté.

—Maldición —dije entre dientes al caer en cuenta que había sido un sueño. Un muy

vívido y agradable sueño.

Miré mi reloj y vi que eran las ocho de la mañana. Salí de mi cama y...

¡Oh, oh!

Alguien más, además de mí, estaba despierto y muy atento.

Caminé hacia la ducha y me dispuse a ducharme, pero mi querido y rígido amigo no

quiso cooperar, así que tuve que darle una mano.

Llegué a la academia unos minutos retrasado así que me apresuré en llegar al taller

donde estaría esperándome Vincent y todos los alumnos que habían entregado su

expediente. Ese día anunciaríamos quienes serían los elegidos para participar en el proyecto.

Cuando estuve en la puerta, Hoffman me lanzó una mirada inquisitiva. Me encogí de

hombros y sonreí con timidez. Mi gesto logró suavizar los rasgos de Vincent, quien enseguida se puso de pie para dar comienzo a la actividad.

—Buenos días —él saludó a todo los presentes—. Hoy es un día especial. Muchos

de ustedes se estarán preguntando a qué se debe este *casting*. Mi deber es informarles...

Vincent comenzó a dar todos los detalles referentes al “Proyecto de Teatro

Experimental”, pero más allá de oír lo que él decía, inconscientemente, con mi mirada buscaba a Shirley entre ese montón de gente. No la había visto sentada entre las primeras

filas y me desesperé un poco, pensé que tal vez el simple hecho de que ella no hubiese entregado su perfil, era motivo suficiente para que ella ni siquiera hubiese asistido a la convocatoria.

—...sin más preámbulo, los dejo a cargo de nuestro querido amigo Xander Granderson —finalizó él.

Saludé a todos. Muchos rostros denotaban total sorpresa, así que en ese

momento comprendí que nadie sabía que yo estaba detrás del proyecto y me sentí aliviado al entender que no era porque Shirley no hubiese querido trabajar conmigo.

Al llegar al centro de la multitud, continué paseando mi mirada por todo el lugar.

—Buen día tengan todos —hice una leve reverencia, pero mi concentración estaba

abocada en encontrarla a ella, a Shirley.

Seguí mirando y logré divisar a Anette. Sabía que ambas eran muy buenas amigas,

pues las veces que había ido a la academia a impartir las charlas y los talleres siempre las veía juntas, secreteando y haciendo esas cosas típicas de dos buenas amigas.

»Como ha dicho Hoffman, seré el encargado de llevar a cabo el proyecto... —

proseguí a la vez que levantaba mi cabeza, con la esperanza de encontrarla y...

¡Bingo!

Estaba, sentada en la parte posterior de la sala, de espalda. Por lo poco que pude detallar, escribía algo en una

libreta y llevaba auriculares puestos. Percibí que estaba desconectada de su entorno

»Hace dos semanas —continué—, comenzamos a recibir los expedientes de todas las

personas interesadas en participar en este proyecto y hoy anunciaré quienes son los elegidos.

Me encaminé hacia el escritorio, donde pude ver que se encontraba Hoffman y

Redman, quien al parecer acababa de llegar. Les sonreí y sin perder tiempo, comencé a tomar uno a uno, los expedientes de los seleccionados y

comencé a llamarlos en voz alta.

Uno a uno los fui nombrando, del mismo modo que les asignaba sus roles

correspondientes, algunos estaban sorprendidos por haber sido elegidos, otros por el contrario se mostraron seguros y algo arrogantes. A quien iba nombrando, se posicionaba

a mi derecha a la vez que le devolvía su respectivo expediente.

En el instante que llegué al expediente de Shirley, mi corazón se detuvo. La había dejado para el final, pues la había escogido para el protagónico. Una decisión un tanto arriesgada, pero

confiaba en Redman y su buen ojo crítico. Si para él esa muchacha era oro, pues... ¿quién rayos era yo para cuestionarlo?

Di una resumida descripción del papel de “Rosalinda” y especifiqué que era el rol protagónico. Pude ver cierta emoción y cierta expectación en el rostro de algunas damas

presentes. Había muchas buenas actrices, algunas del segundo y tercer año. Supe que el hecho de que yo hubiese elegido a una alumna de primer año con poca experiencia, iba a

despertar la molestia de muchas.

Me llené de valor y sin titubear dije su nombre.

El lugar quedó en silencio y los presentes se miraron entre ellos como buscando a la

afortunada, pero yo sabía que no estaba allí. Fijé mis ojos en la despreocupada y callada

chica que se encontraba al final del salón. Todos giraron de golpe, siguiendo mi mirada.

Los murmullos no se hicieron esperar, estaba seguro que las protestas comenzarían a sonar

en cualquier momento.

Tal vez haya sido la fuerza con la que algunos la miraban, y el deseo latente en mis

ojos posados sobre ella los que hicieron que súbitamente, ella, se girara hacia nosotros.

Supe que estaba confundida.

De un brusco movimiento se deshizo de su burbuja musical, arrojó sus auriculares a

un lado y fijó su mirada sobre mí. En sus bellos ojos pude ver un atisbo de temor.

—Sí. Tú. Ven —dije con serenidad mientras le hacía un ademán con mi mano para

que se acercara.

Por la manera en que ella miraba a su alrededor, daba la impresión de que fuese un

animalito mal herido rodeada de una decena de depredadores. Reí en mi interior ante semejante analogía. Ella se acercó con lentitud y noté que el ambiente, de repente, se tornó un poco tenso.

—¿Estás bien? —indagué.

Ella se mostró muy aterrada.

—Sí. ¿Por qué la pregunta? —sus ojos se clavaron en los míos.

—Pues no has dicho nada ¿Estás de acuerdo? —«¿*Estás de acuerdo? ¿Pero qué*

*diablos pasa contigo, Xander? Ella no tiene idea de lo que estás hablando*». Escupió la voz de mi consciencia.

—Un momento. Me perdí. ¿De acuerdo con qué? —ella agitó su cabeza y yo no pude evitar soltar una carcajada.

—Con el protagonista, quiero que seas

tú la protagonista —dije sin pensar.

—Pe...pero yo no presenté mi expediente ¡No entiendo que está pasando! —dijo con

voz temblorosa y dirigió una mirada nerviosa a Redman, quien se limitó a sonreírle.

—Redman me dio tu expediente ayer. ¡Vaya! Tienes mucho potencial —acoté con

total seriedad tratando de sonar lo más profesional posible.

—Creo que es un error, yo no... —ella trató de hablar, sin embargo el

descontento de

algunas chicas se hizo presente.

—No es justo, ella no quiere el papel, además no presentó su expediente por cuenta

propia —interrumpió una de las chicas presentes.

—¡No me importa! Yo soy el productor de la obra —sin querer levanté la voz.  
Me

giré hacia Shirley —, y quiero que tú seas mi protagonista —enfaticé.

Ella estaba frente a mí, en completo

silencio. Sus ojos brillaron de una manera extraña.

—¿Puedo interpretar tu silencio como un sí? —titubeé. No tenía ni la mínima idea de

cómo reaccionaría. Estaba a la espera de una actitud hostil de su parte, inconscientemente

me había preparado a la negación, pero al contrario de todo pronóstico, ella asintió con la cabeza mientras su mirada se perdía en el horizonte. Noté que su mente estaba divagando,

como tratando de entender que estaba sucediendo—. ¡Bien! Todas las personas

qué

nombré, por favor diríjense al taller siete. Nos reuniremos allí en unos minutos —

puntualicé sin darle más largas al asunto.

Ella aceptó, era lo que me importaba.

Me acerqué un poco más a ella. No entendía porqué, pero ella me inspiraba ternura

absoluta. Tomé su mano y sin vergüenza la miré a los ojos, mi lado seductor despertó.

—No te me vas a escapar—traté de sonar lo más tentador posible, pero ella frunció

el ceño. Tuve que cambiar mi estrategia —. Tienes una cara de espanto, pareciera que vas a

salir corriendo en cualquier momento. No tengas miedo. Lo harás bien — bromeé un poco,

tratando de aligerar la tensión creciente. No obstante, a pesar de que en mi cabeza sólo deseaba alejarme de ella, mi cuerpo reaccionó adversamente y sin pensarlo la abracé —

¡Lo harás bien! ¡Confío en ti! —susurré.

Allí estaba ella, de pie y muda.

Me separé un poco para poder ver su rostro y pude notar que tenía los ojos cerrados

y respiraba profundo. Supuse que tal vez trataba de disipar sus repentinas ganas de golpearme por haberla metido en el proyecto sin consultárselo. Reí ante mi suposición.

—¡Andando! —rompí el incómodo silencio y me separé de ella.

Agité mi cabeza con fuerza en el momento que me adentré en el lugar pautado. De

repente, mi cabeza se había llenado de pensamientos locos, el sueño que había tenido la noche anterior, vino a mí y un ligero calor se apoderó de mi cuerpo.

Tuve que inhalar y

exhalar repetidas veces para calmar mi ritmo cardíaco desbocado.

—¡Hola, de nuevo! —saludé a los seleccionados, tratando de sonar lo más jovial e

informal posible. Me aproximé al escritorio sobre el cual se disponían algunas copias del

guión de la primera obra que llevaríamos a cabo y me senté—. Como

todos saben, esto es

una iniciativa por parte del profesor...

—¡Mierda! Me callé abruptamente.

Había estado a

punto de revelar —una vez más—, que todo era idea de Hoffman. Carraspeé mi garganta y

retomé la palabra—, por parte mía. Una idea mía —recalqué—, para promover el Teatro

Contemporáneo. Ustedes están aquí porque yo los elegí y serán los pioneros en esto... —

proseguí a la vez que me levantaba de

mi asiento.

Tomé el original del libreto y comencé a hojearlo—. La obra elegida es “El

Murciélago”, mejor conocida como *Die Fledermaus*, de Johann Strauss. Todos los presentes comenzaron a murmurar y me apresuré en aclarar la confusión que se reflejaba

en sus rostros.

»Lo sé. Es una Opereta, pero recuerden que esto es “experimental” y por lo tanto será una adaptación. No se preocupen, no tendrán que cantar. La obra ha sido adaptada para teatro...

En ese instante recordé lo que había leído en el expediente de Shirley. Ella cantaba y

según las observaciones de la profesora Jones, lo hacía muy bien. Me volteé hacia ella. No

podía perder la oportunidad de hacerle saber que su talento me causaba más admiración de

la normal...

»A menos que tú quieras deleitarnos con tu voz. Leí en tu expediente, que también

cantas —comenté mientras caminaba hacia ella, parecía ser que mi cuerpo se

negaba a estar lejos del suyo. Pude notar como un leve rubor se apoderó de sus mejillas y una risita tímida escapó de sus labios

—Es un pasatiempo. Nada profesional  
—por fin habló. Su hermosa voz me hizo

sentir algo extraño en la boca del estómago. Me giré de prisa, obligándome a no ser tan

obvio frente a los demás...

¡Dioses! Esa mujer despertaba mi lado más perverso y pervertido. Eran miles las formas que llegaban a mi mente, maneras de poseerla, de hacerla mi mujer.

De nuevo, ese sueño invadió mi mente y sacudí mi cabeza para sacarlo de allí.

—Muy bien —aclaré mi garganta al notar un leve atisbo de quiebre—.

Pasaré por

cada uno de sus asientos y les haré entrega de una copia, por favor concéntrense en cada

uno de sus personajes, pues tenemos dos meses para montar el *performance* — agregué dejando una copia del libreto a cada uno de los actores. Al llegar a ella —, ¡Rosalinda! —

dije en referencia al papel que le había asignado.

Ella me miró con el ceño fruncido y agitó su cabeza.

—¿Qué? No. Me llamo Shirley —  
respondió de inmediato. No pude evitar  
sonreír

ante su inocencia.

—Me refiero a tu personaje. Tú serás  
Rosalinda. La dulce y bella Rosalinda.  
Claro

que sé tu nombre, Shirley —por un  
momento ella pareció ausente—. ¡Hey!  
¿Estás bien?

—sacudí mi mano frente a su rostro.

—Sí. Bien. Lo tengo. Rosalinda. Bien.  
Lo capto —Shirley comenzó a hablar  
como  
  
robot.

Me partí de risa.

—No es normal que los estudiantes de  
los primeros años sean elegidos para  
presentarse frente a público en vivo —  
me volteé, tratando de recuperar la  
compostura.

Caminé hacia los demás—, pero por ser  
este un programa especial, he hecho una  
excepción, además sé que ninguno de

ustedes me decepcionará.

La reunión duró aproximadamente una hora, en la cual además de charlar acerca del

cronograma de actividades planteadas para el proyecto, intercambiamos alguno que otro chiste para relajarnos un poco.

Al finalizar, ninguno de los presentes se retiró, por el contrario, parecía que esperaban que algo más sucediera, algunos estudiantes se me acercaron, alabando mi trabajo y al paso de cada segundo no podía evitar mirarla, era como si mis ojos fueran un

par de monedas y su cuerpo un imán.

Una extraña sensación de ansiedad se apoderó de mí.

«*¡Vamos campeón, a por ella!*», el pequeño diablito seductor en mi cabeza, habló.

Me acerqué a un grupo de jóvenes que charlaban y cuando notaron mi presencia, la

conversación se enfocó en mí, en mis películas y los tantos premios que poseía en mi haber.

La miré de reojo, mientras continuaba aparentando que charlaba con los chicos frente a mí, aunque en realidad, estaba

atento a cada uno de los movimientos de Shirley

Sandoval. Sin dudarle más, hice algo que pensé nunca más tener que usar como vil excusa

para llegar a la chica que me gustaba.

¡Un momento!

¿Estaba admitiendo que ella me atraía?

¡Por mil demonios, claro que me gustaba!

Durante todo el día, ese malvado sueño erótico había estado torturándome.

—Shirley —ella se volteó hacia mí—.  
Estoy tomando nota de los números  
telefónicos de todos, a fin de... ya  
sabes, mantenernos comunicados. Ya  
que vamos a estar

trabajando juntos durante un buen  
tiempo, sería bueno que  
intercambiáramos nuestros números  
telefónicos —dije tratando de sonar muy  
profesional—. Me es de imperativa  
necesidad tener el número de todos, en  
caso de cualquier emergencia —agregué  
con tono

despreocupado. Disimuladamente me a  
acerqué más a ella, Shirley estaba  
acompañada de

una chica y un chico.

Allí estaba yo, como cual adolescente tímido que se vale de cualquier treta para conseguir el número de la porrista sensual del colegio.

Le entregué mi móvil a fin de que ella anotara el suyo y de igual forma ella hizo lo

mismo. Luego de intercambiar nuestros números me quedé platicando un rato con ellos.

Mientras yo hablaba y hablaba, ella me observaba, atenta a mis palabras.

Por primera vez, la vi fascinada ante mi

presencia.

Al tenerla tan cerca, pude detallar su boca. Poseía los labios más tentadores que hubiese visto en mi vida, ni tan gruesos ni tan finos. Imaginé poder morderlos y el sueño

que había tenido, vino otra vez a mí y me vi invadido por una intensa oleada de calor.

Algo en mí se despertó, obligándome a retirarme.

Di una tonta excusa para poder salir de allí. Me despedí de todos y salí del salón casi

corriendo, percatándome de que mi pene quería salir a jugar. Maldije el hecho que los hombres tuviésemos que sufrir en público por las benditas erecciones involuntarias.

Respiré profundo y traté de acelerar más mi paso mientras cubría mi parte íntima con mi

maletín. Ignoré a todo aquel que se me acercaba. Necesitaba salir de la academia, urgente.

Llegué a mi coche y encendí el aire acondicionado, poniéndolo al máximo nivel. Era

increíble la forma en que esa mujer me

prendía sin tan siquiera tocarme. La deseaba con

todas las fuerzas de mi ser.

Mi móvil vibró, haciendo que me sobresaltara un poco. Al ver la pantalla, era Anna.

—Hola cielo. ¿Dónde andas? —le pregunté enseguida.

—*Cerca. Te llamaba para invitarte a almorzar y luego tal vez...*

—Bien. ¿Dónde? —la interrumpí, sin darle importancia al tono seductor de su voz en la última frase. Estaba muy ansioso.

—*¿Estás bien, amor? Te noto algo ansioso.*

—*¿Yo? Ehhm —balbuceé—. Sí. ¿Por qué preguntas?*

—*No, por nada, olvídalo* —hizo una pausa y pude escuchar un leve suspiro—. *¿Nos*

*vemos en el Savoy?* —preguntó ella. Yo permanecí en silencio por unos segundos, mientras mis neuronas trataban de hacer sinapsis. Había quedado mono-sináptico. Agité mi cabeza con fuerza para forzarlas a hacer contacto.

—*Dame 15 minutos y estaré allí* —

contesté.

—*Tranquilo bebé, no hay prisa. Si llegas antes que yo, no olvides....*

—Sí. Una mesa cerca de la ventana —la interrumpí de nuevo.

—*De acuerdo. Nos vemos allá.*

Finalicé la llamada y puse mi vehículo en marcha, concentrándome en Anna.

Ella era

mi compañera y no tenía porque rayos andar pensando en otra mujer.

Sin embargo Shirley irrumpía sin permiso en mis pensamientos. De nuevo

el sueño,

ese excitante sueño, volvió a despertar un deseo avasallador en mí.

Al llegar al restaurante vi que Anna no había llegado, así que proseguí a hacer lo que

ella siempre demandaba, una mesa cerca de la ventana para evitar los repentinos sofocos

que le daban. Yo siempre bromeaba con ella al respecto y le decía que ya estaba menopáusica, lo que a ella le daba mucha gracia y terminaba haciendo pucheros típicos de

ancianita. A mí me encantaba eso, Anna se tomaba la vida a la ligera y yo también.

«¿Cómo será Shirley en ese aspecto? ¿Le gustará gastar bromas? ¿Charlar de tonterías? ¿Hacer tonterías? ¿Le gustaría hacerlas conmigo?».

Me sorprendí pensando en ella y sentí temor.

Tomé mi móvil y me vi tentado a escribirle. Mis ojos se fijaron sobre la pantalla de

mi móvil por un par de minutos mientras pensaba en si debía o no escribirle...

—¡Oh! Aquí estás... —la voz de Anna llegó a mis oídos—. ¿Llegaste hace mucho?

—meneé mi cabeza en negación. Ella se acercó y me dio un corto beso en los labios, le

entregó su bolso y abrigo al camarero, se quitó los guantes y se sentó frente a mí—. Una

completa pesadilla para encontrar donde estacionar. Si seguimos así, dentro de poco, Londres estará abarrotado por completo.

Sonreí por inercia ante su comentario.

—¿Van a ordenar los señores? —un joven de estatura media y ojos claros se acercó a

nuestra mesa.

—Sí —respondí de inmediato—. ¿Qué te apetece, cielo? —le pregunté a Anna.

—Pediré una Capresa —se giró hacia mí—. Algo ligero —me guiñó el ojo y le

entregó el menú al caballero que nos atendía.

—Yo quiero una Capresa también con un filete miñón de ternera y puré de patatas

—

le di la vuelta al menú—. ¿Les quedan croquetas? —pregunté. Anna me miró con el ceño

fruncido.

—Sí, señor. Especiales con jamón de pavo —contestó el camarero.

—Bien. Tráenos eso de entrada, por favor —le indiqué y le entregué el menú. Anna

me miró como si se tratase de un desconocido—. ¿Qué? —inquirí mientras le daba un sorbo a mi vino.

—¡Wow! ¿Estás bien amor?

—Sí, tengo hambre —contesté precipitado, aunque la verdad era otra. Yo no estaba

nada bien. Me sentía ansioso y un tanto... desesperado.

—Ya veo.

Cenamos, charlamos y tomamos algunas copas de vino tinto. Hablamos de todo un

poco, de la boda, de los días que debía acompañarla a elegir la cubertería, los manteles, a probar pasteles y postres, pero aunque mi cuerpo estaba allí mi mente no lo estaba.

—¿Xander? —Anna me reprendió.

—¿Que sucede?

—¿Qué rayos sucede contigo?

—¿A que te refieres? —indagué.

—Te estoy hablando y no me prestas atención. Te decía que tu madre me llamó para

saber si la boda eclesiástica iba a ser aquí en Londres o en Irlanda.

Asentí con la cabeza y di un sorbo a mi copa, manteniendo mi mirada fija en la ventana.

—¿Si qué, Xander? —ella insistió.

—Sí, estoy de acuerdo —contesté por inercia.

—¿Me estás prestando atención? —ella chasqueó sus dedos frente a mi cara—.

¿Qué

sucede? Te noto muy raro —Anna se oyó preocupada.

Sacudí mi cabeza y la miré.

—Lo siento amor. Es que ando un poco ansioso por la obra, pues es mi primera vez

como productor.

—Te decía que tu madre quiere saber si la boda eclesiástica será aquí en Londres o en Irlanda.

—Lo que tú decidas está bien, cielo — comenté sin pizca de emoción.

—¿Seguro que estás bien? Tengo el presentimiento de que hay algo que no me

quieres contar —la voz de Anna denotó algo de molestia.

—¿Algo? No, vale ¿Algo cómo qué?

—No lo sé, dímelo tú.

Mi móvil sonó y sentí una leve  
excitación al pensar que era Shirley.  
Sonreí ante la

idea. Al mirar la pantalla de mi móvil vi  
que era un texto de Hoffman y la  
decepción me

golpeó. Al despegar los ojos de mi  
móvil me encontré con un par de ojos  
azules que me

miraban y destilaban furia.

»A ver si entiendo, Xander. Has estado  
distante desde que llegué, pero suena tu  
móvil y pones cara de idiota. Sin  
embargo, al ver la pantalla tu semblante  
cambia a digamos que... ¿desilusión?

Una de dos: Esperabas una noticia que al final no salió como

esperabas o esperabas el mensaje de alguien en específico y al notar que no era esa persona, no has podido evitar poner cara de drama —hizo una pausa y tomó una gran bocanada de aire—. ¡A ver, Xander! Explícame, porque créeme, la primera opción no la

veo como la más probable, así que dime. ¿Quién es ella?



Capítulo 5

El pánico se apoderó de mí.

¿Qué rayos se suponía que iba a decirle?

¿Quién es ella?

¡Wow!

Buena pregunta.

«¿Ella? ¡Ella es la mujer que me roba la calma!»

No. No podía decirle que Shirley era la mujer que me tenía así, sintiéndome como un

idiota, así que opté por pretender que no sabía de qué hablaba.

—¿Ella? ¿De qué hablas? —disfracé mi voz con ingenuidad. Anna me miró con

expresión acusadora—. Es Hoffman, amor —extendí mi móvil hacia ella, mostrándole la

pantalla—. Me dice que lamentablemente no logró que nos cedieran el teatro por más tiempo para los ensayos, tendremos sólo 30 minutos diarios.

Anna se quedó en silencio por un largo rato, mirándome con detenimiento,

analizando mis gestos. Ella me conocía mejor que nadie y sabía cuándo mentía o no. Al

ver que yo decía la verdad, su duro semblante se suavizó.

—¡Mi cielo! Discúlpame. Tú tan estresado y yo haciéndote escenas de celos ¡Qué

vergüenza! —dijo ella.

—No amor, no te disculpes. Es normal que sientas celos —comenté a la vez que le

daba un apretón a su mano—. Es normal celar a quien amas.

—¿Y tú me amas? —preguntó ella con tono dubitativo.

—¿Que pregunta es esa? —sacudí mi cabeza con fuerza y la miré a los ojos, acerqué

su mano a la mía y con delicadeza apunté con mi dedo índice el anillo que había en su dedo anular —¿Acaso vez que ando dándole anillos de compromiso a todo el mundo? —

ella sonrió y negó con la cabeza—. ¿Eso responde tu pregunta? —agregué.

Ella asintió.

Cenamos y charlamos de todo un poco. Habían sucedido tantas cosas en un par de semanas, que parecía que habían sido años sin vernos.

Al terminar de comer pagué la cuenta y salimos tomados de la mano, a esas alturas

de la relación, ya no me importaba lo que pudieran decir o la polémica que se pudiera desatar, pues en unos meses Anna y yo seríamos marido y mujer. No podíamos seguir escondiéndonos de los medios.

Llegamos a mi departamento y lo primero que hice fue tomar una ducha, pues estaba

muy agotado. Anna arregló un poco la habitación mientras yo charlaba por *Skype* con algunos colegas, con los cuales tenía tiempo sin conversar.

Cuando ya me disponía a dormir, noté que Anna tocaba mi espalda y besaba mi cuello de forma juguetona, supe en el acto lo que ella quería, pero esa noche, por muy raro que fuera, no tenía ganas de nada.

Me giré con sutileza hacia ella.

—Estoy agotado, amor —le susurré—. ¿Qué te parece si esta noche... sólo

dormimos? —mis ojos escrutaron los de ella, los cuales mostraron asombro, nunca antes

me había negado a hacerle el amor, así que entendió lo cansado que estaba y me

abrazó.

—Bien amor, durmamos.

El sol nos sorprendió por la ventana. Mis brazos rodeaban su delicado cuerpo. La miré y no pude evitar sentir tanta paz. La mujer a mi lado era hermosa y sublime y no pude entender porque Shirley me traía de cabeza.

Me dispuse a pasar ese fin de semana relajado en mi casa, viendo películas y

comiendo palomitas de maíz junto a mi prometida. Hice algunas llamadas a unos cuantos

amigos y a mi madre, puse en orden

algunos pendientes para estar libre para el lunes, día

en el cual comenzarían los ensayos para la primera obra que dirigiría.

Shirley entró a mi mente por momentos, pero me veía obligado a ahuyentarla de allí,

lo último que quería era armarme fantasías con ella en mi cabeza para luego realizarlas con Anna, ese juego me parecía de lo más ruin y canalla.

El lunes llegó.

Me levanté de la cama a toda prisa al percatarme de la hora. En un par de

minutos

debía estar en la academia para  
finiquitar todos los detalles con Hoffman  
y Redman, pues

el primer ensayo sería en la tarde.

Me preparé un café mientras me vestía a  
toda velocidad. Me marché casi de

inmediato. Anna aun dormía.

Conduje lo más rápido que pude, el  
tráfico de Londres era una pesadilla y  
me

arrepentí de no haber tomado el  
subterráneo, pues llegaría tarde de igual

manera.

Llegué a LAMDA y lo que temía había sucedido, Hoffman ya había comenzado a

impartir su clase. Me dispuse a dar vueltas por la institución mientras esperaba que Vincent culminara.

Caminé por los largos pasillos de la academia y me sorprendí a mí mismo

curioseando por las rendijas de las puertas de los salones.

Inconscientemente la buscaba a

ella, a Shirley.

Mi corazón se aceleró al verla.



Estaba en la clase de la profesora Jones. Se veía hermosa, con sus anteojos de pasta

negra, atenta a todo lo que decía la docente frente a ella. Permanecí fuera del salón con la mirada fija en el objeto de mi deseo, atento a cada uno de sus movimientos. Sin poder evitarlo, la desnudé con la mirada.

—¡Rayos! —maldije entre dientes al darme cuenta que estaba teniendo una erección.

Ella ejercía un poder casi diabólico sobre mí.

Me vi obligado a alejarme de allí.

Caminé a toda prisa para evitar que alguien me viera en ese estado.

Me tomó casi diez minutos recomponerme, pero lo logré. Sin perder tiempo, me

dirigí al lugar donde se encontraba Hoffman.

—Hola Xander ¿Cómo estás? —me saludó Vincent al momento que me vio entrar

por la puerta del taller—. Te estuve esperando temprano.

Me encogí de hombros.

—Lo siento Hoffman, llegué un poco tarde. Cuando vi que ya habías comenzado tu

clase decidí dar un paseo por la academia. Tú sabes, para recordar viejos tiempos —dije

sin darle importancia a mi comentario.

—¿Y? —dijo Hoffman.

—¿Cómo? —miré a mi viejo amigo, no entendía que era a lo que se refería.

—¿Lograste verla? —dijo en tono burlón.

—No, no, no. No es lo que crees. Yo solo miraba y...

—A mí no me engañas, te gusta la chica Sandoval y no me lo vas negar —  
sentenció

moviendo su dedo y señalándome. Me quedé en silencio, pues no supe que decirle—. En

fin, a lo que viniste —se giró y rebuscó entre unas carpetas sobre su escritorio—. Aquí están todas las cartas de aprobación del *Donmar*, así como los horarios, cada uno de los expedientes de

los actores y... —tomó un libro grueso y lo colocó sobre el montón de papeles que estaban sobre mis manos—, la versión original de la obra, por si deseas hacer

algún cambio a la adaptación que te di.

—¿Eso es todo? —le pregunté a Hoffman.

Él asintió con la cabeza.

—El ensayo de hoy es a la una en punto. Ya les notifiqué a los todos —me guiñó el

ojo—. Éxitos con tu proyecto, Granderson —me brindó una sonrisa

cómplice.

Me retiré de la academia y me fui a mi departamento a terminar de prepararlo todo

para el primer ensayo, era mi primer trabajo como director y productor de una obra de teatro.

Llegué al teatro y lo primero que hice al entrar fue saludar con mucho animo a todos, para

luego comenzar a buscar el rostro de cierta dama entre los presentes. La vi sentada al final del teatro junto a sus amigos, Margaret y Christopher. Shirley se veía radiante, tan alegre y vivaz, me

atrevo a decir que lucía más hermosa que de costumbre.

Sonreí al recibir el saludo cordial de todos y caminé hacia el escenario, colocando el

montón de libros y papeles que tenía entre mis brazos sobre el escritorio. Me giré hacia mi elenco, compuesto por los estudiantes más talentosos de la Academia de Música y Arte Dramático de Londres. Les conversé acerca de lo que tenía en mente, el enfoque de la obra y cada uno de los personajes. Mis ojos se desviaban una y otra vez posándose sobre

el mismo destino, Shirley.

Ella me miraba con atención, como quien mira a un historiador en pleno *tour* por el

museo de arte natural, cuánto habría deseado ver algún tipo de deseo en su mirada, pero

nada. Sólo veía...respeto.

En ese momento recordé una de las tantas clases de Hoffman, él acostumbraba a

llegar al salón y nombrar un personaje de la obra que nos había asignado, para luego citar

una de sus frases en la obra y la persona

a la cual le correspondía dicho personaje, debía

continuar el dialogo. Era una técnica que empleaba para determinar hasta qué punto cada

actor se interesaba por el rol que se le había asignado. El primer nombre que vino a mi mente fue...

—¡Rosalinda! —Dije mirando a Shirley, ella me miró sin entender —¡Oh!

Rosalinda. Es un personaje tan frágil, pero a la vez tenaz, con mucha picardía y muy coqueta — agregué, mientras bajaba del escenario y caminaba en dirección a ella—.

¿Culpa de quién? —cité un dialogo del tercer acto, clavando mi mirada en ella.

—¿Culpa suya? ¿Culpa de qué? —  
contestó ella.

¡Impresionante!

Había captado cual era mi intención,  
ponerla a prueba. Me sorprendí  
gratamente al

descubrir que en tan poco tiempo se  
había aprendido el libreto.

—¡Sí! ¡Únicamente por su culpa! —  
intervino la voz de un caballero a mi  
espalda. Al

girar me percaté que se trataba de Christopher.

—¿El señor notario? —continuó Shirley

—¡Eso no es verdad! —repliqué uniéndome al dialogo, mientras sonreía. Hice un

gesto con mi mano apuntando hacia ella —. ¡Genial! Veo que sí estudiaron el libreto —me

giré hacia Christopher —¡Buen trabajo! Ahora todos, hagamos un repaso de la obra con libreto en mano, para empaparnos un poco más.

Todos comenzaron a realizar lo que yo

les había indicado, uno a uno fue pasando al

frente para leer una parte de los diálogos que le correspondía. Hicimos algunos ejercicios

de expresión corporal y no pude evitar acercarme a Shirley lo máximo posible a fin de corregir cualquier error de postura, —todo a fin de lograr un excelente trabajo—. Me sentí

genial al ser yo quien llevara las riendas de una producción teatral, por fin podría dar mis consejos, al fin podría compartir mi experiencia con los demás.

Transcurrió casi una semana entre

ensayos y visitas constantes a la academia. Yo por

mi parte, tenía otro compromiso aparte de la obra, acompañar a Anna a ver lugares para la

recepción, escoger las tarjetas de invitación, escoger anillos, probar pasteles y esas tantas cosas que a las mujeres les hace ilusión hacer junto a sus prometidos antes de la boda. Sin embargo, faltando casi tres meses para el gran día, mi mente estaba enfocada en otras cosas.

Cada tarde me preparaba psicológicamente para mostrarme enteramente profesional

ante una mujer que poco a poco se había metido dentro de mí, con una mirada o una sonrisa me hacía sentir como un idiota. Ella era una mujer encantadora y muy dedicada.

Shirley se metía tanto en su personaje que por momentos lograba confundirme,

haciéndome creer que sus gestos y expresiones eran conmigo, pero todo era parte del personaje, una dama coqueta, juguetona y muy confiada de sí misma.

En varias

oportunidades me descubrí anhelando que todo eso que ella fingía sentir, en realidad lo sintiera...por mí.

Con el paso de los días, mi relación con Shirley tomó rumbo hacia una linda amistad,

con ella podía ser yo mismo, hablar de las cosas que me gustaban, contarle mis experiencias y vivencias con el fin de ayudarla a crecer como actriz. Le jugaba bromas entre bastidores y ella se las tomaba con gran sentido del humor.

Día a día deseaba más y más verla, escucharla o simplemente saber que ella estaba

presente en la misma habitación que yo. Esa loca idea, salvaje y primitiva, de poseerla como diera lugar comenzó a disiparse de mi mente. Comencé a verla

como la dama que

era, linda, cariñosa, humanitaria, creativa, soñadora, disciplinada, simpática, amable y con un excelente sentido del humor. Todos la amaban, cuando llegaba al teatro su presencia se sentía, ella irradiaba luz y buena energía a quien la rodeaba.

Una tarde después de un ensayo, yo estaba solo en mi departamento, pues Anna se

encontraba en Paris. Yo había comprado algunos libros y me disponía a arreglarlos por orden alfabético, así se me haría mucho más fácil encontrar un

título en específico a la hora de querer entretenerme leyendo.

Mi móvil sonó y al ver la pantalla, mi corazón se desbocó, en la misma se leía

“Llamada Entrante de Shirley”. Era la primera vez que ella me llamaba por teléfono y por

un momento me asusté, pensé que tal vez renunciaría a la obra. Respiré profundo y contesté.

—¡Shirley, querida! ¿A qué debo el placer de tu llamada? —traté de sonar lo más informal posible.

—Emm —noté su titubeo y el pánico se

acrecentó en mí—. Hola Xander, yo...

—¿Sucede algo? —la interrumpí.

—Es que estoy teniendo problemas con una parte del libreto —dijo ella y sentí como

el alma me volvía al cuerpo—. No sé cómo canalizar las emociones, no entiendo

realmente lo que siente Rosalinda allí —agregó ella con notoria vergüenza.

—¡Oh! No te preocupes, si quieres podemos vernos en... —lo pensé por unos

segundos. «¿Dónde podríamos vernos y estar a solas?», eso fue lo primero que llegó a mi

mente—. ¿En tu departamento? —solté la pregunta con temor.

—¡Me parece genial! ¿Tienes donde apuntar la dirección? —su voz me invitó. Con

rapidez tomé lo primero que encontré, un marcador y un libro.

—Sí. Dime.

Ella me indicó el lugar específico, nos despedimos por el momento y la llamada finalizó.

Corrí a mi habitación y me miré al espejo, mi cabello estaba algo despeinado, así que

lo arreglé. Tomé mi chaqueta negra de cuero, un poco de loción y partí a toda prisa hacia

el lugar pautado.

Una vez dentro de mi coche, no podía dejar de chequear mi imagen en el reflejo del

retrovisor... pero, ¿Qué carajos estaba haciendo? Me estaba comportando como el típico

niño adolescente que se intimida ante la

primera cita, así que decidí relajarme un poco.

Al llegar me encontré con una linda dama en ropa deportiva y el cabello sujeto en una coleta alta, su rostro lavado se veía tan immaculado que por un momento me pareció

estar viendo una especie de visión celestial. Sacudí mi cabeza para sacarme ese pensamiento tan cursi y caminé hacia ella. La saludé besando su mejilla, aunque mis instintos deseaban besar sus labios una y otra vez.

Sin perder más tiempo, fui invitado a entrar. Me detuve en el umbral de la puerta y

miré a los lados para asegurarme que estábamos completamente solos.

—¿Y Anette? —pregunté.

—Salió con unos amigos, volverá en la noche —dijo Shirley y sonrió.

—Entonces, ¿eso significa que tendremos el lugar solo para nosotros?  
—comenté

con picardía. Ella sonrió con algo de vergüenza.

—Sí, completamente solo para trabajar y concentrarnos en esto... —ella sujetó el

gran libreto en lo alto.

De manera brusca, mi yo interno seductor volvió a esconderse, eso había sido un ultimátum.

«Oh vamos Xander, sabías exactamente a lo que venias. A trabajar muchacho», me

reprendí mentalmente mientras Shirley me guiaba hacia el sofá, donde nos dispusimos a charlar.

Ella me comentó todas sus dudas acerca de su personaje. Había resaltado todos los

diálogos y acciones que no lograba

comprender en totalidad y a medida que conversábamos nos fuimos compenetrando a tal nivel que terminamos contando chistes y

hablando acerca de las locuras que hacíamos para poder internalizar un personaje. Le confesé que mientras me duchaba me ponía a recrear las escenas que me tocaban

representar. Ella me contó que su técnica era creerse el personaje y actuar como tal durante su día a día, lo llevaba consigo en su rutina diaria. Nos carcajamos en varias ocasiones con algunas anécdotas divertidas de ambos. Conversamos acerca de

Shakespeare y me impactó su opinión al respecto, pues a pesar de tener una idea completamente distinta a la mía, me encantó saber que era 100% genuina a la hora de defender sus ideales...

—Yo opino que Shakespeare está sobrevalorado — comentó ella sin darle

importancia al hecho de que estaba hablando de uno de los más grandes escritores de las

historia. La miré con gran sorpresa en mi rostro—. Creo que lo que dicen es cierto —

agregó.

—¿Y qué es lo que dicen? —aunque traté de sonar relajado, era evidente que el malestar estaba presente, ya que para mí William Shakespeare era, es y será un genio de la

literatura.

—¿Has visto *Anonymous*? ¿Y si Shakespeare en realidad fuese un fraude? —

continuó ella.

Me levanté bruscamente del sofá. Me sentí enormemente ofendido.

—¡Pffff! Es más que obvio que esa película fue escrita y dirigida por

alguien que lo

único que deseaba era difamar el trabajo  
y la buena imagen de Shakespeare —  
planteé mi

punto de vista—. Muchas personas,  
durante muchos siglos han cuestionado  
la procedencia

y la autoría de algunas obras maestras  
de Shakespeare. Para nadie es un  
secreto que en el

siglo XV eran muchas las personas que  
odiaban a William, por ser una persona  
reconocida

y estar rodeado de...

—Oportunistas, xenófobos y megalómanos — interrumpió ella, hablando con

desdén.

Me giré hacia ella y no pude evitar mostrar mi cara de horror.

—¿Cómo dices? —me acerqué un poco hasta donde estaba ella, quien servía vino en

dos copas.

—¡Oh vamos, Xander! Debes quitarte un poco esa etiqueta de *fanboy7*. Ver las cosas con más objetividad — me entregó una copa—. ¡Salud! —golpeó

mi copa con la suya y

dio un sorbo a su bebida. Yo me limité a observarla en silencio—. Si analizas los escritos

de William te podrás dar cuenta que...

—Porque los he analizado puedo dar fe de que William es el autor —dije tajante, interrumpiéndola—. No soy un *fanboy* o como sea que me has llamado —me senté de nuevo en el sofá, haciendo un leve puchero.

—¡Mírate! Pareces un pequeñín caprichoso, que pelea con un amiguito porque no

quiere jugar con él —comentó para luego carcajearse—. No busco molestarte, sólo te doy

mi opinión. Las obras de William son geniales, y de eso no hay duda. Si son o no son de

él, nadie lo sabe. Yo por mi parte, pienso que está sobrevalorado. Ese es mi punto —se sentó a mi lado y me guiñó un ojo—. A ver, pequeñín, quita esa cara que no he dicho nada

ofensivo. ¿O sí?

—No, señorita *hipster8*—susurré—. Solamente soy gran admirador de Shakespeare y...

—Te molesta que cuestionen su trabajo. Lo entiendo y te pido disculpas si te he ofendido —completó ella para luego regalarme una de las sonrisas más tiernas del mundo.

Por unos breves segundos nuestras miradas se conectaron en lo que pareció ser una

eternidad, momento en el que mi imaginación hizo de las suyas. Cuando en mis

pensamientos ya estaba a punto de desabrochar su blusa...

—Bien. Volvamos a lo que estábamos —su voz me sacó con brusquedad de mi

ensoñación momentánea. Ella tomó el libreto en sus manos—. Esta parte, donde Rosalinda

dice que...



## Capítulo 6

La carrera de Anna como diseñadora se encontraba en ascenso. Ella viajaba con frecuencia por Europa y parte de Asia, con su nueva colección y los pocos días que permanecía en Londres, los pasábamos entre el cine, el teatro,

veladas románticas en algún

lugar de la ciudad o encerrados en mi departamento viendo televisión. A veces, yo leía y

ella hacia uno que otro boceto de un nuevo diseño.

Nuestra relación se podría decir que iba bien, sin embargo, se veía amenazada por la

rutina y la distancia. Recé porque dicha sensación de desgaste fuese sólo ideas mías y que

con el tiempo todo se fuese superando.

Con el paso de los días, la fecha de nuestra boda se acercaba y mi agente me había

aconsejado que hablara con la prensa para así evitar polémicas y rumores, pero yo había

decidido mantenerlo en secreto, al fin y al cabo era mi vida privada.

El día del estreno de la obra se acercaba. Parecía mentira que hubiesen transcurrido

dos meses, tiempo en el cual había crecido tanto personal como profesionalmente. Mi cercanía con Shirley me había ayudado a ver las

cosas con claridad, lo que sentía por ella

era admiración pura. La respetaba y deseaba siempre lo mejor para ella. De cierto modo

me veía reflejado en ella. Esas ganas locas de querer devorarla en cualquier lugar, se esfumaron por completo y en su lugar, lo único que deseaba era protegerla y hacerla sentir

siempre a gusto. Siempre procuraba que nunca le faltase nada. Ayudarla era un placer para

mí.

Ella se había convertido en mi protegida y sería capaz de todo por cuidarla. Estar cerca de ella me llenaba de gozo y me hacía sentir en paz. Un solo minuto a su lado me era

suficiente para mantener una sonrisa en mi rostro por el resto del día.

Una noche antes del estreno de la obra, todos los miembros del equipo nos

dispusimos a tener una linda recepción en uno de los restaurantes más caros de la ciudad,

dicha cena fue auspiciada por mí, pues era lo menos que podía hacer por mis talentosos muchachos. Si todo salía

como en los ensayos, era seguro que la obra tendría gran éxito y

eso me tenía muy emocionado.

Anna había llegado hacía un par de días, así que esa noche la invité a asistir a la cena

conmigo. Ya iba siendo hora de que mis compañeros de trabajo, con los cuales compartiría

los próximos tres meses venideros, conocieran a quien sería mi futura esposa. Ella accedió

encantada con la idea de conocer a esas personitas que me habían mantenido

ocupado en

su ausencia.

—Mi vida apresúrate, vamos tarde —  
dije mientras abría la puerta de mi  
departamento, dispuesto a salir.

—Un momento cielo. No consigo mis  
pendientes de esmeralda —respondió  
ella  
desde la habitación.

—Están en la parte derecha de tu cofre  
azul — le indiqué, apremiándola para  
que se

diera prisa. Íbamos tarde.

Luego de algunos segundos más, Anna salió de nuestra habitación, con un hermoso

vestido azul eléctrico, ceñido a su cuerpo. Su cabello rubio liso caía en cascada sobre sus hombros y espalda. Se veía radiante.

Se acercó a mí.

—¿Vamos? —dijo mientras se ponía los pendientes. Le ofrecí mi brazo y juntos salimos de mi departamento.

Conduje lo más rápido posible, pues lo

último que quería era perderme mi propia celebración. El tráfico no ayudó mucho y en varias oportunidades tuve que tomar rutas alternas.

Llegamos al *Pied à Terre* y bajamos del coche con premura. Entré con Anna sujetada

de mi brazo para ser recibidos por algunos *paparazzi* que habían sido notificados por mi agente. Saludé a algunas personas que se encontraban en el lugar y algunos fans.

En el momento que pude dejar de saludar a todo aquel que se me acercaba, miré a

todos lados en busca de mi equipo y allí estaba ella, sentada en una mesa del fondo, al lado de Margaret, entre todos los demás del *casting*. Mientras nos acercábamos, le sonreí a Shirley como gesto amable pero lo que recibí a cambio me sorprendió. Sus ojos no tenían

ese brillo especial de siempre, no hubo sonrisa de su parte. Ella desvió su mirada de la mía y bajó su rostro. Era como si mi presencia la hubiese descompuesto.

Llegamos a la mesa y fuimos recibidos con alegría por parte de todos, excepto de Shirley, quien se mantuvo cabizbaja.

—Chicos, les presento a Anna, mi novia  
—anuncié y todos recibieron a mi chica  
de

manera calurosa. Anna, por su parte, no  
dejó de sonreír en todo momento.

Estrechó la mano de cada uno, para  
luego sentarse al lado de Scott y charlar  
con él, se conocían desde

hacia años atrás. Aproveché ese instante  
para acercarme a Shirley—. ¡Hola!  
¿Cómo te ha

ido? ¿Te agrada el lugar? —la saludé  
dándole un beso en la mejilla.

Ella me respondió con una media  
sonrisa.

—Bien, estoy bien. El lugar es muy bello —sonrió a medias y su mirada se desvió

hacia Anna.

Había algo extraño en su actitud. Ella no era así. Lo normal era que ella animara la

velada con sus ocurrencias y chiste, pero esa noche, la Shirley que todos conocíamos estaba ausente, en su lugar había una mujer triste.

La cena transcurrió entre platos que iban y venían. Habíamos llegado a nuestra tercera botella de vino y charlábamos de

todo un poco.

Los lugares estaban dispuestos de la siguiente manera; yo estaba sentado en la punta

derecha de la mesa, a mi lado izquierdo estaba Anna y a mi derecha Vincent, al lado de

Anna estaba Scott, luego seguían Bill y Rose, quienes eran los encargados de vestuario; Laurie, Victoria y Jacob, quienes eran partes del elenco, se disponían al lado de Hoffman,

al otro extremo de la mesa estaba Christopher, Margaret y Shirley, quien durante toda la

velada había permanecido en total silencio.

De vez en cuando observé como ella y Margaret intercambiaban palabras.

Supe que algo andaba mal, me preocupé por el bienestar de Shirley y deseé saber qué

era lo que le ocurría y cuando decidí a acercarme a ella, para indagar un poco...

—Con permiso, ya vuelvo —ella se levantó de golpe de su asiento y se retiró hacia

los sanitarios.

Todos los presentes la miramos con total sorpresa mientras se alejaba. Me giré hacia

Margaret sin poder evitar fruncir el ceño y moviendo mis labios, sin emitir sonido, inquirí:

—¿Qué le sucede? —Margaret se encogió de hombros. Noté que los demás

siguieron en lo suyo y me levanté de mi silla, bordeando la mesa. Me acerqué a Margaret

—. ¿Qué le ocurre a Shirley? —le pregunté, inclinándome un poco.

—No lo sé, ha estado muy rara durante toda la noche —susurró ella.

—Por favor, ve con ella. Verifica que esté bien y si necesitas algo, no dudes en venir

a pedírmelo.

Margaret se fue deprisa tras Shirley. Yo regresé a mi asiento, reintegrándome a la plática, al mismo tiempo que Anna apretaba mi mano.

—¿Sucede algo? —preguntó ella al notar mi preocupación.

Yo sacudí mi cabeza, haciéndole entender que todo estaba bien.

Los minutos pasaron y el postre llegó a la mesa. A pesar de que todos actuaban como

si nada pasara, yo sabía que sí. Me mantuve mirando hacia la zona de los sanitarios. Si Anna me hablaba y lo único que yo hacía era sonreír y asentir, sin tener la menor idea de

que rayos estaba hablando. En ese momento sólo me importaba saber si Shirley estaba bien.

Mi corazón se calmó cuando la vi aproximarse al lado de Margaret. Lucía feliz, radiante y muy calmada. Fuese lo que fuese que le había sucedido, Margaret había logrado

animarla.

—¡Propongo un brindis! —clamé cuando ambas, tanto Shirley como Margaret,

tomaron sus respectivos asientos—. ¡Por todos! Porque sé que el día de mañana saldrán a

dar lo mejor de ustedes, porque sé que no me defraudarán. Por Shirley Sandoval —dije dirigiendo mi mirada hacia ella y los demás hicieron lo mismo sonriendo y levantando sus

copas—. Por Rosalinda, por que sea la consentida de la audiencia noche tras noche...

¡SALUD! —levanté mi copa y todos imitaron mi gesto.

—¡SALUD!

Nos tomamos algunas fotos grupales y al rato, algunos comenzaron a retirarse, pues

el vino ya había causado estragos en ellos. Yo, por el contrario, me sentía animado y con

ganas de seguir festejando, pero Anna me recordó que al día siguiente era el estreno y debía descansar para un verdadero día de estrés máximo.

Al final de la noche quedamos Scott,

Vincent, Margaret, Anna, Shirley y yo.

—La he pasado muy bien —dijo Shirley, levantándose de su silla. Se inclinó hacia

Redman y le dio un beso en la mejilla, para luego hacer lo mismo con los demás—. Me

retiro. Espero que tengan linda noche — extendió su mano hacia Anna y con cortesía, se

despidió de ella también.

Sus ojos se clavaron en los míos y pude percibir de nuevo ese malestar que la había

estado torturando durante toda la noche. Comprendí que durante toda la noche había estado fingiendo y algo se removió dentro de mí. Ella no estaba bien.

Ella salió del restaurante y no pude evitarlo más. Debía saber qué estaba pasando.

Me puse de pie.

—Un momento. Ya regreso —me excusé y salí lo más rápido posible, tras Shirley.

Necesitaba saber que era lo que la tenía tan mal, de lo contrario no podría dormir tranquilo esa noche—. ¡Shirley!

—grité su nombre a medida que me acercaba, pero ella se negaba a

detenerse—. ¡Hey! Detente, por favor. No me hagas correr con este traje.

Ella se detuvo y se giró con violencia hacia mí.

—¿Qué sucede? —escupió las palabras con algo de veneno.

—¡Oye! No tengo ni idea de que lo que te sucede o por qué clase de situación estés

pasando, simplemente quiero que sepas que cuentas conmigo —me acerqué un poco más

y vi que su semblante rudo se suavizó.

—No te preocupes. Estoy bien, no pasa nada — respondió clavando la mirada en el

suelo.

Se dio la vuelta, dispuesta a seguir su mano, pero no la dejó. Con sutileza la sujeté

del brazo.

—¿Qué pasa? ¿Te incomodé? De verdad discúlpame, no fue mi intención. Quiero

que sepas que cuentas con un amigo, para lo que sea —con astucia logré

entrelazar mi mano con la suya—. ¡Oh vamos! Sé muy bien qué te pasa algo. ¿Problemas de pareja?

Sentí una punzada en mi estómago al momento que terminé de formular tal pregunta

e imaginar que su malestar se debía a otro hombre.

—No. Nada de eso. Estoy bien. Mañana haré un buen trabajo. No te preocupes.  
Mis

problemas personales no influyen en mi carrera —había resentimiento en su voz.

—De verdad. Sea lo que sea, quiero que

sepas que cuentas con un amigo, para hablar...

Allí estaba yo, auto-condenándome a la *friend zone*.

—¿En serio? ¿Un amigo? —detecté sarcasmo por su parte.

¿Acaso no era eso lo que quería de mí?  
¿Una amistad?

—¡Claro! Háblame con total confianza  
—contesté, mostrando mi mejor sonrisa.

Deseé con locura poder abrazarla y darle mi hombro para que llorara. Sabía que algo dentro de ella estaba tratando

de salir, pero lo reprimía—. ¡Por cierto!  
Te ves preciosa.

Disculpa que no te lo haya dicho antes  
—dije en un intento por tratar de hacerla  
sonreír y

logré mi cometido. Sus labios dibujaron  
una sonrisa que era capaz de derretir al  
polo norte

—. ¿Ves? Logré sacarte una sonrisa.  
¡Arriba esos ánimos! Que sea lo que  
sea, no vale la

pena, para que borres semejante sonrisa  
tan bella de tu rostro —la abracé con  
ternura. Su

pequeño cuerpo entre mis brazos me aceleró el pulso. Cerré mis ojos, inhalando su delicioso aroma a rosas y canela. Fue embriagante tener su pecho junto al mío. Rompí el

abrazo y ella me regaló una mirada llena de paz, acompañada de su particular sonrisa, la

cual me encantaba—. Así me gusta, que sonrías. Nunca pierdas tu sonrisa —ella se quedó

de pie frente a mí sin decir nada, solo se limitó a verme sin siquiera parpadear y así permaneció por algunos segundos—. ¡Hey! —chasquéé mis dedos para sacarla de ese

trance momentáneo—. ¡No te duermas!

—¿Qué? ¿Cómo? —ella agitó su cabeza con fuerza.

—Te fuiste por un momento —bromeé.

—Yo-yo Lo-lo. Si-siento —si había una cosa que me encantaba de Shirley, era verla

tartamudear.

—Como te decía. Nunca dejes de sonreír —le di un dulce beso en la mejilla y le guiñé el ojo.

Volví al restaurante, con esa bella escena en mi mente, deseando que se

repitiera

Entré al restaurant y vi como Anna charlaba animada con Scott y Vincent, mis dos

viejos queridos, como le decía por cariño. Me acerqué por detrás de ella.

—¿Nos vamos, cariño? —le dije al oído. Ella se giró hacia mí, sonriendo.

—¿Dónde estabas? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Despidiendo a Shirley. No sé si serán ideas mías, pero estaba comportándose de manera muy extraña —dije sin pensar.

—Lo sé. Me di cuenta. Esa chica no se veía nada bien —el comentario de mi novia

me hizo preocupar de nuevo—. Deja que me despida. Si quieres, puedes ir encendiendo el

coche.

Me despedí de los pocos que quedaban y salí en busca de mi auto, no podía dejar de

pensar en Shirley. ¿Por qué se había comportado así? Deseé que estuviera bien, por el bien

de la obra y por...

...por el simplemente hecho de que me hacía mal saber que ella estaba mal.

Me detuve frente a mi coche para analizar un poco la situación. Si ya no sentía esas

ganas salvajes de llevarla a la cama, si ya ese absurdo capricho había pasado a un segundo

plano...

¿Por qué rayos no podía dejar de pensar en ella? ¿Qué diablos estaba pasando conmigo?

—¡Xander! —la voz de Anna sonó de

repente, haciéndome volver en mí mismo—.

¿Qué sucede contigo? —me preguntó.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿A qué te refieres? — dije abriendo la puerta del coche, a la vez que parpadeaba repetidas veces, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Llevo rato aquí de pie, hablándote y estás en las nebulosas. ¿Estás bien, cielo?

—Sí. Sólo estoy un poco agotado —subí al coche y abrí la puerta del copiloto desde

adentro, por alguna extraña razón estaba

nervioso, ansioso y sobresaltado.

El camino hacia mi departamento fue en completo silencio, a pesar de que Anna no

me quitaba la mirada de encima, no articulaba palabra alguna, únicamente me observaba.

Llegamos a casa y bajamos en total silencio.

Al entrar, ella se acercó a mí y rodeó mi cuello con sus brazos dándome un beso apasionado. En el momento que percibí sus intenciones eché mi cabeza hacia atrás. No estaba de humor para complacer sus demandas amatorias.

—¿Qué sucede? —inquirió con voz trémula.

—Nada. Estoy muy agotado —caminé hacia nuestra habitación.

—¿Qué diablos te sucede? —la voz de Anna adquirió un tono de molestia—.

Tenemos casi dos semanas sin vernos, llego y ni siquiera deseas estar conmigo.

—No digas eso, cariño. Es que estoy muy cansado Claro que quiero estar contigo.

Yo te... —la miré y noté como ella fruncía el ceño—, te quiero mucho, pero entiéndeme,

estos últimos días han sido de locura.

—Y por lo visto en estos últimos días, también has pasado de amarme a...

¿quererme?

Cerré los ojos con fuerza.

«Mierda», dijo la vocecita de mi consciencia.

Ella se giró con brusquedad, dándome la espalda, para luego alejarse hacia otra habitación, dejándome con las palabras en la boca. Se me había olvidado lo literales que

son las mujeres. Haberle dicho que la

quería, no lo tomaría como algo agradable, sino como que mis sentimientos por ella, habían cambiado.

—Amor, no. No quise decir. Ven acá...

El fuerte portazo me indicó que ella no quería oírme y si hay algo que he aprendido a

la perfección en los últimos años, es que una mujer molesta, no razona. No hay poder humano que logre persuadir a una mujer que se siente herida, engañada o maltratada. Lo

mejor era esperar que se calmara, así que opté por irme a dormir. Trataría de arreglar las

cosas al día siguiente

Desperté y miré a mi alrededor para encontrarme con una habitación vacía.

Todo

estaba en silencio y a pesar del ataque de pereza que sentía, me levanté a regañadientes.

Me lavé los dientes y me vestí con ropa deportiva, dispuesto a correr al menos dos kilómetros. Tenía una semana entera sin ejercítame y me sentía fofo.

Al salir de mi cuarto noté que el sitio estaba en completa calma. Me asomé a la habitación de huéspedes y Anna ya no estaba. En su lugar había una nota...

*“Lamento mi actitud de anoche. Sé lo estresado que has estado en los últimos días.*

*Lamentablemente, con nuestra discusión, no tuve la oportunidad de decirte que debía regresar a Francia por cuestiones de trabajo. Mi avión a París sale a las ocho, tal vez cuando despiertes ya me habré ido. Volveré en un par de semanas. Miles de éxitos esta noche en el estreno. Te amo”.*

Anna se había ido y por muy ruin que suene, debo confesar que sentí un ligero alivio.

Me auto-cuestioné ante ese sentimiento tan canalla

¿Cómo era posible que me sintiera bien, sabiendo que la mujer con la que iba a casarme, se iba muy lejos sin previo aviso, perdiéndose uno de los días más importantes

de mi vida?

Me dio igual, no había malestar en mí.

«Al menos Shirley estará allí, de eso estoy seguro».

El pensamiento surgió sin poder evitarlo. Me sentí horrorizado ante tal afirmación.

¿En qué momento Anna había dejado de ser mi prioridad?

Me tomé un café cargado y salí de prisa. Necesitaba despejarme, sudar y subir mis

niveles de serotonina para sentirme animado y lleno de energía, pues lo necesitaría. Sería

un día muy largo.

Mi día transcurrió entre constantes visitas a la academia y mi agencia. Mi publicista

me ayudó a finiquitar todo; llamar a la prensa y hablar con los críticos de teatro para que confirmaran su asistencia.

Yo entraba y salía del teatro, trayendo y

llevando cosas, supervisándolo todo.

A última hora, tres de los focos laterales izquierdos no encendían y los encargados de

iluminación se vieron en la necesidad de cambiar algunas cosas en la instalación eléctrica.

Faltaban ya pocas horas para el momento del estreno y aunque todo marchaba

aparentemente bien, sabía que algo se estaba escapando de mis manos.

Mi móvil sonó. Era un número desconocido.

—¿Diga?

—¡Xander! ¿Cuánto tiempo? ¿Cómo estás? —esa voz, esa inconfundible voz. Era mi

amigo Eddie, con quien había comenzado en la actuación hacia casi quince años atrás, en

el teatro. Me alegré en demasía al escucharlo.

—¡Ed! Amigo ¡Que alegría oírte! —dije sin poder ocultar mi exaltación.

—Me enteré de tu obra ¡Wow! Director y productor. ¡Asombroso! No sabes lo

orgullosa que estoy.

—Gracias Ed, es un gran gesto de tu parte. Se estrenará hoy.

—Lo sé, por eso vine a la ciudad.

—¿Cómo?— pregunté.

—Sí, estoy en Londres. Aproveché que tenía algunos asuntos pendientes acá y aparté

un huequito en mi agenda para ir a ver la obra, pero hay un pequeño detalle. Mi invitación

no ha llegado.

—¡Oh por Dios! Lo siento mucho Ed, olvidé enviar las invitaciones — respondí

apenado. Sabía que algo se me había pasado por alto—. Pensé que estarías ocupado en Hollywood, con eso de tu nueva película.

—Lo estoy, pero tengo una semana de descanso antes de comenzar la gira promocional.

—¿Dónde te estás hospedando? Para enviarte los boletos ¿Cuántos te envío?  
—le pregunté.

Me sentí muy feliz porque mi gran amigo y colega asistiría al estreno de la primera

obra que dirigiría.

—Uno, pues ando solo. Victoria se quedó en Nueva York —Vicky era la novia de

Eddie.

Ed me indicó la dirección de su hotel y enseguida solicité a mi asistente que enviara

el pase correspondiente.

A medida que pasaban las horas, mi

elenco iba llegando uno por uno y los nervios

crecían al paso de cada segundo. Todos corrían de un lado al otro.

Maquillaje, vestuario, prueba de sonido, prueba de iluminación, todo marchaba como

lo esperado... perfecto.

En medio de tanto revuelo se me había olvidado pensar en Shirley. Miré mi reloj y vi

que faltaban 20 minutos para que comenzara la primera función de “El Murciélago”.

Busqué en cada rincón, con la esperanza de encontrarla y nada. Ella no había llegado.

Al ver como los minutos transcurrían y no había señales de ella, el pánico se apoderó

de mí.

Tomé mi móvil y marqué su número repetidas veces, pero lo máximo que obtuve fue

que su hermosa voz pregrabada me mandara al buzón de llamadas. Me aterró de pensar que tal vez no llegaría, que se había asustado con un proyecto de tal magnitud o que tal

vez estaría indispuesta y no había podido avisarme.

Muchas cosas pasaron por mi cabeza y comencé a sudar frío. Seguí insistiendo con

el móvil, pero nada, así que decidí dejar de pensar tanto y relajarme. Dar un repaso a cada uno de los detalles por finiquitar, me ayudó un poco.

Faltando cinco minutos para abrir el telón, la vi. Estaba sentada en su cubículo, frente al espejo, mientras Bill y Rose arreglaban su cabello y maquillaje. Sentí que el alma me volvía al cuerpo y por fin, por primera vez en todo el día pude respirar tranquilo.

Me acerqué a ella.

—¡Oh! Allí estás. Pensé que no llegarías. Estaba aterrado —dije con total alivio en

mi voz.

Ella se giró hacia mí.

—¡Claro que estoy acá! ¿Por qué pensaste semejante cosa? —fue su despreocupada

respuesta.

—Te llamé varias veces y no contestabas —le enseñé mi móvil. Ella se inclinó, tomó

su bolso y sacó el suyo. Miró la pantalla y se encogió de hombros, con notable vergüenza.

—Lo tengo en silencio.

—Lo importante es que estas aquí. Prepárate. Comenzamos en breve —le indiqué y

me marché a comprobar todo de nuevo. Quería que todo saliera perfecto.

—¡Todos a sus puestos! —grité con algarabía sintiendo una leve punzada en mi

estómago.

Todos comenzaron a correr de un lado a otro y les indiqué que debían organizarse por orden de aparición.

El acostumbrado “¡Mucha mierda, mucha mierda!”, se hizo escuchar. Shirley me

miró con total confusión en su rostro y no pude contener la risa.

—Significa, buena suerte —le dije.

La música comenzó a sonar, indicativo de que ya iba a comenzar la puesta en escena.

Uno a uno fue entrando al escenario.

En el momento en que le correspondía entrar a Shirley, me acerqué y tomé su mano.

Sentir su tacto hizo que mi corazón se acelerara...

—Rómpete una pierna —susurré con ternura mientras le guiñaba el ojo y sonreía

como un mismo idiota.

Ella salió e hizo gala de su belleza, luciendo altiva, imponente y segura de sí misma.

Pude ver qué era lo que había impactado a Redman. Shirley era poseedora de una

magia

única. Trasmitía tantas emociones juntas. Era sublime y regia a la vez, con todos los matices bien marcados. Su facilidad de interpretación fue fantástica; habló, lloró, cantó, gritó y rió de una manera tan impecable que dio la impresión de llevar toda una vida sobre

las tablas. En definitiva, esa mujer frente a mí, había nacido para eso, desde ese momento

me declaré su más ferviente admirador.

El *performance* culminó y los aplausos hicieron retumbar el recinto. Mi pecho se infló de orgullo y me sentí genial al

saber que todo había sido majestuoso.

Miré hacia el público y allí estaba Eddie, aplaudiendo con euforia.

Me sentí muy sorprendido al percatarme de la presencia de dos excelsas damas entre

el público. Mi hermana Elyse y mi madre habían asistido sin avisarme, dándome la sorpresa, pues cuando les envié las invitaciones habían respondido diciendo que estaban en Escocia, en la finca del abuelo, que no podrían viajar porque mi hermanita menor tenía

que asistir a un congreso en la ciudad y mi madre la acompañaría. Lo que había

resultado

ser una mentira blanca.

Vi a mi madre, sonriendo y pude leer un “te amo” proveniente de sus labios.

Seguí

mirando y vi muchas más caras conocidas, hasta el mismísimo director de LAMDA estaba

allí, aplaudiendo. Al posar mi mirada en él, hizo un gesto aprobatorio con su cabeza.

El placer del deber cumplido no cupo en mi pecho.

Me acerqué a Shirley y en sus ojos pude percibir un brillo mágico. Tomé su mano y

levanté su brazo en gesto de victoria, presentándola como la estrella de la noche frente a

toda la audiencia. Luego abracé a cada uno de los integrantes del elenco. Nos tomamos de

las manos e hicimos la acostumbrada reverencia al público, para luego retirarnos.

Era oficial. Había pasado de ser un reconocido actor de películas taquilleras a ser un

aclamado productor de teatro.

Bajé del escenario y una vez detrás de bambalinas, la algarabía se hizo sentir.

Hoffman descorchó una botella de champán para luego darme el honor de empaparlos a todos con el líquido burbujeante. Entre risas y aplausos festejábamos nuestro éxito.

Me giré en busca de la única mujer que deseaba abrazar y con la cual deseaba compartir mi alegría, verla a los ojos y decirle... ¡Gracias! Agradecerle por haber hecho

un trabajo tan magistral y haberme dejado ese dulce sabor a triunfo en la

boca.

Mi mirada se paseó por todo el lugar hasta que por fin logré divisarla a unos cuantos

metros, estaba inclinada guardando algunas cosas en su bolso.

—Todos han estado genial. Sabía que no me equivocaba. Son grandiosos —dije con

total emoción mientras caminaba entre la multitud con el objetivo de llegar hasta donde se

encontraba Shirley.

Mi corazón se aceleró al descifrar cuál era su intención. Estaba apresurada por marcharse, así que aceleré mi paso para evitar que se fuera.

—¿A dónde vas? ¿No pensarás irte así nada más? —la sorprendí tratando de escapar

y ella se detuvo en el acto.

—No me siento bien. De hecho, llegué con un poco de malestar. Debo retirarme

—

dijo, tratando de no mirarme a los ojos. Volví a percibir ese extraño comportamiento que

había manifestado la noche anterior.

—¡No! ¡Espera! —me apresuré en acercarme más a ella—. Tenemos pensado ir un

rato a mi casa, tomarnos unas copas, comer algo, platicar —traté de sonar lo más convincente posible para que ella no se negara a acompañarnos.

—No creo que sea buena idea. De verdad, no me siento bien —me respondió,

haciendo un esfuerzo por salir de allí, pero yo frené su paso.

—Entonces, deja que te lleve a tu

apartamento, es la misma vía que tomo camino a

mi casa —me ofrecí a llevarla porque deseaba estar a solas con ella, al menos por unos cuantos minutos y poder indagar acerca de su actitud. Quería saber de una buena vez qué

le ocurría—. Insisto —finalicé casi con una súplica.

—No, Xander. No te molestes. Me iré con Anette. Ella está afuera, esperándome —

la miré con una sonrisa burlona, pues sabía que era una excusa tonta.

—¿Te refieres a esa Anette? —señalé a su amiga, quien se encontraba tomándose

fotos con Eddie.

Shirley se encogió de hombros.

—De verdad, Xander. No te preocupes por mí, estaré bien. Tomaré un taxi — dije y

de nuevo su urgencia por irse, se hizo notar.

—No. Nada de eso. Yo te llevo — busqué la llave de mi auto en el bolsillo de mi pantalón—. ¿Vamos? —le pregunté agitando las llaves frente a

ella. Me giré hacia los demás —Chicos, me adelantaré. Llevaré a Shirley a su departamento y luego iré a mi casa.

Los espero allá —les indiqué para luego girarme hacia Shirley mostrándole mi mejor sonrisa.

Caminamos uno al lado del otro, ella tenía un semblante triste y algo cansado. Mi curiosidad por saber que le sucedía aumentó.

De repente comenzaron a salir destellos de luces, supe enseguida que se trataban de

*paparazzi* que nos fotografiaban.

Apresuré mi paso para llegar al coche,

abrí la puerta para que Shirley entrara y de inmediato abordé el auto, encendiéndolo a toda prisa para alejarme de allí.

—¡Uff! Eso estuvo cerca —traté de sonar lo más divertido posible, logrando que ella

soltara una bella carcajada.

—Sí, muy cerca. Eso es a lo que yo llamo “un ataque terrorista” — respondió ella con total espontaneidad y yo reí a carcajadas. La miré a los ojos pero ella apartó la mirada de la mía.

Conduje hacia el departamento de Shirley tratando de ser lo más informal y

divertido

posible, mientras hacía chistes malos y formulaba preguntas tontas al azar.

Intentaba mantener la conversación en un tono ameno para poder sacarle algo de información acerca

de su actitud durante los últimos días.

Necesitaba saber si tal vez era yo la razón de sus repentinos cambios de humor, si tal vez había algo que yo hacía sin querer y que no era de

su agrado. Sin embargo ella fue muy esquiva en sus respuestas. Durante todo el rato permaneció distante, como si tratara de ocultar o disimular algo.

Estaba seguro que la Shirley que estaba

sentada a mi lado, deseaba decirme algo a gritos, pero no se atrevía y

yo me moría con la zozobra de querer saberlo.

Llegamos a su departamento, el que yo conocía muy bien, ya que en anteriores

oportunidades habíamos pasado tardes enteras charlando de literatura y repasando los diálogos de la obra.

Bajé enseguida de mi auto para abrir la puerta de mi acompañante, quise mostrar mi

lado más galante. Extendí mi mano hacia ella...

—¡Con cuidado! —usé mi tono seductor  
mientras le guiñaba un ojo.

—¡Oh! Muchas gracias, amable  
caballero —correspondió a mi gesto con  
esa

coquetería típica de ella, que a mí me  
encantaba.

—Descansa. Hoy estuviste asombrosa  
—comenté y ella me premió con una  
hermosa

sonrisa.

En ese momento me provocó saltar  
sobre ella y devorar su boca a punta de  
besos, sin

embargo lo único que pude hacer fue besar su mejilla y sentir su suave piel haciendo contacto con mis tibios labios.

Ella se alejó despacio, mientras yo caía en cuenta de que esa invitación a entrar, la

que inconscientemente esperaba, no llegó.

Permanecí de pie allí, hasta que ella entró a su departamento.

«No sé qué tienes Shirley Sandoval, pero me incitas a pecar».



## Capítulo 7

Al llegar a mi residencia, pude ver unos cuantos coches estacionados frente a mi domicilio, entre los cuales pude reconocer la lujosa *Range Rover Evoque* color verde olivo de Eddie, quien se aproximaba con un trago de whisky en la mano.

—¡Por fin llegas! Estábamos a punto de irnos a otro lado, a seguir con la fiesta

—

dijo Ed en tono divertido.

—Te dije que vendría —bajé de mi coche.

—Obviamente tenías que venir, a menos que... —Ed me miró con cierta picardía,

pasó su brazo sobre mi hombro y con su dedo índice comenzó a darme pequeños

pinchazos en el abdomen —¿Cómo es que se llama tu nueva víctima?

—¿Quién? ¿Shirley? —lo miré y fruncí el ceño.

—¡Ah! Se llama Shirley... ¿Y qué pasó con Anna? —preguntó Eddie.

—Shirley es una coleguita —sonreí.

—¿Coleguita? ¡Sí, claro! —agregó él sin quitar el gesto inquisitivo de su rostro.

Llegamos a la puerta e invité a entrar a los demás.

Una vez dentro de mi morada, la velada transcurrió entre tragos, chistes, un poco de

música y bocadillos que Eddie me ayudó a preparar...

—Entonces, Shirley es una coleguita —Eddie parecía bastante interesado en mi

relación con Shirley.

—¿Vas a seguir con lo mismo? No somos nada —le indiqué a mi terco amigo.

—Me vas a disculpar, pero la manera en que esa mujer te miraba y como tú la devorabas con los ojos, no es de coleguitas —sentenció.

—¿De qué hablas? Yo la miraba... normal —traté de defenderme.

—¡Normal un comino! Te conozco Xander. Sé cuándo una mujer te atrae.

—Bien. Sí. Me atrae, pero ya, hasta allí. No hay nada más —argumenté.

—¿Quién no ha cedido? ¿Tú o ella? —  
inquirió Ed.

—Ella —dije sin pensar.

—¡Caramba! A Granderson se la están  
poniendo difícil... ¡Insólito! —mi amigo  
rió a

carcajadas.

Por más que insistí, Eddie no se tragó el  
cuento de que lo mío con Shirley era  
platónico. Para él, era increíble que yo  
me sintiera atraído por una mujer y que  
nunca hubiese intentado algo más allá,  
pero había algo en Shirley que me  
frenaba.

Cada vez que estaba cerca de ella, sentía algo tan extraño, un cuadro grave de

“estupiditis” aguda. Al verla, mi corazón se aceleraba, yo comenzaba a sudar frío y en algunas ocasiones me había sorprendido a mí mismo tartamudeando. Aunque yo tratara de ser lo más impasible posible, siempre terminaba temblando como gelatina.

Eddie propuso que todos los presentes jugáramos a algo parecido al conocido

“verdad o reto”, pero en nuestro caso eran retos que Eddie iba asignando a cada uno de los

presentes. Las primeras víctimas fueron Bill y Rose, quienes tuvieron que bailar una

*Polka10.* Reímos un montón ante tal escena. Luego uno a uno fue superando las locas pruebas de Ed.

En el momento que llegó mi turno, Eddie decidió ponerse algo creativo. Me retó a

robarle un beso a una de las damas presentes y aunque me negué repetidas veces, él insistió en que debía cumplir. Todas las mujeres presentes estaban acompañadas por sus respectivas parejas y cuando iba a comentarlo, Ed se me adelantó:

—Ella está sola —dijo señalando a Anette, quien abrió los ojos ante tal comentario

—. No tienes excusa ¡A por ella, campeón! —agregó Eddie con ese particular humor que

lo caracterizaba.

—Ni se te ocurra —esputó Anette

—¡Oh vamos! No sean aguafiestas. Es sólo un besito —incitaron los demás.

Algo se removió dentro de mí ante la idea de besar a la mejor amiga de Shirley y sin

haber hecho nada, ya me sentía mal. La insistencia de Ed comenzó a perturbarme y decidí

hacerlo.

Me acerqué a Anette.

—No se quedaran quietos hasta que lo hagamos. Lo sabes, ¿verdad? —Ella asintió

con total vergüenza—. Salgamos de esto. Será uno corto. Te lo prometo — extendí mi mano hacia ella.

—Bien. Que sea rápido —lanzó una mirada obstinada a Ed, quien reía como un niño

a punto de hacer una gran travesura.

Me aproximé a ella y con sutileza tomé su rostro entre mis manos, mientras los silbidos y las risas se oían en el ambiente. Ella cerró con fuerza sus ojos, era como si estuviese a punto de besar a su hermano. Noté su incomodidad, así que me precipité.

Quería terminar con eso. Le di un corto beso de unos escasos tres segundos.

Al abrir mis ojos, mi mente me jugó una broma de muy mal gusto. Frente a mí estaba la mujer que me robaba el aliento.

Shirley me miró con esos ojos hermosos

y esa radiante sonrisa. Sin poder evitarlo capturé sus labios entre los míos. La besé con pasión desenfrenada y con la intención de

explorar cada rincón de esa boca con mi lengua.

Reaccioné en el momento que sentí un fuerte empujón en mi pecho.

—Pero... ¿Qué diablos sucede contigo?  
—dijo Anette con la respiración

entrecortada, para luego tomar su bolso y salir casi corriendo.

Silencio absoluto.



Todos me miraban como si yo fuese un depravado sexual.

—¿Qué coño fue eso? —preguntó Eddie quien me miró horrorizado.

—Creo que... —yo estaba en shock—. La fiesta ha concluido —balbuceé—. Lo siento, pero no me siento bien —dije y me retiré hacia mi habitación.

¿Qué carajos había sido eso?

¿Había besado a Anette pensando en Shirley?

¿Qué rayos estaba pasando conmigo?

Desperté con un leve dolor de cabeza, a consecuencia del whisky y la sobredosis de carbohidratos y grasas saturadas que había consumido la noche anterior.

Abrí los ojos como plato, llevándome las manos a la frente, cuando un recuerdo en

específico golpeó mi mente, el beso con Anette.

Rogué a los cielos que ella no le hubiese comentado nada a Shirley.

Me levanté de prisa al percibir la hora que era. Era más de mediodía.

Me vestí con lo primero que encontré.  
Me tomé un café, tomé las llaves de mi auto y

lo abordé.

El día estaba nublado y frío, algo normal en Londres. El sonido de las bocinas a lo

lejos, me indicaron que el tráfico era infernal. Miré mi reloj y me percaté de que ya era demasiado tarde.

Bajé de mi coche y opté por tomar el subterráneo.

Mientras caminaba hacia la estación, una idea descabellada pero muy

espontánea

vino a mi cabeza. Sin pensarlo mucho tomé mi móvil y mandé un mensaje a cada uno de

los integrantes de la obra, indicándoles que el ensayo de esa tarde se cancelaba, con suerte, algunos de los que ya habían llegado, se retirarían.

Con toda la intención, envié el mensaje a cada uno, menos a Shirley, pues quería que

ella sí fuera. Deseaba tener un par de horas a solas con ella.

Allí estaba yo, de nuevo valiéndome de

tretas adolescentes para conseguir algo de espacio y tiempo junto a esa mujer que, sin pedírmelo, me hacía cometer locuras.

Subí al subterráneo y me encontré con algunas chicas, quienes envueltas por la emoción se me acercaron solicitando un autógrafo y una fotografía, algo a lo que ya estaba acostumbrado.

Bajé en la estación *Leicester Square* para encontrarme con la sorpresa de que en el exterior había comenzado a lloviznar.

Aceleré mi paso, pues era una caminata de cinco minutos a pie.

A medida que caminaba, la lluvia se hizo más y más intensa, obligándome a correr

para resguardarme en el *Canela Covent Garden*, un pequeño café que quedaba muy cerca del teatro.

Entré sin percatarme de que el sitio estaba abarrotado de personas que también se resguardaban de la lluvia. Al igual que yo, habían sido sorprendidos por la inclemencia climática.

—¡El clima está loco! —una voz femenina muy familiar me dio la

bienvenida

en ese refugio improvisado.

La mujer estaba mirando hacia el horizonte, como esperando que la lluvia cesara para salir corriendo de allí.

Llevaba un abrigo marrón con capucha afelpada. La miré fijamente y me encontré con esa menuda figurita que me ponía mal.

—¿Shirley? —ella se giró, reflejando sorpresa en su rostro.

—¿Xander? ¡Oh por Dios! ¿Qué haces aquí? ¡Mírate! Estás mojado —dijo ella mientras que con sus manos trataba de

escurrir el agua que corría sobre mi chaqueta de cuero.

—Tú también estás empapada —  
comenté mientras le acomodaba un mechón de

cabello mojado que tenía en su frente,  
tras la oreja.

Nuestras miradas se conectaron por  
cuestión de segundos, haciéndome sentir  
un leve

cosquilleo en mí estómago.

—¿Qué haces aquí? ¿Y tu coche? —  
preguntó ella rompiendo ese agradable  
silencio.

—Tomé el subterráneo. El tráfico es una pesadilla y más cuando llueve —mis ojos

fijos en ella denotaban mi fascinación.

—Con esta lluvia, no creo que venga nadie —comentó ella.

—Tienes razón. Les avisaré a todos que el ensayo se cancela —saqué mi móvil del

bolsillo de mi pantalón.

—Le avisaré a Christopher y a Margaret —indicó ella.

—No. Yo lo haré. Los tengo a todos en

una lista ¿Ves? —le mostré la pantalla de mi

móvil—. Un solo mensaje y se lo envió a todos.

Hice amago de enviar el mensaje y volví a retomar mi plática con Shirley.

—Ya que estamos aquí ¿Te apetece un café, mientras se calma la tormenta? Yo invito.

¡Genial!

El universo se había confabulado conmigo, poniendo a Shirley en ese lugar y en ese

momento, era mi oportunidad perfecta para charlar con ella y tratar de averiguar porqué actuaba tan extraño últimamente.

—Adelante —le indiqué mientras rodaba la silla para que se sentara. Ella sonrió.

—Gracias.

Al sentarme frente a ella pude notar que estaba un poco nerviosa, miraba a todos lados y no dejaba de jugar con la manga de su abrigo.

—¿Por qué estás nerviosa? —pregunté.

—¿Cómo? ¡No! ¿Nerviosa yo? ¡Pfff!

Claro que no. Es solo que... —hizo una  
pausa

y miró de nuevo alrededor —, nunca  
había tomado un café con una  
celebridad.

Reí a carcajadas. La mujer que estaba  
delante de mí, tocaba las fibras más  
sensibles

de mi ser y me llenaba de una ternura  
suprema. Verla allí sentada con sus  
ojitos brillantes y sonrisa tímida, fue  
sublime.

—¿Cómo te has sentido?

¿En serio, eso fue lo primero que pude

preguntar? De tantas cosas de las que podíamos hablar ¿Tenía que ir directo a ese tema?

Ella me miró algo extrañada ante tal pregunta.

—Bien. Supongo —se encogió de hombros.

—Lo digo por la obra. Imagino que será una gran experiencia para ti —traté de disimular un poco mi gran interés por saber acerca de ella.

—Muchas gracias —dijo ella sin más.

—¿Gracias? ¿Por qué? —estaba

sorprendido ante ese inesperado agradecimiento.

—Por darme la oportunidad y por confiar en mí.

Sujeté su mano y le di un ligero apretón.

—No hay nada que agradecer. Eres muy talentosa. Te mereces esto y mucho más

—  
correspondí a su bella sonrisa.

De repente el ambiente se tornó un poco íntimo. El ruido del lugar se desvaneció y

nuestras miradas se fijaron la una en la

otra. Sentí que el tiempo se detuvo en ese instante.

Sujeté con más fuerza su mano y por inercia humedecí mis labios con mi lengua. El deseo

intenso de besarla se apoderó de mí. No razonaba. Lo único que veía eran sus rosados labios. Deseaba besarlos, lamerlos, morderlos...

El sonido de un móvil hizo que ella soltara mi mano de golpe. Era su móvil, el cual

contestó sin siquiera mirar la pantalla.

—¿Diga? —dijo para luego quedarse en

silencio.

¡Estúpido móvil! ¿Tenía que sonar en ese preciso instante? Maldije internamente.

Noté que Shirley hablaba en otro idioma y por lo poco que conocía del mismo, pude

llegar a la conclusión de que era español.

—*Hola amor, bien...*

Yo no era un experto en idiomas pero sabía exactamente que “amor” era “*love*” .

Sentí una punzada en mi pecho como si acabara de recibir una muy mala noticia.  
Shirley

hizo un ademán con su mano,  
indicándome que se retiraría un  
momento para atender la llamada.

Vi como ella se alejaba de la mesa para  
entrar a la zona de sanitarios, mientras  
algo

dentro de mí se retorció ¿Quién rayos  
era ese al que ella le decía “amor”?

Fruncí mi ceño y sin poder explicarlo,  
mi humor cambió. Me sentí molesto y  
ansioso.

¡Un momento!

¿Acaso yo estaba celoso?

Dentro de mí había una mezcla de emociones que no lograba descifrar. Ella estaba conversando por teléfono con alguien y a juzgar por lo plácida que se veía la plática, deduje que se trataba de alguien que realmente a ella le interesaba.

Nuestros cafés llegaron y yo no que podía dejar pensar: «¿Con quién rayos estará hablando? ¿Por qué diablos sonrío tanto? ¿Quién será ese imbécil? ¿Será su novio?». Una

tras otra se formulaban esas

interrogantes en mi cabeza, mientras el estómago se me revolvía.

Luego de casi 10 minutos, ella regresó a la mesa. Bajé mi mirada tratando de

disimular mi incomodidad, al fin y al cabo así me ganaba la vida, actuando. En ese momento decidí dejar de lado la repentina molestia que se había apoderado de mí y la recibí con una cálida sonrisa.

—Lamento haberme tardado —se disculpó con algo de vergüenza en su rostro.

—No te preocupes, estoy bien —dije tomando un sorbo de mi café.

—¿Hace mucho que los trajeron? —  
preguntó refiriéndose a los cafés.

—Cinco minutos más o menos, si deseas  
puedo pedir que te lo cambien por uno  
caliente —le indiqué.

—No te preocupes. Se ha enfriado por  
culpa mía. No hay problema —dio un  
sorbo

para luego arrugar la nariz.

—¿Qué sucede? —pregunté al notar su  
cara de desagrado.

—Azúcar.

Sonreí y fue como si por arte de magia, toda esa molestia que sentía se esfumara.

Shirley poseía un encanto sobrenatural para hacerme sentir a gusto.

—Toma. Aquí la tienes —le acerqué el tarro de azúcar.

—Gracias.

Charlamos un buen rato mientras esperábamos que la lluvia cesara. Debido a que el

lugar estaba lleno de gente y el ruido de las voces era casi ensordecedor, me vi en la necesidad de acercarme un poco

más a ella, para platicar más a gusto.

Anhelaba tanto un momento como ese.

Aunque estuviésemos rodeados por decenas de personas, estábamos solos los dos,

allí en ese instante platicando de cosas triviales, pero que nos hacían reír como tontos.

Estábamos tan concentrados el uno en el otro cuando...

—¿Xander? ¿Shirley? —una voz familiar llegó a nuestros oídos.

—¡Christopher! —dijo Shirley y me giré

hacia el recién aparecido y lo recibí con una sonrisa hipócrita.

«¡Genial!», pensé.

Justamente en ese momento, justamente en ese lugar, debía aparecer él.

—¿Qué hacen acá? Estuve esperando un rato en el teatro y no llegó nadie — comentó

Christopher.

—¿No recibiste el mensaje? —indagó Shirley—. Xander le envió un texto a todos,

avisando que el ensayo se cancelaba por

la lluvia.

—¡No! —se encogió de hombros y me miró —No recibí nada.

—Lo siento, tal vez anoté mal tu número —comenté simulando estar apenado.

—¡Siéntate! —lo invitó Shirley—. Ya que no habrá ensayo, tómate un café con nosotros.

«A la mierda»

No pude evitar sentirme frustrado.

Mis planes de una cita improvisada se habían ido por un retrete. De nuevo ese

sentimiento incómodo, de molestia, regresó a mí. Sin embargo decidí sonreír para disimular mi mal humor. No era que Christopher no me agradara, era que su presencia, allí, justamente en ese instante, no la deseaba.

¿Qué sentido tenía permanecer allí?

Mi intención no era pasar una fría y lluviosa tarde charlando con “amigos”. Mi objetivo era estar con ella, a “solas” y compartir un instante especial, juntos.

Una parte de mí no deseaba permanecer allí sentado, mientras Shirley charlaba con

su amigo sobre la monografía de

dramaturgia que les había asignado la profesora Jones.

En cuestión de segundos, me convertí en el silencioso hombre de la mesa, que lo único que hacía era observar y sonreír sin entender de qué rayos estaban hablando.

No pude soportarlo más, tenía que salir de allí, pues mi ansiedad aumentaba cada segundo, mientras por dentro repetía una y otra vez: «Que se vaya Christopher, que se vaya, que se vaya», *pero* en vista de que el poder de mi mente no influía en ningún sentido, decidí irme yo.

—Me tengo que retirar. Terminen de

pasarla bien —me levanté de la mesa para

encontrarme con la mirada hermosa de ella. Negué con la cabeza sin poder ocultar mi indignación. Me incliné y me despedí, besando su mejilla—. Nos vemos en la noche.

—De acuerdo —dijo ella tomando mi mano y dándole un ligero apretón.

—Cuídate —le guiñe el ojo—. Hasta luego —miré a Chris y él se despidió agitando

su mano.

Salí de aquel lugar para encontrarme de

nuevo con una lluvia, la cual parecía no



querer cesar.

Tomé un taxi, pues no tenía intenciones de seguirme mojando.

Durante el camino a mi casa, Shirley se negó a abandonar mis pensamientos. Esos pocos minutos junto a ella habían sido suficientes para que esa pasión salvaje que creía superada, volviera a mí.

¡Por mil demonios!

La deseaba con todas mis fuerzas.

La noche llegó y asistí al teatro, como de costumbre. El *performance* transcurrió con normalidad.

Fue una total sorpresa encontrar a mi amigo de infancia, James Fisher entre el público. Él y yo habíamos asistido juntos al Colegio Eton.

Estuvimos charlando gran parte de la noche.

Supe que él se había graduado en economía y trabajaba en una empresa bastante

exitosa en Alemania, se había casado y

tenía una hermosa niña de dos años.

Fue inevitable no hablarle al respecto de Shirley, pues ella era la constante inquilina

en mis pensamientos, cosa que para James resultó ser muy extraño, ya que me casaría en

un par de semanas. Para él, era inconcebible que me sintiera tan consternado por otra mujer que no fuese mi prometida.

—¿Y ya la invitaste a salir? —preguntó él, al cabo de un rato.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? Estoy

comprometido —me indignó su pregunta.

—¿Y? Eso no evita que la desees —se acercó a mí con una mirada inquisitiva—. Sé

qué es lo que te sucede.

—¿Ah sí? ¿Qué?

—Estas encaprichado y hasta que no te la lleves a la cama, no se te pasará —

comentó con algo de desdén.

—No. Con ella me pasa algo que no puedo explicar. Al principio, no te lo voy a negar, sentía unas ganas locas,

casi salvajes, de tomarla, poseerla donde fuese y en el momento que fuera —hice una pausa y me giré hacia él—. Pero ahora es como si —

titubeé. No encontraba las palabras para explicarme—. No sé. Cuando la veo siento ternura, un deseo de querer protegerla, de querer estar con ella a cada instante —me giré,

dándole la espalda y llevándome las manos a mi cabeza en gesto de frustración—. Sé que

ella tiene su novio, que posiblemente sea una relación muy sólida y saber eso me enfurece

—golpeé mi escritorio y me giré de nuevo hacia James, quien me observaba con atención

—. ¿Ahora me entiendes?

Él asintió.

—¡Caramba! Es más grave de lo que pensaba —dijo.

—¿De qué rayos estás hablando? —había sarcasmo en su comentario.

—Hablas como un loco enamorado —aseguró él. No pude evitar carcajearme ante su

comentario—. ¿De qué te ríes? Es la

verdad. Tan solo hace falta verte hablando de ella para...

—De la única mujer que estoy enamorado se llama Anna y me casaré con ella en unas semanas, así que deja de decir disparates.

—Si en realidad estuvieses enamorado de Anna, no estuvieras pensando en otra mujer —soltó James con brusquedad.

Permanecí en silencio por algunos segundos, tratando de procesar todas las afirmaciones de James y me negué rotundamente a aceptarlas.

¡No!

Yo no podía estar enamorado de Shirley. Eso sería un desastre total.

—Déjate de tonterías y mejor vamos a tomarnos un par de tragos —cambié de tema.

James sonrió y accedió a mi petición.

Salimos del *Donmar*, decididos a pasar una noche de chicos, charlar de los viejos tiempos y recordar nuestras locuras en Eton. Sin embargo, Shirley salió a relucir en cada

tema de conversación. James bromeó al respecto, alegando que yo estaba

comenzando a

perder la cabeza por ella, pero él, mejor que yo, sabía que eso no era cierto.

¿O sí era cierto?

¡Oh Rayos!

De nuevo las dudas me invadieron. Esa sensación me tenía hastiado, deseaba de una

vez por todas, comprobar qué demonios era eso que sentía por Shirley.

—A ver si entiendo —James dio un sorbo a su trago de whisky—. Te gusta la chica,

pero no deseas llevártela a la cama.

—No es eso James, es que...

—Entonces, sí quieres llevártela a la cama —me interrumpió.

—Deja de hablar de cama y sexo, eso no lo es todo —le esputé con molestia.

James abrió los ojos con sorpresa.

—No puedo creerlo —articuló cada una de las palabras con toda la lentitud del

mundo—. Xander Granderson. El hombre más sensual del mundo, según importantes

*magazines* de Reino Unido —se levantó e hizo un extraño ademán con las manos —, dice

que el sexo no es importante. ¡Esto es increíble! —dio otro sorbo de su trago.

—Baja la voz —me levanté también, para obligarlo a sentarse—. Deja de tomar

tanto, ya estás algo ebrio.

—No estoy ebrio. Tú eres un aburrido —se sentó de golpe, regándose parte de su



bebida encima.

—¡Genial! —dije entre dientes rodando mis ojos con fastidio.

—Tú —me señaló con su dedo índice —, estás enamorado de Shirley.

James estaba como una cuba y comenzaba a decir disparates, así que me vi obligado

a sacarlo casi que a rastras del bar, para llevarlo a su hotel.

La noche no salió como lo había esperado.

Llegué a mi departamento y caí como

roca sobre mi cama, me hacía falta un poco de

alcohol para relajarme y no pensar tanto antes de dormir.

Esa noche por fin descansé, después de varios días sin poder dormir bien.

Los días transcurrieron entre el teatro, algunas entrevistas para diversas revistas y apariciones en uno que otro programa de televisión, donde era invitado para hablar acerca

de mi nuevo rol como productor de teatro.

Anna y yo aprovechamos para continuar

con los preparativos de la boda, la cual ya

no era un secreto para nadie, pues una revista de farándula había revelado detalles acerca

de mi compromiso, lo que produjo que mis redes sociales colapsaran. Las peticiones de diversos medios para obtener una entrevista conmigo, a fin de develar más detalles, eran

infinitas.

Shirley comenzó a comportarse más rara que de costumbre.

Durante las funciones se mostraba vivaz

y altiva frente a todos, sin embargo

esquivaba su mirada de la mía. Si ella estaba en un lugar y yo llegaba, se iba, así, sin más.

Cuando todos estaban reunidos haciendo sus respectivos ejercicios de calentamiento, podía ver como ella se divertía con los demás, pero el panorama cambiaba cuando yo me

acercaba. Era como si mi presencia le molestara. Ya no teníamos las típicas

conversaciones acerca de literatura o cine y mucho menos de música, el tema predilecto de

ella.

Todo cambió.

Me sentí abrumado y sin percatarme, estaba deprimido. La extrañaba demasiado.

Extrañaba nuestros momentos. Nuestra relación pasó a ser netamente laboral. Cruzábamos

palabras un par de veces por semana pero era para conversar acerca de la obra.

La indiferencia de Shirley comenzó a afectarme. Durante los ensayos no podía evitar

clavar mi mirada en ella, tratando de descifrar qué era lo que le sucedía. Durante las noches daba vueltas en mi cama, sin poder conciliar el sueño, tratando de entender que estaba sucediendo.

En un par de ocasiones, cuando Anna se encontraba de viaje, dejé de contestar sus

llamadas, simplemente porque no me encontraba de humor para hablar con ella.



Comencé a perder la cabeza y me negué

a aceptarlo.

Una noche, después de la función, cuando me disponía a marcharme, una voz femenina llamó mi atención.

—¡Xander! —me giré en dirección a esa voz y vi que era Margaret quien parecía estar discutiendo con Shirley, verla a ella hizo que mi corazón se acelerara —  
¿Podrías venir un momento, por favor?  
—solicitó ella y pude notar que Shirley negaba con la cabeza.

No pude evitar reír ante sus muecas.

—Claro, en seguida voy —recogí mis cosas, las cuales tenía apiladas sobre una silla

detrás del escenario y me encaminé hacia las chicas que me esperaban.

A medida que me acercaba pude notar que Margaret se alejaba de su amiga,

dejándola sola para hablar conmigo, tal como pintaban las cosas, Margaret se traía algo entre manos y no nos había notificado ni a Shirley ni a mí.

—Dime... ¿En qué puedo ayudarte? — ella se veía tan linda como siempre, sus

mejillas estaban sonrojadas y sus manos temblaban.

—Es que... emmm —verla tan nerviosa me encantó—. Necesito charlar contigo

acerca de algo.

—Muy bien, dime —sonreí y me sentí genial ante la idea de poder charlar con ella al

menos un par de minutos.

—Me gustaría que fuera en un lugar más...

—¿Privado? —indagué al notar que ella comenzaba a sudar.

—Algo así —respondió bajando la mirada y mordiéndose el labio inferior.

¡Dios! Cuanto me encantaba ver ese gesto en ella.

—¿Te parece bien en el área de camerinos? —inquirí con voz afable, tratando de calmarla un poco.

Percibí que lo que tenía que decirme era algo que se le hacía difícil decirme y el pavor se hizo presente en mí.

«¡Oh por Dios! Va a renunciar a la obra», fue la idea repentina que vino a mi cabeza.

—Sí. Hagamos algo, yo terminaré de recoger mis cosas acá y tú me esperas allá, nos

vemos en diez minutos ¿De acuerdo?

—De acuerdo —accedí, temiendo lo

peor.

Me dirigí hacia el área de camerinos, mientras mi mente ideaba un montón de

razones por las que ella desearía charlar conmigo y nada positivo llegaba a mi mente.

*«¡Rayos! Dejará la obra. Debí haber hecho algo que la disgustó y mucho».*

Ideas iban y venían.

Bajé las escaleras y caminé por el pasillo.

Al llegar al lugar pautado...

—¡Cielo!

Di un brinco al ser recibido de manera inesperada por una mujer. Al percibir quien

era, no pude evitar sentir molestia.

«¡Mierda!», pensé y cerré mis ojos con fuerza mientras la dama se abalanzaba entre mis brazos.

—Pe...pero, ¿qué haces aquí? —logré articular la pregunta.

—Quería darte la sorpresa —dijo ella con notable emoción.

—Pero me dijiste que llegabas en una

semana.

¿Qué hacía ella allí? ¿Por qué justo en ese momento? En mi mente no había cabida

para alguien más. Sólo para Shirley.

—Lo sé amor, pero terminamos los diseños antes de lo previsto y pues, decidí

venirme. Te extrañaba demasiado.

¡Por mil demonios!

Anna estaba allí. Se las había arreglado para colarse por la puerta trasera del teatro,

seguramente con la ayuda de alguien, para darme esa sorpresa, que contrario a ser grata,

fue de lo más incómoda para mí.

Se suponía que iba a platicar con Shirley, que por fin lograría saber algo de su comportamiento, pero no, ese día tampoco sería. Era como si el destino se empeñara en impedir que Shirley y yo tuviésemos un encuentro de otro tipo que no fuera en el plano

laboral.

—Amor... ¿Recuerdas la casa de la playa de tu amigo?

—¿La de Australia? —pregunté por inercia, pues mi mente no lograba enfocarse en

la mujer que estaba frente a mí, sino en la que estaba a punto de llegar.

—Sí.

—¿Qué pasa con ella? —continué indagando.

—Logré que Danny nos la cediera para nuestra luna de miel. Sé lo mucho que te encanta el lugar, así que esta vez seré yo quien te complazca.

—Mi vida, pensé que querrías pasar la luna de miel en Escocia, en la granja de

mi

abuelo.

—Sí mi amor, es cierto, pero también sé lo mucho que te encanta el mar. Además es

una propiedad privada, así como en Bora Bora ¿Te acuerdas? Estaremos solos, tu y yo, apartados de la civilización ¿Qué te parece?

—Me encanta, esa idea es fabulosa — respondí y me escabullí del abrazo de Anna.

Por nada en el mundo deseaba que Shirley me viera entre los brazos de mi

novia.

¡Un momento!

¿Por qué sentía eso?

Deseaba que Anna desapareciera. Me sentía muy molesto y frustrado. Tuve que

respirar profundo para evitar las viscerales ganas de gritar y salir corriendo de allí.

¡Oh rayos!

¿Ahora como haría para conversar con Shirley, con Anna presente?

«¡Mierda!»

Maldije mentalmente.

—Mi amor, mi amor, dame un momento  
—le dije con algo de afán—. ¿Podrías  
esperarme en el coche? O no sé... es  
que debo hablar con una de las chicas,  
con respecto a

la obra.

—¿Está todo bien? —preguntó Anna.

—Sí. Dudas del... teatro —la última  
palabra la dije titubeando y Anna lo  
notó, pues

me lanzó una mirada gélida.

—¿Y quién es la chica?

Tragué grueso y comencé a sudar.

—No la conoces, es una de las...  
ayudantes de recámara del acto tres —  
mentí y pasé

mi brazo sobre sus hombro para  
encaminarla hacia la puerta—. No  
tardaré, enseguida salgo.

Con premura la acompañé por el pasillo  
hasta llegar de nuevo a la sala principal,  
Anna hablaba de los detalles de la boda  
y la luna de miel, pero mi mente estaba  
en otro

lugar.

—*¡Shirley!* — escuché que alguien gritaba

Continué caminando hacia el vestíbulo y pude ver que Margaret le pedía a Shirley que se detuviera. Sin embargo ella prosiguió su camino hacia la puerta principal.

—Te esperaré en el auto, cielo —dijo Anna y me dio un beso en la mejilla y salió por

una de las puertas laterales.

Mi corazón se aceleró al percibir como Shirley caminaba, casi corriendo, en dirección a la puerta.

¿Por qué se iba?

¿No se suponía que quería charlar conmigo?

—*¡Shirley espérame!* —de nuevo la voz de Margaret se oyó, pero en esa ocasión Shirley se giró y pude ver como brotaban lágrimas de sus ojos.

Sentí que el corazón se me partía en dos.

—¡Margaret! —Levanté la voz —¿Qué sucede? ¿Por qué se va?

Margaret se giró hacia mí, me miró y negó repetidas veces con su cabeza.

—Eso —señaló la puerta por la cual

acababa de salir Anna—. Eso fue lo que sucedió

—dijo y salió corriendo detrás de su amiga.

Me quedé de pie, en medio de ese lugar, mirando ambas puertas, por la que había salido Anna y por la que había salido Shirley, alternando mi mirada entre ambas.

¿Qué demonios había sido todo eso?

¿Por qué Shirley se había ido llorando?

Juro por Dios que en ese momento me sentí muy confundido, como nunca antes en

mi vida.

Salí del teatro sintiendo un mar de emociones internas, mi cabeza daba vueltas, no lograba entender qué era a lo que Margaret se refería.

¿Por qué Shirley tendría que sentirse mal por Anna?

A menos que...



## Capítulo 8

No, no y no. Agité mi cabeza con fuerza

para sacarme esos absurdos  
pensamiento de la

mente. Shirley no podía estar llorando  
por mí, porque me había visto con Anna,  
pues si el

caso era, ella me había visto muchas  
veces con mi novia. En los ensayos, en  
la cena...

Caí en cuenta al recordar el  
comportamiento de Shirley durante la  
cena, un día antes

del estreno de la obra. Ella se había  
comportado muy rara.

De nuevo sacudí mi cabeza.

«Basta de pensar estupideces».

Caminé de prisa hacia mi coche, donde me esperaba mi prometida y lo abordé sin más preámbulos.

—¿Listo? —Anna me recibió con su dulce voz.

—Sí.

—¿Qué le sucedió a esa chica?

—¿Qué? —mi mente divagó.

—La chica salió casi corriendo. Iba llorando ¿Qué le sucedió? —indagó Anna.

Curiosa como siempre.

Me encogí de hombros.

—No lo sé —dije sin más.

Y en verdad no tenía ni la más mínima idea de porqué Shirley se había ido así.

*“Eso. Eso fue lo que sucedió”* . La voz de Margaret retumbó en mi cabeza.

«¿Anna?»

¿Qué diablos tenía que ver Anna en todo ese asunto?

Como pude encendí mi coche, pues de verdad no lograba coordinar mis

acciones con

mis pensamientos. Estaba en shock y lo único que quería era salir corriendo detrás de Shirley y saber qué era lo que estaba sucediendo.

Me sentía culpable y ruin.

Algo dentro de mí me decía a gritos, que yo era el culpable de su llanto.

—¡Xander! —la voz de Anna me sacó del trance momentáneo—. ¿Te encuentras

bien?

Habíamos llegado a mi departamento y

sin querer me había quedado congelado  
con

la mirada perdida mientras me aferraba  
al volante del coche.



—Sí —dije y sacudí mi cabeza.

Anna me observó en silencio, parecía  
algo preocupada. Ella sabía que algo no  
estaba

bien, que algo me atormentaba y por  
primera vez en el tiempo que teníamos  
juntos, no fui

capaz de hablarle de mis problemas, no fui capaz de contarle que la razón de mi malestar

era porque sospechaba que una chica estaba enamorada de mí y que yo deseaba con todas

las fuerzas de mi corazón, que esa sospecha fuese cierta.

Esa noche discutí de nuevo con Anna, luego de que ella notara que mi apetito sexual

se encontraba por el suelo. Yo no tenía cabeza para nada más, sólo había una persona en

mi mente y no era precisamente Anna.

Pasé gran parte de la noche en vela, navegando en las redes sociales y tratando de engañar a mi cerebro para que pensara en otra cosa que no fuese Shirley. Sin embargo, su

rostro cubierto de lágrimas era una memoria recurrente que me torturaba.

Dormí escasas dos horas y desperté con una gran pesadez en mis ojos, gracias a la

luz del sol que se colaba por mi ventana.

Anna estaba en la cocina preparando el desayuno.

—Buen día, cielo —dije, pero no obtuve respuesta alguna, así que comprendí que

estaba molesta por lo de la noche anterior.

No quise insistir y huí por la derecha. Tomé mi abrigo y salí a la calle, dispuesto a

correr un rato, necesitaba ordenar un poco mis pensamientos.

La siguiente semana pasó deprisa, entre compromisos laborales. Tuve que asistir a varias

entrevistas y sesiones fotográficas, por

la promoción de mi nueva película, que se estrenaría en un par de meses, por lo tanto no tuve la oportunidad de abordar a Shirley para charlar y saber qué rayos era lo que estaba sucediendo.

Sí.

Esa era mi eterna pregunta.

«¿Qué está sucediendo?».

Shirley se comportó muy distante conmigo en esos días y aunque siempre se

mostraba cortés con un “hola”, “buenos días”, “está bien” y “adiós” eran con las únicas palabras que interactuábamos

muy rara vez. Su actitud me ponía los pelos de punta. Si hay

algo que detesto con todo mi ser, es trabajar en un ambiente donde se respire tensión. Era

innegable que entre ella y yo la había, y mucha.

En un mes acabaría la temporada de funciones y gracias a Dios la obra había sido un

éxito, haciéndome acreedor de excelentes críticas en diversas revistas. En varias oportunidades fui invitado a reunirme con el comité ejecutivo de la *Sociedad Teatral Londinense*, con la

tentativa de unirme a ellos como miembro permanente, lo que significaría un gran logro en mi carrera.

Anna iba y venía, de ciudad en ciudad y de evento en evento. Su colección se exhibía

en diversas pasarelas de Europa.

Nuestra relación comenzaba a tambalearse un poco, faltando semanas para la boda y

aunque charlábamos a menudo por teléfono, uno que otro fin de semana ella regresaba a

Londres, o yo viajaba hasta Paris o

Milán, dependiendo en la ciudad donde se encontrara

en ese momento, era innegable que la pasión que nos caracterizaba en la cama, se estaba

esfumando.

Con el transcurso de los días me fui resignando que entre Shirley y yo no crecería nada más que una relación laboral, y me decidí a enfocarme en otros asuntos totalmente

diferentes a ella y la manera en que ella me hacía sentir.

Cuando ya estaba a punto de dejarlo ir,

de pasar la página y entregarme a la  
resignación definitiva, convenciéndome  
a mí mismo de que eso que sentía por  
Shirley era

un simple capricho, que Anna era la  
mujer que yo amaba, a quien le debía  
respeto y con la

cual me iba a casar dentro de poco,  
entonces sucedió algo que me hizo  
aferrarme más a mi

loca obsesión por esa mujer.

Las vacaciones de Anna dieron inicio y  
tendría que reincorporarse al trabajo  
dentro

de dos meses, así que yo pasé por ella y la recogí en el aeropuerto, pero regresando a casa mi coche presentó una falla, por lo tanto, me vi en la necesidad de llevar el coche al concesionario para que lo revisaran, lo que produjo que llegara tarde al ensayo en el teatro.

Llegué agitado y estresado.

Al cruzar la puerta del *Donmar* saludé a mi elenco. Todos estaban concentrados en lo suyo y como era costumbre en mí, la primera persona que comencé a buscar con la mirada

fue a Shirley. Era como si mi cuerpo, alma y corazón se tranquilizaran con una pequeña

dosis de ella al día. Miré en dirección a Margaret y nada. Hice un repaso más con mi mirada y la vi.

Se me formó un nudo en la garganta y el estómago se me revolvió. Apreté mis puños

y mis dientes rechinaron.

Ella yacía sentada sobre las piernas de un hombre que nunca en mi vida había visto.

«¿Quién rayos es ese imbécil?», fue lo primero que se me vino a la mente.

Una corriente de furia recorrió mi cuerpo.

—Margaret, ¿podrías acompañarme un momento a los camerinos? —le pregunté cuando estuve cerca de ella.

—¿Sucede algo, Xander?

—Sígueme, por favor —le indiqué y caminé sin poder quitar mi mirada de la parejita

que estaba sentada frente al escenario.

—¿Está todo bien? —oí la voz de Margaret a mi espalda, suplicando por una

respuesta. Me giré hacia ella y no pude ocultar el evidente ataque de celos que

sentía.

—¿Quién es ese sujeto? —pregunté en el acto.

—¿Cómo? ¿De qué hablas? —Margaret se mostró confundida.

—¡Oh vamos! Sabes de lo que hablo ¿Quién es ese tipo que esta con Shirley? —a todas luces repetí la pregunta con molestia.

Margaret me miró como si estuviese viendo a un completo desconocido.

—Es su novio —fue la escueta respuesta de Margaret.

Sentí un puñal clavándose en medio de mi pecho.

—¿Qué sucede? —esa voz me hizo girar bruscamente, era Shirley, quien de imprevisto se unió a la conversación.

—¡Oh! Hola, Shirley. Yo... Emmm —  
¿Qué carajos se supone que iba a decirle?

¿Qué yo estaba teniendo un ataque de celos porque ella estaba con su novio? No podía hacer tal cosa.

Traté de calmarme, mientras las ganas de exigirle una explicación me consumían por

dentro, pero no podía hacerle una escena, al fin y al cabo, no debíamos ni ella ni yo, rendirnos cuentas mutuamente.

»No. Nada. Le preguntaba a Margaret por el chico que estaba contigo, pues nunca lo

había visto —agregué, tratando de sonar calmado.

—Es mi novio, llegó hoy —rectificó ella.

—¡Ah! Entonces las cosas con él... están resueltas ¡Me alegra bastante! — fingí

alegría, aunque lo único que deseaba era agarrar del cuello al individuo en cuestión y mandarlo de regreso a su país, empaquetado en una caja de madera sin ningún orificio por el cual pudiera respirar.

—¿Qué cosas? ¿De qué hablas? —ella frunció el ceño.

—Eso significa que tu mal humor se irá. Volverás a ser la Shirley de siempre. Ahora

que él está aquí, estoy seguro que volverás a sonreír. Me alegra bastante eso —palabra tras palabra salieron de mi boca y me sentí como un estúpido por

hablar sin sentido.

Permanecimos en total silencio, uno frente al otro, mientras una furia avasallante recorría mi interior:

«¿Por qué Shirley? ¿Por qué no puedes quererme?», pensé mientras esos ojitos de miel me miraban con total indiferencia. Si tan sólo hubiera podido probar sus labios, todo

ese malestar que sentía se habría ido al carajo...

—Bien. Manos a la obra —dije para luego alejarme de allí a toda prisa. Si permanecía un segundo más cerca de

ella, iba a cometer una locura.

Tuve que contener mi malestar durante toda la función. Mis ojos no dejaban de contemplar las miradas cómplices entre Shirley y el imbécil de su novio. La sangre me hervía no más de verlo allí, sentado en primera fila, con esa sonrisa de idiota mientras observaba como mi bella Shirley se paseaba sobre el escenario.

¡Un momento! ¿Mí? ¿Pero, qué rayos estaba sucediendo conmigo? Sentía rabia a

más no poder por no ser aquel hombre, por no poder abrazarla, tocarla o

besarla, no podía

creer que sintiera envidia por alguien que ni siquiera conocía.

Al finalizar la función, noté que la mayoría del elenco se había reunido detrás del escenario y parecían estar planeando algo, me vi tentado a unirme a la conversación. No

obstante, la presencia de cierta persona allí, lo evitó, así que me dispuse a ordenar un poco mi [locker11](#).

Al cabo de unos minutos todo quedó en silencio y me percaté de que me encontraba

solo, todos se habían largado sin siquiera despedirse. Tomé mis cosas y decidí largarme también.

Al salir a la calle pude percibir un pequeño grupo de personas, conformado por Margaret, Christopher, Anette, Shirley y su “estimado novio”. Caminé hasta mi coche y no

pude evitar oír cuando Anette le decía a Shirley lo animada que estaba porque ella por fin

los acompañaría a tomarse unos tragos con ellos.

Me sorprendió el comentario, pues por lo que había oído por parte de los

demás, Shirley no era el tipo de chica que le gustara ir de juerga, pero con un motivo de peso allí presente, era imposible que no fuese a celebrar la llegada de su amorcito.

De nuevo, esa sensación de querer asesinar a alguien, se apoderó de mí y no pude evitar actuar por impulso.

—¡Hey! ¿A qué sitio irán? —pregunté en tono jovial. Margaret se giró hacia Shirley

y vi cierta incomodidad en ambas miradas.

— *Absolut Ice Bar* —oí la voz de otra dama al otro lado del coche. Era Anette.

—¡Genial! Los alcanzaré allá. ¿De acuerdo? —dije y enseguida me dirigí a mi coche.

Sin perder tiempo subí a mi coche, a la vez que marcaba el número de Anna, por nada del mundo iría solo a ver como Shirley me restregaba a su novio en la cara.

Si, estaba celoso, no pienso negarlo.

— *Hola cielo ¿Qué sucede?* —dijo Anna al contestar su móvil.

—¿Dónde estás? —pregunté mostrándome ansioso.

— *En el estudio. Estoy con Maggie, terminando de arreglarlo todo para la sesión de*

*fotos con los modelos. Es mañana. ¿Recuerdas?*

— *Cierto... Emmm. ¿Te gustaría alcanzarme luego en el Absolut Ice Bar? Iré con los*

*muchachos a tomarnos un par de tragos.*

— *De acuerdo, cielo. Cuando termine acá, pasaré por allá.*

Me encaminé hacia mi departamento y al llegar me dispuse a ducharme y arreglarme

de la mejor manera posible. Un traje gris oscuro de solapa negra estaría bien, mi cabello

peinado hacia atrás, un poco de mi mejor loción y ya estaba listo para ir a demostrarle a

Shirley que si ella sabía cómo divertirse, yo también lo sabía.

Llegué al lugar y permanecí dentro de mi coche por algunos minutos, cuestionando mi propia conducta.

«¿Qué rayos estás haciendo Xander? ¡Mírate! Pareces un adolescente».

Me dije a mi mismo al ver que a mis 32 años de vida, nunca me había visto en la necesidad de hacer tal cosa. En ese momento me sentí como un acosador, pero necesitaba

verlo con mis propios ojos, comprobar que Shirley amaba a otro hombre, no a mí.

Una desagradable sensación en la boca de mi estómago se hizo presente. Tomé una

gran bocanada de aire y bajé de mi auto, decidido a entrar al club.

Una vez dentro, no me costó nada conseguir la mesa donde estaban ellos.

Charlaban

y reían, era muy agradable verlos divertirse y no costó mucho saber que una persona estaba de sobra en esa mesa, el novio de Shirley.

—Buenas noches, damas y caballeros — saludé y fijé mi mirada sobre la menuda figura de la mujer que me hacía cometer ese tipo de locuras.

Todos contestaron con alegría ante mi llegada, algunos hicieron bromas con respecto

a mi forma de vestir, preguntando donde sería la entrega de premios. Tal vez

había exagerado con mi atuendo, pero no quería correr el riesgo de pasar desapercibido ante los

ojos de ninguna de las damas presentes. Muy dentro de mí, deseaba despertar en Shirley

ese mismo malestar que yo sentía. Deseaba que Shirley sintiera lo mismo que yo. Celos.

Si es que la posibilidad era remota.

Luego de casi dos horas entre tragos y chistes, decidimos marcharnos a otro lugar, donde pudiéramos bailar, así que llamé a Anna para decirle que los planes habían cambiado y que debía

alcanzarme en *Mahiki*, un club nocturno concurrido

en su mayoría por celebridades. El hecho de que yo estuviera con ellos, les

ayudó a tener un fácil acceso al club, pues yo era amigo de Derek, el hombre de la puerta,

pues muchas veces había ido a ese sitio a divertirme con Adeline.

Una vez allí, no pude perder la oportunidad de bailar con casi todas las damas de nuestro grupo, menos Shirley, pues ella parecía estar sujeta a su novio por una especie de

fuerza invisible que no le permitía separarse de él ni un segundo, lo cual comenzaba a ponerme los pelos de punta.

Al cabo de un rato más, Anna llegó y me sentí muy aliviado. Con mi prometida presente pude notar cierto cambio en la actitud de Shirley, quien hacía unos minutos atrás

no podía quitarme la mirada de encima, había comenzado toquetear, besar y mimar, con más ternura de la habitual, a su compañero.

De repente, se puso de pie y lo arrastró hasta la pista de baile. Yo hice lo mismo con

Anna.

—Vamos cielo, a mover el esqueleto —  
me levanté de mi asiento a la vez que  
extendía mi mano en dirección a mi  
novia.

—¡Genial! Me moría por bailar —  
respondió ella.

No sé con exactitud qué fue lo que  
sucedió en la pista de baile, yo solo me  
concentré

en bailar como nunca antes, mientras  
veía como Shirley besaba a su novio. Yo  
parecía estar poseído por el espíritu de  
John Travolta en “Fiebre de Sábado por

la noche”. En cuestión de segundos, pasé a ser el centro de atención y Anna, mi víctima inocente.

Mis manos traviesas recorrieron su espalda y cintura, estrechándola contra mi

cuerpo. Por cada movimiento sensual que dibujaba mi cuerpo en compenetración con el suyo, agregaba una mirada hacia Shirley, quien me miraba de igual manera. Por cada abrazo, beso o caricia que ella le propinaba a su compañero, yo multiplicaba las dosis hacia mi prometida.

Una batalla campal en el medio de la

pista, y no de baile precisamente.

Sentirme observado despertó mi morbo, saber que Shirley me miraba y que de cierta

manera se sentía incomoda, hizo que el pequeño adolescente dentro de mí, gritara victorioso y se regodeara de gozo ante el triunfo.

Miré a mí alrededor y noté que Shirley no estaba por ningún lado y la ansiedad se apoderó de mí.

—¿Te parece bien si nos sentamos, cielo? —le pregunté a Anna, quien estaba muy

animada mientras bailaba al ritmo de las mejores mezclas de Annie Mac.

—De acuerdo —contestó y emprendimos el camino de regreso a nuestra mesa.

—¿Y dónde están los demás? — pregunté no más al llegar.

—No lo sé —respondió Margaret, quien se encontraba platicando muy íntimo con una chica.

—Iré a buscarte algo de beber —me giré hacia Anna, aunque mi verdadera intención

era buscar a Shirley por el club.

En el momento que me giraba para marcharme, Anna me sujetó del brazo.

—No hace falta cielo, ya bebí mucho por hoy, creo que lo mejor es que...

—¿Nos vayamos? —la interrumpí al percibir cuál era su intención. Ella asintió con

la cabeza.

—Estoy agotada, además la sesión es a primera hora de la mañana.

—De acuerdo —me acerqué y le di un beso en la mejilla—. Despidete de

todos, iré

por el coche. Te esperaré fuera —le indiqué y me giré hacia los demás—. Terminen de pasarla bien. Nos vemos el lunes.

—Adiós jefecito —respondieron casi todos en coro.

Caminé a través de la pista de baile y observé el entorno. No había rastro alguno de

Shirley ni de Anette. Continué mi camino hasta que llegué a la puerta principal, donde con

un gesto de mi mano le pedí al [valet12](#)

que trajera mi coche. Él le indicó a otro caballero que lo buscara.

—Disculpe —me acerqué al hombre uniformado—. ¿La propietaria del Mini Cooper

azul, ya se marchó? —le pregunté al hombre .

—Sí, señor. La señorita se retiró hace unos minutos, iba acompañada de un caballero

y una dama —me indicó el moreno frente a mí.

—Muchas gracias por la información.

—Para servirle señor.

Solté una maldición entre dientes al percatarme que se había ido sin siquiera tener la

decencia de despedirse de mí.

Una bocina me indicó que mi coche había llegado. Caminé de prisa, abandonando el

recinto y enfrentándome al frío viento de la madrugada. Mientras caminaba hacia mí coche sólo podía pensar en una sola cosa, en Shirley. En ese preciso instante estaría en los brazos de otro hombre y que dicho hombre tenía todo el derecho de amarla y hacerla suya

una y otra vez, que despertaría al lado de ese hombre...

Pensar en la forma en que él podría acariciarla, me llenó una vez más de esa ira que

había sido mi compañera durante todo el día.

Subí al coche y al cabo de unos minutos Anna también lo abordó. Sin más tiempo que perder, nos marchamos.

Me sentía muy confundido. Miles de sensaciones se revoloteaban en mi interior. Eso

que sentía no era sano, lo sabía y debía

hacer algo para sacarme esa estúpida  
obsesión de  
la cabeza.

La mano de Anna acarició mi espalda  
cuando atravesamos el umbral de mi  
departamento. Me giré hacia ella y su  
hermosa sonrisa me recordó que yo tenía  
a una mujer maravillosa, con la cual me  
iba a casar.

¡A la mierda, Shirley!

Me abalancé sobre la preciosa dama  
frente a mí y la estampé contra la puerta  
principal, a la vez que con mis manos

palpaba cada curva de su cuerpo.

La lujuria se desbordó. Fue como si un animal hubiese estado al acecho, a la espera

de nosotros y cuando nos vio llegar se abalanzó sobre nuestros cuerpos, consumiéndolos

en la más ardiente pasión, despertando un apetito voraz entre los dos, Anna y yo.

Anna se movía entre mis brazos con tal desesperación que mi cuerpo reaccionó de la

misma forma, sentía tanta necesidad por

tocarla, besarla, contemplarla...  
necesitaba, con

desespero, sacarme la imagen de Shirley de la cabeza, estaba urgido por desahogar esas ganas reprimidas de poseerla y no poder tenerla.

Pegué a Anna contra la pared del pasillo, tomé su rostro entre mis manos y mis labios desaforados trataron de consumirse entre los suaves mordiscos de ella. Estaba realmente excitado. El alcohol dentro de mi organismo me ayudó un poco a desinhibirme.

De un halón la subí y ella entrelazó sus piernas a mi cintura, sus manos se enredaron entre mis cabellos y su lengua

se enredó con la mía, ahogándose entre gemidos y mi aliento acelerado.

La tumbé sobre el sofá y con un rápido movimiento rasgué su blusa, de igual forma

la despoje de su sujetador , revelando ante mi ese par de colinas maravillosas que me invitaban a lamer y morder. Sentí un respingón en mi entrepierna y sin contemplación tomé sus senos entre mis manos, los estrujé para luego enterrar mi rostro entre ellos. A medida que restregaba mi cuerpo con el de ella, más rígido me ponía.

Bajé mi mano hacia su zona íntima para percatarme que ardía de deseo. Sentí

que estaba a punto de estallar, la sangre recorría mi cuerpo con desenfreno y mi corazón latía

al mil.



¡Maldita sea!

Una vez más, mi mente me jugó una mala broma. Ante mi estaba la figura de esa mujer, una mujer que comenzaba a odiar por hacerme sentir como un imbécil.

Deseaba tanto a Shirley que me hacía delirar. Verla allí, me llenó de coraje.

Con violencia, me desprendí de mi ropa.

Anna intentó sujetar mi miembro entre sus

manos, pero no era la figura de Anna la que estaba frente a mí. Una furia recorrió mi cuerpo. Me sentí frustrado por no poder sacar a Shirley de mis pensamientos e

inconscientemente me desquité con la persona equivocada...

De un empujón, la obligué a recostarse sobre el sofá, me situé sobre ella, tomé mi rígido miembro y lo posicioné sobre su abertura y la penetré con rudeza. Ella dejó escapar

un alarido de dolor, pero yo lo ignoré.

La embestí con rabia, con celos, con furia...

—¿Es lo que quieres? —dije encolerizado mientras la embestía con violencia—.

Siéntelo —otra embestida—. ¿Te gusta? —gruñí y estrujé sus senos con aspereza y los gemidos que llegaban a mis oídos no eran de placer sino de dolor.

La embestí unas tres veces más con brío hasta que el llanto ahogado me hizo reaccionar.

Me detuve y miré el inmolido cuerpo que yacía debajo de mí. Anna me miraba

con

terror. Me levanté de golpe, espantado ante mi conducta. Toda esa ira que me había hecho

sentir Shirley, toda la frustración la había desahogado con Anna. Me sentí el ser más nefasto del planeta...

—¡Lo siento mi amor... yo no... — intenté hablar mientras me acercaba a ella.

—No me toques —ella se alejó corriendo y se encerró en nuestra habitación.

Me quedé en silencio y completamente

desnudo sobre el sofá, no lograba entender qué demonios era lo que acababa de hacer y comencé a temer por mi salud mental. ¿Me

estaba volviendo loco? Eso que sentía por Shirley no era normal.

Solté una maldición de nuevo y arrojé la primera cosa que encontré, estrellándolo contra la pared. Por primera vez en mi vida lloré de rabia, lloré de impotencia, por desear tanto a una mujer que no demostraba ni el más mínimo interés por mí. Por imaginarla regocijándose de placer al lado de un imbécil que a simple vista se veía que era un aburrido reprimido.

Desperté y me di cuenta que me había quedado dormido en el sofá, un cojín cubría mis genitales. Me levanté y miré a mí alrededor, mi ropa estaba esparcida por el suelo, así que proseguí a recogerla para luego ir a mi habitación y ducharme.

Al entrar me di cuenta que la cama estaba hecha, indicio de que nadie había pasado

la noche allí, lo que significaba que Anna había dormido en la alcoba de huéspedes.

—¿Anna? —dije su nombre a la vez que caminaba hacia la habitación de al lado —.

¿Dónde estás? —No obtuve respuesta alguna—. ¡Oh vamos, cielo! Lo lamento de verdad,

yo... —al abrir la puerta vi que la estancia estaba vacía. Tomé mi móvil y marqué su número.

—*¿Qué sucede?!* —su voz era serena pero con atisbo de indiferencia.

—¿Dónde estás amor? —pregunté.

— *Sesión, fotos, modelos, mi estudio*  
*¿Recuerdas?* —fue tajante con su respuesta.

—Cierto, pensé que tal vez...

— *Olvídalo Xander. No hablemos de eso* —interrumpió ella.

—¿Vendrás a almorzar o paso por ti al mediodía? —pregunté, cambiando el tema.

—*No. Almorzaré con Maggie. Acá en el estudio tenemos mucho que hacer, no te preocupes. Nos vemos en la noche* — dijo y finalizó la llamada, dejándome con una frase en la boca.

Me sentí moralmente devastado. Le había hecho daño a alguien que no lo merecía,

por culpa de...

«Por culpa de nadie. Tú eres el cretino que ha estado inventándote cosas sin sentido», me regañó mi consciencia.

Mi día transcurrió sin ningún contratiempo, me dediqué a pasar el día viendo

televisión y comiendo como cerdo. Hice un par de llamadas a mi madre y algunos cuantos

amigos con quienes tenía tiempo sin charlar. Como típico domingo, todo era aburrido, así

que me quedé dormido un par de veces frente a la pantalla del televisor.

El ruido de la puerta principal me despertó. Miré hacia la entrada y era Anna, quien

entró tratando de hacer el mínimo ruido posible.

—¿Qué tal tu día? —frustré su intento por pasar desapercibida.

Ella dio un brinco al verse sorprendida.

—Bien —contestó sin siquiera girarse a mirarme.

—¿Te encuentras bien? —indagué.

—Sí, sólo estoy... agotada. Hasta mañana —dijo y caminó con rapidez

hacia la

habitación de huéspedes.

Comprendí que a pesar de que Anna no me dijera nada y que no lo demostrara, ella

estaba muy herida por lo que había sucedido, así que no quise presionarla, lo mejor era darle su tiempo y su espacio.

El lunes llegó.

Anna salió desde muy temprano a cumplir con ciertos deberes y yo me senté en el

mesón de la cocina a tomar mi acostumbrada taza de café, antes de salir hacia el concesionario por donde pasaría recogiendo mi coche.

Cuando llegué, mi auto aún no estaba listo, faltaba por cambiarle una de las llantas

frontales, así que telefoneé a Judith, quien era la encargada del *Donmar* y le avisé que llegaría un poco tarde y le pedí que les notificara a todos que el ensayo comenzaría una

hora más tarde de lo acordado. Luego de casi una hora y media, mi coche estuvo listo, así

que lo abordé a toda prisa y me marché al teatro, llevaba casi dos horas de retraso, por lo que imaginé que ya habría comenzado el ensayo.

Llegué al *Donmar* y me encontré con que algunos se habían marchado porque tenían

algunos compromisos y otros estaban sentados charlando, por lo visto no habían sido notificados de mi tardanza. Continué mi camino hacia los camerinos para guardar algunas

cosas en mi *locker*. Al momento de entrar en la habitación de cambio de vestuario, noté que dos personas estaban allí, sentados de espalda a la puerta, uno

al lado del otro...

—¡Oh! Lo siento. No sabía que había alguien aquí —me disculpé y enseguida ambos

se giraron hacia mí, eran Shirley y su novio.

—No pasa nada amigo, sólo somos mi esposita y yo —dijo el acompañante de

Shirley y no pude evitar sentir que un nudo se formaba en mi garganta.

Ella abrió los ojos como exorbitados.

—Lo siento de verdad, pensé que no había nadie aquí, no fue mi intención

interrumpirlos. Yo... —me quedé callado al percibir el significado de una frase en particular.

En el instante no le di importancia, pero había comenzado a retumbar en mi mente,

como un eco incesante...

«¿“Mi esposita y yo”? ¿Oí bien?».

Fruncí el ceño al percibir el significado de dichas palabras. De repente sentí un vacío

en mi estómago y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Cómo? —la pregunta salió en un susurro.

Clavé mi mirada en Shirley y no pude evitar mostrarme muy consternado.

—¿Él no lo sabe? —el sujeto lanzó una mirada suspicaz a Shirley. Ella negó con la

cabeza y él se encogió de hombros, a todas luces apenado.

—¿Saber qué? —indagué.

¡Por todos los cielos!

Mi corazón se aceleró.

Estaba muy confundido en ese momento y me sentí dentro de algún programa de

cámara escondida, alguien saldría y gritaría ¡Has picado! y yo suspiraría de alivio, al saber que todo era una broma de mal gusto.

No, no podía ser cierto.

Shirley no podría haberse casado en secreto sin decírmelo. Al menos creía que me consideraba su amigo.

—Yo le dije a Shirley que era muy apresurado, que al menos esperara para invitar a

sus amigos de acá...

El hombre frente a mi hablaba y hablaba y parecía no tener intenciones de callarse.

«¡Por favor Shirley, dime que no es cierto!», pensé mientras la miraba con ojos suplicantes, pero ella no tuvo el valor de mirarme a los ojos.

No era una puta broma. Era verdad.

Se había casado.

—¡A ver! No entiendo nada —dije sacudiendo con fuerza mi cabeza—. Explícame.

—¡Nos casamos! —dijo ella entre dientes.

La estúpida sonrisa fingida que tenía en mi rostro, se esfumó. Mi corazón se detuvo

y mi mundo derrumbó.

—¡Oh! Felicidades —fue lo único que pude decir, por cortesía no más.

—Sentimos mucho no haberte invitado, de hecho no invitamos a nadie, fue algo improvisado...

El cretino continuó hablando, explicando cómo habían sucedido las cosas, pero yo no lo oía, mi cerebro estaba descolocado, solo trataba de procesar una acción...

«Se casó ».

La maldita voz de mi consciencia me lo recalcó.

—Sí, fue de repente —dijo ella, clavando la mirada en el suelo.

«¡Maldita sea Shirley, mírame a los ojos!».

Quería que lo viera, que viera mi dolor, que se diera cuenta que me estaba matando.

Por inercia sonreí. Sonreí como un imbécil. Una estúpida sonrisa donde resumí lo tonto que me sentía en ese momento.

—¡Vaya! Pues enhorabuena, algún día tenía que suceder —dije y sin poder evitarlo

mis ojos se humedecieron.

Tragué grueso.

«¡Por mil demonios! Contrólate, Xander».

Estaba comenzando a perder mi auto-control. Necesitaba salir de allí urgente.

»Bueno. Los dejaré solos, para que sigan en lo suyo —concluí y me di la vuelta para

largarme de allí.

Caminé por el largo pasillo hacia la entrada principal, mientras sentía como un par

de lágrimas bajaban por mi rostro. Me dolía el alma...

—¡Xander! ¿Adónde vas? ¿Y el ensayo?  
—oí la voz de Margaret a mi espalda.

Seguí mi camino sin siquiera girar a verla.

¿Quién lo iba a imaginar?

Era mi turno de salir llorando a través de las puertas del *Donmar*.



## Capítulo 9

Caminé varias calles, sin saber ni por donde iba, mi mente divagante me guió a través de

los pasajes solitarios de *Covent Garden* hasta llegar a un viejo parque. Me senté en una banca y pude notar que las personas me miraban con perplejidad, algunas mujeres murmuraban y señalaban en mi dirección, por un momento había olvidado que yo era un personaje público y que no era muy

sensato transitar las calles así por así.  
Sin embargo, no me importó y  
permanecí sentado allí.

Mis lágrimas cayeron sin ningún tipo de  
esfuerzo y las sequé con rabia, pues no  
podía permitir que nadie me viera en ese  
estado.

Reaccioné cuando una voz femenina me  
habló.

—Disculpe... ¿Se encuentra bien? —  
levanté mi rostro para ver a la linda  
joven de cabello rubio y ojos azules que  
me miraba con compasión.

Yo asentí y sonreí.

—¿Podría... —la chica extendió una pequeña libreta hacia mí, sus ojos irradian

alegría total, tanta que me la contagió. Sonreí y tomé el bolígrafo que me ofrecía con su

otra mano.

—Por supuesto—dije a la vez que firmaba sobre el papel —¿Tu nombre?

—  
pregunté.

—Kamile—respondió la chica.

—Bello nombre—comenté.

Había olvidado lo genial que se sentía estar con personas que te admiran y que te demuestran tanto cariño. En cuestión de minutos me encontraba rodeado de una decena de

preciosas damas que con su alegría me habían hecho olvidar el trago amargo que acababa

de pasar. Di autógrafos y me tomé un par de fotos para luego escabullirme. Me gustara o

no, debía volver al teatro, no podía evadir mi responsabilidad como productor de la obra.

En el momento que entré al teatro fue

como si toda esa excelente vibra que me acababan de infundir mis fans se hubiese quedado de puerta hacia fuera, pues un sentimiento de rabia e impotencia invadió mi cuerpo cuando vi a Shirley. Miré alrededor y

no había ni rastros de su novio, así que supuse que ya se había ido.

Pasé de largo sin mirar a nadie y me senté en una butaca al final del teatro, con la mirada fija hacia el frente. Solo me limité a ver el ensayo y así permanecí por unos segundos.

—No Christopher, eso está mal. Hazlo de nuevo, desde el principio—grité desde mi

lugar, al notar una pequeña equivocación por parte de él.



No sé si era mi mal humor o si era que todos se habían puesto de acuerdo para hacerme rabiar, pero el ensayo no parecía salir como yo quería. Todo estaba mal.

Me levanté de mi asiento y caminé hacia el escenario.

—A ver, se supone que esta escena ya la debes dominar—le comenté a Christopher a

medida que subía las escaleras.

—Lo siento Xander —dijo él.

—¡Un cuerno Christopher! ¿Qué diablos les sucede? Se han presentado casi 40

veces, ya deberían saberse la obra de memoria —elevé más mi tono de voz.

No sabía qué era eso que sentía, pero tenía la necesidad de gritar, de hacerles sentir

miserables a ellos también.

Miserable.

Esa era la definición de lo que me

pasaba.

Me sentía como un miserable,  
mendigando el amor de una mujer que lo  
único que sabía era hacerme sentir mal.

Los siguientes días pasaron como de  
costumbre, pero algo dentro de mí no  
estaba bien, la

amargura y la rabia se habían convertido  
en inquilinos constantes de mi vida.

Cuando estaba en casa con Anna,  
parecía que mi cuerpo era una cáscara  
vacía, mi mente divagaba

la mayoría del tiempo, fueron varias las  
veces en las cuales dejé a Anna  
hablando sola, o

simplemente no la tomaba en cuenta porque me encontraba sumergido “disque” en la lectura del guion de un nuevo papel que me habían ofrecido. En los últimos días, Anna se

había quedaba en casa de su asistente y amiga Maggie, al parecer porque tenía que trabajar

hasta tarde en su estudio y Maggie vivía cerca, algo que se le hacía más cómodo, según

Anna, pero yo sabía a la perfección que era porque ella no soportaba mi humor de perro,

de hecho, ni yo mismo me aguantaba.

Por otro lado, a mí no me importaba si se quedaba o se iba, en realidad disfrutaba de

la soledad, pues así podía concentrarme en mis cosas, bueno, en realidad en las cosas que

me ideaba con tal de mantener mi mente ocupada y no pensar tanto en...

¡Bah! ¿Para qué nombrarla?

Los ensayos se habían convirtieron en una agotadora rutina para mí. Aunque amara

lo que hacía, era claro que no me sentía cómodo y que lo hacía únicamente por

cumplir.

Pude notar que los chicos no estaban a gusto con mi forma de tratarlos. Sin querer me había convertido en el típico director frustrado que grita, regaña y siempre anda amargado.

Ver a Shirley despertaba en mí una serie de sensaciones extrañas y desagradables.

Me di cuenta que estaba sobrepasando los límites cuando una noche, Hoffman vino

al teatro, según por quejas de algunos, pues ya comenzaban a sentirse abrumados por mi

conducta.

—Han llegado a mí una serie de...  
¿Quejas? ¿Podría decirles así? —  
comentó

Hoffman en tono inquisitivo.

—¿De qué estás hablando Vincent?

—Es solo que, algunas personas te han  
notado un poco... ¿Irritable? —dijo

Hoffman.

—¿Quiénes son esos que dicen eso? ¡Me  
gustaría saber! —me puse a la  
defensiva.

—¡Oh vamos, Xander! No debes ponerte a la defensiva conmigo, soy tu amigo y

quiero lo mejor para ti, sabes que si hay algo que te perturbe, me lo puedes contar, puedes confiar en mí —Hoffman hablaba con tanta serenidad que por un momento me vi tentado

a dejar caer mi coraza, abrirme de lleno ante él y contarle todo.

—¡Jah! Confiar... —levanté una muralla de sarcasmo —. Palabra formada con la

raíz latina “con” que significa “junto, todo” y “*fides*” que significa “fe”, por lo tanto, es una palabra que significa realmente “tener total fe o seguridad en

algo o alguien” ¿No? —

hablé con aplomo pero sin dejar de lado el sarcasmo, mientras sentía que la ira recorría mi cuerpo. Caminé de un lado y la mirada de Hoffman me siguió—.

Lástima que pocas personas conozcan el verdadero significado de tal palabra.

—¿Qué rayos pasa contigo, Xander?—  
estalló Vincent de repente, levantando su voz,

lo que me hizo recordar que frente a mí se encontraba una persona a la cual admiraba y le

debía respeto. Me sentí apenado al instante por mi grosera conducta.

Me llevé las manos a la cabeza, en señal de frustración.

—No lo sé, no lo sé—dije, sin poder evitar que mi voz se quebrara y el llanto amenazó con desbordarse. Me sentía abrumado.

—No puedes mezclar el trabajo con tu vida sentimental, lo que suceda entre tú y Anna no es culpa de los demás — comentó Hoffman con propiedad.

—No. No pasa nada entre ella y yo. Estamos bien—le aclaré de inmediato.

—Entonces explícame qué está sucediendo. Me han dicho que te la pasas gritando,

regañando, golpeando las mesas, lanzando cosas, como si fueses un niño con una rabieta.

—No sé qué sucede conmigo. Tengo varios días con este malestar y no logro

despejar mi mente. Todo desde que llegó ese sujeto —dije entre dientes apretando mis puños.

—¿Qué sujeto? —preguntó Hoffman.

—El novio, ahora “Esposo”, de... —me callé al darme cuenta que había estado a

punto de confesarlo—. Ya déjalo así, Hoffman. Ya se me pasará —traté de restarle importancia a lo que estaba

sucediendo.

—¿De quién? Habla claro muchacho, porque no te entiendo —noté que Vincent

comenzaba a perder la paciencia.

—Hablo de la consentida de Redman, de Shirley. De ella es de quien hablo. El novio

de ella —solté sin más, quedando en evidencia frente a Hoffman.

—¿Qué pasa con ella? ¿Hizo algo indebido con él, acá? —inquirió con cierta

inocencia.

¿En serio no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo? Que yo me reventaba de

celos...

Enterré mi cabeza entre mis manos, sintiéndome más frustrado. Hoffman no me

facilitaría las cosas, tendría que explicarle con lujo de detalles.

¡Rayos!

—No sé qué me pasa, nunca me había sucedido algo así —le dije y me levanté

de

golpe de mi silla—. Lo normal es que cuando conozco a una mujer, ella se deslumbra por

mi carrera como actor y se transforma. No sé cómo explicarlo para que me entiendas —

agité mis manos en el aire, de verdad no sabía cómo explicar lo que sentía.

—Pierden la cabeza ante tu presencia — comentó Vincent, riéndose a carcajadas. Yo

también reí, pues Hoffman había logrado resumir mi sentir.

—Sí. Algo así—respondí y me alegré al ver que mi viejo amigo comenzaba a comprenderme.

—Es normal. Tus fans ven en ti al símbolo sexual que le ha vendido la industria. No

ven a Xander. Ese hombre debajo de ese montón de trajes caros, quien es una persona común y corriente como todos, con miedos, sueños y cambios de humor

—Hoffman se acercó a mí—. Eso es normal en este medio. Ya deberías saberlo.

Hoffman tenía razón en todo lo que decía. Sin embargo, lo que me

inquietaba era otra cosa. Una mujer que, a pesar de todos mis esfuerzos, había reaccionado de manera contraria. Shirley no era así.

—Shirley es tan diferente —dije—. Ella si vio a ese Xander. Recuerdo la primera vez que la vi. Me vio cómo su igual, no como una estrella inalcanzable —me giré hacia

Hoffman quien me observaba con atención—. Ella es tan talentosa, inteligente, graciosa...

—reí de nuevo y mi rostro adquirió un gesto cursi. Podría jurar que mis ojos brillaban como nunca.

Shirley poseía el don de hacerme sentir tan lleno de gozo y tan vacío de todo al mismo tiempo.

»¡Es increíble! Nunca me había pasado esto. Conocer a una chica tan fascinante, y que no me hiciera el más mínimo caso. ¿Sabes cuántas veces he intentado cortejarla? Mis

galanterías pasan desapercibidas para ella... y ella... lo único que hace es restregarme a su

novio en la cara ¡Ah no! Verdad que es su esposo —golpeé mi escritorio al recordar que

ya le “perteneía legalmente” a otro

hombre.

—Ya te entiendo. Sé que es lo que te sucede —dijo Hoffman con cierta picardía en

su voz. Se levantó de su asiento y se acercó a mí.

—¿A qué te refieres Hoffman? No me salgas con uno de tus chistes, por favor

comenté de mala gana.

—¡Estás enamorado! —dijo sin más.

Me quedé en completo silencio, tratando de procesar en mi mente eso que

acababa

de decir Hoffman.

¿Era esa la razón de mi malestar?

¿Estaba yo enamorado de Shirley Sandoval?

De repente un grito rompió el silencio.

—¿Qué fue eso? —me giré rápido hacia Hoffman.

—Eso ha sido un grito, pensé que estábamos solos—Vincent frunció el ceño.

—Ha venido del pasillo —dije y me

encaminé hacia el lugar de donde había  
provenido ese grito, que a juzgar por la  
agudeza de mi oído, había sido un grito  
femenino.

Abrí la puerta y me asomé. Nada. No  
había nadie, sólo un par de cosas de  
utilería tiradas en el suelo.

Sea lo que sea que haya sido ya no había  
rastros de nada, tal vez “*El Fantasma de  
la*

*Opera*” había decidido hacer acto de  
presencia esa noche.

—Déjalo. Tal vez haya sido uno de los  
chicos que anda por allí, ensayando a

última

hora.

—Pero, eso se oyó muy cerca Hoffman, es muy raro —insistí.

—Tú lo que estás tratando de hacer es cambiarme el tema, para que me olvide de lo

que estábamos hablando —me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Afirmarás mi sospecha?

Reí a carcajadas ante la insistencia de mi amigo, pero no podía negarlo, sentía algo

muy intenso por Shirley. No sabía si era amor, pero era algo que me quemaba por dentro.

Tenerla cerca era una droga para mí, tenerla lejos era un suplicio, saberla en brazos de otro hombre era como una daga candente clavándose en mi pecho. La quería para mí. Sentía rabia, alegría, tristeza, añoranza, envidia, melancolía, todas esas emociones se mezclaban

dentro de mí y ese era un coctel muy peligroso.

—No sé qué responder Hoffman, creo que no sé qué es lo que siento.

—En caso tal, me parece que no es justo

que te cases con alguien que no amas.  
¿No

crees?

—Tienes razón, mi deber es hablar con  
Anna, aunque... ¿Qué caso tiene?  
Shirley no

siente nada por mí.

—¿Estás seguro de eso, Xander? —  
preguntó él.

Pude notar que el tono de voz de  
Hoffman no era el típico de una simple  
pregunta,

sino el de una invitación, mejor dicho,

me estaba retando a descubrir por mí mismo si eso

que pensaba era cierto, tal como si él supiera algo que yo desconocía. Arquee mi ceja y

lancé una mirada inquisitiva al hombre frente a mí.

—¿Acaso sabes algo que yo no sé? —  
inquirí.

—¡Ay muchacho! No me compete decírtelo —me dio una palmada en el hombro

derecho.

—¡Un momento, Hoffman! ¿Eso qué significa?

—El amor es el más grande misterio de la vida. Te sorprendería saber que a veces las

respuestas llegan a nosotros cuando menos las esperamos —me guiñó el ojo—. Se hace tarde y debo conducir, lo mejor será que me retire.

—Está bien. No insistiré. Sé que por más que ruegue, no me dirás nada —reconocí.

—¿Decirte qué?

No pude evitar carcajearme ante el

despliegue de experiencia de la cual  
hacía gala mi

gran amigo, ante mí se encontraba una de  
las personas más sabias que conocía.

Hoffman

siempre me había ayudado en los  
momentos de dudas, era mi consejero  
por excelencia y si

había algo que lo diferenciaba del resto  
de mis amistades, era que él siempre  
procuraba que fuese yo quien  
descubriera las cosas por mis propios  
medios, porque según él, eso me

ayudaba a aprender la lección de verdad  
y adquirir la experiencia que la misma

me procuraba.

Aunque él supiese la respuesta o la solución a un problema, no me lo decía, pues para él era importante que yo creciera como ser humano aunque eso equivaldría a que yo

pasara días, meses o hasta años, dándole vueltas al asunto en mi cabeza. A fin de cuentas,

siempre valía la pena. El aprendizaje era obtenido.

Esa noche regresé a mi departamento decidido a tener una charla muy extensa con Anna, no podía decirle que la razón por la cual deseaba posponer nuestra

boda era porque

creía que estaba enamorado de otra mujer, debía pensar en una forma sencilla pero delicada para decirle que atravesaba un momento de alto estrés laboral y necesitaba poner

en orden algunas cosas antes de dar ese paso. Rogué que ella lo entendiera.

Al entrar a casa la encontré sentada en el sofá de la sala, revisando su portátil. Sin

perder tiempo fui a su encuentro. La saludé con un tierno beso, el cual ella correspondió

con frialdad. No le di importancia, pues noté que estaba muy concentrada en sea lo que sea que estaba haciendo con su computadora, así que seguí de largo hacia la cocina, mientras pensaba en las mil y una formas de comenzar la conversación. No fue necesario

romperme tanto la cabeza. La voz de Anna me sacó de mi ensimismamiento...

—¿Qué tal tu día? —preguntó mientras tomaba asiento en una de las butacas de la

barra central de la cocina.

—Bien —respondí y di un sorbo al vaso de agua que acababa de servirme.

—Xander, necesitamos hablar.

Dejé mi vaso a un lado al percibir en su voz cierto grado de ansiedad, no era común

que ella me llamara por mi nombre de pila, pues estaba acostumbrado a: “mi amor”, “mi

cielo”, “mi vida” o “bebé”. Supe que algo andaba mal. El “tenemos que hablar” como antesala de una conversación, siempre era considerada como una señal de mal augurio.

Tragué grueso y me senté en la butaca frente a ella.

—Dime. ¿Sucede algo? —la invité a iniciar la charla.

—Sí —contestó ella bajando la mirada —. Verás —ella comenzó a jugar con el

anillo de compromiso en su dedo. Estaba nerviosa—. Recuerdas que, cuando comenzamos

a salir, prometimos que si llegaba un tercero a nuestras vidas, trataríamos de ser lo más sinceros posibles y que...

¡Rayos!

Anna se había dado cuenta. Había notado mi fascinación por Shirley. Era

el

momento de quitarme la máscara y encarar esos sentimientos. Ya no podía mantener esa

mentira y negar que nada estaba sucediendo, Anna merecía saber lo que estaba pasando.

—Anna, yo...

—Shhh, por favor déjame terminar — demandó ella—. Yo no busqué que esto

sucediera, es más, no sé cómo rayos sucedió —dijo y se levantó de golpe, llevándose las

manos a la cabeza. Se veía muy confundida y yo comenzaba a sentir lo mismo—. Nunca

pensé que pudiera pasar... yo... eh... no —Anna balbuceaba y caminaba de un lado al otro. Me limité a seguirla con la mirada—. No quiero que pienses cosas que no son. Yo no

lo busqué. No quiero que pienses que esto lleva tiempo y que he estado mintiéndote.

Agité mi cabeza con suavidad.

¿De qué carajos estaba hablando?

—A ver. Un momento. Cálmate, por

favor —me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos. Sentí que su corazón palpitaba desbocado—. Cálmate y explícamelo todo, porque

no te entiendo nada.

—En los últimos meses, nuestra relación se ha ido deteriorando y debes ser

consciente de eso —dijo ella—. No te culpo, pues ambos hemos contribuido a que eso suceda —me abrazó con fuerza.

—Anna, mírame, por favor —busqué sus ojos con mi mirada—. No entiendo nada.

Se suponía que debía ser yo el que

estuviera diciendo incoherencias,  
sudando frío y

tartamudeando como imbécil, no ella.

¿En qué momento habíamos invertido  
los roles?

Ver a Anna tan inquieta y nerviosa me  
dio a entender que Shirley no tenía nada  
que

ver en eso. No obstante la culpa me  
carcomía y decidí decir algo.

—Cielo, por favor, si en algún momento  
hice algo que te causara daño yo...—  
intenté

hablar pero ella no me lo permitió.

—No Xander, no lo hagas, no lleguemos a ese punto aún, si hay alguien aquí que deba pedir disculpas, soy yo.

«¿Cómo? ¿Por qué rayos debo disculparla?».

Pensaba que el malo de la película era yo.

»He estado viendo a alguien más —dijo ella de sopetón.

Me quedé en shock.

«¿Qué?».

La pregunta reverberó en mi cabeza.

Ella hablaba y pedía disculpas sin parar.

Me tomó un par de segundos asimilar tal confesión.

—¿Quién es? —indagué.

Lo más extraño de todo era que, en vez de sentirme herido o engañado, me sentía aliviado.

—¿Recuerdas que te he hablado de Maggie? —ella contestó con otra pregunta.

La miré con el ceño levemente fruncido y reí con algo de incredulidad, pues todo ese

tiempo había creído que Maggie era una chica. Nunca me había preocupado por las largas

ausencias de Anna, los tantos viajes que hacían y mucho menos, las noches que se quedaban hasta altas horas, finiquitando los detalles para los desfiles y las sesiones fotográficas, pues nunca había considerado a Maggie como una amenaza para nuestra relación. Pensaba que no había nada de malo con que mi prometida pasara tanto tiempo con su asistente.

—¿Maggie es un chico? —abrí mis ojos de par en par ante la sorpresa —Todo este

tiempo pensé que Maggie era una chica y que...—me callé cuando percibí la mueca de horror en el rostro de Anna. Su gesto me dijo a gritos algo que terminó de mandarme a las

nebulosas. Abrí mis ojos con asombro —. ¿Maggie es chica? —pregunté con cierto halo de

asombro. Ella asintió con vergüenza — ¡Oh por Dios!

Atónito.

Esa es la palabra que describe mejor como me sentía en ese momento. No porque Anna me estaba confesando que me engañaba, ni mucho menos porque

me estuviera

diciendo que lo había hecho con una mujer. Lo que me conmocionó fue ver a Anna tan apenada de ser lo que era. Noté que se sentía muy mal y no pude ni imaginar el calvario

que había vivido durante los últimos días, con un dilema moral que tal vez no la había dejado dormir por noches enteras. Sentí un poco de pena por ella.

«¡Jah! Y yo creyendo que estaba jodido por haberme enamorado de una mujer que

no siente ni pizca por mí».

¡Un momento!

¿Lo estaba reconociendo?

Sí.

Amaba a Shirley con locura.

Sin poder evitarlo reventé en carcajadas, dejando perpleja a Anna.

—¿Xander? ¿Estás bien? —preguntó ella. Tal vez pensó que había terminado de

perder la poca cordura que me quedaba. Asentí con la cabeza sin poder dejar de reír —¿De

qué te ríes?

—Lo siento, Anna —dije entre risas —  
Estoy en shock y así suelo reaccionar, lo  
sabes —agregué sin parar de reír.

—Xander, lo siento. Yo nunca busqué  
hacerte daño, pero vamos a ser sinceros,  
nuestra relación ya no tenía sentido.  
Casi no nos veíamos y cuando  
estábamos juntos, tú

parecías ausente, como si... pensaras en  
alguien más — dejé de reír—. Ya no  
éramos la

prioridad el uno del otro.

—¿Eso crees? —dije adoptando seriedad, me acerqué a ella y sujeté su mano.

—Sí, Xander. Lo digo de nuevo, no te culpo, ambos contribuimos en eso.

—Está bien, no soy quien para juzgarte. Me alegra bastante que te sientas bien con...

—me partí de risa de nuevo—. Lo siento, Anna, pero no puedo evitarlo. Creo que tardaré

unos cuantos días en asimilarlo.

—Incluso ni yo misma me lo creo —se cruzó de brazos e hizo un puchero.

—¡Vamos! Nos es para tanto —la abracé con cariño.

—¿No es para tanto? Te estoy dejando, faltando dos semanas para la boda.

—Qué bueno que decidiste hacerlo ahorita y no en la iglesia. Me hubiese visto muy

ridículo, plantado en el altar.

Ambos reímos a carcajadas.

Di gracias a Dios que ante todo, Anna y yo éramos amigos. Ambos éramos personas

adultas y podíamos tomarnos las cosas

con calma.

—Y pensar que hasta hace unos minutos atrás, no dejaba de pensar en la forma de

posponer la boda —dije entre risas.

—¿Ah sí? ¿Y por qué? ¿Por esta chica?  
¿Cómo es que se llama? —ella chasqueó lo

dedos como tratando de recordar.

—¿Shirley?

—Exacto, ella ¿Por ella?

—No. Es porque me he sentido muy

abrumado en las últimas semanas y...

—¡Por Dios, Xander! No me mientas, he sido muy sincera contigo. Creo que

merezo lo mismo, además, no es un secreto que entre ustedes dos hay algo.

—¿Qué? ¿Algo? —reí débilmente—. Sí, un esposo —dije con sarcasmo.

—¿Cómo? —Anna me miró con gran confusión.

—Se casó en secreto hace un par de días con su novio de toda la vida.

—¡Caramba! Pensé que me engañabas con ella. Al menos eso fue lo que

percibí.

—¿Lo que percibiste?

—En la cena. Las miradas de ambos hablaban y decían a gritos muchas cosas. Ella te

ve con un brillo peculiar en los ojos. Pensé que aquella noche, cuando salió llorando del

*Donmar*, era porque le habías dicho algo, que incluso habías terminado con tu relación clandestina con ella, por la boda.

¡Vaya! Anna se había armado toda una novela en su cabeza. Que más habría

dado porque algo de lo que decía fuese cierto, al menos haber tenido ese frágil cuerpo entre mis brazos...

«Y tu conducta en los últimos días. Era más que obvio que había algo que te perturbaba.

—¿En serio has percibido todo eso?  
¿Desde cuándo tienes tales sospechas?

—  
investigué.

—Desde la misma noche de la cena. Xander, ¡saliste corriendo tras ella! Fue muy evidente. ¿Y qué me dices de la noche que salimos a bailar? Fue

increíble verlos en ese

despliegue de sátira. Ella actuaba desesperada por llamar tu atención y tú... —me señaló

con su dedo índice—. Me usaste para darle celos.

¡Madre mía!

Anna era realmente lista. De hecho, la mujer más lista que conocía. Era increíble ver

que no se le había escapado nada, y no sólo eso, que en ningún momento me había hecho

una escena de celos, cegada por sus sospechas de infidelidad.

En definitiva, una mujer con una inteligencia emocional muy desarrollada.

—Xander, sabes que te amo y que te adoro, que daría mi vida por ti —sonreí con ternura ante sus palabras—. Eres mi mejor amigo y quiero que seas feliz.

—Está enamorada de otro hombre —susurré.

—No, Xander. Por favor, analiza la situación.

Anna había dejado de ser mi novia y

había pasado a ser mi amiga y  
confidente. En

definitiva, ella y yo funcionábamos  
mejor como amigos que como amantes.

—El día que salimos a la discoteca con  
los muchachos, ese fue el día que se  
casó.

Según el imbécil de su esposo, fue algo  
espontáneo. Sin planearlo.

—Exacto. ¿Qué fue lo que sucedió con  
exactitud? ¿Podrías refrescarme la  
memoria?

—yo me encogí de hombros ante su  
insistencia—. Xander, por favor haz un

esfuerzo.

¿Qué fue lo que hiciste durante toda la noche?

—Tratar de demostrarle que era inmensamente feliz contigo —contesté sin pensarlo

mucho.

«¡Oh por Dios!».

Caí en cuenta de cuál había sido el objetivo de tan repentino debate.

Shirley se había casado cegada por la ira. Había tomado esa decisión en medio de un

arranque de celos. ¿Pero cómo no me había dado cuenta? Anna tenía razón, Shirley si sentía algo por mí...

...en ese momento las palabras de Hoffman vinieron a mi mente.

“El amor es el más grande misterio de la vida. Te sorprendería saber que a veces las

respuestas llegan a nosotros cuando menos las esperamos”.

Era eso.

Eso era lo que no quería ver.

Estaba tan ciego tratando de descifrar

qué rayos era lo que yo sentía por Shirley, que

no me había dado cuenta de lo que ella sentía por mí.



## Capítulo 10

El sonido de la alarma me despertó. Al percibir que ya había amanecido, salí de mi cama

de un brinco, tomé la primera camiseta que conseguí y salí de mi habitación.

Vi un grupo de cajas y paquetes  
acomodados en el pasillo al lado de una  
gran maleta

de color ámbar. La maleta de Anna.

Bajé las escaleras y fui hasta la cocina.  
Allí estaba ella y supe que preparaba un  
rico

café de Amaretto por el delicioso  
aroma. Inhalé cuanto pude del olor que  
emanaba tan succulenta bebida.

—Buen día —la saludé y ella se giró  
con una radiante sonrisa en el rostro.

—Buen día —respondió.

—Vi los paquetes en el pasillo. ¿Piensas irte? —pregunté mientras tomaba asiento en

el mesón de la cocina.

—Efectivamente, en un par de horas —dijo y me ofreció una taza de café, la cual acepté.

—No es necesario que te vayas. Puedes quedarte el tiempo que desees.

—No te preocupes, me mudaré con Maggie. Su departamento está a dos cuadras del

estudio, así que... —se encogió de hombros.

—¡Vaya! Las cosas van en serio —  
comenté con algo de malicia.

Aunque no amara a Anna con pasión  
desbordante, no pude evitar sentirme  
algo

melancólico, pues había sido más de un  
año juntos, haciendo planes,  
compartiendo tantas

alegrías y logros. De repente, de la  
noche a la mañana habíamos pasado a  
ser amigos nada

más, íntimos, pero amigos a fin de  
cuentas. No había rencores ni nada por  
el estilo, pero

era innegable que Anna me agradaba mucho, era una mujer hermosa.

—No es eso Xander, es por comodidad. Ahora que no habrá boda, me concentrare en

diseñar para la próxima temporada y necesitare estar mucho tiempo en mi estudio, la casa

de Maggie está cerca y...

Me levanté de mi asiento y caminé hacia ella, la rodeé con mis brazos, la miré a los

ojos y por impulso la besé. Un tierno beso, suave, inocente y cargado de

mucha emotividad. Noté que Anna cerraba sus ojos y se dejaba llevar. Ella también sentía cosas

por mí, pero no era suficiente como para dar el paso de unir nuestras vidas para siempre.

—¡Gracias Anna! —dije una vez finalizado el beso y apoyé mi cabeza sobre su

coronilla.

—¿Gracias? ¿Por qué? —ella tenía la respiración un poco acelerada.



—Por tantos momentos maravillosos,  
por ser como eres, por haberme  
brindado tanto

amor y... ¡por evitar que cometiéramos  
un grave error! —la abracé con fuerza.

—De habernos casado, con el tiempo  
nos hubiésemos dado cuenta que nuestra  
felicidad estaba al lado de otras  
personas —comentó ella y su voz se  
quebró.

Tomé su rostro entre mis manos y le di  
sutiles besos en la frente.

—No llores preciosa, estaré bien. Y lo  
más importante es que tú serás feliz

junto a

alguien más.

—Perdóname Xander.

—No hay nada que perdonar —susurré y de nuevo la abracé.

Mientras esperábamos el taxi que Anna había llamado, me habló de cuáles eran sus

planes a futuro: el año venidero estaría muy ocupada con el lanzamiento de una nueva fragancia y su nueva línea de ropa. Me llené de dicha al saber que ella estaba tranquila y

que nuestra ruptura no la afectaría para lograr materializar todas sus metas.

Con un fuerte abrazo, nos despedimos y nos prometimos ser amigos para siempre.

Llegué al *Donmar* y saludé con alegría a todos. Me sentía como un hombre nuevo. Las palabras que me había dicho Anna la noche anterior se repetían en mi cabeza una y otra

vez, llenándome de dicha.

«¿Será posible? ¿Shirley siente algo por mí?»

Imaginar una posible afirmación ante

tales interrogantes me hizo sonreír cual niño frente al árbol de navidad la mañana del 25 de diciembre, estaba ansioso por descubrir si

todas las sospechas de mi ex-prometida eran ciertas.

Caminé a través del teatro, buscando con la mirada a esa mujer que me traía de cabeza. A simple vista no la vi. Miré a Margaret y me acerqué a ella.

—¿Has visto a Shirley? —le pregunté.

—La acabo de ver entrando a los vestidores —respondió de inmediato.

Sin perder tiempo, fui en busca de esa

persona que hacía que mi corazón se  
acelerara

de sólo pensarla.

Al llegar a la entrada de la zona del área  
de camerinos la vi. Estaba de espalda y  
sentada en el suelo con las piernas  
cruzadas. Tenía sus audífonos puestos y  
leía un libro.

Me acerqué con sigilo a ella. Shirley  
estaba dentro de una burbuja musical.

Me acerqué un poco más y la escuché  
cantar. Cantaba bajo, para sí misma. Me

estremecí al oír su voz, era una voz  
hermosa, llena de entrega, pasión y una

melodía fascinante. La canción era en español. Poco a poco me fui acercando más y más. Cuando

estuve lo más cerca posible noté que ella estaba completamente entregada a su canto.

Aproveché que tenía los ojos cerrados para ubicarme frente a ella y sorprenderla, además de que quería apreciar con detalle su bello rostro al cantar. Me ofreció un sublime recital.

Ella debió sentir la intensidad con la que la miraba, pues abrió sus ojos de golpe y se

sonrojó cuando me vio.

—¡Oh por Dios! ¿Qué estás haciendo aquí? —ella se sobresaltó. Yo sonreí—.

¿Cuánto tiempo llevas allí?

—El suficiente para saber que tu voz es muy hermosa —dije tratando de mantener mi amplia sonrisa.

Verla sonrojarse sobremanera me pareció la cosa más tierna del Universo.

—Perdón... yo sólo... —balbuceó.

—No tienes por qué disculparte, cantas muy bien. ¿No has pensado en incursionar en

la música? —indagué.

—No, yo... eh... mmm...—comenzó a tartamudear.

—Calma, tampoco es para tanto, te oí cantar. ¿Y? ¡No hay porque avergonzarse! —

dije y me acerqué más a ella, pero ella dio un paso hacia atrás—. No muerdo— dije. Ella

sonrió con timidez—. ¿Qué estás escuchando? —tomé los audífonos que se habían salido

de sus oídos y llevé un auricular a mi oído derecho.

—Se llaman Jesse y Joy. Es un dueto mexicano. Déjalo, no son la gran cosa —ella

trató de arrebatarme el auricular.

Yo hice un movimiento ágil hacia atrás y la esquivé.

—¿Bromeas? ¡La chica canta genial!  
¿De qué trata la canción? —le pregunté.

Fue increíble ver como su rostro pasaba de un color pálido a un rojo carmesí.  
Reí de

nuevo.

—Disculpa, pero no entiendo. ¿Qué

haces acá? —agitó levemente su cabeza.

—¿A qué te refieres? Es el *Donmar*, trabajo aquí y tú también. Es un sitio en común

—respondí.

—No me refiero a eso, hablo de... ti, aquí, conmigo. En los últimos días me has dejado claro que no estás a gusto con mi presencia —indicó ella.

¿En serio? ¿Había dado esa impresión?

Y yo pensando que era ella quien huía de mí.

Di un paso hacia ella, pero ella

nuevamente se alejó un paso hacia atrás.  
Me detuve y

contemplé su rostro en total silencio.  
Caí en cuenta de que Shirley tenía razón.  
En los últimos días, mi comportamiento  
había dejado mucho que desear, pero  
negué a confesarle

mis razones. No podía decirle que me  
moría de celos al verla con otro hombre  
que no fuese yo, que día tras día, dentro  
de mí se librara una lucha emocional,  
donde la mayoría

de las veces yo resultaba ser el  
perdedor.

—¿Qué fue lo que nos sucedió? —rompí

el silencio.

—¿Cómo? No te entiendo —había confusión su rostro.

—Podíamos pasar horas y horas charlando, de literatura, música, películas... y no

nos aburríamos. Nuestras conversaciones eran geniales. Discutir acerca de tantos temas.

Esa confianza que comenzaba a surgir entre nosotros, de un día para otro... se esfumó.

Ella estaba de pie frente a mí, en completo silencio, su mirada fija en la

mía y mi corazón palpitando acelerado al percibir nuestra proximidad.

»De la noche a la mañana todo cambio —una vez más intenté estar más cerca de ella

y sentí alivio al ver que ella lo permitió. Tomé su mano entre las mías—. Me gustaría saber si en algún lugar, dentro de ti, aún se encuentra la antigua Shirley, a quien le gastaba tantas bromas, la que reía con mis chistes tontos, la que no le importaba si me molestaba,

siempre decía lo que pensaba. Por favor, si la ves, dile que la extraño —reí y ella se unió, su risa fue música para mis oídos—. A eso me refiero, quiero oírte

siendo feliz. Me encanta verte feliz — dije casi susurrando sin poder evitar mordirme el labio inferior, el deseo por saltarle encima y devorarla a besos, me embargó.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para frenar mis impulsos. Me alejé de ella con astucia, pues un segundo más cerca de su cuerpo y no podría controlarme. El pequeño diablillo juguetón que habitaba dentro de mí, tenía un plan entre manos. Caminé

hacia la puerta y sin pensarlo mucho, pasé el seguro. Di largas zancadas hasta estar de nuevo a escasos centímetros de ella.

Shirley clavó su mirada en mí y por primera vez lo vi...

...había deseo y pasión en sus ojos.

Ese gesto terminó de derrumbar todas mis defensas.

—¿Me concedes esta pieza? —le solicité extendiendo mi mano con caballerosidad.

—Pero, no hay música...—frunció el ceño.

Me incliné un poco, tomé su reproductor de música y comencé a pasar canción tras

canción.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Buscando algo adecuado para la ocasión.

—La verdad es que yo no tengo mucha música allí, sólo...

— *Shhh* —la acallé poniendo mi dedo índice sobre sus labios a la vez que le daba el

otro auricular para que se lo pusiera —  
Ésta estará bien.

Con sutileza la sujeté de la cintura y la estreché contra mi pecho, ella sonrió

con notable nerviosismo a la vez que recostaba su cabeza sobre mi pecho...

*All of me* de John Legend fue mi elección, cuya canción bailamos al ritmo de un romance que aún no terminaba de ponerse en evidencia, un sentimiento que no se dejaba

ver, pero que sabía que estaba allí, pues nuestros corazones frenéticos lo delataban con sus palpitaes.

—¿Por qué tan asustada?—susurré al notar su respiración entrecortada.

—¿Asustada? —levantó su linda carita y pude detallarla a la perfección. Tenía unos

ojos hermosos y una boca que incitaba a pecar—. No —sacudió su cabeza—. Yo solo...

—trató de hablar, pero no pudo.

—Canta —la apremié. Quería oírla y extasiarme de todo lo que significase su existencia.

—¿Cómo? —noté que su cuerpo se ponía rígido entre mis brazos y aflojé un poco el

agarre.

—Quisiera escucharte cantando algo en mi idioma, tu sabes, para entenderte.

Ambos reímos, lo que hizo que ella se tranquilizara un poco.

—Pero...

—Está bien, cantaré yo. Veo que sufres de miedo escénico al cantar.

Aclaré mi garganta y comencé a cantar.

*¿Qué es lo que pasa por esa hermosa cabecita?*

*Estoy en tu viaje del misterio*

*Y estoy tan mareado, no sé qué me golpeó,*

*pero estaré bien.*

Canté sin miedo ni vergüenza, canté con pasión, sintiendo cada una de esas palabras,

pues la canción describía a la perfección todo lo ella me hacía sentir.

Sentir su piel despertó algo en mí, algo que creía muerto. Junto a ella el tiempo se

detuvo.

*Mi cabeza está bajo el agua,*

*pero estoy respirando bien,*

*tú estás loca y yo no estoy en mis cabales.*

*Porque todo mi ser*

*ama todo de ti*

*Ama tus curvas y tus bordes,*

*todas tus perfectas imperfecciones,*

*dámelo todo,*

*y yo te lo daré todo a ti*

*Tú eres mi final y mi principio,*

*incluso cuando pierdo, estoy ganando,*

*porque te doy todo de mí,*

*y tú me das todo de ti.*

Su voz me trajo de vuelta de donde sea que estaba mi mente, ella cantaba y me miraba a

los ojos. Había ternura y dolor en esos hermosos ojos.

Con su canto me lo dijo.

¡Lo gritó a los cuatro vientos!

Yo había sido un estúpido por no haberlo visto. Me había dejado llevar por la rabia y

los celos, la había empujado a cometer un gran error. Ella me quería, ella sentía algo por

mí. Lo supe al tocar su piel y sentir como se estremecía. Ella ardía de deseo por mí.

¡Maldición! ¿Cómo pude ser tan ciego?

Entre nosotros sí había algo, Anna tenía razón, era algo que pedía a gritos ser liberado.

Sin poder evitarlo más, lo hice.

Me incliné con sutileza, sin quitar mis ojos de los suyos. Shirley dejó de cantar al captar cual era mi intención y cerró sus ojos, invitándome a probar el néctar de sus labios.

*Tú eres mi perdición, tú eres mi musa,*

*mi peor distracción, mi Rhythm & Blues*

*que no puedo dejar de cantar,*

*suenan en mi cabeza por ti.*

La música continuó sonando y nos dejamos arrastrar por la pasión de un beso clandestino.

Un beso cargado de desespero, frustración y... dolor.

Sentí que ella se desvanecía entre mis brazos y la sujeté con más fuerza, aferrándome

a su boca, su dulce boca que me elevaba

al mismísimo cielo. Mi lengua experta se convirtió en timidez y torpeza. No lograba entenderlo, pero besarla me hacía sentir como

un chiquillo que daba su primer beso. En sus labios todo fue nuevo y mágico.

Anhelaba tumbarla sobre el suelo y hacerla mía en ese instante de ser posible, pero al

mismo tiempo, deseaba llenarla de la más sublime de las ternuras. Su perfume me embriagó. De repente quería morder sus labios, hacerlos sangrar y nunca soltarla. La quería única y exclusivamente para mí, pero luego volvía a sentir esas inmensas ganas de

tratarla como la más frágil de las creaciones del mundo.

Poco a poco la fui llevando hacia una mesa que estaba cerca y con perspicacia la senté sobre ella. Mis manos acariciaron su rostro, sus hombros, su espalda... mi boca recorría la suya y nuestras lenguas se enredaron entre el deseo y la pasión.

La maldita puerta sonó, sacándonos de golpe del idilio en el cual nos encontrábamos,

nuestras respiraciones aceleradas nos indicó que ambos habíamos disfrutado el momento.

Me aparté bruscamente de Shirley.

—¡Mierda! —dije entre dientes y miré hacia la fulana puerta, sin poder evitar pensar:

«sea quien sea, lo mataré».

Caminé hacia la puerta con la intención de ver quién era, pero al dar unos pocos pasos sentí que Shirley me sujetó de la cintura.

Me detuve y la miré.

De un brinco, ella tomó mi rostro entre sus manos y estampó sus labios contra los míos. Había tanta pasión en su beso que pude sentirla en la parte baja de mi

cuerpo.

—Deja que se cansen de tocar y se vayan —percibí lujuria por parte de ella y eso me

excitó.

La tomé entre mis brazos, la llevé de nuevo a aquella mesa y recordé aquel sueño que tuve una vez, donde le hacía el amor sobre el escenario del teatro, mientras todos nos

observaban. No pude evitar sentirme un poco depravado al sentir una erección por el recuerdo.

Mis manos traviesas hicieron contacto

con su pecho. ¡Por todos los cielos! La  
ropa

estorbaba y deseaba arrancársela,  
dejarla completamente desnuda, hacerla  
mía. De

repente, sentí un fuerte empujón que me  
obligó a separarme de ella...

—No. Esto no está bien —dijo ella.

La maldita puerta sonó una vez más.

Paseé mi mirada entre la puerta y  
Shirley, quien temblaba a la vez que en  
sus ojos

comenzaban a formarse sendas lágrimas.

Reí con sarcasmo al verme allí, de pie, frente a una mujer casada.

Las ganas de tenerla eran tan extremas que había perdido todo sentido de la ética y la

moral. Ella me lo estaba recordando.

Me dirigí hacia la puerta y la abrí de un tirón. Al abrirla, vi que era Margaret.

—¡Oh lo siento! ¿Interrumpí algo? — indagó.

—No —le contesté con el mayor de los sarcasmos—. Estábamos charlando — agregué con notable molestia.

—Me daba algunos consejos para la obra —comentó Shirley.

Margaret nos miró a ambos y rió traviesamente.

—Si claro, como digan, sólo venía por mi bolso —señaló la cosa de color verde que

yacía en el suelo, a un lado de la mesa. Lo tomó y se marchó.

En el momento en que Margaret salió, cerré la puerta de nuevo y la aseguré. Me acerqué de prisa a Shirley, quien se peinaba el cabello con los dedos. Quería volver a sentir sus labios. A la primera probada ya se habían

convertido en una droga para mí y  
quería más...

—¡No! —dijo ella y levantó sus brazos  
para evitar que la abrazara.

—¿Qué sucede? —la miré de soslayo.

—Esto no está bien, yo...

—Estás casada —dije entre dientes.

«¡Maldición, Shirley! ¿Tenías que  
recordármelo?».

La realidad me golpeó sin misericordia  
alguna.

Era verdad, ella era una mujer casada,

moral y espiritualmente ligada a alguien que

no era yo. Ella era ajena. Ante los ojos de la sociedad, ella ya tenía dueño. Sin embargo,

algo dentro de mí me decía: «No importa. Soy capaz de compartirla antes de renunciar a

ella».

Pero... ¿¡Qué diantres!?

Inconscientemente estaba aceptando la condición de ser su amante. Me estaba

aferrando a la absurda idea de

conformarme con migajas, de ser el  
suplente, el secreto, su

amor clandestino...

—No lo digas así —habló ella.

Bajé la mirada y me sentía apenado por  
mi conducta. Yo fui quien propició ese  
encuentro. Yo era el intruso que  
pretendía entrometerme en un  
matrimonio, esa sagrada institución en la  
cual creía con fervor. Estaba decidido a  
echar por tierra mis ideales, ese que  
profesa que el matrimonio es algo  
inquebrantable.

Yo quería ser su dueño.

Yo deseaba que ella fuese sólo mía.

—Xander —de nuevo su dulce voz me trajo a la realidad—, lo siento —para desgarrarme el alma y abofetearme con la verdad.

Sin importarme quién hubiese sido el culpable de que eso sucediera, ella estaba casada y era algo que yo no podía cambiar.

—No. Yo soy quien lo siente. No debí hacerlo —me di la vuelta y me marché de allí.

¿Cómo podía sentirme tan bien y tan mal a la vez?

Era una paradoja total.

Por dentro estaba lleno de gozo y satisfacción porque había comprobado que Shirley

sentía algo por mí. Había besado sus dulces labios y había tenido a esa mujer entre mis brazos, pero no podía evitar sentirme culpable e incómodo, al verme dentro de un triángulo amoroso.

—Margaret ¿Podrías hacerme un favor?  
—le pregunté cuando me acerqué a ella.

—Sí, dime.

—Encárgate del ensayo —dije

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? —se  
mostró contrariada.

—¿Sabes qué? Lo cancelo. Diles a  
todos que no habrá ensayo hoy. No me  
siento

bien.

Ella me miró con compasión y supe que  
sabía algo, pero no quise ahondar en el  
asunto. Necesitaba salir de allí.

Alejarme y despejarme.

—¿Xander? —la voz de Margaret me  
hizo detener.

—¿Qué sucede? —le pregunté al  
girarme.

—Tienes...algo allí...—dijo y señaló la comisura derecha de mi boca.

Pasé mi mano por el punto indicado y me di cuenta que era labial. El labial de color

rojo que Shirley llevaba antes de quitárselo a punta de besos. Reí con vergüenza y lancé

una mirada cómplice a Margaret.  
¡Definitivamente sabía algo!

—Gracias —dije y terminé de marcharme.

Salí del teatro y abordé mi coche. Me sentía confundido de manera extraña,

con un

cosquilleo en la boca del estómago y a la vez, un nudo en la garganta. Dentro de mí, había

una batalla campal entre el corazón y la razón.

La razón me gritaba que no debía quererla, que debía alejarme y dejarla en paz, no

entrometerme entre ella y su esposo, pero el corazón me imploraba que la amara, que luchara por ella, que defendiera eso que yo sentía.

Tomé mi móvil y llamé a la única

persona que podría ayudarme, la única persona que durante toda mi vida me había dado los mejores consejos. Mi madre.

— *Xander, hijo ¿Cómo estás?*

— *Hola mami, bien ¿Estas en casa?*

— *Sí, cielo ¿Sucede algo?*

— *¿Elyse está en casa también? — pregunté..*

— *Sí, hijo ¿Te la comunico?*

— *No. Es sólo que deseo hablar con ambas.*

— *De acuerdo.*

—Voy en camino —le indiqué.

Finalicé la llamada y encendí mi auto.

De prisa me dirigí a esa hermosa casa donde había pasado los mejores años de mi infancia y adolescencia, y desde la cual podía ver el hermoso Río Támesis y la majestuosidad del *Hungerford* y el *Golden Jubilee Bridges* alzándose sobre él.

El agradable aroma a pino y lluvia me dio la bienvenida. Los jardines de *Whitehall*

eran los culpables, jardines que habían

sido escenario de tantos juegos junto a mis hermanas.

La sublime estampa de una dama, de contextura mediana, cabello rubio cenizo, ojos

azules cual cielo y una sonrisa radiante como el sol, me recibió con los brazos abiertos.

Alyssa Shelley, la mujer a la cual le debía mi vida, quien me había albergado dentro

de su vientre durante nueve meses, para luego traerme al mundo, llenándome de amor y de

buenas enseñanzas. Mi madre siempre estaba a mi lado, alentándome, llenándome de valor

para luchar por mis sueños. Ella siempre había sido mi cómplice, las tantas veces que tuve

que mentirle a mi padre para poder asistir a algún *casting*.

Mi madre, mi mejor amiga.

Estaba de pie en el umbral de la puerta principal, esperándome como tantas veces lo

había hecho después de un largo día de escuela y yo bajaba corriendo del

transporte escolar para abrazarla y decirle lo mucho que la había extrañado.

En ese momento que caminaba al encuentro con ella, rumbo a la entrada de la

residencia Shelley, muchos recuerdos hermosos vinieron a mi mente, llenándome de

gratitud y añoranza. Si alguien me preguntaba ¿Cuál era mi lugar preferido en el mundo?

Sin duda respondería: la casa de mi madre.

—Mi cielo —mamá me abrazó y me dio

un beso en la mejilla. Estar entre sus brazos

era lo máximo, no había lugar donde me sintiera más seguro—. Pasa, bebé.

Al entrar vi todo tal como lo recordaba, la gran escalera frente a la puerta por cuyo

barandal me deslizaba casi todas las mañanas antes de ir al colegio, el sofá de cuero donde tomaba deliciosas siestas y el felpudo en la puerta con la palabra “*Home*”, que me indicaba que estaba en casa. Parecía mentira que ya hubiesen transcurrido casi cinco años

desde que había decidido irme a vivir

solo y eran casi ya 3 meses desde que no visitaba a

mis mujeres preferidas: mi hermana y mi madre.

—Hola, cabezón —oí la voz de mi hermana. Elyse que se acercaba con una bandeja

en las manos —¿Quieres leche en tu té?  
—me preguntó mientras caminaba hacia la sala de

estar.

—No, gracias. Por cierto, hola hermana.

—Vamos hijo, tomemos una taza de té

mientras charlamos —mi madre me sujetó del

brazo y me guió hacia la sala.

Tomé asiento en el amplio sillón de cuero, donde pasaba largas horas leyendo alguno

de mis libros preferidos. Mi madre y mi hermana se sentaron en el sofá frente a mí, seguidamente Elyse sirvió tres tazas de té, me dio una a mí, otra a mi madre y prosiguió a

dar un sorbo a su taza.

—¿Xander? —mi madre rompió el silencio

—¿Está todo bien? Aquí estamos. ¿De qué querías hablar? —habló mi hermanita.

Tomé un sorbo de mi té, como si eso fuera a darme el coraje para hablar. Luego de

unos segundos, solté un suspiro...

—Bueno, trataré de ser lo más directo posible, para no darle largas al asunto, pues sé

lo incomodo que es y... —comencé a balbucear.

—¡Xander! —La voz regañona de mi hermana me hizo girar de golpe hacia

ella —

Estás divagando. Ve al grano, por favor.

Había olvidado lo frontal y poco tolerante que era la señorita Elyse Granderson.

—Bien —tomé una gran bocanada de aire y la solté sin ninguna sutileza —  
Anna y

yo hemos roto —dije sin más.

Un breve silencio se hizo presente.

—¿Cómo? —mi madre reaccionó al cabo de unos diez segundos.

—¡Uy! ¿Otra novia más que te deja? —  
comentó Elyse con un tanto de malicia.

—No. Ha sido una decisión mutua.

Mi madre y Elyse intercambiaron una  
mirada que a juzgar por mi experiencia  
en

analizar el lenguaje corporal de las  
personas, podría jurar que Elyse decía:  
“Te lo dije” y mi madre respondía:  
“Está bien, tú ganas”.

Me miraron a mí. Elyse con una sonrisa  
sagaz, pero en mi madre vi  
preocupación.

—¿Cómo se llama? —indagó mi

hermana.

—¿Qué? —fruncí el ceño sin poder entender a qué se refería Elyse.

—La mujer por la cual dejaste a Anna.

—Yo no la dejé. ¿Qué te hace creer que hice eso?

—¡Ay por Dios, hermano!, Eres Xander Granderson, el británico más deseado de América.

—Yo no la dejé, ella me dejó a mí —confesé.

—¡Vaya! —mi hermana se sorprendió

—. Eso sí que no me lo esperaba.

Tuve que explicarles que Anna había sido la que tomó la decisión de cancelarlo todo,

pero no les quise dar muchos detalles del porqué, pues me parecía que era algo muy íntimo de ella, y sería ella quien en su debido momento les dijera. Les comenté que mi verdadera razón, por la cual me encontraba allí, era porque necesitaba la opinión de mi madre acerca de todo lo que me estaba sucediendo con Shirley. Necesitaba que ella me ayudara a esclarecer esa maraña de dudas que me robaban la calma, además que

necesitaba desahogarme con alguien.

—¿Cómo se llama? —Elyse insistió de nuevo con la preguntita.

—¿Por qué sigues con eso? —levanté un poco la voz, de verdad que mi hermana

sabía muy bien cómo ponerme los pelos de punta.

—Niños, no empiecen —nos reprendió mi madre.

—¡Por Dios Xander! Te conozco, eres mi hermano y sé cuándo andas mal por una

mujer, tienes la misma cara de aquella

vez que no encontrabas la forma de contarnos que

estabas saliendo con... —frunció el ceño y chasqueó los dedos—. ¿Cómo es que se llama

la americana loca?

—Su nombre es Bárbara y te agradecería que no te expresaras así de mis amigas —

me levanté de golpe de mi asiento.

—Como sea. Tienes la misma cara de aquella vez que andabas saliendo con esa

chica y a la vez decías amar a Adeline, pero no sabías qué hacer, si seguir con la relación o mandarlo todo al cuerno...

—Lo de Adeline fue muy distinto —le esputé sin poder evitar sonar agresivo.

—¡Basta! —demandó mamá.

Mi hermana y yo nos quedamos en silencio.

Aunque no lo quisiera reconocer, Elyse tenía razón. Mi malestar se debía a una mujer, pero la situación era diferente, pues no era yo quien se encontraba en medio de dos

mareas, esa vez no era yo quien debía

decidirme por alguien, esa vez era yo quien me encontraba sentado en la sala de espera, esperando por algo más que un par de besos.

—Se llama Shirley —le dije a Elyse. Ella sonrió con suficiencia—. ¿Ya estás feliz?

—Mucho. Sabía que se trataba de una mujer.

—Y está casada —agregué.

A mi hermana se le borró la sonrisa del rostro.

Mi madre dejó escapar un sonido de asombro.

—Elyse cariño, déjame a solas con tu hermano, por favor.

Mi hermana se levantó del sofá y se retiró.

—De verdad, no sé qué pasó, al principio pensé que era simplemente un capricho, así como los de padre... — comencé con la verborrea.

—Los caprichos de tu padre le duraban una semana o un mes, cuanto mucho — acotó

mi progenitora.

—Exacto —concordé con ella—. Tengo casi un año con este capricho, pensando

en

ella, deseando que ella fuese Anna, viéndola en todas partes, sintiendo esto... —me di un

suave golpe en el pecho—, que no sé qué rayos es, mamá.

Mi madre me escuchó con atención, como siempre lo hacía, sin juzgarme ni hacer preguntas. Yo por mi parte decidí abrirle mi corazón por completo.

Le conté como la había conocido, mis tantas alucinaciones momentáneas estando

con Anna, la ternura y la pasión que

sentía al estar cerca de Shirley, los celos que sentía cada vez que la veía con su esposo, mis cambios de humor, lo que había sucedido en la discoteca y lo que acababa de pasar, lo que había sentido al besarla. También le hablé de

mi malestar, de cómo me sentía en las puertas del cielo, mientras ardía en el infierno.

—Hijo... —mi madre se inclinó hacia mí y tomó mi mano entre las suyas—.

Antes

de que continúes hablando, necesito saber algo —yo guardé silencio—. ¿Ella siente lo mismo por ti?

—¿Lo mismo? —recalqué la pregunta.

Ni siquiera yo estaba claro de que era lo que sentía, mucho menos podría saber que

sentía Shirley de verdad.

—¿Ella también está enamorada de ti?

—¿También? No madre yo no estoy...

—intenté negar lo innegable, pero mi madre

me miró con cierta mirada que decía: “A mí no me engañas”

—¡Por favor, Xander! Ni siquiera intentes negarlo. Soy tu madre y te

conozco muy

bien. Podrás engañar a tus amigos, a tus hermanas, podrás inclusive engañarte a ti mismo,

pero a mí no me engañas hijo. Tú estás enamorado de esa muchacha y me atrevo a decir

que es la primera que te oigo tan...

¿Ilusionado? ¿Podría decirse? Nada más basta con verte hablar de ella para saber que tus sentimientos son genuinos e intensos, pero hay un

gran problema ¿No?

—Si madre, ella es una mujer casada

y...

—No, Xander. No me refiero a eso, me refiero al hecho de saber si ella también te

ama.

«¿*Amar?*»

Me estremecí ante esa palabra, que para mí significaba mucho. El hecho de que mi

madre usara tal palabra, me hizo comprender que la situación era más grave de lo que yo

creía.

¡Por Dios!

¿Amaba a Shirley?

¿Acaso era eso lo que me sucedía?

—No tiene sentido madre. Ella es una mujer casada y algo dentro de mí me impide

seguir con esto. No es lo que me inculcaste. ¿Acabar con un matrimonio? No es mi estilo.

—No, hijo. Yo no te inculque eso. Yo te enseñé a valorar y luchar por lo que quieres,

y en este caso te diré que en la guerra y

el amor... todo se vale, además...—hizo una pausa y miró mi móvil, el cual se encontraba sobre la mesita de té—. ¿Una mujer que de

verdad feliz con su esposo, llamaría al teléfono del hombre con el cual acaba de besarse?

—¿Cómo? —tomé rápidamente mi móvil y al ver la pantalla pude ver que decía

“Llamada entrante de Shirley”.

Mi corazón se desbocó y una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Dile lo que sientes y deja que sea el

tiempo quien decida —concluyó mi madre para luego levantarse, darme un apretón en el hombro y retirarse.

Mi móvil dejó de vibrar y mi mente divagó por algunos segundos. Mi madre tenía razón. No podía permitir que la mujer que amaba se me escapara de las manos, debía luchar por eso que sentía, no podía negarme la oportunidad de ser feliz de una buena vez.



## Capítulo 11

Salí de la casa de mi madre y de

inmediato me dirigí al *Donmar*. Debía cumplir con la función de esa noche.

Aunque me sentía un poco más tranquilo, no podía evitar sentir ansiedad, quería tener a Shirley entre mis brazos, amarla, mirarla a los ojos y decirle lo que sentía. Tal vez una velada bien planeada era lo más idóneo, pero había algo que no cuadraba dentro de mi

ecuación. El esposo de Shirley. Con él allí, siempre presente, sería imposible cualquier acercamiento de tipo romántico con ella.

Aceleré mi coche al percibir que ya estaba sobre la hora, la función estaría por comenzar. No obstante ni todo mi

esfuerzo por querer imitar a Sebastián Vettel, tratando de tomar rutas alternas y maniobrando como cual corredor de fórmula uno, me ayudaría a

llegar a tiempo. El tráfico era un caos total.

Tomé mi móvil y telefoneé repetidas veces a Hoffman para que me cubriera mientras

llegaba, pero tampoco sirvió de nada, la contestadora me indicaba una y otra vez que él se

encontraba fuera del área de servicio. Luego de tanta insistencia, recordé que Vincent se

encontraba fuera de la ciudad por asuntos académicos.

Llamé a Judith, la encargada del *Donmar*, pero tampoco tuve éxito.

Margaret fue mi última opción. En los últimos días me había demostrado ser muy diligente y capaz, pero pese a que traté una y otra vez de comunicarme con ella. Nada. Así

que asumí que la función había comenzado.

Luego de casi una hora y media, logré llegar al teatro. Me encontré con un público

totalmente embelesado por una Shirley que hacía despliegue de todo su talento. Mi corazón se aceleró no más al verla y me obligué a dejar de mirarla para continuar mi camino.

Al llegar a la parte trasera del escenario me encontré con algunos de los actores que

ya habían interpretado sus partes y otros al pendiente por salir a escena, entre ellos Margaret. Me acerqué a ella.

—¿Por cuál parte van? —pregunté casi susurrándole al oído.

—Finalizando el tercer acto —  
respondió ella sin quitar los ojos del

escenario—. Me

toca, hablamos luego —dijo y se marchó.

Me quedé allí de pie, observando el resto de la función, la cual no cabe decir que fue

excelente. De verdad mi equipo era entregado y talentoso. Cada día me hacían sentir muy

orgullosos.

No tuve el valor de hablar con ella esa noche. Había muchas emociones mezcladas

dentro de mí. Reconsideré en hecho de tener una larga plática con mi almohada, así que

decidí irme a mi departamento.

Fue una larga noche.

Al día siguiente fue lo mismo. Buena función, ver a Shirley y sentir una decena de

caballos galopando en mi pecho.

Una vez finalizada la función, todos los actores se retiraron y yo me encerré en la oficina de Judith para ordenar los documentos respectivos a la venta de boletos del día, así no se me haría tan

complicado al momento de entregar los informes al final de la semana.

Alguien tocó la puerta.

—Adelante —dije sin despegar mi mirada de los papeles que revisaba.

—¡Xander! Aquí estás —una voz masculina resonó desde la puerta.  
Levanté mi

mirada para conseguir a mi viejo amigo James.

—¿Qué haces acá? —me puse de pie en un brinco y lo abracé de inmediato.

—Trabajo. De nuevo me ha tocado venir

a la ciudad a cerrar un trato con unos socios

de acá, así que no quise perder la oportunidad de venir a saludarte e invitarte a tomarnos

unas copas.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Pregunté a algunas personas allá afuera y todos señalaron hacia acá — contestó él.

—No lo sé, James. Tengo algunas cosas pendientes por hacer —dije y me encogí de

hombros.

Tenía la esperanza de que Shirley continuara en el teatro, tal vez si tenía suerte podría hablar con ella.

—¿Cosas? ¿Cómo cuáles? ¡Oh vamos! Serán un par de copitas nada más. Además,

no vengo a Londres todos los días — dijo él.

James tenía razón. Él estaría en la ciudad unos pocos días. A Shirley la vería todos

los días durante las siguientes tres semanas. Decidí relajarme un poco y

pasar un rato en

compañía de mi amigo.

—Pero no me apetece ir a ningún lado...  
¿Qué te parece si...

—No te preocupes, vine preparado.  
Tengo un pequeño presente para ti. Ya  
vengo, iré

a mi coche por él. No te muevas de aquí.

—¡Genial! Te esperaré aquí.

—¡Wow! Tienes hasta oficina propia —  
comentó James en tono burlón.

—En realidad es la oficina de Judith, la

encargada del *Donmar*. Me la presta para arreglar mis documentos.

Él miró alrededor y soltó un silbido. Se dio la vuelta y salió.

Me puse a hojear algunas carpetas y me encontré el guión que me había dado

Redman hacía un par de semanas. Él me había comentado que un estudio independiente se

lo había enviado a él y le había pedido que buscara a un actor que pudiera hacerse cargo

del papel. Por supuesto, la primera persona en la que pensó, fue en mí.

Yo lo había arrojado entre el montón de papeles que guardaba en la gaveta que Judith

había desocupado para mí. Comencé a revisarlo y me di cuenta de que era un argumento

muy interesante. En cuestión de segundos me atrapó.

—¿Que lees? —di un respingón al oír a James, quien miraba sobre mi hombro. No

me percaté en que momento había regresado.

—Un guión que me enviaron.

—¿De qué trata?—indago él.

—Es acerca de un policía retirado, con problemas de alcoholismo. Fue testigo de un

homicidio y cuando lo llaman a testificar, el jurado cree que su testimonio es contraproducente, debido a que...

—Estaba bajo los efectos del alcohol cuando presencié el crimen. ¿Cierto? —  
interrumpió James.

—Exacto —le indiqué dejando de lado el libreto.

—¿Y cuándo comienzas el rodaje?

—Oh no, aún no lo he aceptado.

—¿Por qué no?

—No recordaba que lo tenía guardado en esta gaveta —la señaló con la cabeza—,

además no creo que pueda adaptarme al papel.

—¿Bromeas? Interpretaste a un adicto, mujeriego y bipolar, cuyo papel cabe destacar

que fue asombroso —comentó mi amigo, haciendo referencia a “*Heart of Stone*”,

la única película biográfica que había realizado hasta la fecha—. No creo que interpretar a un policía alcohólico represente un desafío para ti.

—Pues si lo planteas de ese modo...

—Xander, no es porque seas mi amigo y te aprecie bastante, pero debo confesar que

eres uno de los mejores actores del momento.

Sonreí ante el cumplido de James.

»¿Qué te parece si practicas un poco?  
—agregó él—. Tengo el incentivo perfecto —

agitó una cajita mediana de color azul frente a mis ojos—. Un pequeño obsequio para ti.

Lo compré de paso por Escocia.

—No me digas que es...

—Exactamente *Macallan* 30 años. La mejor reserva. Sé lo mucho que te gusta el Whisky, así que...

—¡Wow! Hace mucho que no bebo *Macallan*.

Sujeté el obsequio que me había dado James y lo miré como cual niño mira su juguete preferido.

Mi pasión por el whisky hacía honor a mi ascendencia escocesa. Como buen hijo de

Elliot Granderson, había crecido rodeado de la majestuosidad de los campos y el hermoso

Lago Lomond.

—Voy a disfrutar mucho esto.

Abrí la caja y saqué la botella. Sin perder tiempo, busqué un par de vasos en el minibar que estaba en la esquina y en ese momento agradecí el hecho de que a Judith siempre le gustara tener algo de licor al alcance para atender a sus visitas. Algo que le era muy útil en

días de invierno.

Serví dos tragos y le entregue un vaso a James.

—¡Salud! —levanté mi vaso y brindé.

Ambos dimos un sorbo a nuestras bebidas.

—Ahora a actuar.

—¿Cómo? —pregunté al percibir la mirada picara de mi amigo—. No. No me

pondré a actuar ahorita.

—¡Oh vamos! Desearía poder verte

practicando, además si me convences a mí con

tu interpretación, convencerás a cualquiera. Soy muy buen crítico de cine —James se carcajeó.

Contemplé la idea un momento y no me pareció tan descabellada, de hecho se me hizo muy divertido.

—Está bien, pero aún no me sé el libreto.

—No importa, improvisa. Sé que eres bueno en eso.

—¿De qué quiere que hable? —pregunté al cabo de unos segundos.

—No lo sé, puede ser de ti, de tu vida, háblame de cómo te ha ido en los últimos días...

—De acuerdo —dije aclarando mi garganta para luego comenzar a hacer mi mejor

imitación de un completo ebrio.

Le platiqué acerca de todo lo que había acontecido en la última semana. Mi ruptura

con Anna, mi apasionado encuentro con Shirley, la plática con mi madre, el matrimonio sorpresa de Shirley... conversamos de tantas trivialidades e hicimos algunos chistes, todo

eso sin perder el enfoque del personaje que estaba interpretando.

James se había unido al juego y ambos parecíamos dos borrachos impertinentes,

aunque James parecía estar realmente ebrio, pues sin percatarnos ya nos habíamos bebido

más de la mitad de la botella.

—No te aflijas —comentó James—. Si las cosas no se dieron con Anna, ya vendrá

otra.

—¡No! —me levanté de golpe de la silla, fingiendo que me tambaleaba un poco. De

verdad estaba entregado a lo que hacía y decidí agregarle un toque de patán a mi personaje

—. ¿Para qué sufrir por una sola, si puedo tenerlas a todas?

Ambos estallamos en carcajadas.

—¡Uhhh! El señor bomba sexy ha hablado —bromeó—. Se me había olvidado que

todas mueren por ti.

Cuando ya estaba a punto de abandonar mi improvisado ensayo de actuación, la puerta de la oficina se abrió de golpe. James y yo nos giramos hacia la misma.

La menudita figura de una mujer con los brazos cruzados y el ceño fruncido se reveló antes nuestras incrédulas miradas. Shirley nos miraba a ambos

En cuestión de segundos, un plan maestro se trazó en mi mente. No tenía ni idea de

hasta donde llegaría con esa repentina maquinación pero me arriesgaría.

Me giré hacia James y le guiñé un ojo,

lo que en nuestro lenguaje significaba: Sígueme la corriente. Aprovecharía el hecho de estar supuestamente pasado de tragos para

tener el valor de decirle a Shirley todo lo que sentía, al fin y al cabo el refrán profesa: Los borrachos nunca mienten.

—¡Oh! Allí está, la chica que...

Tratando de exagerar mi supuesta ebriedad, pero sin poder evitarlo me partí de risa.

—¿Quién es esta lindura? —preguntó James, quien se había contagiado de mis carcajadas.

La miré de nuevo a ella y la apunté con mi dedo acusador.

—Ella es Shirley, la causante de todas mis penas —fingí tambalearme un poco, pues

debía darle un poco de realismo a la escena.

—Xander, creo que has bebido demasiado. Ven...— ella se acercó con intención de

quitarme la botella de la mano.

¡Ella creía que yo estaba ebrio!

Eso hizo que me tomara más en serio mi

actuación y decidí llevarla a otro nivel.

—¡Déjame! —di un manotazo en el aire, procurando no pegarle a ella.

—Por favor, dame la botella —insistió. Se giró hacia James—. Por favor, ayúdame

—él se levantó como un resorte de su silla.

—Ven. Dame —él se acercó a mí e hizo amago por quitarme la botella de las manos.

—No, no, no, no. ¡No me toquen! —levanté la voz y me mostré un poco agresivo.

James me lanzó una mirada que decía: “¡Basta! No sigas con el juego”. Yo meneé con la cabeza en una rotunda negación. Quería comprobar hasta donde era capaz de llegar

Shirley.

Sin previo aviso sentí como ella tomaba mi rostro entre sus manos y unía sus labios a

los míos, desarmándome por completo. Abrí mis ojos con tal sorpresa y vi que James nos

observaba boquiabierto. Con astucia me arrebató la botella, mientras yo me dejaba besar

por tan excelsa dama.

—Buena distracción —comentó James.

Mientras Shirley pretendía distraerme,  
mi mente se colapsó y de nuevo ese  
montón

de sentimientos me golpearon con  
rudeza. Ella estaba casada y eso no  
podía negarlo.

—¿Por qué lo haces? —dejé escapar un  
susurro.

—Porque te quiero, tonto —dijo ella.

Mi corazón dio un brinco y se desbocó.

Abrí mis ojos y clavé mi mirada en la  
suya. Saber que ella me quería me hizo  
sentir

como el rey del Universo.

—Yo creo que es mejor que me vaya —  
la voz de James nos recordó que no  
estábamos solos.

—Sí. Vete —dije por inercia, sin quitar  
mis ojos de Shirley.

No supe si fue el alcohol o el subidón  
del momento, pero sin querer me  
tambaleé hacia delante.

—No. Ayúdame a llevarlo a su coche —

Shirley puso una mano en mi pecho, para evitar que me cayera.

¡Madre Santa!

Shirley estaba decidida a llevarme a mi casa, pues al parecer mi interpretación había

sido tan buena, que ella creía que era incapaz de conducir. Me llené de ternura al comprender que ella se preocupaba por mí, tanto, que no le importaba conducir por toda la

ciudad con tal de hacerme llegar sano y salvo hasta mi casa.

James me fulminó con la mirada y yo reí internamente.

Continué con mi actuación y caminé tambaleante hasta mi coche mientras Shirley

me sujetaba de la cintura. Su dulce aroma comenzó a enloquecerme.

—Dame la llave. Yo lo llevaré. No te preocupes —James habló y yo le di un codazo

con disimulo, que lo hizo tambalearse hacia un lado.

Shirley se giró en el momento justo para ver como mi amigo se estampaba contra

un

vehículo que estaba estacionado al lado del mío.

—¡No! ¿Estás loco? ¡Mírate! Estás ebrio, podrías causar una desgracia. Súbete, te llevaré primero y luego llevaré a Xander —indicó Shirley mientras abría la puerta del copiloto y me invitaba a subir. Hizo lo mismo con James—. Súbete —le abrió la puerta de atrás—. Enseguida regresó. Iré a buscar mis cosas que las dejé adentro.

Un golpe en mi hombro me hizo girar la cabeza que tenía recostada en el espaldar del asiento.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió James.

—Silencio —le dije—. Sigue el juego.

—Xander August Granderson Shelley, esto no es un juego. Esa pobre chica está

dispuesta a atravesar la ciudad entera para llevarnos a ambos ¿No te da remordimiento?

—No —contesté sin miramientos.

—¿Qué tienes en mente pequeño rufián?

—James comenzó a sospechar que mi gran

actuación tenía un objetivo. Sin poder

evitarlo dejé escapar una risilla—. ¡Por Dios, Xander! ¿Qué plan malvado tienes en mente?

Mi plan era llevar a Shirley a mi departamento y una vez allí, estando completamente solos, dejaría de lado mi interpretación y le diría todo lo que sentía, la seduciría y luego...

Ufff.

De sólo imaginarlo hizo que mi corazón se acelerara.

Sí. Esa noche ella sería mi víctima inocente y yo sería su lobo feroz, dispuesto a devorarla.

Shirley subió al coche y sin perder tiempo lo encendió. Yo fingí estar dormido y rogué en mi interior que James estuviera haciendo lo mismo.

Sentí un sutil toque en mi rostro.

Shirley pasó su mano sobre mi mejilla como si acariciara la cosa más delicada del mundo.

—¡Oh por Dios! ¿Por qué eres tan hermoso? —tal comentario hizo que mi ritmo

cardíaco se acelerara de nuevo.

Sentí que el auto se ponía en marcha y James comenzó a indicarle el camino

hacia su

hotel. Una vez allí, Shirley se bajó y procuró que James llegara integro a la puerta de su

residencia provisional.

Sentí que Shirley había subido de nuevo al auto y que todo estaba en completo silencio. De repente, ella comenzó a moverse, parecía estar buscando algo.

Abrí mis ojos y efectivamente, ella rebuscaba algo en la guantera, luego el baúl central para después inclinarse a buscar debajo del asiento. Farfullaba frases sin sentido.

—¿Qué haces? —pregunté  
manteniéndome en mi papel.

—Nada, nada. Duérmete —ella tocó mi  
frente y empujó con delicadeza mi  
cabeza

para que me recostara de nuevo.

—No sabes donde vivo y buscas algo  
que te indique donde queda mi casa.  
¿Cierto?

—No te preocupes. Me las ingeniaré.

Pulsó varios botones del tablero.

¡Por todos los cielos!

Shirley parecía querer pagar su frustración con los controles de mando de mi coche.

El limpia parabrisas se activó, las luces de cruce se encendieron y la bocina comenzó a sonar. Luces prendían y apagaban en su intento desesperado por encender el GPS.

Sujeté su mano y la miré.

—Déjame. Yo lo hago.

Presioné el botón indicado y una voz femenina nos dio la bienvenida a la aplicación.

— *Bienvenido míster Granderson. ¿En*

*que lo puedo ayudar?*



—Indícame por favor, el camino hacia mi residencia —le ordené a la asistente del GPS.

— *De inmediato.*

Dicho eso, comenzó a aparecer una serie de coordenadas en la pantalla y un mapa que indicaba la ruta exacta.

—Todo tuyo —le indiqué con un ademán de mi mano y me volví a recostar en el asiento.

La voz de Shirley me despertó.

Me había quedado dormido. No sé si por el cansancio o por los tragos de whisky.

—¡Despierta! ¿Xander? Ya llegamos — me indicó esa hermosa voz — ¡Xander, despierta! — insistió una vez más dando suaves golpes en mi mejilla.

Abrí mis ojos y la vi. Allí estaba ella, la mujer que me hacía sentir como un completo idiota.

—Hola, extraña — dije con voz dormilona.

—¡Vamos, de pie! —ella se inclinó hacia mí y me ayudó a salir del auto.

—¿Y James? —pregunté. Me sentía un poco desorientado.

—Lo he llevado a su hotel. Está bien.

Cierto. Lo recordé.

Miré a mi alrededor y me di cuenta que estábamos dentro del estacionamiento de mi

residencia.

—Ven acá —dije y me abalancé sobre ella.

—Estás muy ebrio, Xander—ella frenó mi impulso por querer besarla girando su

cabeza hacia un lado.

—¿Y? ¡Aprovéchate de mí! —dije con lascivia e intenté besarla de nuevo.

—Vente. Te llevaré a tu camita.

—¡Nooooo! Primero debo ducharme —hice un puchero y me batuqué tal cual niño

pequeño.

Sabía lo tercas e intransigentes que solían comportarse las personas ebrias,

así que decidí actuar como tal. La cara de Shirley fue un poema, pasaba por el asombro con vestigios de confusión a la vez que el temblor de sus manos dejaba al descubierto su nerviosismo.

—¿En serio? ¡Por favor, Xander! No te pongas necio —puso los ojos en blanco.

—No es necesidad. Se llama higiene —acoté riendo a carcajadas.

Me sujetó el brazo con fuerza y me obligó a encaminarme hacia mi alcoba.

Demostrándome que era una mujer de carácter. Mmm...

—¿Por dónde? —preguntó ella.

Reí con malicia.

«Sí, corderito. Directo al matadero».

A medida que caminábamos, le iba indicando el camino hacia mi habitación. El lugar

donde la desnudaría y la haría mía.

Al llegar a mi recámara, me guió hacia la cama.

Con astucia me giré y me lancé sobre ella, logrando atrapar sus labios entre los míos,

pero una vez más ella se escabulló de mis brazos.

—Será mejor que descanses, Xander —  
dijo.

Por impulso desabotoné mi camisa, me  
despojé de ella y la arrojé a un lado. La  
miré

con tanta intensidad, que podría jurar  
que ella lo sintió en su parte más íntima.

—Xander —su voz denotó  
incomodidad.

—¿Qué? Me ducharé. ¡Date la vuelta,  
por favor! —le indiqué haciendo un  
gesto con

mi dedo.

Ella no sólo se dio la vuelta, sino que también salió de la habitación. Temí que decidiera marcharse y salí tras ella.

—¿Sabes qué? Mejor no me ducharé. Está haciendo mucho frío —hablé con sobriedad.

Ella se giró hacia mí y me observó con detenimiento.

—Veo que ya te sientes mejor —comentó en tono dubitativo.

—Sí. Ya se me ha pasado un poco —respondí caminando con lucidez hacia ella.

—Ya veo —había sarcasmo en su voz  
—. Hace unos segundos atrás, apenas  
podías

mantenerte en pie —la confusión se hizo  
notoria en ella.

—Verás —reí tímidamente—, de hecho  
solo tomé un par de tragos.

Frunció el entrecejo.

—¿Qué? Pe...pe...ro yo...—ella  
comenzó a tartamudear.

¡Dios! Cuánto adoraba verla  
tartamudear.

—Shhh —la acallé colocando un dedo

sobre sus labios. Ella levantó sus brazos en gesto defensivo y me empujó—. ¡Hey! No es para tanto —dije y traté de sujetar sus muñecas.

—Me engañaste. Conduje por toda la ciudad. Llevé a tu amigo, te traje a ti, te subí a

rastras por la escalera... —sus mejillas se enrojecieron—. ¿Para qué? Yo estaba

preocupada por ti —habló con gran furia.

—Soy buen actor. ¿Verdad?

Ella me fulminó con la mirada y logró soltarse de mi agarre.

—Bueno, veo que ya estás bien. No tengo nada que hacer aquí —se giró y dio dos

largas zancadas en dirección a las escaleras, pero yo fui más veloz que ella.

Con astucia la rodeé con mis brazos y me aferré a su cintura.

—Quédate —le supliqué.

Ella se quedó inmóvil entre mis brazos.

De repente sentí que comenzaba a temblar.

La abracé con más fuerza.

—Antes de entrar al camerino, oí que dijiste algo —el olor de su perfume me volvió

loco.

Hundí mi cabeza en su cuello y comencé a esparcir besos pequeños por toda su piel.

—¿Qué dije? —susurré entre besos, mientras dibujaba un camino hacia su boca.

—Dijiste —un gemido proveniente de su boca me empujó al borde del precipicio—,

que para que... —mi lengua experta

saboreó su oreja. Otro gemido más y mis sentidos colapsaron—, sufrir por una, si puedes tenerlas a todas —finalizó la oración y pude notar

que se estremecía.

—Palabras sin sentido. Las dije sólo por decir —le respondí entre lametones y

mordiscos, negándome a abandonar el lóbulo de su oreja.

—¡Basta! ¡No! —ella trató de zafarse de mí, sin embargo no había mucha insistencia

en su acción, así que continúe haciendo

lo que hacía.

—No me detendré esta vez —le dije.

Besé su cuello y mi lengua perversa buscó a tientas su boca. Ella se inclinó un poco

hacia atrás, subió sus brazos y rodeó mi cuello. El olor de su cabello me hizo suspirar, me extasió. Ese momento que tanto había deseado, por fin estaba llegando.

Con sutileza capturé sus labios con mis dientes. Mordí suavemente sus labios, repetidas veces, degustando de su exquisito sabor.

Mis manos traviesas recorrieron su cuerpo e hicieron escala en sus pechos, mi edén

de la perdición. Sus pezones endurecidos me indicaron que ella se sentía a gusto y que deseaba más.

Lentamente la giré para tenerla para poder detallar a la perfección, ese cuerpo por el

cual estaba dispuesto a darlo todo. Al mirarla a los ojos pude ver la pasión y el deseo reprimido. Me abalancé sobre ella para apoderarme de nuevo de su boca. Mis manos recorrieron su espalda, cintura y nalgas, a las cuales le di un suave apretón. Ella dio un respingón,

pero continué besándola. Mi intención era besarla hasta perder el aliento.

¡Dios! La deseaba tanto.

La estreché con más fuerza entre mis brazos y sentí sus uñas recorriendo mi espalda

desnuda, obligándome a soltar un ligero gruñido. Su cabello se enredó entre mis dedos.

Sentir su aliento acelerado golpeando mi rostro produjo en mí una ráfaga de emociones que hicieron que me pusiera duro en el acto y sentí como la presión aumentaba en esa área

de mis pantalones.

Ella dio un apretón a mi trasero y la poca cordura que me quedaba se terminó de desmoronar.

De un movimiento la alcé y ella se aferró a mi cintura con sus piernas mientras con

sus brazos se negaban a soltarse de mi cuello. Una vez más, nuestros labios se unieron.

La recosté sobre el sofá y con afán comencé a desabotonar su blusa, no lograba entender como era que aún no se la había desgarrado.

Me desesperé un poco al notar la dificultad que presentaba deshacerme de su

pantalón. Estaba de rodillas frente a ella mientras nuestros ojos emanaban lujuria extrema.

Cuando por fin logré desabrochar tal prenda estorbosa, su piel me atrajo como un imán. Comencé a dar besos cortos en su abdomen y pelvis, mientras ella se desvanecía de

placer.

Me puse de pie, dispuesto a atender otra parte de su anatomía que me volvía loco, sus senos. Con sutileza introduje

mis manos debajo de la tela satinada con encaje rosa.

Sentir la suavidad de sus pechos en mis manos hizo que mi miembro se endureciera más.

Besarla de nuevo sólo contribuyó al engrosamiento de mi falo.

No supe en qué momento esa molesta prenda había salido del juego, pues frente a mi

yacía el cuerpo desnudo de Shirley, la materialización pura de mi pecado, de mi deseo.

Permanecí inmóvil y en completo

silencio por algunos segundos,  
deleitándome con el manjar que estaba a  
punto de devorar.

Desabroché mi pantalón con rapidez.  
Shirley quiso darme una mano pero no  
se lo permití. Tomé su barbilla y me  
incliné, dándole pequeños mordisco en  
los labios a la vez

que mi pantalón caía al suelo,  
acompañado de mi ropa interior.

Me puse de rodillas y sujeté mi  
miembro. Estaba desesperado por  
probar su carne y

por explorar su interior, pero también  
quería disfrutar el momento al máximo,

embriagarme de su esencia.

Con astucia deslicé mis manos por sus caderas, entre la fina lencería inferior y de un

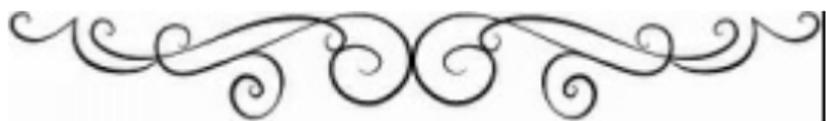
halón la desgarré. Mis manos recorrieron su vientre, su pelvis, su monte de Venus, el lugar por el que un hombre podría perder un imperio entero.

Introduje un dedo en esa húmeda, palpitante y caliente cavidad, me acerqué a sus carnes, dispuesto a degustar su sabor, quería llenarme por completo de ella. Mi lengua jugueteó entre sus pliegues succulentos, mis dedos recorrieron con perspicacia toda la extensión de sus glúteos. Sentir su sabor

en mi boca hizo que la libido traspasara los límites conocidos, desbordándose y cubriendo todo mi glande.

Shirley jadeó, gimió y se retorció de placer.

Me puse de pie de nuevo y extendí mi mano hacia ella. Ella correspondió a mi llamado y la guié hacia mi recámara. Una vez allí, la abracé una vez más. El calor que



emanaba su cuerpo produjo una descarga eléctrica en mí. La tomé entre mis brazos y la subí a mi cama. Me tomé

unos segundos para admirarla una vez más.

*«La cena está servida».*

Ella se incorporó cuando me aproximé. Sujetó mi falo entre sus manos y tal acción

hizo que otra ráfaga de electricidad recorriera mi cuerpo. Me incliné y atrapé sus labios con los míos, para luego dejarme caer sobre ella.

Ella guió al hambriento hacia su alimento. Sentí mi dureza deslizándose entre su suavidad y gruñí al contacto. Levanté mi cabeza de golpe y mis manos se aferraron a las

sábanas. Ella comenzó a mover sus caderas, invitándome a invadirla más profundo y lo hice. Me hundí en ella hasta que un grito ahogado me indicó que había llegado a la base de

su ser.

Me dejé caer sobre su cuerpo, mientras entraba y salía de ella. Sus gemidos eran la

más hermosa melodía, mi sudor con el suyo la más peligrosa y adictiva droga, sus pezones

jugueteando en mi boca, la más delirante poesía.

El ritmo aumentó gradualmente. Sus gemidos y mis gruñidos se entrelazaron, formando una apoteósica sinfonía. Yo besé su cuello, lamí sus pechos, mordí sus labios, toqué su piel. Me extasié con su existencia.

Nuestras partes se unían y se separaban. Yo anhelaba entrar más y más. Quería más.

Mi corazón estaba a punto de estallar, pero no me importaba, quería amarla sin restricciones, sin límites. Esa noche era tan sólo de los dos.

Recorrí su cuerpo con mi mirada, guardando ese instante en mi mente, para

revivirlo

una y otra vez en mis sueños.

Sus ojos en los míos me dijeron tantas cosas. Brillaron como nunca antes los había

visto brillar y a que entraba y salía, dando rápidas embestidas, sus ojos brillaban con más intensidad y me pareció divisar un par de lágrimas.

Sentí el orgasmo cerca y me vi tentado a salir de ella, pero no lo hice. Me derramé

dentro de su ser. La marqué con mi esencia y la llené de mí. A partir de ese

momento, ella

era mía y yo estaba dispuesto a ser completamente suyo.

Me negué a abandonar la calidez de su cuerpo, así que me quedé unos cuantos segundos dentro de ella.

Me quedé dormido con ella entre mis brazos. Nuestros cuerpos estaban agotados. No

por la acción como tal, sino por las ganas reprimidas del uno por el otro, que al parecer,

habían galopado sin control alguno.

Abrí mis ojos y me percaté de que el sol ya se colaba por la ventana. Miré el reloj en mi

mesita de noche. Eran casi las ocho de la mañana.

Sonreí al darme cuenta que un hermoso cuerpo de mujer dormía a mi lado y mi sonrisa se amplió cuando comprobé que no había sido un sueño. Sí. Era Shirley quien yacía a mi lado.

La miré con detenimiento y me embebí de su belleza. Sus ojitos cerrados y su respiración calmada me arrullaron y quise tenerla así por siempre. Besé su

frente y me acomodé de nuevo a su lado.

Ella se despertó.

Que hermosa visión me brindaba el amanecer, sus ojitos entrecerrados me miraron

con ternura y de sus labios irradió una enorme sonrisa. Entrelazó sus piernas con las mías

y me sentí nuevamente su dueño.

Su mano acarició mi rostro y mi mano traviesa recorrió su espalda y su cintura. La

suavidad de su piel logró encenderme al

instante.

Ella me besó con sutileza, pero con pasión.

No hicieron falta las palabras, nuestras miradas lo dijeron todo. Teníamos ganas de

más.

Sentí su rodilla en mi parte baja. Con malicia rozaba mi miembro a la vez que sus

ojos pícaros me invitaban a amarla otra vez, pero entendí que era su turno. Era ella quien

quería hacerme el amor.

Bajé mi mano hacia esa zona exquisita que me invitaba a pecar y al tocarla pude percibir que estaba muy húmeda. Reí con lascivia al darme cuenta de que con un simple

roce lograba tal efecto en ella.

Raudamente la situé sobre mí, ella se empaló conmigo y de nuevo una oleada de sensaciones recorrió mi cuerpo de pies a cabeza.

Shirley se movió de arriba hacia abajo y me limité a ver la danza celestial de su cuerpo, llenándose de mí. Mis manos estrujaron sus senos danzarines y ella

cabalgó sin clemencia.

Me deleité con su bello cuerpo y pude percibir el color acaramelado de su piel, el rosado de sus pezones y el avellana de sus ojos, gracias a los rayos del sol. Era la mujer

más hermosa que mis ojos habían visto.

Se inclinó hacia delante, dejando caer su cuerpo sobre el mío y yo embestí con fuerza.

A tientas, mi boca succionó uno de sus pezones y mi lengua bordeó su aureola.

En el momento que sentí que llegaría a la cima, la tumbé de lado y subí su

pierna levemente. La penetré desde atrás, con fuerza y rapidez. Ella se estremeció y sus gemidos

se elevaron. Me sumergí en su cuello mientras mis manos se aferraban a sus senos.

Ella jadeaba y yo gruñía.

La pasión nos abrazaba y sin poder aguantarlo más, llegamos al nirvana al unísono y

los espasmos se adueñaron de nuestros cuerpos.

Todo quedó en total silencio.



## Capítulo 12

Desperté con ella entre mis brazos. El sol entraba con más intensidad por la ventana. Me

escabullí de la cama procurando no despertar a Shirley y me dirigí al baño para lavarme la

cara.

Eran las 11 de la mañana con veintitrés minutos y recordé que por la tarde tenía que

asistir a una entrevista para la *Empire Magazine*, sin embargo decidí tomármelo con calma.

Fui a la cocina con la intención de preparar algo de comer y en ese momento, una loca idea llegó a mi mente. Impresionaría a Shirley con mi talento culinario.

Sin perder encendí mi portátil, la cual había dejado en el mesón de la cocina y busqué en internet algunas recetas de platos típicos venezolanos.

Me encontré con algo llamado “Reina Pepiada”, que consistía en una “arepa” rellena

de pollo con una mezcla de vegetales  
y... ¿Aguacate?

«¿Qué rayos es eso?».

Al ver la imagen del “aguacate”,  
descubrí que se trataba de la famosa  
persea

americana con la cual se prepara el  
guacamole en México, platillo que tuve  
la oportunidad

de probar en uno de mis tantos viajes  
por el mundo.

La cuestión era que no tenía aguacate y  
el único mercado donde tal vez podría  
encontrarlo, quedaba a 20 minutos en

coche, así que pasé al plan b.

«Que sea sólo la fulana “arepa” rellena con otra cosa».

Miré a la pantalla de mi portátil para leer que dicho platillo se elaboraba con una especie de mezcla en polvo hecha de cereales de maíz.

Abrí la puerta de la alacena y recordé que no había hecho las compras del mes aún.

No había cereales ni nada por el estilo.

Resoplé al darme cuenta que tendría que recurrir a lo único que había en mi nevera.

Un par de tostadas francesas con tocino, nunca caían mal a nadie.

Tomé mi delantal azul con mi nombre bordado en él, el cual me había obsequiado mi

madre en la última Navidad y me dispuse a preparar un poco de zumo de naranja.

Encendí la radio de la cocina y preparé el desayuno al ritmo de *All About That Bass*,

de Meghan Trainor. Esa canción siempre me ponía de muy buen humor. No podía evitar

reír por la letra y recordé el cuerpo de Shirley entre mis brazos. Sus curvas bien definidas, sus caderas proporcionadas y sus pechos grandes en mis manos.

Tuve que espabilar cuando percibí el olor a quemado y corrí hacia el tostador para sacar las tostadas. Si pensar en Shirley cuando aún no teníamos nada nublaba mi sentido,

pensar en ella sabiendo como lucía cada centímetro de su ser, definitivamente me lanzaba

directo a la locura.

—Buen día —su voz saludó desde la

puerta de la cocina.

Me giré para encontrarme con esos bellos ojos de avellana.

—Buen día, preciosa —respondí sonriendo y me acerqué a ella, le di un beso en la

frente y la invité a tomar asiento en el mesón.

Sonreí al ver que llevaba mi camisa puesta.

Tomé dos platos y serví el desayuno.

—Pan tostado, huevos revueltos, tocino y un rico zumo de naranja. Un desayuno

americano para mi princesa americana  
—dije y coloqué un plato frente a ella  
—. Me habría

encantado sorprenderte con una... —me  
gire hacia mi portátil—, ¿*Arepa*? —dije  
dubitativo. No estaba seguro si sería la  
pronunciación correcta.

Shirley estalló en carcajadas.

—¿De verdad has preparado todo esto  
para mí? —logró hablar entre risas.  
Estaba

muy asombrada—. ¿Dónde escondiste la  
empleada de servicio? —bromeó.

Fue mi turno de reír a carcajadas.

—Sí. He hecho todo esto para ti. ¿Te agrada?

—¡Wow! Xander. Esto es hermoso. Me encanta —dio una probada a su plato—.

Mmm, está delicioso.

La bordeé con mis brazos y le di un suave beso en los labios. Quería que ese instante

durara para siempre, pues no tenía idea de cuándo podría volver a repetirse. Si no hubiese

sido porque Margaret me había comentado (de manera cómplice cabe destacar), que

Matías, el esposo de Shirley se había regresado a su país unos días atrás, no habría tomado el riesgo de llevar a Shirley, bajo un engaño, a mi casa.

Aunque en realidad, las cosas habían surgido sin planearlas.

Agradecí mentalmente a Redman por el hecho de haber establecido la norma de que

toda estudiante debía llegar antes del “toque de queda” establecido para antes de la medianoche, pues esa había sido la razón por la que Shirley había decidido quedarse conmigo, ya que nuestro primer *round* había finalizado casi a las tres de la madrugada.

—¿Dormiste bien? —susurré la pregunta sobre sus labios.

Ella asintió y cerró los ojos para recibir mi beso.

Sus dulces labios se acoplaron a los míos y nuestros alientos se aceleraron. Tuve que

hacer acopio de todas mis fuerzas para no hacerla mía sobre aquel mesón.

—Xander. De verdad, no...

Ella rompió con el beso de repente e intentó hablar, pero no la dejé.

—Shhh. No arruines el momento

diciendo algo que ya sé, pero que no quiero

escuchar. Disfrutemos el momento, por favor —le pedí y la volví a besar.

—Xander, yo...

De nuevo trató de hablar, pero esa vez sí logró zafarse de mi abrazo. Echó la cabeza

hacia atrás, obligándome a retroceder.

—No. Basta. No lo digas. Yo lo sé.

Di un paso hacia atrás.

»Lo tengo claro. Sé muy bien cuál es la

situación —me incliné para besarla y  
ella se

dejó besar.

Un beso de esos que se sienten en el  
alma.

»Que este sea nuestro secreto —le  
susurré al oído—, por ahora —le aclaré  
—. No

estoy dispuesto a ser tu secreto para  
siempre —finalicé y me aleje de ella,  
dispuesto a tomar mi desayuno.

Sin querer y sin planearlo se lo había  
dicho, le había dejado en claro que no  
aceptaría

ser su amante, que algún día tendría que decidirse, aunque era algo que ni yo mismo me

creía. Había llegado tan lejos con esa mujer, que a esas alturas, no me importaba cuales fueran las reglas del juego.

Una cosa era evidente y era que yo estaba en desventaja. No podía exigir mucho.

¿O tal vez sí?

Lo cierto era que no me importaba nada, con tal de tenerla junto a mí.

Comimos en total silencio y durante todo

el desayuno, sólo nuestras miradas  
hablaron.

—En unas horas tengo una entrevista,  
puedes quedarte acá o... —hice el  
comentario

mientras retiraba los platos.

—¡Oh no! Tengo cosas por hacer.  
Además Anette debe estar preocupada.  
No le dije

que me iba a quedar por fuera —ella se  
levantó de golpe de su silla.

—¡Llámalala! Dile que estás bien —le  
comenté extendiendo mi móvil hacia

ella.

—¿Desde tu teléfono? No eres muy bueno con la discreción. ¿Verdad?—  
alegó ella.

*Discreción.*

La palabra retumbó en mi cabeza.

No sé si fue su intención, pero a mi parecer me había dejado claro que eso era yo.

Una indiscreción en su vida. Algo de lo cual le daría vergüenza hablar hasta con su mejor

amiga.

De nuevo me recordó cuál era mi posición.

Yo era el otro, así de simple y yo lo había aceptado desde el primer momento en que

había tomado la iniciativa de seducirla y hacerla mía...

¡Un momento!

Ella nunca podría ser completamente mía, si estaba con otro.

Los celos se apoderaron de mí, al entender que ella no era mía. Al menos yo no lo

sentía así.

Ella tenía su esposo...

...yo era un suplente.

Sacudí mi cabeza con fuerza para sacarme esos pensamientos y me obligué a

disfrutar el momento al máximo, sin importar las consecuencias. A fin de cuentas, lo hecho... hecho está.

Fuimos a mi habitación y en el camino se me vino una idea a la mente, la excusa perfecta para volverle a hacer el amor.

Ella comenzó a recoger nuestra ropa que estaba regada por todo el suelo, desde la sala de estar hasta mi habitación. Yo me dispuse a alistar la ropa que me iba a poner para

la entrevista, pero no lograba decidirme por la corbata adecuada, la azul de rombos que me

había obsequiado mi hermana la navidad pasada o la roja escarlata que había comprado en

mi último viaje a Milán, cuando había ido a hacerle compañía a Anna, durante un fugaz

fin de semana.

—¿Ésta o ésta? —le pregunté a Shirley mientras le mostraba ambas corbatas.

—La roja —contestó ella sin pensar mucho.

¿Quién iba a decirlo?

La mujer que me tenía de cabeza hacia unos días atrás, en mi habitación eligiendo la

corbata que me había obsequiado Anna unos días antes de comprometernos.

Las ironías de la vida.

—¿Vienes? —le pregunté mientras me encaminaba hacia el baño.

—¿A dónde? —ella frunció el ceño.

—¿Conmigo, a la ducha? —me mordí el labio y la miré con lujuria.

Ella se sonrojó un poco e imitó mi gesto.

—Será un placer, míster Granderson.

Nuevamente, nuestra ropa cayó sobre el suelo y los besos apasionados no se hicieron

esperar. Nuestros cuerpos estaban hambrientos y daba la impresión que no importaba las

veces que hiciéramos el amor, siempre tendríamos ganas locas el uno del otro.

El agua caía sobre nosotros y nuestras bocas se aferraban la una a la otra, a la vez que nuestras manos exploraban nuestros cuerpos.

Shirley me sorprendió al ponerse de rodillas frente a mí. Tomó mi miembro y se lo

llevó a la boca.

¡Por Dios!

¿Quién iba a creer que detrás de una carita tierna e inocente se escondía una pequeña

diablilla?

Me entregué de lleno a esa sensación divina de sentir su lengua recorriendo mi falo.

Lo masajeó y lo succionó con astucia y tuve que hacer un gran esfuerzo por no correrme en su boca.

Ella se puso de pie frente a mí, tomó el jabón y comenzó a frotarlo sobre mi piel. Sus

manos delicadas recorrieron mi espalda, mi nuca, mi cuello, mi pecho... mi ingle hasta llegar a mi hinchada entrepiernas...

Dejé escapar un gruñido al sentir el roce de sus pechos húmedos contra mi

abdomen.

Por instinto la abracé y le di la vuelta, quitándole el jabón de las manos.

—Mi turno —anuncié y ella sonrió.

Recorrí su cuerpo con mis manos y jugueteé entre sus colinas. Mis dos manos se pasearon divertidamente sobre sus endurecidos pezones.

Mi mano derecha bajó en busca de esa zona exquisita que deseaba degustar una vez

más, mientras mi mano izquierda se aferraba a su seno izquierdo.

Ella se inclinó un poco y con su mano guió la mía hasta su abertura. Introduje mis

dedos allí y ella dejó escapar un gemido que me hizo perder la cordura por completo.

Sin previo aviso, la penetré.

Shirley se arqueó hacia atrás para encajarse mejor en mi protuberancia y comenzó a

mecerse de arriba hacia abajo. Yo la rodeé con mi brazo para evitar que se alejara de mí

aunque sea un milímetro y la embestí

con fuerza. Tenerla así, gimiendo de placer por mí e

implorando por más, me encantó.

Una vez más la colmé de mi ser.

Aunque anheláramos estar allí todo el día, debíamos volver a la realidad y retomar

nuestras vidas.

Salimos de la ducha y nos apresuramos en vestirnos. Mientras Shirley me ayudaba con el nudo de la corbata, yo la fastidiaba desabotonando su blusa luego de que ella ya la

hubiese abotonado. Así lo hice en tres ocasiones.

A la cuarta...

—¡Basta! ¿No dejarás que termine de vestirme? —ella fingió enfado.

Yo me encogí de hombros e hice un puchero.

—No. Desnuda te ves mejor.

—Pues para tu pesar, debo vestirme. No puedo salir a la calle sin ropa.

—Pues que bueno, sino tendría que partirle la cara a quien osara mirarte — dije a modo de chiste, aunque en el

fondo no era una broma. Sería capaz de patearle el trasero a

cualquiera que se atreviera siquiera a tocarla.

«¿Si? ¿Y cuándo piensas partirle la cara a su esposo?». La estúpida voz de mi conciencia apareció para fastidiarme el momento.

¡Maldita sea!



No podía tapar el sol con un dedo.

Me mantuve en silencio unos pocos

segundos, admirando su rostro, sus  
brillantes

ojos y esa sonrisa que me tenía bobo.  
Eso fue suficiente para olvidar que  
tendría que compartirla con otro  
hombre.

La llevé hasta su casa y durante el  
camino permanecemos en total silencio,  
entre miradas avergonzadas y sonrisas  
tímidas, que nos recordaban las tantas  
travesuras que habíamos hecho la noche  
anterior y parte de la mañana.

Llegamos a su departamento y la  
despedí con un corto pero tierno beso en  
los labios,

para luego verla alejarse...

Llegué al *Endeavour House* y me encontré con mi publicista, Aaron, a quien tenía varias semanas sin ver, ya que se encontraba en constantes viajes por motivos profesionales, junto a una de sus clientas estrellas y muy querida amiga mía, Charlotte Stewart.

Ella y yo íbamos a ser entrevistados y fotografiados como material de promoción para la recién lanzada firma publicitaria de Aaron. Charlotte y yo seríamos la imagen de la empresa. Era lo menos que podíamos hacer después de las tantas cosas que nuestro amigo había hecho por nosotros.

—Diez minutos de retraso, Xander —  
puntualizó Aaron apenas al verme entrar.

—Hola, Aaron. Estoy muy bien ¿y tú?  
—lo saludé con notable buen humor. Él  
me

miró con cara de pocos amigos— Lo  
siento —me disculpé—. El tráfico en  
esta ciudad es

terrible. Lo sabes —contesté caminando  
a toda prisa mientras me arreglaba uno  
de los puños de mi chaqueta.

—Ven. Déjame y te doy una mano —dijo  
Charlotte con una sonrisa —¿Cómo has  
estado?

—¡Genial! Mejor imposible —le respondí a la vez que me acercaba a ella para darle

un fuerte abrazo.

Me ayudó a arreglarme la chaqueta, pues yo era un desastre cuando de pequeños

detalles de vestuario se trataba. La ayuda de una dama siempre era necesaria.

Nos sentamos en una pequeña sala de estar mientras Aaron finiquitaba los últimos detalles con los fotógrafos. Charlotte y yo nos pusimos al día. Hablamos de sus últimos trabajos y los futuros proyectos cinematográficos que

tenía en puerta. Por mi parte, yo le

comenté de lo bien que me iba con la obra, que en pocos días terminaría la temporada de

funciones y aproveché para invitarla a asistir alguna noche.

Miré mi reloj y me di cuenta que ya había transcurrido casi una hora desde que dejase a Shirley en la puerta de su apartamento, y si digo que había pensado en ella unas

quince veces, les diría que fue poco.

Su rostro, su voz, su sonrisa, su olor, su textura... venían a mi mente como

recuerdos

bastante vividos, haciéndome sentir un cosquilleo en mi estómago, lo cual me hacía sonreír como idiota. Aaron y Charlotte habían comenzado a hacerme una serie de bromas

porque actuaba como un descerebrado.

Reí incontables veces ante sus comentarios...

—Yo opino que, quien se ríe solo es porque de sus travesuras de acuerda — dijo Charlie mientras nos tomábamos las respectivas fotografías para la revista

—¡Y vaya que travesuras! —respondí

tratando de contener mi risa.

—¡Oh por Dios! Xander, pequeño diablillo ¿Qué hiciste? —Charlotte se carcajeó y

yo me uní a su contagiosa risa.

De verdad me sentía muy feliz y relajado.

La sesión de fotos transcurrió como lo planeado y luego vino la ronda de preguntas

para la entrevista. Preguntas tanto de índole profesional como personales, las cuales yo evadí con mucha astucia. En realidad no creí propicio hablar de la

ruptura de mi compromiso.

Al culminar la entrevista, tomé mi móvil y le escribí a Shirley. Debía hacerlo, pues

no podía soportar saber nada de ella en las casi tres horas que habían transcurrido. Me sentí como un idiota al no saber qué rayos escribirle, así que por primera vez en tantos años, me dejé llevar...

*Tal vez suene cursi y hasta un poco difícil de creer, pero te extraño*

Por primera vez había decidido dejar de recurrir a frases poéticas de autores famosos

y fueron mis palabras las que hablaron.

La extrañaba horrores, a pesar de que era poco tiempo sin verla. En ese momento comprendí que era cierto lo que había dicho mi madre. Yo estaba perdidamente

enamorado de Shirley Sandoval.

*Yo también te extraño y no sabes cuánto.*

Leí su respuesta en la pantalla de mi móvil y sonreí como imbécil. Sus palabras me

hicieron sentir fantástico.

—¡Caramba! Es más grave de lo que pensábamos —le dijo Aaron a Charlotte casi

susurrando.

Levanté mi mirada y la fijé en ellos, quienes me miraban con cierta picardía. Sonreí

ante tal comentario y continué escribiéndole a Shirley, mientras ellos hacían comentarios

bromistas respecto a mi actitud risueña.

—Muy bien señor amor, debes prepararte para la cena de esta noche —indicó Aaron

—¿Cuál cena? —levanté mi mirada y dejé el móvil a un lado.

—Como imagen de mi nueva agencia, tú y Charlie deben asistir esta noche,

conmigo, a una cena de beneficencia, donde podré charlar con posibles nuevos clientes —

indicó mi publicista.

—Entonces yo me retiraré, tengo algunas cosas pendientes por hacer —dijo

Charlotte y me dio un abrazo, despidiéndose por el momento—.

Aaron, estaré lista a las

ocho en punto.

—De acuerdo. Le diré a la limusina que pase por ti a esa hora.

Charlotte se fue y Aaron se sentó a mi lado. En sus manos tenía una carpeta. La abrió, sacó un montón de papeles y me los dio a mí.

—¿Qué es eso? —lo miré sin poder ocultar mi confusión.

—Fíjate bien. Estos son los expedientes de algunos actores que tengo pensado fichar

—me indicó.

Mientras yo hojeaba los dichosos documentos, Aaron hablaba acerca de sus planes y

de lo emocionado que estaba con su nuevo proyecto. Ver la fotografía de cierta persona entre ese montón de papeles me incomodó y cerré de golpe la carpeta.

—¿Adeline? —miré a Aaron con cierta incredulidad—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No. No es una broma. Ella está en mi lista de posibles clientes. De hecho, esta noche asistirá a la cena también. Pensé que tal vez podrían charlar y... no sé, ahora que

entre tú y Anna no hay nada...

—Eso ya quedó atrás Aaron. Entre Adeline y yo no puede haber más nada que una

relación laboral —dije tajante.

—¡Oh por Dios! Pensaba que era con ella con quien te estabas mensajeando —

comentó él con notoria vergüenza.

—¿Por qué creíste tal cosa? —fruncí el ceño.

—La forma en que sonríes y por cómo te has comportado toda la tarde. Sólo te

había

visto así con una persona y fue con Adeline. Pensé que tal vez... en vista de que ella está

en la ciudad, tú y ella habían...

—¿Vuelto? ¿Pero, qué coño estas diciendo? —me sentí contrariado—. No tenía ni la

menor idea de que ella había vuelto a Londres.

—Entonces... ¿Si no estás así por ella, por quien lo estás?

—Por Shirley —se lo dije por inercia.

—¿La protagonista de la obra que diriges? —soltó Aaron con total sorpresa. Asentí

con la cabeza, sin caer en cuenta de lo que había hecho—. ¿Shirley? ¿La que me dijiste

que se casó en secreto con su novio de toda la vida?

Cerré los ojos y maldije entre dientes al percatarme de que le había confesado a Aaron que me había involucrado con una mujer casada.

—No te lo había contado porque...

—¿Te has vuelto loco? —se llevó las

manos al rostro— Una aventura con una mujer

casada no le hará bien a tu imagen.

—No pude evitarlo, Aaron. La quiero y...

—¿La qué? —se puso de pie de golpe  
—. ¡Santa Madre de Dios! ¿Perdiste la cabeza?

—¿Qué tiene de malo?

—¡Está casada!

—Gracias por recordármelo —dije con sarcasmo.

—No. No permitiré que tires tu carrera por el escusado. Debes sacarte esa idea loca

de la cabeza y marcar distancia antes que...

—Pasamos la noche juntos —lo interrumpí.

Sus ojos se abrieron casi fuera de sus órbitas y una mueca de espanto apareció en su

rostro. De nuevo se llevó las manos a la cabeza.

—¿Me estás diciendo que has dormido con una mujer casada?! —su voz se

elevó

más de lo normal.

— *Shhh.*

Me acerqué de prisa a él para taparle la boca y evitar que siguiera gritándolo a los cuatro vientos, pues al parecer se le había olvidado que permanecíamos en los dominios de

una de las más famosas revistas de farándula de Reino Unido y que las mismísimas paredes tenían oídos.

— ¡Oh por Dios! ¡Oh por Dios! — Aaron farfullaba mientras caminaba de un lado al

otro. Verlo así me hizo sentir pena por él, quien por durante tantos años había trabajado en mi buena imagen.

Yo, el hombre siempre correcto, con un alto estándar moral, el caballero de ensueño,

respetable, carismático y ante todo responsable. No iba a ser nada bueno verme envuelto

en un escándalo de ese tipo.

—Lo siento, Aaron. No pude evitarlo.

—¿Te has liado con una mujer casada y eso es lo único que tienes para decir?

¿Lo

siento?

—Baja la voz, Aaron. No creo que esto sea algo que debamos hablar acá —lo

fulminé con la mirada.

—Bien. Salgamos de aquí.

Ambos salimos del edificio en total silencio y sin pedírsele, Aaron subió a mi auto.

Una vez dentro del mismo...

Aaron tomó una gran bocanada de aire.

—De acuerdo, Xander. Trataré de tomármelo con calma. Entiendo que te

sientas

atraído por esta chica...

—Shirley —le recordé.

—Bien. Shirley —aceptó mi acotación —. Yo no soy quién para decirte con quien

debes o no relacionarte —hizo una pausa y movió los ojos de un lado para otro—. ¡Un momento! Sí lo soy —ambos nos carcajamos—, pero, no me gusta inmiscuirme en tus relaciones sentimentales. Aunque, ¿puedo darte un consejo?



—El que sea. Sabes muy bien que tus consejos son valiosos para mí.

—Ándate con ojo. Un romance de este tipo puede ser perjudicial para ti.

—Lo sé, Aaron. Conozco el riesgo que conlleva y he decidido correrlo.

—¡Ay Dios! Me vas a dar bastante trabajo este año.

Eran aproximadamente las ocho de la noche y me encontraba a bordo de una limusina, frente al hotel donde se hospedaba Charlotte. Aaron me había

pedido que pasara por ella.

A las ocho en punto, Charlotte abordó el coche. Se veía preciosa con ese vestido rojo

que llevaba puesto. Asistiríamos juntos a la cena, por orden de nuestro publicista.

Al llegar al lugar pautado, fuimos recibidos por una ráfaga de flashes y los gritos desesperados de una gran fanaticada. Saludé como siempre acostumbraba hacerlo y de inmediato ingresé a las instalaciones del *Braserie Chavot* con Charlotte de mi brazo.

La velada transcurrió con normalidad,

mientras Charlotte y yo compartíamos con los

demás invitados. Aaron se paseó por el lugar charlando con cuanto “posible cliente” se le

cruzaba en el camino. Actrices, actores, músicos, pintores, bailarines, todo, Aaron los quería a todos.

Tuve que escabullirme en más de una ocasión para poder escribirle a Shirley y

contarle que tal iba la cena, aunque de verdad era una simple excusa para charlar con ella.

No podía evitar sentirme aburrido entre tanta gente famosa, por no tenerla a mi lado.

—Así que... aquí estas —una voz femenina me hizo girar bruscamente. La reconocí

en el acto y mi corazón dio un brinco. Me molesté conmigo mismo por sentir aquello.

—Adeline —dije, tratando de mostrarme sereno, pues a pesar de los años, esa mujer

seguía poniéndome nervioso.

Frente a mí, Adeline Richards, la mujer

que había marcado mi vida, la cual pensé que nunca lograría olvidar. Verla allí y sentirme tan vulnerable me aterró.

¿Aún sentía algo por ella?

Se veía hermosa, con un vestido púrpura ceñido al cuerpo, el cual realzaba sus atributos. Su cabello largo y ondulado de color castaño oscuro, en el cual tantas veces me

había quedado dormido, caía sobre sus hombros de manera seductora.

¡Maldición!

Sentí añoranza al verla, pero enseguida, Shirley vino a mi mente, logrando

aplacar la

ansiedad que Adeline había despertado en mí.

—Veo que estás muy bien —ella se acercó a mí. En su mano izquierda llevaba una

copa de lo que parecía ser vino tinto.

—Sí. Muy bien —contesté con notable incomodidad.

—Me enteré que tú y Anna...

—Sí. Terminamos —completé la frase.

Definitivamente, esa era la Adeline que

conocía. Directa y frontal como siempre.  
Sin

rodeos. La mujer de la cual había estado enamorado como un loco.

Levantó la copa y me ofreció un poco de su trago.

—No, gracias. Estoy bebiendo...

—Whisky —fue su turno de completar la frase—. Ciertamente —me miró con un atisbo de

melancolía en sus ojos.

—Tú también te ves muy bien — comenté—. Supe que tu obra estaba

teniendo

mucho éxito y que...

—Sí. Me iré de gira a presentarla en algunos países de Europa.

—¿Podrías dejar de hacer eso? —me sentí molesto.

Ese juego de completar nuestras frases el uno al otro era algo común entre nosotros

cuando estábamos sumergidos en una relación amorosa idílica. Que intentara hacerlo en ese instante, me puso de muy mal humor.

—Lo siento. No era mi intención molestarte. Yo...

Supe que trataba de disculpar. Siempre balbuceaba cuando intentaba disculparse.

—No te preocupes. No pasa nada — dije.

—Zachary y yo terminamos también — percibí que su comentario tenía dobles intenciones.

—Estoy saliendo con alguien más, Adeline —le indiqué, sin medias tintas.

Ella trató de decir algo, pero no se lo permití.

»¿Fuiste tú? —aunque fue una pregunta, sonó como una afirmación.

—¿De qué hablas? —ella fingió estar confundida.

—Tú le pediste a Aaron que me convenciera de venir.

—No sé de qué hablas, Xander.

—Por favor, Adeline —resoplé de indignación—. Te conozco. Con razón él anda

con la alocada idea de que tú y yo volvamos.

—Bien. Tú ganas —levantó las manos

en señal de rendición—, pero sólo le pregunté

por ti. Él me contó lo de Anna. Me dijo que ella rompió contigo faltando una semana para

la boda. ¿Adivino la causa?

—¿Y viniste hasta aquí para burlarte de mí? ¿Para restregármelo en la cara? ¿Otra vez?

—Eres como eres y nunca cambiarás — dijo con desdén.

—No es lo que estás pensando — respondí entre dientes.

—¿Ah no? ¿Por cuál motivo te dejaría una mujer si no es por eso?

—Lo que pasó entre tú y yo fue algo muy distinto.

—¡Por Dios Xander! Me ponías los cuernos con cuanta mujer se te atravesaba.

—Eso no es cierto.

—Tu “amiguita” Bárbara y tu “colega” Dannessa. ¡Cierto! Solo fueron dos — hizo

gala de su sarcasmo.

—No lo vas a superar nunca. ¿Verdad?

—¡Una mierda, Xander! Te burlaste de mí de todas las maneras que pudiste.

—¡Wow! Veo que el rencor sigue a flor de piel —le devolví el mismo sarcasmo.

Ella se echó a reír.

—Me engañaste a mí, cuando decías amarme. Se lo hiciste a Anna. Lo sé. Lo veo en

tu mirada. Y se lo harás a la siguiente y a la siguiente... Tú no sabes amar de verdad. Te

quedarás solo y...

—Tú me engañaste también —levanté la

VOZ.

Ambos nos quedamos callados. Nuestras miradas cargadas de rabia y dolor, hablaron

por si solas. Pude ver que algunas lágrimas se asomaron en los ojos de Adeline.

—Te pagué con la misma moneda con la única diferencia que lo mío no fue una

aventura. Yo si te cambié por un hombre que me supo dar lo que tú no —su voz destiló

rabia.

—¡Bravo! —Hice una reverencia burlona —¿Y fuiste feliz con eso?

Adeline fijó su mirada en la mía y no pude evitar recordarlo todo.

*Era mediado de 2009.*

*Adeline y yo estábamos comprometidos para casarnos, a pesar de que mi instinto masculino me había empujado a cometer varios errores. El estar íntimamente con algunas*

*colegas actrices, se había vuelto en mi contra y Adeline lo había descubierto. Mis tantas conversaciones, subidas de tono, con Bárbara, por chat y mensajes de texto, habían caído en manos de*

*Adeline y aunque ella había decidido dejarlo pasar y perdonarme, era innegable el distanciamiento que crecía entre nosotros, con el paso de los días. Sin embargo, cuando yo ya había decidido centrarme y tomar con seriedad mi relación con ella, dejando de lado tantas tentaciones y aventuras, un duro golpe me hizo sentir en carne propia todo el daño que le había hecho.*

*Un arreglo floral con una tarjeta firmada por un tal Zach iba dirigido a ella, a Adeline. Sentí como el mundo se me venía abajo al recordar que así se llamaba su co-estrella en la serie televisiva que estaba grabando en ese momento.*

—¡Vaya! ¿Ahora tus fans te mandan flores? —dijo ella al acercarse y verme con la

tarjetita de las flores en mi mano.

—No son para mí —dije con tristeza, dejando la tarjeta a un lado del ramo.

—¡Rayos! —musitó ella al tomar la tarjeta y darse cuenta del error que había cometido su amante.

—¿Por qué rayos él te manda flores? —indagué, tratando de controlar mi molestia.

—Emmm, pues —ella se había puesto nerviosa—. Somos amigos y nada más

—sus

*manos comenzaron a temblar.*

—*¡Claro! Y yo nací ayer —dije con desdén.*

—*De acuerdo —soltó ella subiendo la voz—. Sí. Puede que haya pasado algo entre*

*nosotros, un par de veces —confesó ella. Me asombré de su descaro—. Y no pongas esa*

*cara, porque si al caso vamos, estamos a mano.*

—*¿Qué? Es tu absurda manera de*

*vengarte.*

*—No me estoy vengando de ti. Es algo que simplemente pasó. Deberías saberlo, pues según tú, son cosas que pasan. Muchas veces ha sucedido, con tus amiguitas —había*

*rabia en su voz.*

*Mi corazón se rompió en mil pedazos y comprendí, que no había vuelta atrás.*

*Nuestra relación se estaba cayendo a pedazos. Habíamos perdido el respeto el uno por el otro y la confianza se había desvanecido por completo. De casarnos, ese matrimonio estaría condenado al fracaso.*

*Ese día tomé la decisión de seguir adelante, pero sin ella. La amaba con locura pero*

*mis errores habían destrozado su confianza y su amor por mí. Un día más juntos, y nuestra convivencia se habría vuelto un ciclo sin fin de venganza y zozobra.*

—¡Oh vamos, Xander! —su voz me hizo volver al presente—. Dejemos atrás esos

malos recuerdos —se acercó a mí y me rodeó con sus brazos—. ¿Qué te parece si vamos a

un lugar, tú y yo solos, a recordar viejos

tiempos? Cuando nos amábamos con locura —su

boca, a escasos centímetros de la mía, me pedía a gritos que la besara.

Por un momento me vi tentado a caer en su trampa y dejarme llevar. Salir de aquel

lugar e irnos a un sitio apartado para tocar su cuerpo, que aunque no lo quisiera reconocer, anhelaba tener una vez más. Adeline aún era dueña de una parte de mi corazón y no lo podía negar.

—No creo que sea buena idea —sacudí mi cabeza y me aparte de ella.

—¡Caramba! Me sorprendes, Xander. Creo que al final has cambiado —ella me miró

con sorpresa—. Esa mujer es muy afortunada o muy especial, para que oses a rechazarme.

Me quedé en silencio por algunos segundos, analizando la situación. Adeline de pie

frente a mí. La mujer con la cual había vivido momentos hermosos, a la cual había amado

con todo mi ser, pero a quien le había sido infiel en incontables ocasiones.

Por otro lado, Shirley, con esos ojos preciosos que me desnudaban el alma y esa sonrisa que iluminaba mis días más oscuros. Ella era un nuevo amanecer, un sinfín de nuevas sensaciones y miles cosas nuevas por descubrir. Pensar en el hecho de que tenía que compartirla con otro hombre, no me importó. La amaba con locura y no quería perderla.

Sí. Muy bien podía seguirle el juego a Adeline y tener una noche apasionada al lado

de tan divina mujer, pero algo dentro de mí me lo impedía.

No.

No podía hacerle a Shirley lo mismo que le había hecho a todas mis anteriores parejas. No podía. No me nacía hacerlo.

—Sí. Es más que especial.

Con mis palabras firmé mi sentencia.

Estaba dispuesto a todo por Shirley y no me detendría por nada ni por nadie.

Me di la vuelta y abandoné el balcón, dejando a Adeline atrás, en el pasado, donde

estaba y donde debía seguir estando.



## Capítulo 13

Miles de emociones revolotearon dentro de mí a medida que me alejaba de Adeline, la mujer que después de gran esfuerzo, pensaba que ya había olvidado. No obstante, verla allí me llenó de ansiedad. Deseé besarla y estrecharla entre mis brazos, pero la imagen de

ella, riéndose de mí, entre los brazos de ese cretino por el que me había cambiado, me llenó de ira

Respiré profundo para calmar mi ego de hombre que pataleaba y refunfuñaba en el

rincón más remoto de mi consciencia.

Shirley vino a mi mente y con su recuerdo vino también una ráfaga de imágenes agradables. Su cuerpo entre mis brazos, su boca, el sonido de sus gemidos, su aliento, su

voz aclamando por mi hombría. Sonreí al sentir como algo se endurecía en mis pantalones.

Todo malestar se esfumó

—¡Aquí estas! Gracias a Dios te encuentro —la voz de Aaron me recordó donde me encontraba.

Lo fulminé con la mirada.

—Como si no supieras donde he estado.

—¿Qué? No sé de qué hablas —fingió inocencia.

—¡Basta! No te hagas el loco conmigo —mi mirada acusadora lo hizo ponerse nervioso—. Te lo digo de nuevo. No volveré con Adeline, eso quedó en el pasado.

Si él pensaba que no me había dado cuenta de las miradas entre él y Adeline y el repentino “¿Podemos hablar?” que ella le había dicho al oído, justamente cuando se acercó a saludarlo, pues estaba equivocado. Incluso antes de llegar, yo sospechaba de sus

macabros planes. Como mi publicista, intentaría alejarme de un escándalo por salir con una mujer casada, y sabía a perfección que Adeline era la única mujer con el poder de descontrolarme como lo hacía.

—Discúlpame, Xander. Pensé que sería buena idea que tú y...

—Sé que tus intenciones son buenas —

lo interrumpí—, pero no puedes ir por allí, tratando de emparejarme con mujeres, que según tú, le hacen bien a mi imagen. Con Adeline no hay retorno.

Eso se acabó. Lo que teníamos que vivir ya lo vivimos y fue hermoso. Tal vez para la próxima podrías intentarlo con...

Charlize Theron —dije un nombre al azar—. Pero no creo que la busques a ella, pues también está casada —le sonreí

y me di la vuelta.

—¿A dónde vas? —preguntó él.

—Tu objetivo con esta velada no ha sido alcanzado y no quiero correr el riesgo de

que saques a Bárbara o a Dannelsa de la manga de tu traje y me las quieras meter por los

ojos también.

—Xander, no te pongas así —trató de alcanzarme para evitar que me fuera.

—Descansa, amigo. Yo estaré bien —le guiñe el ojo y me dispuse a salir del recinto.

Al salir, flashes y gritos.

Saludé con una media sonrisa en los labios y caminé hacia mi coche, sin perder tiempo.

—¿A dónde te llevo, Xander? —me preguntó Norman, mi chofer designado esa

noche.

—Sácame de acá. Llévame a un lugar apartado de este rebullicio —le indiqué.

—De acuerdo —encendió el coche y nos fuimos.

Tomé mi móvil y sin pensarlo mucho telefoneé a Shirley. Al segundo repique, contestó.

—*Hola* — su voz tímida me saludó.

— Hola preciosa. ¿Cómo estás?

— *Muy bien. Pensé que estarías en la gala de...*

—¿Qué estás haciendo? —la interrumpí.

— ¿Yo? —Silencio— *En este preciso instante me preparo un delicioso emparedado*

*para cenar.*

—Entonces deja de lado lo que estás haciendo. Te invitó a cenar.

—¿Cómo? ¿No se supone que estabas en una cena?

—Digamos que... no alcancé a llegar hasta esa parte. Me aburrí rápido y salí huyendo.

Ella estalló en una sonora carcajada.

Su risa me encantaba. Me ponía como un idiota, era como si nada existiera, lo único

que me importaba era hacerla reír.

Yo era feliz haciéndola feliz.

Luego de algunos minutos de conversación, logré convencerla para que cenara

conmigo, entre chistes y risas, quedamos en vernos en una hora. Yo pasaría buscándola a

una cuadra de su departamento, por orden de ella misma, pues no quería que su amiga la

viera salir en medio de la noche con quien se suponía era su jefe, dicha idea me hizo sentir un poco incómodo, pero tuve que acceder con tal de que Shirley no pusiera más excusas

para salir conmigo.

Era increíble la forma en que ella lograba que yo me impacientara por verla.

Inventaba y buscaba los medios necesarios para estar cerca de ella y aunque yo sabía su

verdad, me negué a aceptarla. Una parte de mi ser se sentía dueño de ella.

—¿Y ahora para dónde, Xander? —la voz de Norman me sacó de mis pensamientos.

—¿Cómo? —pregunté algo confuso.

—Te he sacado de esa locura. ¿A dónde te llevo ahora? —preguntó de nuevo.

—Cambiemos —le dije y bajé del coche.

—Pero...

No le di tiempo de oponerse, pues ya había abierto la puerta del chofer.

—Pásate al puesto del copiloto —le solicité con amabilidad.

—Puedo llevarte a donde me pidas. No tengo ningún problema.

—Lo sé, pero no hace falta. Sé bueno y pásate para allá —le señalé el puesto de al

lado.

Él hizo lo que le pedí y yo abordé.

Encendí el coche y conduje hasta la parada de taxis más cercana, con la intención de

dejarlo para que el pudiera irse a su casa. Lo habría llevado, pero vivía al otro lado de la ciudad, tardaría más de una hora en regresar y no podía hacer esperar a mi Shirley.

—Que tengas buena noche —le dije cuando se bajó.

—¿Estás seguro? Puedo llevarte a tu casa y de allí coger un taxi.

—No te preocupes por eso. Además no voy a casa.

Norman me lanzó una mirada cómplice, entendiendo a que me refería.

—Pásalo bien, Xander.

—Lo haré.

Sin más que discutir, Norman se dio la vuelta y se fue.

Tomé mi móvil y telefoneé a mi hermana, Elyse.

—*Bonita hora para llamarme* —fue el saludo de mi hermana.

Miré mi reloj y me encogí de hombros al percatarme que era casi medianoche.

—Lo siento. No te llamaría si no fuera una emergencia.

—*¿Qué pasa?*

—*¿Estás en casa?* —le pregunté.

—*Sí.*

—Necesito un gran favor tuyo.

Un largo bostezo me indicó que la había despertado.

—*Dime.*

—Necesito que me prestes tu coche.

—*¿Qué le sucedió al tuyo?*

—Nada. Lo dejé en casa y ando en una limusina. No tengo la intención de andar por

toda la ciudad en esta cosa.

—*Hablando de limusinas... hoy era la apertura de la nueva firma de Aaron y fuiste*

*incapaz de invitarme. Eres el peor hermano del mundo.*

—Elyse, por favor, no te desvíes del tema. Necesito el auto ya.

—*¿A dónde rayos vas a esta hora?*

—Por allí. A dar una vuelta.

—*No sé porque, pero esto me huele a “mujer casada”.*

—¿Tú también? No, Elyse. No te pongas con la misma temática de Aaron. Sé lo que

hago. Estaré allí en diez minutos.

Dicho eso, finalicé la llamada. No estaba de ánimos para aguantar un sermón más.

Con el de Aaron tenía para todo el mes.

Efectivamente, en el tiempo estimado me encontraba en la puerta de la residencia Shelley, la casa de mi madre. Mi hermana me esperaba al frente a la

puerta, abrigada hasta

los dientes y recostada en su *Audi A3 Sedan* plateado. Me estacioné de prisa, le entregué las llaves de la limusina y tomé las suyas.

—¿Dónde vas a meterla? —preguntó con respecto a la limusina.

—Mañana a primera hora llamaré a Aaron para que mande a alguien a buscarla —le

indiqué.

Mi hermana hizo el intento de comenzar con su tedioso interrogatorio y cuando

lanzó su primera pregunta, decidí no responderle a ninguna.

—Hablamos luego —fue lo único que le dije.

Me despedí dándole un beso en la mejilla.

Una vez a bordo del coche de mi hermana, me dirigí al *Sticks 'N' Sushi*. Con suerte lograría llegar antes de que cerraran, así que pisé el acelerador para lograrlo. Mi intención no era cenar en un lujoso restaurante sino bajo la luz de la luna.

Al llegar me di cuenta que habían cerrado, pero de igual manera bajé del

auto para

ver que podía hacer.

Me asomé para ver si había alguien y pude ver a un hombre al final de la barra. Di

tres golpecitos en el vidrio.

El sujeto abrió los ojos como desorbitados al verme.

—Lo siento. Sé que ya está cerrado, ¿pero sería posible que...

Me callé cuando vi que el hombre se acercaba a la puerta. Entrecerró los ojos y me

miró con detenimiento.

De repente sonrió ampliamente.

—Señor Granderson, pase.

Me llevé una grata sorpresa al ser reconocido por él.

—Gracias —dije cuando estuve dentro del lugar.

—Es un honor tenerlo por aquí. Soy gran admirador de sus películas. ¿En qué lo puedo ayudar?

Luego de una amena plática con quien resultó ser el encargado del lugar, pedí dos raciones de *Hosomaki*, una tarta de

atún y una tarta de salmón, pues como no sabía que tan exigente sería el paladar de Shirley, no quise arriesgarme.

Me despedí del amable hombre, con la promesa de volver otro día, con más calma.

Recogí a Shirley y no pude evitar saltarle encima apenas subió en el coche. Mi boca

estaba sedienta de ella y necesitaba beber de sus labios.

Unos minutos de amor y encendí el coche.

Shirley me preguntó de quién era el

coche y yo le aclaré las cosas.

Conversamos acerca de la cena, pero no quise entrar en detalles con respecto a mi encuentro con Adeline, pues no lo consideré necesario.

Conduje por un par de minutos más, hasta llegar al lugar que tenía en mente. Mi lugar secreto, al cual acudía cuando me sentía abrumado. Un pequeño acantilado en la bahía Thorney, cerca del parque Wooden.

Bajamos del auto y hacía mucho frío. Sin perder tiempo, me quité mi chaqueta y se

la puse a Shirley sobre sus hombros. Caminamos un rato a través del parque,

tomados de

la mano, mientras le contaba a Shirley el significado que tenía el lugar para mí.

—¿Y dónde has cavado el hoyo para ocultar mi cuerpo? —comentó ella de repente.

Me quedé en total silencio sin comprender a qué se refería.

—¿Cómo?—pregunté.

—Olvídalo —rió con nerviosismo—. No has entendido.

¿Cavar un hoyo? ¿Esconder un cuerpo?

¡Claro! Era una broma, pues el lugar estaba desolado y si no hubiera sido por la luna

que brillaba con intensidad en el cielo despejado, habríamos estado en un lugar desierto y

en completa penumbra. Había visto muchas películas de asesinos seriales. Ese era el ambiente perfecto para perpetrar un crimen.

Reí a carcajadas cuando capté el chiste.

—No. No soy un asesino en serie —le aclaré y ambos reímos—. Eres hermosa

—

dije sin más al ver su espléndida  
sonrisa.

Ella dejó de reír y se sonrojó un poco.  
Tomé su barbilla y me incliné para  
besarla, sus labios eran mi droga.

Continuamos con nuestra caminata hasta  
llegar a un punto específico, el cual  
recordaba de la infancia. Era un trocito  
de Edén en la Tierra, donde el cielo se  
levantaba

frente a nosotros, revelando un desfile  
de estrellas y una luna perfectamente  
dibujada en lo más alto del cielo.

Saqué la comida de las bolsas que traía,

improvisando un *picnic*.

—¡Wow! Sushi. ¿Cómo sabías que es mi favorito? — había mucha fascinación en su

voz. Entrecerró lo ojos y me miró con picardía—. ¿Esto es una cita?

Me giré hacia ella y pude ver la inocencia personificada. Su estampa era tan sublime,

se veía tan indefensa e inexperta y de cierto modo confundida, como preguntándose a sí

misma si todo lo que estaba sucediendo era cierto.

—Sí. Es cierto, Shirley. Estoy aquí, contigo. No hay otro lugar en el cual quisiera estar en este momento que no sea a tu lado —la abracé. De repente, ella comenzó a sollozar— ¿Dije algo malo? —me separé de ella y me espanté por su reacción.

—Soy una idiota —dijo ella con voz trémula.

—No digas eso. No lo eres. Eres una mujer grandiosa, inteligente, amable, talentosa,

hermosa y yo te... —guardé silencio al sentir que las palabras se me atragantaban en la garganta.

*¿Yo te amo?*

¿Acaso eso era lo que tenía pensado decirle?

Sentí pánico y me alejé de ella. Decirle tal cosa sería una locura, porque ella era una

mujer casada.

¡Mierda!

De nuevo el sentimiento de culpa me embargó. Me sentí ruin y deshonesto. Por un

instante me puse en los zapatos de Matías e imaginé lo que sentiría yo de

estar en su lugar.

Pensar que la mujer que amo, duerme plácidamente entre los brazos de otro hombre.

Yo me volvería loco si un intruso amenaza con quitarme a la mujer que... ¿amo?

No. Ella no era la idiota.

El idiota era yo.

Por haberme enamorado de ella.

—¿Te sientes bien?

La voz de Shirley me recordó que estaba

en un lugar súper romántico, con la  
mujer

que había puesto mi mundo de cabeza.

—Sí. Estoy bien. Recordé que tengo  
algunas cosas pendientes por hacer —  
mentí.

—¡Oh! Entonces... si quieres nos  
vamos. Podemos...

—No te preocupes. Comamos con  
calma. A fin de cuentas fue a eso a lo  
que

vinimos.

Nos sentamos uno al lado del otro y nos

dispusimos a comer y por momentos, el silencio fue incómodo. De repente, el ambiente se había tornado tenso.

Me sentí mal al pensar que a partir de ese momento, debía ser muy precavido.

Nada

de actitudes románticas junto a Shirley, en público.

Siempre había sido reservado con mis relaciones de pareja, pero nunca me había

visto en la necesidad de esconderme para poder estar con la mujer que amaba...

...de nuevo esa palabra llegó a mi cabeza, para atormentarme.

No.

Eso no era correcto.

No podía amarla.

—Se hace tarde. Creo que es mejor que nos vayamos —una vez más, la voz de

Shirley me hizo recordar que no estaba dispuesto a renunciar a ella.

Había tomado mi decisión.

Lucharía por eso que sentía.

Aunque eso significara convertirme en su amante.

—Te quiero.

Se lo dije. Tuve el valor para reconocer lo que sentía.

Sus ojos se fijaron en los míos y sentí que podía ver su alma.

Me incliné y le di un suave, tierno, inocente y largo beso. Un beso por el cual había

esperado demasiado tiempo. De esos besos que te hacen suspirar al finalizar, que te dejan

sin aliento y con ganas de más.

Poco a poco la fui tumbando sobre el suelo y entre besos y caricias, sucedió.

Hicimos el amor bajo el cielo de medianoche.

Estar con ella era paz, libertad y alegría. Era mirarla a los ojos y sentir que mi vida

era distinta y que no podía imaginarla sin ella.

El sentimiento de culpa se negaba a abandonarme. Era imposible dejar de pensar en

su esposo.

Sacudí mi cabeza con fuerza.

«¿Desde cuándo me importa tanto el qué dirán?», pensé.

¡Claro! Es cierto que la ética y la moral con las cuales había sido criado, jugaban parte fundamental en mi vida, pero al final de cuentas, era ella quien tenía todas las de perder, con un matrimonio, con una carrera en ascenso...

¡Oh por Dios! ¡Que pensamiento tan ruin!

Me sentí como un completo patán.

Permanecimos en total silencio durante el camino. Ella se limitó a jugar con los

dedos de sus manos a la vez que miraba por la ventanilla del auto. Se veía nerviosa.

Yo traté de mantenerme enfocado en la vía para tratar de impedir que esa maraña de

loca confusión y patrañas, entraran a mi cabeza. Comenzaba a sentir, con urgencia, la necesidad de aclarar mi mente.

Tenía mucho miedo.

Sí. Lo confieso

Miedo porque nunca había experimentado un sentimiento tan intenso como el que

recorría mi cuerpo en ese momento.

Llegamos a su departamento y me aparqué frente al mismo. De nuevo el silencio

incomodo se hizo presente.

—La he pasado muy bien —dijo finalmente luego de algunos segundos.

—Yo también la he pasado bien. Tal vez debamos repetirlo en otra ocasión...

«¿Tal vez debamos repetirlo en otra ocasión?».

Repetí la frase en mi mente y pude percibir lo tonta de la misma.

Cerré mis ojos con fuerza y sacudí la cabeza.

—¿Xander? —Había mucha confusión en su voz—. ¿Está todo bien?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que... de repente he sentido que...

—sacudió su cabeza—. Olvídalo. Son

paranoias mías.

O tal vez no.

Ella había percibido mi repentino cambio de humor.

¡Por Dios!

No pude decir nada.

Me quedé congelado allí. Sin saber qué hacer. Si me bajaba del auto, alguien podría

vernó. Si no lo hacía, daría mucho qué desear por mi actitud poco caballerosa...

¡Maldición!

No sabía qué hacer.

Ella bajó del coche y en fracción de segundo, estaba parada al lado de mi ventanilla.

Bajé el vidrio y me asomé.

Ella se inclinó y me dio un tierno beso en la mejilla.

—Que descanses, Xander.

Ella se alejó en cámara lenta y deseé poder retenerla a mi lado. Pasar esa noche durmiendo entre sus pechos, pero debía poner los pies sobre la tierra y regresar a mi realidad.

Esa noche no pude dormir. Pensando en todo lo que había sucedido los últimos dos

días. Los recuerdos de mi primera vez con Shirley me llenaban de excitación y pesar, a la

vez. Daba vueltas en mi cama, imaginando cómo serían nuestras vidas de ahora en adelante. La manera en que debía actuar para mantener los escándalos a raya, lo discreto

que debía ser, los celos que debía tragarme al verla con su esposo, las excusas, los encuentros furtivos...

...Todo eso vino a mi cabeza y por más

que mi conciencia me gritaba que debía alejarme, mi corazón estaba dispuesto, estaba decidido, a jugárselas todas por ella.

El lunes fue el día en el cual tuvimos que poner en práctica todo nuestro talento actoral y tal como lo había imaginado, no pude evitar verla y sentir las locas ganas de besarla, abrazarla, tocarla... pero debía controlarme. Frente a todos, éramos simplemente

buenos colegas. Yo era el director y ella la actriz, debíamos aparentar por el bien de todos.

Sin embargo, cuando no había nadie que

nos pudiera ver, los besos y los abrazos  
no

se hacían esperar. En varias  
oportunidades habíamos estado a punto  
de hacer el amor en

uno de los camerinos, pero Shirley no  
dejaba que la pasión nublara su juicio y  
siempre tenía la razón al decir que  
cualquier persona nos podría ver pero  
eso no me limitó para hacerla  
nuevamente mía, una noche después de  
la función, en mi oficina provisional,  
cuando me percaté de que estábamos  
completamente solos en el teatro.

Era tan divertido vivir un romance  
secreto. La adrenalina a mil y nuestros

corazones

acelerados que nos empujaba a cometer locuras.

Durante las próximas dos semanas, fue la misma rutina. Yo iba a casa de mi madre,

cambiaba mi auto por el de mi hermana y salía a dar largos paseos con Shirley por toda la

ciudad.

Mi hermana y mi madre nunca perdían la oportunidad para advertirme que mi

romance con Shirley iba a acabar mal,

pero yo siempre hacía oídos sordos a sus sugerencias. Nada de lo que me dijeran haría que yo dejara de ver a Shirley, pues las horas a su lado eran mágicas. Junto a ella me sentía como un niño feliz.

Sin embargo, los celos a veces jugaban en mi contra y en más de una oportunidad le

insinué a Shirley que no podía seguir siendo el otro, que ese juego estaba comenzando a

cansarme. Yo no me conformaría con ser su secreto para toda la vida.

Shirley me comentó que su amiga Anette

sospechaba que había algo entre nosotros,

pero decidimos mantenerlo en sospechas.

Por otro lado, Margaret se convirtió en nuestra cómplice, pues ella propiciaba nuestros encuentros.

Las funciones de la obra habían concluido y conforme a que el tiempo pasaba, los compromisos en mi agenda se acercaban. En una semana tendría que viajar a los Estados

Unidos por asuntos legales, pues debía renovar mi contrato y discutir las nuevas

pautas de

la próxima entrega de “Remembranzas de Harvinder”, donde repetiría mi papel como el sexy antagonista, Aldous Kenrrang.

Regresaba a Londres cada 15 días y dichos días estaban destinados para estar con la

mujer que lograba hacerme perder la cordura.

Siempre tenía que hacer de tripas corazón cuando ella me decía que su queridito esposo estaba de visita en la ciudad. Y no lograba entenderlo...

¿Por qué rayos no lo dejaba?

¿Por qué seguía alimentando sus ilusiones?

En lo más profundo de mi ser, sabía que ella lo quería, pero me negué a creerlo, auto-engañándome con: “sólo está con él por lastima”.

¡Jah! Lástima comenzaba a sentir yo, por mí mismo.

Nunca olvidaré la plática que tuve con Hoffman una noche mientras nos

disponíamos a cenar en el *Angler*, al cual me había invitado él como agradecimiento por mi buen desempeño,

llevando a cabo su proyecto experimental, en secreto.

—Estás jugando con fuego, Xander — me dijo mientras servía un poco de vino en

nuestras copas.

Hoffman era el único, aparte de mi madre, mi hermana y Margaret que sabían con certeza lo que sucedía entre Shirley y yo. Además, era en la única persona, del medio, en

la que confiaba.

»¿Te has puesto a pensar, que podría pasar el día de mañana, cuando te

canses de esto? ¿Que quieras formar tu propia familia, casarte y tener hijos? Con ella no puedes hacerlo. ¿Y qué sucede con ella? ¿Por qué no la ha dejado aún? ¿Piensa tenerte a ti y al él por siempre? ¿Acaso no le has dicho nada?

Todas las preguntas que planteaba Vincent, yo ya me las había planteado.

Comenzaba a sentirme harto de todo.

Queriéndolo todo y no teniendo nada. Sólo migajas.

—Una vez se lo comenté, pero no quiero presionarla —fue mi desabrida respuesta.

—¡Pamplinas! Tienes miedo. Miedo de que te deje, de que escoja a su esposo. Por

eso no has insistido.

—No es eso —traté de defenderme.

Aunque muy a mi pesar, él tenía razón.

Era pavor lo que sentía al pensar que podía perderla.

—Escúchame bien, Xander. Ya llevan casi tres meses juntos y ella no ha hecho ni el

mínimo intento por dejarlo. Bueno, al menos eso es lo que tú me cuentas...

—Es difícil Hoffman, él viene una vez al mes y...

—Cuando él está acá en Londres, ella te ignora por completo y tu buena salud mental se ve afectada. Te comportas como un loco.

—Yo no...

— Sí lo haces y no es sano. ¿Sabes qué es lo que creo? —lo miré fijamente, temiendo oír una de las mayores verdades de mi vida—. Que eres un cobarde —abrí mis

ojos con asombro, no era lo que

esperaba escuchar.

—¿Cobarde yo? ¿Pero qué rayos estás diciendo Vincent? Me las he jugado todas...

—Sí. Eres un cobarde, porque no le haces frente a tus verdaderos sentimientos. No

estás luchando realmente por la mujer que amas. Te estás conformando con lo poco que te

da. ¿Eres hombre o qué?

—Lo soy —respondí, sintiéndome un poco ofendido.

—Entonces hazle sentir que realmente estás dispuesto a todo por ella. No te

conformes con ser el otro, el que tiene que esconderse o el que calienta su cama cuando el

otro no está. No, Xander. Tú no mereces nada de esto y lo sabes. Pregúntale: ¿A qué carajo

está jugando? Si de verdad te ama... Lo dejara. No tengas miedo, no pienses que al hacer

eso ella se puede alejar, porque sin intentarlo te estás condenando a tener que vivir un romance a medias. Díselo, dile que la amas y que estás cansado de

toda esta mierda.

Mientras Hoffman hablaba, pude darme cuenta que algunas lágrimas rodaban por mi

rostro. A pesar de estar en un lugar público, me había dejado dominar por mis emociones.

Vincent hablaba con la verdad como estandarte y ese era una verdad que me dolía mucho

escuchar...

Estaba irremediablemente enamorado de Shirley.

Esa semana transcurrió entre entrevistas, promociones, sesiones de fotos y la

incesante duda que había sembrado Hoffman en mí. Tal vez yo no había hecho lo suficiente por Shirley, para que ella sintiera la certeza de que yo la amaba de verdad.

Debía hacer algo para convencerla de mi amor.

En esos días no nos vimos, pues me encontraba muy ocupado entre mis

compromisos laborales y ella entre exámenes finales.

Tuve que regresar a EEUU con las ganas

de verla.

Lo primero que hice al llegar a Los  
Ángeles fue llamarla por teléfono. Sentí  
que el

corazón se me encogía al percibir que su  
voz estaba temblorosa, indicio de que  
había estado llorando. Ella lo negó, pero  
supe que mentía. Me llené de ira al  
pensar que tal vez

esas lágrimas eran por culpa de Matías.

Ella fue muy astuta para desviar el tema  
y a fin de cuentas no quise insistir en el  
tema, pues ya era muy tarde y mi cuerpo  
pedía descanso...

—Bueno, te dejo, a ver si duermo un rato.

—*Está bien, descansa amor. Te...*

¿Ella qué?

Mi rostro se iluminó con una sonrisa de idiota.

¿Ella me amaba?

¿Era eso lo que había querido decirme?

—¿Qué? —pregunté con fingida inocencia.

—*Nada* —respondió tajante.

—¿Tú qué? ¡Oh vamos! Dilo —dije en tono juguetón.

Necesitaba oírlo. Oírla decir que me amaba.

Necesitaba un poco de cursilería para espantar los fantasmas que rondaban en mi cabeza y me robaban la calma.

—*¿Decir qué?*

Me sentí decepcionado al darme cuenta que no lo iba a decir.



—¡Vamos! Tu puedes —la animé.

—*Que no.*

—Dale. Hablamos luego.

La decepción pasó a ser molestia.

«¿Será que algún día me lo dice?»,  
pensé y finalicé la llamada.

La cuestión era que ni ella ni yo éramos capaces de decirlo. Tal vez, después de todo, los dos éramos unos cobardes.

La siguiente semana la pasé entre el estudio y el hotel, descansando y escondiéndome de

la prensa, pues cuando querían ser pesados lo eran. En dos intentos habían

burlado la seguridad del hotel y logrado entrar.

Habían logrado hacerme una foto, tomando el sol en compañía de mi prima Lucy,

quien se encontraba de visita en la ciudad. Yo la había invitado a pasar el día conmigo.

Los rumores de que era mi novia no tardaron en plagar todo el internet, asunto que le

aclaré de inmediato a Shirley, aunque ella no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pues estaba muy ocupada con los exámenes finales de la

academia. A duras penas tenía tiempo para comer, ducharse y dormir, y de vez en cuando charlar conmigo vía *Skype*.

El día de la reunión con los productores de los estudios Alkar, para la renovación de

mi contrato, llegó y como lo habíamos acordado, llegamos al estudio casi a las nueve de la

mañana.

Una vez firmado el contrato, se me notificó la fecha en que iniciaría la filmación.

Sería dentro de un par de meses, así que

podría regresar a Londres mientras tanto.

La idea de poder tener un tiempo libre para mí, para compartirlo con Shirley me hizo

sentir ansioso y plenamente feliz.

Un plan disparatado, pero muy romántico, se trazó en mi mente.

Tomaría un vuelo a

Londres esa misma tarde, ya no tenía asuntos pendientes en EEUU.

Sorprendería a Shirley, llegando dos días antes de lo pautado.

Era el momento de demostrarle que

estaba dispuesto a todo por ella.

Fui al hotel y recogí todas mis pertenencias. Sin perder tiempo llamé al aeropuerto y

reservé un vuelo a la vez que corría de un lado a otro con las maletas en mano, bajando

todo al coche...

—Pareces un adolescente —Aaron rió por lo bajo y me miró con expresión risueño

—. Al menos podrías esperar a mañana —agregó mientras me ayudaba a subir el equipaje

en el maletero del taxi.

—No. No puedo esperar. Cada minuto que pueda pasar a su lado lo aprovecharé.

—Estás mal, Xander. Enamorarse así de alguien, es peligroso —Aaron frunció el ceño.

—Sí. Lo sé, pero ya lo hice —reí estruendosamente—. Por cierto, ¿ya llamaste al *Donmar*?

—Sí. Ya lo hice. El teatro estará disponible para mañana en la tarde. ¿Y tú ya llamaste a los demás?

—No. Lo haré de camino al aeropuerto.  
Voy tarde.

Dicho eso, Aaron le dio un golpe al  
techo del taxi y este se puso en marcha.

—Llámame cuando llegues a Londres —  
gritó Aaron a medida que el auto se  
alejaba.

Le escribí a Margaret para preguntarle  
cuál era el artista o grupo musical  
preferido

de Shirley. Ella me comentó que eran los  
*Backstreet Boys* y me sorprendí mucho  
al saber que esa agrupación aún estaba  
en vigencia.

Sin perder tiempo, marqué el número de Charles Norton, el líder de la agrupación de

baile del *Donmar*, con quien había trabajado hacía un año atrás, en las coreografías de lucha para una obra de teatro y con quien había forjado una simpática amistad.

Él accedió de inmediato a ayudarme en mi romántica aventura. Citaría al grupo de danza contemporánea del Donmar y ellos presentarían un [flashmod13](#) de la canción *As Long As You Love Me*, de los *Backstreet Boys*.

Margaret se encargaría de llevar a Shirley al teatro, bajo un engaño. Iba a

recibir una

creativa serenata y al final, un loco enamorado le gritaría a los cuatro vientos cuanto la amaba.

Llegué al aeropuerto y luego de pasar los respectivos procedimientos de rigor, ya me

disponía a abordar, solo me faltaba esperar a que hicieran el llamado de abordaje. Tomé mi

móvil y al mirar la pantalla pude percibir que tenía tres llamadas perdidas de Shirley, pues había olvidado que durante la reunión lo había puesto en silencio. El móvil sonó y sin

pensarlo contesté.

—*Hola* — saludó ella con tal alegría que hizo saltar mi corazón.

—Hola, preciosa —respondí con la misma alegría.

Escucharla era suficiente para mí.

Me contó que había estado enferma y que al parecer era una gripe. Nada de qué preocuparse.

Aproveché que ambos estábamos de buen ánimo para preguntarle si ya había

hablado con su esposo para contarle la verdad de lo nuestro, pues como me

había aconsejado Hoffman que hiciera, se lo había pedido a ella antes de irme de Londres. No

obstante su respuesta fue esquiva, lo que me dio a entender que aún no había solucionado

ese inconveniente.

No pude evitar sentirme molesto.

—¿Que no me enoje? ¡Tenemos casi tres meses en esto! Viéndonos a escondidas,

disimulando para que nadie se dé cuenta. ¿Cómo crees que me siento, cuando deseo tomarte de la mano en público, darte un abrazo, un beso... y no

puedo? Porque estas casada y hay que cuidar la imagen y que se yo que otras cosas más me dices. No es por

presionarte Shirley, pero ya me estoy hartando de este juego. ¿Yo? ¿El de reserva? Nunca

había pasado por esto, nunca había tenido que esconder mis sentimientos...

*—Mi amor, te prometo que para cuando hayas regresado a Londres ya lo habré solucionado. Te daré una respuesta. Te lo prometo...*

Reí internamente.

«No creo que le dé tiempo de

solucionarlo antes de que regrese a Londres» , pensé.

—¡Ah! Por cierto, vuelvo mañana a Londres —le mentí para despistarla.

—*Pasajeros con destino a Londres, por favor abordar por la puerta 4* —se oyó una

voz femenina a través del altoparlante del aeropuerto.

¡Rayos!

Tapé la bocina de mi móvil, rogando en mi interior que Shirley no hubiese

escuchado nada, y al parecer no lo había

hecho, pues no dijo nada al respecto.  
Debía apresurarme o el avión me  
dejaría.

—Debo colgar. Aaron me llama.  
Hablamos luego —dije y culminé la  
llamada.

Próxima parada: Londres...

...a terminar de ganarme el corazón de  
la mujer que amaba.



Capítulo 14

Llegué a Londres aproximadamente a las cuatro de la mañana, hora local. Bajé del avión y

sin perder tiempo, decidí ir a mi departamento y dormir un par de horas, hasta que fuese

una hora modesta para llamar a Margaret.

Programé mi alarma para que sonara a las ocho en punto, eso me daría chance de descansar un poco, pues durante el vuelo no había podido dormir absolutamente nada.

Entre la ansiedad de llegar y constantes movimientos bruscos por turbulencias,

me había

mantenido atento.

Desperté gracias a un molesto ruido proveniente del exterior. Al parecer, a mi vecino

le había provocado hacer remodelaciones en su jardín.

¿A quién carajo se le ocurre usar la sierra eléctrica, un viernes a las siete de la mañana?

A mi vecino.

Salí refunfuñando de la cama mientras encendía la radio. Estaba sonando una

linda

canción, interpretada por una chica. Reí al percibir de qué canción se trataba, a la vez que comenzaba a cantarla a todo pulmón. Era una versión reggae de *Friday I'm in Love*, de *The Cure*,

Así era como me sentía. Enamorado hasta la médula.

Me preparé un café bien cargado para espantar el sueño que tenía. Me comí un emparedado de pavo y listo. Ya estaba preparado para ir a correr un rato y llenar mis pulmones de aire puro londinense.

Corrí por treinta minutos y al llegar al punto final de mi recorrido, me senté en una

de las bancas del parque y me dispuse a llamar a Margaret, pues ya era hora de que estuviera en la academia.

Al primer intento no respondió, así que asumí que estaría en clases. Opté por

regresar a casa, darme una ducha y llamar de nuevo al grupo de danza contemporáneo del

*Donmar*, para finiquitar detalles.

El grupo completo había confirmado y estarían a las cuatro en punto en el

teatro.

Llamé a Margaret una vez más.

—¿*Si?*— contestó dubitativa.

—Soy Xander. Por favor, escucha con atención. Por nada en el mundo digas que

hablas conmigo —le indiqué de inmediato.

—*¡Bien! Entendido* — se oyó al otro lado de la línea.

— Necesito que lleves a Shirley al *Donmar*, a las cuatro en punto, de hoy. Dile que...

no sé... ¿un *casting*? Sí. Eso. Un *casting*.

—¡Sí! De acuerdo. Le diré.

— Dile que es para un *casting* en el *Donmar*. ¿Me captas?

—*Eso es correcto.*

Por su nerviosismo comprendí que estaba con ella.

—¿Ella está contigo? — pregunté.

—*Sí. La tengo a mi lado en este instante* — contestó con total serenidad.

Me alegré de saber que había entendido

el plan.

—No le digas que estoy en la ciudad. Quiero darle una sorpresa. Nos vemos en la tarde.

—*Está bien. Entendido. Adiós.*

Shirley se llevaría la sorpresa del siglo, verme entrar por las puertas del *Donmar* mientras un grupo de personas interpretaba un *flashmod* de una de sus canciones favoritas.

Fui al florista en busca de un gran ramo de tulipanes y violetas, pues sabía lo mucho

que le encantaba ese tipo de flores. No

escatimé en gastos y compré un ramo inmenso, aunque no hacía justicia a todo lo que sentía por ella.

Regresé a casa y ya era pasado del mediodía. La hora se acercaba y mi ansiedad crecía a cada segundo.

Me duché con calma y opté por un pantalón jean negro, una camiseta blanca y mi chaqueta de cuero negra, (a Shirley le encantaba verme con ese [\*outfit14\*](#)), un poco de mi loción favorita, una rápida mirada en el espejo y listo.

Tomé las llaves de mi coche y le mandé un mensaje de texto a Charles para que supiera que iba en camino. Él me indicó que ya estaban listos.

Le escribí también a Margaret, quien me confirmó que Shirley no tardaría en llegar.

Arreglé el inmenso ramo de flores en el asiento del copiloto, me subí al auto y lo puse en marcha.

¡ *Camden* allá voy!

Próxima parada: *Donmar Warehouse*.

Llegué faltando quince minutos para la hora pautada y vi a lo lejos como Margaret

caminaba de un lado a otro.

Aparqué el coche un poco apartado del

teatro y bajé con ramo de flores en mano.

Caminé hacia mi cómplice, quien al verme sonrió de oreja a oreja.

—¡Te has pasado con esto! —dijo en tono divertido.

—¿Por qué lo dices? —me sonrojé un poco.

—Esto es hermoso Xander. Si Shirley no se desmaya con esto. Me desmayaré yo.

—Hablando de ella. ¿Qué le has dicho?

—Lo que pediste. Que la solicitaban del

*Donmar* para un *casting*. Al principio le ha parecido extraño que me llamaran a mí y no a ella, pero me las ingenié.

—¿Segura que no sospecha nada?

—¡Que no hombre! Estaba súper entusiasmada con la idea del *casting*. Aunque en este instante debe estar echando chispas al ver que no hay nadie para esa supuesta audición.

Reímos al unísono.

Un grupo de jóvenes bajaron de una camioneta y me di cuenta de que eran los del cuerpo de baile. Se me acercaron y me saludaron con mucho entusiasmo.

—Todo listo, Xander. Esperamos la señal —me dijo Charles y me guiñó un ojo.

—Bien. Margaret... —la miré y pude percibir su excitación, parecía una niña

pequeña a punto de cometer una travesura—, verifica que Shirley esté de frente a la puerta. No quiero que se pierda ni un detalle

Ella asintió y caminó hacia la entrada del teatro, se asomó por la rendija de la puerta

y nos hizo una señal para acercarnos a ella.

Todos obedecemos.

—¿Listos? Ella está sentada en una butaca en la parte lateral izquierda — nos

informó.

Charles tomó su móvil y mandó un texto, imaginé que sería la señal para los que se

encontraban adentro.

—¿Preparados? —Los que estaba allí, asintieron con la cabeza—. Que entre primero

la dama —dijo Charles, refiriéndose a

Margaret, quien sin pensarlo más, empujó las puertas del *Donmar* y entró.

—¡Chicos. Es la hora! — gritó ella.

La música comenzó a sonar y uno a uno fue entrando.

¡Oh por Dios!

Esos segundos parecieron eternos.

A través del vidrio de la puerta pude ver el cuerpo de baile haciendo sus

movimientos a la vez que señalaban en dirección a Shirley, pero yo no lograba

visualizarla, pues se encontraba en la

parte alta de las tribunas. Moría por ver su rostro emocionado.

El momento de mi entrada llegó y estreché con fuerza el ramo de flores, luchando contra el repentino temblor de mis manos. Empujé la puerta y me encaminé hacia el centro

del recinto, cantando y fijando la mirada en Shirley, quien me miraba fijamente.

Se veía totalmente sorprendida.

Yo me uní al canto y se lo dije:

*No me importa quién eres*

*De dónde seas*

*Lo que hayas hecho*

*Mientras tú me ames.*

*¿Quién eres?*

*¿De dónde eres?*

*No importa lo que hiciste*

*Mientras tú me ames.*

No me importaba nada más. Sólo ella.

A cada paso que daba, todas las dudas se iban disipando. La quería a ella y a nadie

más.

Fruncí el ceño al percatarme de la figura de alguien más. Un hombre se acercaba a

ella, por detrás.

*«¿Pero qué diantres?»*

Me giré hacia Margaret y ella notó que algo no andaba bien.

La quijada le llegó al suelo al darse cuenta de que Shirley no estaba sola.

Matías, su esposo, estaba allí.

Sentí que el aire me faltaba al verlo junto a Shirley, sonriendo y siguiendo el ritmo

de la canción con la cabeza.

Shirley cerró sus ojos con fuerza y comprendió que estaba entre la espada y la pared.

Continué caminando y cantando, mientras sentía que moría por dentro.

Di unos pasos más, pero las palabras se me atragantaron en la garganta.

No pude más.

Dejé caer las flores al suelo, me di la vuelta e hice una señal para que se detuvieran.

La música dejó de sonar y yo me quedé

de pie en el medio de todos. Muchos aplaudieron y otros se quedaron en completo silencio.

Clavé mis ojos sobre Shirley, con toda la intensidad que me permitió mi mirada y deseé agarrar a Matías por el cuello y estamparlo contra la pared. Unos celos irracionales

me invadieron, pero la tristeza y la decepción ganaron terreno.

—Eso fue todo, chicos. Lo hicieron genial

La voz de Margaret me recordó que aún continuaba respirando y haciendo el

papel

de idiota.

»Gracias Xander por la ayuda.

¿Gracias?

¿De qué rayos estaba hablando?

Miré a Margaret y luego a Shirley, quien parecía estar discutiendo con su

acompañante...

¡Claro!

Me costó un poco entenderlo, pero no comprendí.

Era una forma astuta de disimular el hecho de que le había llevado una serenata a una mujer casada, que dicho sea, se encontraba en compañía de su marido...

¡Qué estúpido me sentí!

Recogí las flores del suelo y se las entregué a Margaret.

—Ha sido un placer ayudarte en el *performance*.

Saqué fuerzas de mi fuero interno y contribuí a la alcahuetería de Shirley.

A pesar de que tenía el corazón destrozado, hice mi mejor intento por no

hacerla quedar mal a ella.

Me sentía como un completo idiota, haciendo el ridículo con tal despliegue de

cursilería romántica, para sorprender a una mujer que no había tenido la decencia de decirme que su esposo estaba en la ciudad, que me había mentido.

Al final, el sorprendido terminé siendo yo.

Me di la vuelta, dispuesto a largarme de allí.

—Xander —la voz inconfundible de

Shirley me hizo estremecer, pero no me detuvo.

Necesitaba salir de allí urgentemente.

Me sentía derrotado, burlado, engañado y de cierto modo utilizado.

¿Cuántas veces había llamado a Shirley y ella me había hecho creer que estaba sola,

que me extrañaba, mientras lo cierto era tenía que su maridito estaba durmiendo a su lado?

¿Cuántas noches habría hecho el amor con él, pensando en mí?

¡Diablos!

«¿Por qué me duele tanto?», pregunté mentalmente, llevándome la mano al pecho, a

medida que aceleraba mi paso.

—Xander. Por favor, detente — imploró ella.

Estábamos en medio de la calle y mi juicio se nubló a causa de la ira que sentía.

—¿Qué quieres Shirley? —me giré con brusquedad y escupí la pregunta con

violencia. Sentía que en cualquier

momento, la carótida me iba a estallar.

—Lo siento.

¡Jah! ¿Sentirlo? Pero es que... ¿No se daba cuenta de que con sentirlo no bastaba?

Sus palabras para mi eran vacías, carecían de cualquier sentido. La única verdad era que

ella no era sincera con sus sentimientos, estaba jugando con ambos, tanto con Matías como conmigo. Nos estaba utilizando para llenar su miseria, su inconformidad...

Miles de pensamientos ruines llegaron a

mi cabeza.

—¿Qué es lo que sientes? ¿El hecho de que yo hiciera el ridículo trayéndote

semejante muestra de romanticismo ESTUPIDO o el hecho de que no me hayas

comentado que TU esposo estaba aquí en Londres?

—Por favor, escúchame...

—¿Escuchar qué? No hace falta. Ya lo entendí. Has tomado tu decisión y la respeto.

—No Xander, por favor escúchame...

—Desde un principio, todo esto ha sido un juego para ti. Nunca te lo tomaste en serio. ¡Y ME HARTÉ!

Por primera vez en mi vida, grité en plena calle. Sin importarme que los transeúntes

se detuvieran a mirarme, a tomarme fotos o hacer videos de la escena.

Subí a mi auto e ignoré sus suplicas para que la oyera.

No quería oírla.

No quería verla.

No quería estar allí.

En ese momento deseé haberle hecho caso a Aaron.

*“Pareces un adolescente. Podrías al menos esperar a mañana”* . Sus palabras se repitieron textualmente en mi mente. Hubiese sido mejor quedarme en América. Estaría apenas abordando el avión, y no sintiéndome tan desdichado.

*“Una mujer que es realmente feliz con su esposo... ¿Estaría llamando a otro?”*

La voz de mi madre hizo eco en mis pensamientos y me confundieron.

*“Dile lo que sientes y deja que sea el*

*tiempo quien decida”.*

Más consejos maternos llegaron para atormentarme.

Tal vez ese había sido mi error. Nunca le había dicho lo que sentía de verdad. Nunca

le di la certeza de que mi mundo no era mundo sin ella.

*“¡Pamplinas! Tienes miedo. Miedo de que te deje, de que escoja a su esposo. Por eso no has insistido”.*

¡Genial!

Había llegado el turno de Hoffman para

sermonearme...

*“Si realmente te ama... lo dejará”*

—¿Pues qué crees, Vincent? No lo dejó

—dije entre dientes.

Me detuve sin siquiera mirar donde estaba y golpeé con fuerza el volante.

»¡Maldita sea! ¿Por qué duele tanto? —  
estallé en llanto.

¿Por qué?

Esa era la pregunta que daba vueltas en mi cabeza.

¿Por qué tenía que enamorarme de ella?

Sabiendo que ella era ajena.

De tantas mujeres en el mundo, había fijado mis ojos en ella, justamente en Shirley

Sandoval...

«¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?»

Quería saberlo.

Sin embargo, ninguna respuesta venía a mi mente.

Sólo recuerdos.

*Su voz, su sonrisa, su aroma, su piel.  
Esa manera tan suya de hacer el amor*

*y estremecerse entre mis brazos al llegar.*

Puse el auto en movimiento, al percatarme de que estaba en el medio de la nada.

Conduje rumbo a casa de mi madre. En ese momento la necesitaba. Un dulce abrazo

de mi mejor amiga me aliviaría un poco.

Llegué a la residencia Shelley y toqué el timbre.

Luego de algunos segundos, esa hermosa mujer de cabello cenizo, ojos de cielo y sonrisa de sol, abrió la puerta. Mi

primer impulso fue lanzarme entre sus brazos y dejar salir un par de lágrimas.

—¡Cariño! ¿Qué ha sucedido? —su voz era como un sublime arrullo que me

arropaba con encanto y amor. Acarició mi cabello—. ¡Oh! Mi pequeño bebé.

Entramos a la casa y en completo silencio caminé hacia la sala de estar.

—¿Y Elyse? —pregunté al notar que la casa estaba muy silenciosa.

—Salió con Jack. Regresará en un par de horas.

Jack Bluston, mi simpático cuñado. Era

el único que había logrado soportar a mi hermana por más de cuatro años. Tal vez la sangre irlandesa que corría por sus venas le

daba cierto poder de paciencia y resistencia.

—Bien. Así no podrá juzgarme ni molestarme por no haberle hecho caso —comenté

con cierto alivio.

En los últimos días, mis conversaciones con Elyse siempre se tornaban tensas, pues

la mayoría de las veces ella siempre

decía que todo iba acabar muy mal.

¡Y vaya que había tenido toda la razón!

¡Joder!

Incluso estando ausente, Elyse lograba exasperarme.

—¿Piensas contarme qué es lo que está sucediendo? —mi madre se acercó a mí.

Tomé una gran bocanada de aire y hablé. Decidí contárselo todo, sin reservas. A fin

de cuentas no había secretos entre nosotros.

Le conté todo lo que había acontecido en las últimas semanas, nuestras constantes pláticas de amor, las promesas que nos habíamos hecho mutuamente, también le hablé de

la conversación que había tenido con Hoffman, a quien mi madre le dio la razón en todo.

Le platiqué de mi arretrato por querer ser un romántico y el hecho de que todo había resultado en un completo fiasco.

Allí estaba yo, contándole a mi madre que había perdido mi tiempo una vez más.

Amando tanto a alguien que al final no

me había amado con la misma intensidad.

Mi madre se limitó a escucharme.

—Dale tiempo al tiempo hijo —fue lo único que dijo.

¿Qué?

¿En serio?

Después de casi dos horas hablando, redundando y divagando y tratando de contener

mis ganas de llorar.

¿Sólo eso?

¿Tiempo al tiempo?

¡Una mierda!

Estaba harto de esperar.

Me levanté de golpe.

Necesitaba estar solo.

—¿Tienes las llaves de la finca del abuelo? —le pregunté, sin más.

—Sí, cielo. ¿Por qué?

—¿Podrías dármelas?

Mi madre se levantó del sofá y se dirigió hacia el pasillo, donde estaba el

cajetín que

contenía las llaves.

Yo la seguí.

—Aquí tienes —me entregó las llaves—. ¿Piensas ir?

—Sí. Necesito un tiempo para pensar y organizar mis ideas.

—Hijo. No te aísles. En este momento no es lo más recomendable.

—Tal vez pueda terminar de escribir esa novela que tantas veces he pospuesto.

Sin nada más que decir, salí de la casa

de mi madre y subí a mi auto.

Chequeé el tanque del combustible.

Sí. Tenía el suficiente para recorrer los próximos 762 kilómetros. Serían casi 8 horas

en carretera para llegar a Escocia, específicamente Luss, donde sin pensarlo mucho, me disponía a pasar los siguientes dos meses.



Capítulo 15

Conduje por largo rato, tratando de mantener mis pensamientos a raya, pues nada ganaba

con lamentarme, y pensar en lo que pudo ser y no fue.

Las emisoras de radio se habían puesto de acuerdo para transmitir cuanta canción me

la recordara. Harto de tanta tortura psicológica, decidí apagarlo y entregarme a la tediosa y larga carretera.

Me detuve en varias oportunidades para estirar las piernas, ver hacia el horizonte y

recordar la razón por la que en realidad estaba vivo. La vida era un milagro, y debía disfrutarla. El bello paisaje de mi adorada Inglaterra me lo recordaba.

Si, era cierto que con Shirley no había tenido suerte, pero la vida continuaba.

Posiblemente la tristeza perduraría por algunos meses y con el transcurso del tiempo, llegaría alguien más.

Un par de lágrimas brotaron de mis ojos.

Se me hizo un nudo en la garganta al darme cuenta que con Shirley no había podido

hacer nada de lo que había planeado.

Desacuerdos, reconciliaciones, paseos a orillas de la

playa, asistir a las reuniones familiares con una pareja...

¿A quién pretendía engañar?

Nunca habíamos sido una pareja como tal.

Todo ese tiempo, habíamos estado condenados a vivir un amor secreto.

Volví a la vía, dispuesto a dejar de lado tantas estupideces que sentía.

Necesitaba dejar de pensar tanto o me iba a volver loco.

Al cabo de cinco horas me detuve en un hotel. Me sentía muy agotado y no era prudente conducir así.

Pedí una habitación y me dispuse a descansar la noche. Al día siguiente continuaría

mi camino.

Al mirar la pantalla de mi móvil pude ver varias llamadas perdidas, algunas de Margaret, otras de Aaron y unas tantas de un número desconocido. No le di importancia y

me duché para luego irme a dormir. Anhelaba con fervor, que ese día funesto concluyera.

Seis horas exactas transcurrieron desde que me había acostado con la intención de dormir un poco. Lo sé, porque conté cada segundo que faltaba para que amaneciera.

Di vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Shirley venía a mi mente y me torturaba con su sonrisa y sus ojos hermosos, a la vez que la sensación de tener su cuerpo

entre mis manos me robaba la poca calma que me quedaba.

Desperté de golpe. Si había logrado dormir 20 minutos, había sido mucho.

Los primeros rayos del sol se colaron

por las persianas de la habitación y de un salto

salí de la cama, tomé una rápida ducha y me dirigí a recepción, para entregar la llave y continuar con mi viaje. Un desayuno ligero en una acogedora fonda cercana al hotel y listo. Escocia estaba a escasas horas de distancia. Cinco para ser exacto.

Un día nuevo. Conduje el largo camino, con la música de *The Beatles* como compañía.

A medida que más me acercaba a la tierra ancestral de Sir William Wallace, podía apreciar todos esos bellos paisajes que amaba cuando era niño. Mi

horizonte era verde y

montañoso. Un paraíso sin igual. Ver tanta belleza, me hizo sentir orgulloso de tener sangre escocesa corriendo por mis venas.

¡Mierda!

Shirley se metía en mi mente sin previo aviso y la sonrisa de mi rostro, se borraba.

Era un golpe de realidad, al comprender que lo que había vivido había sido una mentira.

Ella tenía a otro hombre y yo nunca había sido el protagonista en la historia

que ella escribía a su antojo.

¡Por Dios!

¿Cómo pudo lograr enredarnos a los dos en sus mentiras?

Siempre estaba a mi lado. Fueron muchas las noches que la hice mía y me

demostraba tanta entrega y tanto amor. Yo había sido un estúpido ingenuo. Me había creído su cuento, creyendo que era titular en su partido.

Ni siquiera un “Te Amo” había sido pronunciado por sus labios.

Matías era inocente. Un ingenuo más del

montón.

Duramente comprendí que si a él se lo había hecho, mentirle con descaro sin ninguna

contemplación, a mí también me lo habría hecho.

Inmerso entre tantos pensamientos superfluos, perdí la noción del tiempo. Ante mí pude ver las hermosas aguas del Lago Lomond, las cuales se extendían desde Alexandria

hasta Inverarnan. Una vista asombrosa.

Estaba en tierras escocesas y no me había dado cuenta.

Llegué a Arden y tomé la A818 hacia Dumfin, donde quedaba la granja de mi abuelo

y me encaminé hacia el angosto pasaje que señalaba el inicio de la entrada de la propiedad

Shelley.

Agradecí el hecho de que había llegado en la mejor época del año y no hacía mucho

frío. Con los casi 14°C, podía disfrutar de las actividades al aire libre, como Dios manda.

Me aparqué frente a la casa y pude notar

que las ventanas estaban abiertas y la tierra

estaba húmeda, indicativo de que acababan de regar las plantas, los bellos *cardos*

*cicerbitas*<sup>15</sup> que mi madre había sembrado hacía tantos años atrás, mostraban sus pétalos a

plenitud, de hecho, algunos comenzaban a marchitarse, lo que quería decir que el verano

estaba en pleno apogeo.

Sin esperar mucho, entré en la casa.

Una vez dentro, llené mis pulmones con ese agradable olor. Olor a hogar. No había

indicios de haber estado abandonada durante los últimos tres años. Desde la muerte del abuelo, nadie había venido de visita.

Esperaba encontrarme con un lugar lleno de polvo y telarañas. Al contrario, todo lucía pulcramente ordenado. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par y flores frescas adornaban los floreros.

El aroma a café recién hecho me atrajo hacia la cocina.

Al llegar a ese lugar, la silueta familiar

de una mujer me trajo muchos recuerdos,  
era

Adele, la nana de Sharon y mía. Mi  
pecho se hinchó de alegría.

—¡Adele!

Dije su nombre con tal exaltación que  
hice que ella diera un brinco del susto.

—Niño Xander —abrió sus brazos,  
invitándome a abrazarla—. No me di  
cuenta que

ya había llegado.

—¿Qué haces aquí? Pensé que la casa  
estaría sola —comenté al separarme.

—Su señora madre me llamó ayer, dijo que usted venía en camino, así que, aquí estoy.

—No debiste molestarte, en serio. Venía dispuesto a ensuciarme un poco con las tareas domésticas —reí.

—No. Nada de eso. Usted debe descansar, mire que eso de trabajar en Hollywood

debe ser muy agotador. Lo menos que querrá será trabajar más.

—No. Tranquila. No me molesta para nada tener que hacer actividades hogareñas —

solté una risilla—. Ven. Dame. Deja que te ayude.

Tomé dos tazas de porcelana y serví café para ambos, mientras Adele chequeaba una

olla que comenzaba a botar humo.

—¿Qué haces? —Inhalé el aroma y pude notar un exquisito olor—. ¿Arándanos?

—

inhalé de nuevo.

—Sí, mi niño. Sé lo mucho que le encanta la mermelada de arándanos.

—No, Adele. Querrás decir “tu”

mermelada de arándanos. ¡Por Dios!

Cuantos

recuerdos se han removido en mi mente  
—me senté al borde del mesón—.

Recuerdo que

cada vez que venía a pasar los días acá,  
me preparabas una buena ración de  
mermelada,

que luego no quería compartir con nadie.

—Sí. Recuerdo que también te  
preparaba tu favorito.

—¡Pastel Carrot! —dijimos ambos al  
unisonó y nos echamos a reír.

Noté que Adele dejaba de reír para fijar su mirada en la puerta de la cocina, me giré

de inmediato para ver qué era lo que veía.

Una jovencita de aproximadamente veinte años, de cabello liso y rubio, que le

llegaba a la cintura, grandes ojos hazel, mejillas sonrosadas, nariz respingada, de altura promedio y prominentes curvas, yacía de pie en el umbral de la puerta. Concluí al instante

que era familia de Adele, pues el parecido era enorme...

—Xander, te presento a Laura. Mi nieta.

Me quedé en silencio, mirando a tan linda chica ¡Caramba! Aún con el corazón

partido no podía dejar de reconocer lo hermosa que era la dama frente a mí.

Laura sonrió con timidez.

—Un placer, soy Xander...

—¡Por Dios! Ella sabe quién eres. Tiene posters tuyos pegados por todas sus paredes

—interrumpió Adele.

—¡Abuela! —la joven rubia palideció ante tal comentario y bajó su mirada, muerta

de vergüenza.

No pude evitar reír a carcajadas.

—¿En serio? —Pregunté, acercándome a ella y ofreciéndole mi mano—. Es un

placer conocerte, Laura.

Ella estrechó mi mano y con astucia, deposité un beso en el dorso de su mano.

Era

mi naturaleza. No podía evitar ser un caballero galante frente a una señorita

tan radiante.

—No le crea mucho a mi abuela, a veces exagera. Es la edad, le hace decir cosas sin

sentido —comentó la chica a modo de chiste.

—¿La edad? ¿Acaso me estás diciendo vieja? —Adele fingió estar ofendida.

—No le crea mucho —susurró la linda joven, guiñándome un ojo.

—Mi nieta ha venido a pasar las vacaciones, así como usted, niño Xander. Busca alejarse un poco de la locura de carrera que ha elegido.

—¿Y qué has elegido? —indagué.

—Física —me indicó Laura.

—¡Wow! Mis respetos señorita. Yo por mi parte no podría nunca con carreras así, soy pésimo con los números.

—Lo sé —comentó ella—. Digo. Me lo imagino —corrigió. Se sonrojó un poco y

desvió su mirada de la mía.

Me sentí incómodo por su comentario, pues al parecer, la joven frente a mí me conocía muy bien, aunque yo apenas la estaba conociendo.

No quise darle mucha importancia y me disculpé con las dos damas presentes, para ir

a descargar mi equipaje del auto e ir a instalarme en la que una vez fuese mi habitación.

Al entrar en ella, los recuerdos llegaron a mí.

*Elyse y yo escondiéndonos de mamá, reíamos a carcajadas por las travesuras que les hacíamos a nuestros padres.*

Sonreí ampliamente ante esas bellas memorias.

Me senté en la cama en completo silencio, observando el paisaje a través de la ventana. Toda la belleza que recordaba de cuando era niño, se conservaba intacta.

Saqué mi portátil y la encendí. Verifiqué mi correo y vi que tenía dos mensajes provenientes de Aaron.

El primero era para notificarme que Estudios Alkar había pautado el inicio de las grabaciones para finales de la primera semana de noviembre. Eso era dentro de tres meses.

El segundo era para preguntarme donde estaba, pues en varias ocasiones me había llamado pero había sido atendido

por la operadora. Había adjuntado un *link*, para que viera lo que estaba diciendo la prensa. Algo relacionado a Shirley y a mí, pero lo ignoré. No deseaba saber nada de ella.

Sin perder tiempo, propuse a responderle.

“Hola Aaron, espero que estés bien. No te preocupes por mí. Estoy bien. Pasaré mis

vacaciones en Escocia, en la finca de mi abuelo. Deseo alejarme de todo y de todos.

Quiero mantenerme al margen de los chismes y no caer en juegos mediáticos.

Trataré de

mantenerme lo más lejos posible de las tecnologías, lo que quiere decir que mi móvil no

estará disponible las próximas semanas, y mi portátil la usaré únicamente para escribir pasajes de mi intento de libro. Quiero despejarme y ordenar mis pensamientos. Este tiempo será mío y sólo mío, pero si surge algo, ya sabes dónde encontrarme. Recuerda poner URGENTE en el asunto y te responderé a la mayor brevedad posible”.

Arreglé mi ropa en el armario y luego tomé una ducha.

Salí a caminar un rato por los alrededores de la finca. Respirar aire puro y llenarme

los ojos con tanta naturaleza, es lo que le hacía falta a mí ser para sentir un poco de paz.

Caminé por el sendero que conectaba la casa con el huerto de peras, divisando el paisaje y tratando de despejar la mente, inhalando el delicioso aroma de los perales que me recordaban tanto a mi abuelo y su delicioso vino de peras, que hacía con sus propias

manos. Estaba perdido entre recuerdos cuando...

—Un poco lejos de casa.

Me giré hacia aquella voz que había hablado de repente. Había algo familiar es esa

voz. Abrí los ojos con sorpresa al percatarme que efectivamente conocía al caballero.

—¡Gerald! —dije con euforia al reconocer a mi viejo amigo de la infancia, con quien

había pasado largas tardes jugando entre los huertos de peras.

—¡Xander! Qué alegría verte por acá — me dio un abrazo fraternal—. Hacía

mucho

tiempo que no venias por aquí.

—Sí. Desde... —traté de recordar el tiempo que tenía sin visitar la finca de mi abuelo, pero no lo logré.

—¿Que te trae por acá? He escuchado que tu carrera como actor está ascendiendo como la espuma.

—Cierto. Me va muy bien. No puedo quejarme. Pero necesitaba alejarme un poco de

todo eso.

—¡Ah! ¡Pillo! Es por una chica. Se te

nota en la mirada. ¿Cómo se llama la rompecorazones?

Me carcajeé ante la actitud tan bromista de Gerald. Él tenía ese peculiar sentido del

humor, rayando en lo indiscreto.

El resto del día lo pasé charlando con Gerald. Eran tantos años sin vernos y las anécdotas por contar, muchas. Le hablé acerca de Adeline, de Anna y de Shirley, pero sin

entrar en detalles, sólo lo fundamental para que entendiera porqué había decidido escaparme de Londres. Él se

ofreció a llevarme al pueblo a disfrutar de las diversas celebraciones de la feria local, que justamente comenzaban en una semana. Prometió presentarme muchas chicas con el objetivo de reparar mi corazón, pero en verdad no me

sentía dispuesto a conocer a nadie. No por el momento.

La noche llegó y me disponía a dormir en el momento que alguien tocó mi puerta.

—Adelante —dije sin más.

La nívea cabellera de mi nana se asomó por la pequeña abertura de la puerta.

—Ya me retiro. Le he dejado un rico pie de arándanos en el refrigerador. Mañana estaré aquí a primera hora de la mañana —dijo Adele.

—No hace falta. No tienes por qué molestarte, yo puedo encargarme de mí por unos  
cuantos días.

—No es molestia, mi niño. Lo hago con todo gusto.

—Entonces compláceme tomándote la semana. Estaré bien, Adele.

Luego de algunos minutos de insistencia, logré persuadirla, pues al fin y al cabo,

deseaba estar solo. Eso me ayudaría a pensar y meditar mejor.

Al día siguiente, como lo indicado, Adele no se presentó y me sentí aliviado de que

por fin podría estar a solas.

Abrí el refrigerador y pude ver una gran variedad de alimentos, mi madre sí que se

había adelantado al pedirle a Adele que fuera por la compra. Miré en la alacena, y de igual forma, estaba repleta de comestibles. Me dio mucho gusto saber que no tendría que ir al

supermercado en lo que restaba de mes, pues tenía las provisiones necesarias.

Luego de desayunar me dispuse a revisar mi correo electrónico. Era increíble la buena señal que recibía mi modem portátil a pesar de estar en el medio de la nada. En la

bandeja de entrada había una respuesta de Aaron y un correo de Hoffman.

Leí primero el de mi publicista, en el cual me regañaba, porque según él, huir de los

problemas, nunca era la solución y por haberme ido de esa forma, sin decirle nada. ¡Por

Dios! Como si yo hubiese planeado quedar como un idiota frente a todo el cuerpo de danza contemporánea del *Donmar*.

Continué con el de Hoffman.

El objetivo de su mail era notificarme que *Backstage Magazine* deseaba

entrevistarme para redactar un artículo con respecto al proyecto de teatro experimental y

como él no sabía dónde rayos estaba metido, había decidido mandarme un correo. La cita

era para la próxima semana. Los

reporteros deseaban entrevistarnos a mí y a Shirley. Leer

su nombre hizo que el estómago se me revoliera. Shirley lograba descontrolarme a grados inimaginables.

No supe que responderle, pues el simple hecho de pensar en verla me hizo rabiar. No

tenía las fuerzas necesarias para hacerle frente aún, sin soltarle un montón de sandeces en la cara.

Sin darme cuenta, algunas lágrimas comenzaron a rodar por mi mejilla. Eran lágrimas de impotencia, de ira...

—¿Cómo se llama ella? —me volteeé de golpe hacia la voz invasora, era Laura, quien

yacía de pie al lado de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —me limpié las lágrimas con tosquedad.

—Mi abuela me ha enviado para traerle esto —dijo, mostrándome lo que traía entre

las manos—. Es estofado. Mi abuela dice que a usted le gusta mucho.

—Gracias —me acerqué a ella para tomar la bandeja y meterla al frigorífico.

—Lo siento, pero la puerta estaba abierta, así que entré —se disculpó ella.

—Tranquila. No hay problema.

—No quiero parecer atrevida y de antemano pido disculpas si soy entrometida, pero

noté que lloraba.

—¿Llorar? No. Nada que ver. Es alergia. Los cardos suelen... —“darme alergia”

intenté decir.

—No señor Xander, usted lloraba —ella me interrumpió.

—No me digas así, me haces sentir viejo —reí con timidez.

—¿Cómo se llama ella?

—¿Ella? ¿De qué hablas?

—La razón por la cual está usted aquí.

De pie, frente a mí, estaba la joven Laura, tratando de averiguar cuál era la razón por

la cual había hecho un viaje tan largo hasta Escocia. ¡Jah! Como si querer alejarse del bullicio citadino no fuese motivo suficiente.

»Usted pensará que soy una jovencita

impertinente... —¡Y vaya que sí lo era!  
—,

pero debe saber que si no lo saca, su viaje habrá sido en vano. Necesita drenar eso.

—En primer lugar, deja de tratarme de usted. En segundo lugar, todo está bien. De

verdad.

Ella clavó sus ojos acusadores sobre mí, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

—Mentiroso —sentenció.

¿Qué rayos pretendía esa chica?

¿Hacerme rabiar?

¿Sacarme de quicio?

Pues comenzaba a lograrlo.

Me volteé hacia la ventana para ocultar mi rostro delatador. No podía negarlo. Me sentía fatal. Me sentía herido.

Sin poder evitarlo más, me desplomé.

Lloré.

Lloré y saqué todo el dolor que me oprimía el pecho. No tanto por Adeline, ni por

Bárbara, ni Anna, incluso ni por Shirley, sino por mí, porque durante tantos años había tratado de encontrar a la mujer perfecta, la que me hiciera soñar y suspirar. Esa mujer que no le diera miedo ser ella misma, que quisiera gritar, bailar o cantar cuando se le antojara.

Una mujer que con una simple caricia, despertara cada fibra de mi ser. Una mujer inteligente, pujante, amable, sencilla y con los pies bien puestos sobre la tierra, que me aceptara tal cual soy. Alguien que no tuviera miedos ni complejos, que no me celara de mis colegas, una mujer tan segura de sí misma que no le importara el hecho de

saber que

había dormido con otra, porque sabía que realmente la amaba a ella, que ella era mi prioridad.

¿Acaso era muy difícil encontrar una mujer así?

Me había enfocado durante tantos años a buscar la mujer perfecta, y me había condenado a la soledad.

Shirley se había metido tan dentro de mí, que lo único que la separaba de la perfección, era Matías, su esposo. Amaba a esa mujer con todas las fuerzas de mi alma y

no podía negarlo.

Ella era mi perdición

Ella era mi pecado.

Laura me abrazó con ternura y entre esos brazos delicados me sentí bien. Nunca había imaginado abrirle mi corazón a una recién conocida, pero ella tenía algo especial, me hacía sentir cómodo y relajado.

En cuestión de minutos le había contado casi que toda mi vida. Reíamos y

llorábamos por ratos, nos enojábamos y nuevamente reíamos.

Ella tenía razón. Necesitaba soltarlo y desahogarme para sentirme mejor.

¿Quién iba a decir que mi viaje a Escocia me daría una nueva amiga?

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a ir? —  
inquirió ella.

—¿A dónde?

—A la entrevista. Dijiste que sería la próxima semana.

—No sé. Aún no estoy seguro de que sea oportuno verla —comenté.

—Debes ir. Necesitas cerrar ese capítulo. Aunque sientas que es

precipitado debes hacerlo. Al mal paso...

—Darle prisa —completé la frase—. Pero es que...

—Y dale con los peros. No Xander. Deja de poner excusas, pues esa es la razón de

que tu vida sentimental sea una mierda.

—*Excuse moi*<sup>16</sup>?—Abrí mis ojos con asombro.

Escuchar semejante vocabulario, proveniente de una chica tan joven y hermosa me

horrorizó. Además de que nunca en mi vida, alguien me había hablado de esa manera.

—¿La quieres? Búscala ¿No quiere buscarla? Pase la página ¿No quiere pasar la

página? Entonces búsquela ¡Joder! ¿Es tan complicado? La amas, pero no sabes si ella siente lo mismo. ¡Pregúnteselo! No le veo sentido a tener que complicarlo todo.

—Ella está casada —dije entre dientes, sin poder evitar irritarme.

—¿Le pidió alguna vez que se divorciara? —replicó ella.

—Le hice entender que me incomodaba ser su amante.

—Error.

—¿Cómo dices? —fruncí el ceño.

—Las mujeres solemos ser muy inteligentes para algunas cosas, pero somos unas

completas neandertales para otras, y más si son cosas relacionadas al amor. A veces necesitamos que nos digan las cosas con ejemplos y en varios idiomas, porque somos tan

tercas, que nos negamos a ver o reconocer lo que está a simple vista.

Somos emocionales

al cien por ciento, nos volvemos *brutas, ciegas y sordomudas* cuando amamos y deseamos que ese hombre se entregue a nosotras de la misma manera.

»Si no vemos reciprocidad, nos frenamos y nos vamos por lo seguro. Nos aferramos

al pasado, a lo cómodo, a lo que conocemos. ¡Le tememos pánico al cambio afectivo!

¿Alguna vez le diste la seguridad de que la amabas? ¿Le dijiste que estabas dispuesto a todo por ella? ¿Acaso le propusiste pasar al siguiente nivel? ¿Le

dijiste: “¡Hey! Deja a tu esposo, pues yo quiero ocupar su lugar”. ¿Fuiste claro con tus sentimientos?

Contesté negativamente a sus cinco preguntas.

Me quedé estupefacto.

Por primera vez en mi existencia, me había quedado sin palabras, sin saber qué decir.

Laura tenía razón en cada una de sus palabras, las cuales que eran muy parecidas a las que

Hoffman me dijera en una ocasión, sólo que esta vez, venían acompañadas de la

perspectiva femenina.

—¿Y entonces? ¿Tuvo ella la culpa de tan nefasto desenlace?

—Ella me mintió —me puse a la defensiva.

—No. Omitió información, que es muy diferente. Además tú conocías su situación,

incluso antes de decidir tener algo con ella y lo aceptaste.

—Yo... —balbuceé.

—Tú eras el intruso, pero estoy segura que si desde un principio te hubieras

impuesto, las cosas habrían resultado muy distintas.

—¿Qué podía hacer? Me dejé llevar por mis sentimientos —le dije.

—No. Te dejaste llevar por... —miró mi entrepiernas.

Automáticamente, tapé mi zona noble con mis manos. Aunque estaba vestido, me

sentí desnudo y completamente expuesto.

—No serás una de esas *feminazis17* resentidas que andan por el mundo. ¿Verdad? —

fruncí el entrecejo y la miré con desconfianza.

Ella rió a carcajadas y negó con la cabeza.

—No. Amo a los hombres con locura y porque los amo, hago todo lo posible por entenderlos.

Me sentí tonto ante esa chica, que a pesar de tener más de diez años menos que yo,

de manera muy sutil me cacheteaba con sus palabras.

¡Suficiente!

Logró su objetivo.

Me levanté del sofá, caminé hacia el mesón donde estaba mi portátil y abrí mi correo

para responderle a Hoffman:

“Estimado Hoffman, me encuentro en Escocia por los momentos, pero cuenta conmigo, estaré en la academia, el día y a la hora pautada”.

Era ahora o nunca, Laura tenía razón debía hacerle frente a eso lo más rápido posible, mientras más rápido saliera de eso, más rápido podría comenzar de cero, sacarme

eso y poder despejar mi vida de sentimientos tan nocivos.

Los próximos días fueron muy tranquilos, si no estaba tirado en el sofá viendo alguna película y comiendo palomitas, estaba jugando monopolio, [\*pictonary18\*](#) o póker con Adele, Laura y Gerald, (cabe destacar que nunca ganaba una partida), o sino, ayudando a

Gerald en el huerto, recogiendo peras, sudando y llenándome de tierra. Las actividades agrícolas tenían la particularidad de hacerme explotar lo mejor de mi condición física aunque en la noche terminaba agotado en niveles estratosféricos.

Mi amistad con Laura se solidificó con rapidez. En varias ocasiones, fui al pueblo con ella, en busca de algún antojo de media tarde. Helados, dulces o una que otra botella

de vino. Habíamos inventado un juego llamado “pecado o travesura”, el que consistía en

hacer una serie de preguntas y si respondíamos bien, nuestro premio era un chocolate de la

caja de bombones. Si al contrario, la respuesta era errónea, debíamos tomar un trago de vino. Al final del día terminábamos con el rostro lleno de chocolate y riendo como locos

por los efectos del alcohol.

Una semana completa transcurrió y el domingo llegó. Había recién amanecido,

Adele terminaba de preparar algunos emparedados para el camino, pues yo no tenía pensado parar en ningún lado, sino ir directo a Londres. Con suerte, en ocho horas estaría

en mi departamento, pues era un día perfecto, el tráfico era escaso, un detalle a favor.

Tal y lo pensado, aproximadamente a las tres de la tarde estaba en Westminster.

Me

dirigí a casa, donde los recuerdos  
cruels estaban por todas partes.

Llamé a Aaron para comunicarle que  
estaba en la ciudad y enseguida tomé una  
ducha para finalmente irme a la cama.  
Mis reservas de energías estaban  
agotadas.

Día lunes.

El sol aún no había salido, aunque mi  
alarma señalaba que eran las seis de la  
mañana. Sentí que la ansiedad me  
embargaba en el mismo instante que  
puse el primer pie  
sobre el frío suelo.

Me vestí de prisa. Elegante, pero nada pretencioso, lo normal para lucir a la altura en

las fotografías. No desayuné, pues no tenía apetito, tan sólo un fuerte café fue lo que decidí tomar.

A medida que me acercaba a la academia, era inevitable no sentir miedo, ansiedad y

mucha rabia, era una mezcla extraña de emociones. No podía dejar de pensar en que la vería y la tensión estaría a flor de piel. Quizás mi corazón diera un brinco al verla tan bella, tan sublime... tan ella.

Llegué y me aparqué al frente de la

academia. Hoffman me esperaba en la puerta de

la misma. Hacían unos 9°C aproximadamente y estaba abrigado hasta los dientes, dando

brinquitos para mantenerme en calor.

Me acerqué a él y lo saludé con un apretón de manos.

—¡Muchacho! —me saluda él—. ¿Cómo te ha ido?

Le di un abrazo.

—Muy bien, Vincent.

—Me alegra mucho verte. Me enteré de lo que sucedió. Es una pena —me dio una

palmada en el hombro.

—¿De lo sucedido? ¿A qué te refieres?

—¡Oh vamos! De que lo tuyo con la chica Sandoval no salió como lo planeado.

Margaret me lo comentó.

Cierto. Hoffman y Margaret eran los únicos que sabían de que entre Shirley y yo estaba sucediendo algo, y por lo visto, en los últimos días, ambos habían estado compartiendo información.

—Buenos días.

Esa voz a mi espalda me hizo estremecer, era Shirley. Respiré profundo y me giré hacia ella, mostrándome sereno y tranquilo, como todo un profesional.

«*¡Por Dios! ¡Cuánto la amo!*», fue lo primero que pensé al ver su bello rostro.

Hice acopio de todo mi autocontrol y sonreí.



Capítulo 16

Es tan difícil decirle a la razón que se contenga y que se controle, cuando tu corazón lo único que desea hacer es dejarse llevar.

Frente a mi estaba ella, la mujer que me había robado la tranquilidad en las últimas

dos semanas, por quien había llorado amargamente y la que deseaba con todas mis fuerzas.

Ella saludaba, como si no hubiese sucedido nada. Sus ojos almendrados y sus labios

rosados, podía saborearlos en mi mente.

—Buen día —contestó Hoffman, sacándome de mi ensimismamiento—. Entremos.

Está haciendo mucho frío acá fuera —dijo él y entró.

No pude articular palabra, me limité a seguir a Vincent.

—Xander. ¿Podemos hablar? —Shirley, quien caminaba tras de mí, susurró.

Su voz causó una extraña sensación en mí, entre deseo y furia.

—¿De qué? —contesté sin siquiera tomarme la molestia de girar a mirarla.

—De nosotros —comentó ella.

«¿Qué? ¡Bonita hora en la que quiere hablar!»

Me detuve en seco y sentí como de repente me llenaba de ira. Respiré profundo y me

giré hacia ella.

—¿Nosotros? ¿Eso existió? —dije con total sarcasmo a la vez que sentía que el corazón se me iba a salir del pecho.

«¡Mierda! Contrólate Xander», me dije a mi mismo.

Shirley se veía tan hermosa e indefensa que me vi tentado a dejar mi orgullo de lado

y abrazarla, pero enseguida los malos recuerdos vinieron a mí.

—Por favor Xander. Necesito hablarte  
—continuó ella, musitando.

Apreté mis puños y me mordí la lengua. Un montón de sartas hirientes iban a salir de

mi boca en cualquier momento. Y no. Pensar en hacerle daño me era inconcebible, así que

me di la vuelta y proseguí mi camino

hacia el sitio pautado para la entrevista.

—Xander —la voz de Shirley suplicaba por mi atención.

Me giré de golpe y no pude ocultar mi irritabilidad.

—Habla —clavé mi obstinada mirada sobre ella.

—Aquí no —argumentó ella, sujetando mi brazo.

Me sacudí para que no me tocara. Una furia recalcitrante se activó con ese toque.

—Entonces, ¿dónde? —solté con

fastidio.

Noté que algunas lágrimas se asomaban de sus ojos y no pude evitar sentirme ruin,

pero era más fuerte el “salvaje primitivo” que yacía enfadado, escondido dentro de mí.

—Por favor, baja la guardia —rogó ella.

No pude evitar soltar una carcajada y acercarme a ella, mostrándome intimidante.

—No hay nada que hablar, señorita Sandoval. Tú tomaste tu decisión y la respeto —

estuve a punto de perder el control—. Ahora, si me permites, el deber llama — dicho eso,

caminé en dirección al auditorio.

Me ubiqué junto a Hoffman, quien había preparado un bonito set para las fotografías.

Vincent me habló acerca de Brianna y Orlando, quienes eran los corresponsales

designados de *Backstage Magazine* para entrevistarnos.

Mi concentración se vio perturbada en ese momento, por la mujer que acababa

de sentarse a mi lado. Shirley desprendía una fragancia tan embriagadora que por instantes no

pude evitar imaginarla desnuda entre mis brazos haciéndola mía una y otra vez. Dicho pensamiento desencadenó una ola de sentimientos encontrados.

Antes de comenzar la entrevista, noté que mi móvil vibraba. Al mirar la pantalla vi

que un mensaje de Aaron, quien al saber que estaba en la ciudad, había aprovechado para

recordarme que esa noche era la entrega de premios *Standard Theatre* y yo

estaba nominado como mejor actor. Se me había olvidado por completo.

Los corresponsales de *Backstage* llegaron y la entrevista comenzó sin ningún contratiempo. Charlamos de todo un poco, aunque el tema central era el proyecto de teatro

experimental, el desempeño de la obra y la relación entre los actores del elenco. Me sorprendí mucho con un comentario hecho por Brianna, con respecto a Shirley y a mí. Se

rumoreaba que teníamos un romance, algo que era cierto, pero que ambos decidimos negar. En el momento que nuestra entrevistadora indicó que dicho

rumor había salido en

portada de revista, palidecí.

¿Cómo rayos era que no sabía de eso?

Aislarme del mundo había tenido sus consecuencias.

Aclaramos que se trataba de un rumor. Las mentiras salieron a borbotones de mi boca. Negué absolutamente todo.

Abrí mis ojos como exorbitados al leer el encabezado de la revista mencionada por

Brianna, con el titular:

“Xander Granderson: El amante de una mujer casada”.

—¿Sabías de esto? —le pregunté a Shirley.

Ella negó con la cabeza y sentí algo de alivio. De haber sabido que ella estaba enterada, la paranoia me habría atacado, haciéndome pensar que ella tenía algo tenía que

ver con eso. Ver la imagen de ella junto a Matías me hizo rabiar y percatarme con claridad

de lo imbécil que había sido durante ese tiempo. Mientras que yo en la distancia la extrañaba a morir, ella se paseaba del

brazo de su flamante esposo.

—¡Oh! Rumores. Sólo rumores. Todo es mentira —dije en tono divertido para

aplacar la tensión que de repente se había hecho presente.

—Se dice que mantienen una relación clandestina ¿Qué pueden decir al respecto? —

comentó Brianna.

Reí a carcajadas. El nerviosismo era tal que me hizo actuar de esa manera.

Rogué en

mi interior, porque la chica frente a

nosotros no se diera cuenta de que le estaba mintiendo descaradamente.

Shirley también rió y me quedé como bobo, viéndola.

*«¡Rayos! ¿Cómo es posible sentir tanta rabia y tanto amor a la vez por una persona?»*, me cuestioné.

—Rumores. Eso les diré, ¿verdad Shirley? —apreté su mano y la invité a negarlo—.

Fíjate. Entre Shirley y yo hay una bonita amistad. Yo la admiro demasiado, porque es muy

talentosa. Una gran mujer —tuve que

tragar grueso cuando sentí un nudo que se formaba

en mi garganta—. Pero eso es absurdo ¿Una relación? ¡Pfff! —Solté su mano, pues comenzaba a sudar por los nervios—. No. Nada de eso.

Que amargo era decir tantas cosas sin sentido, mentir con respecto a mis

sentimientos por cuidar su imagen y la mía, para evitar que la polémica ganara la batalla...

—Supimos que pasaste por una intervención quirúrgica, hace poco. Háblanos de eso

—Brianna miró a Shirley.

Me giré hacia ella.

—¿Estuviste ingresada? —pregunté.

El corazón se me encogió.

*«¿Qué? ¿Por qué no sabía tampoco de eso?».*

—Sí —dijo ella sin más.

—No lo sabía —murmuré.

—Apendicitis. Nada grave. Fue algo imprevisto. Llegué al hospital, me revisaron,

me intervinieron y ya, de vuelta a la casa —ella hablaba como si de una aventura se tratara, mientras yo me sentía vacío por dentro. Habría dado lo que fuera por estar junto a ella en ese momento—. Quise avisarte —balbuceó al mirarme.

La miré y no pude evitar que mis ojos se humedecieran. Imaginarla tan frágil y tan expuesta, me hizo sentir mal. Saber que no había estado allí, para ella, que había sido otro quien sujetara su mano en esos días difíciles...

—Bueno. Muchísimas gracias por su tiempo. Ha sido un placer —la voz de Brianna

me hizo reaccionar.

—¡Oh no! El placer ha sido nuestro —  
dije y me puse de pie para estrechar su  
mano,

en señal de cortesía.

Era el turno de las fotografías.

Orlando Wagner nos indicó donde  
pararnos y de qué manera hacerlo.  
Realizó varias

capturas, para lograr el mejor ángulo de  
ambos, por separado. Luego le indicó a  
Shirley que debía pararse en el centro  
del set y que yo debía tomarla desde  
atrás y abrazarla con

sutileza.

Me estremecí ante tal orden. Mi autocontrol tenía rato amenazando con irse al carajo.

Estar tan cerca de ella me llevaría a cometer una estupidez, lo presentía.

Me acerqué a ella, luego de titubear por algunos segundos, y la rodeé con mis brazos.

Su perfume me entró por mis fosas nasales y alborotó mis hormonas. Apoyé mi barbilla

sobre su suave hombro e inhalé el aroma de su cabello.

Mi instinto de hombre sólo quería una cosa, tumbarla sobre el suelo y poseerla.

Ella ladeó su cabeza un poco y su cuello me invitó a lamerlo. Tuve que respirar hondo para no hacerlo. Ella giró su cabeza y sus ojos se conectaron con los míos, sus labios pedían a gritos ser mordidos, mientras yo me debatía en una lucha interna entre la

conciencia y el corazón.

Orlando hablaba, pero sus palabras eran difusas para mí. Estaba perdido en los ojos

de Shirley.

De golpe, ella se giró, haciéndome reaccionar.

—Listo —dijo Wagner.

Lo que me indicó que la sesión de fotos había culminado.

Me mantuve de pie, detrás de Shirley, negándome a soltarla, se sentía tan bien tenerla entre mis brazos. Cerré mis ojos e inhalé una vez más toda su fragancia, mientras

mis manos se deslizaban sobre su vientre. Para mí, el mundo que nos rodeaba había pasado a segundo plano.

Shirley me movió bruscamente y sujetó

mis manos con fuerza, quitándoselas de encima.

Todos, tanto Hoffman como Brianna y Orlando, incluso Anette, quien acababa de

llegar, nos observaban con confusión reflejada en sus rostros.

—Los acompañaré hasta la salida — dijo Vincent y se fue con los corresponsales de

*Backstage.*

Shirley, por su lado, tomó su bolso y caminó a toda prisa hasta Anette, quien

estaba

cruzada de brazos en la puerta del auditorio y me fulminaba con la mirada.

—Espera —corrí hasta alcanzar a Shirley y la sujeté del brazo—. Hablemos —le

pedí.

Ella se giró y las lágrimas en sus ojos me llegaron al alma. Ella también sufría.

Deseé abrazarla, pero una vez más, el orgullo no me lo permitió.

Era el momento. Estábamos a solas, únicamente Anette era testigo e imaginé

que a

esas alturas ya lo sabría todo.

Le pregunté porque no me había contado nada acerca de su repentina intervención.

Ella alegó que había intentado comunicarse conmigo, que sus amigas me habían llamado

repetidas veces. Recordé las llamadas perdidas que había visto el día que llegué a Escocia

y lo relacioné todo.

Una mueca de dolor delató su malestar.

Shirley se apoyó en una butaca mientras su

amiga se acercaba a prisa.

—¡Hey! ¿Estás bien? —preguntó Anette.

—Sí. Tranquila. Ha sido una puntada —le indicó Shirley.

Anette rebuscó algo en su bolso.

—¡Bah! Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer allí, además de verle la cara a tu

esposo —dije al imaginarme lo ridículo que habría visto, sentado en la sala de espera, con

Matías a mi lado.

Sentí la mirada recalcitrante de Anette sobre mí. Si las miradas mataran, ya estaría tres metros bajo tierra.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —le preguntó a Shirley.

La aludida negó con la cabeza.

—¿Decirme que? —sentí que me había perdido de algo.

—Tú decides Shirley. Se lo dices tú o se lo digo yo —Anette sonó retadora.

—¿Decirme qué? —Levanté la voz—.  
¡Oh! Es que ella tiene algo que decirme.

A

ver... ¿Qué será? Porque cuando ella debió haberme dicho que su esposo estaba acá, en

Londres, no lo hizo. No habría hecho el papel de estúpido, organizando ese espectáculo cursi para que ella me restregara a su esposo en la cara —hice una pausa para tomar aire

—. Me harté de tener que esconderme, de ser el otro —la furia llegó a su punto de ebullición—. Me cansé de tener que limitarme a ser quien soy, de no poder demostrar lo

que siento, de tener que verte al lado de

él y tragarme la rabia, la impotencia y las ganas que me dan de matarlo cada vez que lo veo tocándote y yo sin poder hacer nada.

¡Maldita sea! Quería gritar y sacar toda esa rabia que sentía dentro de mí.

Golpeé una silla que se encontraba cerca y esta cayó de bruces contra el suelo.

¡Rayos! Lo que tanto había procurado evitar, terminó sucediendo.

Un montón de sartas hirientes salían de mi boca, le estaba haciendo daño con mis palabras y de cierta forma me sentía bien, porque al menos estaba pagando un

poquito el

dolor que me había ocasionado ella a mí.

»ME CANSÉ —grité con brío, al borde de un infarto por el cólera que sentía.

Ella comenzó a llorar a borbotones.

«¡Mierda! Creo que se me paso la mano», pensé e intenté acercarme a ella, pero ella

retrocedió. «¡Qué carajo! Que sufra un poco lo que yo sufrí», habló la voz de mi conciencia.

¿O era mi inconsciencia?

Fuese como fuese, no pude evitar sentirme un tanto victorioso al verla llorar, después

de todo lo que yo había llorado por ella. No obstante una parte de mí, la más ruin, no se

terminaba de creer que esas lágrimas eran verdaderas, y haciendo despliegue de mí parte

más canalla...

—¿Y ahora vas a llorar? ¡POR DIOS!

—esputé.

—¡Ya cállate! Grandísimo imbécil —  
soltó Anette con violencia.

Mi mandíbula casi toca el suelo al ver como levantaba un puño en el aire y amenazaba con golpearme.

»Tú no sabes nada. No sabes por lo que ella ha tenido que pasar por tu culpa.

Ella se acercó a mí, como depredador acechando a su presa. Sus ojos destilaban furia.

—No, Anette. Déjalo así. Vámonos de aquí, por favor.

Shirley se levantó e intentó arrastrar a su amiga al exterior del recinto.

—Sí, Anette. Mejor no te metas en esto

—dije con desdén.

El patán que se albergaba en la parte más profunda de mi ser, aprovechó para hacer

de las suyas.

—Me meto porque ella me importa y no puedo permitir ver como se sigue

desplomando por ti —la morena se acercó a mí con paso decidido, a la vez que me señalaba con su dedo índice.

—¿Desplomarse? ¿De qué rayos estás hablando? —Bramé ante su comentario

—. Si

ella no sabe hacer otra cosa que reírse de mí, junto a su perfecto esposo, al que nunca se

atrevió a dejar por mí, porque para ella, todo esto no fue más que un estúpido JUEGO —

grité de nuevo.

—Ya estoy harta de las personas como tú. Llegan a la vida de la gente con esos aires

de “Don Perfecto” y enmarañan todo, confunden todo, destruyen todo y luego se largan.

Nunca antes había oído a una dama,

refiriéndose a mi persona de manera tan despectiva. Sentí que toda la frustración que sentía ella por culpa de terceros, la estaba descargando conmigo.

—Anette. Basta —Shirley la sujetó del brazo con fuerza y de un halón, trató de llevársela hacia la puerta, pero Anette se negó a irse.

—Dile la verdad —clamó su amiga, con notoria desesperación, sin quitarme los ojos

de encima.

—¡Joder! ¿Decirme que?

¿Qué era eso tan importante que según Anette, Shirley no podía seguir

manteniéndolo en secreto?

—Estaba esperando un hijo tuyo —  
escupió ella.

El mundo se nubló, un balde de agua fría  
cayó sobre mí, el corazón se me detuvo  
y el

oxígeno abandonó mis pulmones.

Mi mundo se derrumbó en cuestión de  
segundos. Anette hablaba y cada palabra  
me

golpeaba en la cara, con fuerza. No

había sido apendicitis, Shirley había sido ingresada de emergencia por una complicación con su embarazo. Llevaba en su vientre a mi hijo, sangre de mi sangre.

La mujer frente a mi vociferaba con rabia, decía que Shirley había llorado por mí durante todos esos días y me sentí miserable al comprender que la había juzgado injustamente.

—¿Qué? —articulé con dificultad.

Sentí que en cualquier momento me podría desmayar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al contemplar la idea de tener a esa

criatura entre

mis brazos, con Shirley a mi lado.

»Espera —logré decir al ver que ella se levantaba y salía corriendo del auditorio.

No lograba moverme. Estaba en shock.

—¿Qué esperas, idiota? —la voz de Anette me hizo espabilar—. Ve tras ella.

Fue una orden que cumplí sin chistar.

Salí corriendo tras ella. Debía pedirle perdón y decirle que la amaba con todas las fuerzas de mi corazón.

—Shirley —dije su nombre, sintiendo que el corazón se saldría de mi pecho en

cualquier momento—. Shirley —de nuevo pronuncié su nombre, como una súplica para que se detuviera.

Ella caminaba de prisa, zigzagueando entre los estudiantes que salían de sus salones.

Maldije el hecho de que era la hora de cambio de asignaturas y el pasillo estaba abarrotado de gente.

»Por favor, Shirley. Detente —rogué una vez más, pero ella hizo caso omiso.

Sabía que no se detendría, después de

toda la humillación por la cual la había hecho

pasar. Estaba herida y si me golpeaba, bien merecido me lo tenía.

»Alto. Por favor —supliqué una vez más, con la respiración entrecortada, de tanto correr tras ella.

Por fin, ella se detuvo y se giró hacia mí.

Su mirada estaba perdida y llena de lágrimas.

¡Por Dios!

Verla así, fue como una patada directa a

mis pelotas.

—Perdóname —dije, sintiendo como me pesaba hasta el aire que respiraba—.

Perdóname, por favor —clamé de nuevo.

Ella no dijo nada, no hizo nada, sus lágrimas caían sin esfuerzo alguno y comprendí

que un terrible dolor la embargaba. No se había extraviado un cachorro o su móvil. Había

perdido un hijo, nuestro hijo, la prueba fidedigna de las tantas veces que nos habíamos amado, fruto de mis constantes

olvidos intencionales de usar protección, porque muy dentro de mi anhelaba un hijo, algo que de una u otra forma la obligara a dejar a Matías.

Mi egoísmo y mi desesperación por tenerla la habían marcado y ahora no había nada.

La abracé con ternura, con devoción y con esmero, sintiendo el peso de la culpa sobre mí.

Gente iba y venía. Algunos posaban su mirada sobre nosotros y otros ni se molestaban en observar aquella cursi escena.

Yo me aferré a Shirley, mientras ella lloraba en mi pecho.

¡Dios!

Si tan solo hubiese podido retroceder el tiempo. No me hubiese ido aquel día y hubiese dejado que la verdad saliera a la luz. Me habría quedado a su lado, habría sostenido su mano en esas horas de zozobra, le habría demostrado mi amor y dedicación

en cada acto.

—Necesito salir de aquí —dijo ella entre sollozos.

—Perdóname —aproveché su reacción

para solicitar de nuevo su perdón. De

haberme pedido que me arrodillara lo  
hubiese hecho. Necesitaba oír-la,  
necesita escucharlo

de sus labios, necesitaba oír que me  
perdonaba, así dejaría de sentirme tan  
miserable.

La tomé con sutileza del brazo y la llevé  
hasta el exterior de la academia.

»Perdóname —insistí de nuevo.

—Deja de pedir perdón. No soy un  
Dios, ni nada por el estilo —contestó  
ella con algo de desespero.

—No lo sabía. Me siento como el más vil de los hombres —farfullé, tratando de tomar su rostro entre mis manos, pero ella me esquivó.

—Tal vez tengas razón —comentó ella, sacudiendo la cabeza y clavando su mirada

en mis ojos—. No te mereces esto. Yo arruino todo lo que toco —balbuceó y desvió su mirada de mí, perdiéndose en el horizonte.

—No. No. No. No digas eso —a tientas moví mi cabeza, buscando sus ojos. Sus

bellos ojos empañados por el dolor—. ¡Mírame! —le ordené al percibir que

miraba hacia

el suelo—. Te Amo —esas dos palabras salieron de mi boca y ella levantó su mirada, completamente sorprendida—. Te Amo —repetí.



## Capítulo 17

Por fin había tenido el valor de decirle a Shirley que la amaba y no iba a perder tiempo para demostrárselo. No lo pensé, actué.

La tomé entre mis brazos y la besé. El

néctar de sus labios me devolvió la paz  
que

necesitaba.

—Lo siento tanto, mi princesa —  
murmuré sobre sus labios, sujetando  
aún, su rostro

con mis manos.

Me sentí vivo de nuevo, entre sus  
brazos, respirando su aliento. No me  
importaba nada más.

Shirley correspondió al beso, con la  
misma pasión que yo entregaba.

Un beso tierno, pero lleno de mucha

pasión.

Abrí mis ojos y noté la mirada atónita de todos a nuestro alrededor.

—¡Ups! —la miré con vergüenza.

Había actuado por impulso. En cuestión de segundos, internet estaría repleto de fotos

nuestras, captando ese preciso momento.

»Creo que es el momento de que le digas a Matías. Antes que se entere de otro modo

—me encogí de hombros.

Después de ese beso, nuestras vidas privadas ya no serían tan privadas.

Shirley se echó a reír, como si acabara de escuchar algo muy gracioso.

Le pregunté por qué carajo se reía, pues no le veía el chiste al asunto. Lo único que

veía era a un montón de personas a nuestro alrededor, con sus móviles y cámaras, tomándonos fotos.

¡Genial!

Mi móvil no tardaría en sonar. Aaron perdería la cabeza por completo.

Me preocupé un poco al ver que ella no paraba de reír. Yo solo pensaba en todo lo

que iba a suceder a continuación...

Recordé un penoso incidente con Adeline. Un grupo de fans mías se dio a la tarea de

acosarla de manera muy extrema, llegando al punto de que en los últimos meses

procurábamos no aparecer juntos en un sitio para evitar el revuelo de algunas de mis fans.

De seguro, para el día siguiente, Shirley

tendría varias amenazas de muerte en su cuenta *Twitter*.

—Tranquilo. Matías ya lo sabe —dijo ella entre risas—. De hecho. Eso ya se terminó.

Sentí un gran alivio al escuchar esas palabras.

»Así que puedes quitar esa cara de terror.

Me tocó sutilmente la barbilla y el roce de su mano me hizo sentir tonto.

¡Por Dios!

Amaba a esa mujer, con cada fibra de mí

ser.

¡A la mierda el qué dirán!

¡Al carajo el acoso de la prensa!

Quería estar con ella. No había otro lugar en el mundo en el cual quisiera estar, que

no fuera a su lado.

De un halón la acerqué más a mí y la besé de nuevo. Un beso profundo y urgido.

—Te amo, Shirley Sandoval. Te amo y te amaré por siempre —dije y la seguí

besando con intensidad.

—¡Hey! Nos miran —dijo ella, tratando de separarse de mí. Sin embargo yo la apreté más.

—¡A la mierda! —esa vez, la frase no se limitó a sonar en mi cabeza, sino que la dije

en voz alta y una vez más, fundí mis labios con los suyos.

Me importaba un bledo la gente. Era mi momento de ser rebelde y de decirle al mundo que yo era humano, que tenía sentimientos y que tenía el mismo derecho que ellos

a ser feliz.

Finalicé el beso y me incorporé, sujetando a Shirley de la cintura. Con la frente en

alto, sonreí, mientras las miradas estupefactas de varias féminas nos seguían. Caminamos

hacia mi coche.

—¿Qué planes tienes para hoy? — pregunté entre besitos cortos que regaba sobre su

cabeza a medida que avanzábamos.

—Ninguno —dijo ella.

¡Perfecto!

Sería mi acompañante en la entrega de premios que se llevarían a cabo esa misma noche.

La tomé de la mano con fuerza y continuamos nuestro camino hacia mi auto.

La gente no dejaba de mirarnos

Llegamos hasta mi coche y abrí la puerta para ella, para mi adorada dama. Lancé una

mirada traviesa a algunas personas que se encontraban alrededor y no lograban salir de su

estupor.

Rodeé el auto y subí.

Una vez a bordo...

—Iremos de compras —dije.

—¿De compras? —ella me miró con el ceño fruncido.

—Sí. Hoy me acompañarás a una entrega de premios. Mi novia debe lucir como una

reina —reí con malicia.

Ella abrió los ojos con gran sorpresa y supe en el instante, que tal confesión la

había

tomado desprevenida.

—¿Cómo? Pero...yo...

Shirley comenzó a farfullar, diciendo excusas absurdas. Y no. Yo no quería eso.

Deseaba arder entre sus piernas y perderme en su mirada.

Me incliné hacia ella y la sujeté del cuello, pegué mis labios a los suyos y la besé,

mejor dicho, devoré su boca.

¡Ufff!

Un simple roce y mis más bajos instintos carnales, despertaron. La deseaba tanto, que me quemaba por dentro.

—Podría hacerte el amor, aquí y en este instante —dije, siendo consciente de la lujuria que desprendía mi voz.

Imaginar a un montón de personas observándonos mientras le hacía el amor, nunca

había sido un pensamiento excitante para mí, hasta ese momento. Deseaba morder sus labios, saborearla y hacerla mía.

¡Dios!

Ya estaba atento y listo para la acción y por impulso, lamí el lóbulo de su oreja para

terminar con un suave mordisco, que la hizo vibrar.

—¡Xander! —ella dio un brinco hacia atrás—. Estamos en el medio de la calle y la

gente aún nos mira— agregó.

—Que miren todo lo que quieran y que mueran de envidia. Te amo, te amo, te

amo... —esparcí besos por todo su rostro. Su suave piel era la gloria para mis labios—.

No sabes cuánto te he extrañado. Cada segundo lejos de ti fue un suplicio.

—Bebé —alzó los brazos y se separó un poco de mí—. Tenemos audiencia —con un

movimiento sutil de cabeza, me señaló a un par de chicas que miraban boquiabiertas desde

la acera—. Salgamos de aquí. Cuando estemos en un lugar apartado podrás hacerme lo que quieras.

¿Lo que yo quisiera? ¡Dios! Si le decía lo que tenía en mente se habría bajado del coche, corriendo despavorida. Deseaba amarla de todas las maneras

imaginables y en todas las posiciones, sobre la mesa, en el sofá, en la tina, sobre la alfombra de la sala, de pie junto a la ventana de mi cuarto viendo la luna, a la orilla del mar, en el baño de un avión, en un ascensor, allí mismo si era preciso...

¡Madre mía!

Mis hormonas estaban locas, alborotadas, como si fuese un adolescente.

Me obligué a separarme de ella, sino, no sería capaz de controlarme por más tiempo.

Encendí el auto, y tuve que tomar una

gran bocanada de aire para calmar mi erección.

Sin decir más, puse el coche en marcha.

Próxima parada: *The London's PG*.

Durante el camino, estuvimos charlando. Le conté que me había ido para Escocia por

unos cuantos días y que había conocido a una simpática jovencita que me había hecho comprender que había cometido muchos errores. También le hablé de lo hermosa que era

Escocia y le prometí llevarla más

adelante. Le hablé de Adele, de Gerald... y lo bien que

la había pasado trabajando en la finca, pero que lo único que hacía falta para hacer de Escocia el lugar perfecto, era ella.

Ella no quiso contarme mucho de lo que había sucedido, y respeté su decisión.

Únicamente me dijo que Matías se había enterado de lo nuestro, de la manera más desagradable posible. Noté que un par de lágrimas se asomaban de sus ojos cuando comenzó a relatar ciertos acontecimientos dolorosos. La pérdida de nuestro hijo era sin duda un trago muy amargo.

Llegamos a nuestro destino.

Bajé rápido para abrirle la puerta y ayudarla a bajar.

Entramos a una lujosa boutique, regentada por uno de los diseñadores más fabulosos

de Reino Unido. Fuimos recibidos por su excelente equipo. La hermosa Dianne Hook nos

dio la bienvenida.

—Bienvenido, señor Granderson.

—Hola Dianne ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Qué le trae por acá?

—¿Ves a esta bella mujer? —dije, sintiendo que el pecho se me inflaba de orgullo.

—¡Vaya que si la veo!

—Bien. Deseo el vestido más grandioso que tengas. Hoy será un día muy especial,

para ambos —miré a Shirley y no pude evitar sonreír como idiota. El amor se desbordaba

por cada poro de mi piel.

—Muy bien. Tengo algo que le quedará

maravilloso —Dianne se acercó a Shirley y

la observó con detenimiento—.  
Interesante —indicó—. ¡Chicas!

La hermosa rubia, experta en moda y mano derecha del excelentísimo Paul, dio

palmadas en el aire y en cuestión de segundos, varias mujeres aparecieron de la nada.

—Te dejo en buenas manos —le di un besito en la mejilla a mi nueva novia—. Yo

debo ir a ver a mi asesor de imagen.

Volveré en un par de horas.

Salí de la boutique y subí en mi coche. Tomé mi móvil y telefoneé a Aaron, pues me

había tomado el atrevimiento de invitar a Shirley a la ceremonia y ni siquiera tenía un pase para ella. Mi buen amigo se encargaría de eso. Él lo iba a resolver.

—Xander ¡Por Dios! ¿Dónde estás metido? Jack no deja de preguntarme por ti.

Llevo más de media hora aquí, esperándote para la prueba de tu traje — dijo Aaron cuando

contestó su móvil

—Ya voy para allá. La entrevista se alargó.

—¿Dónde estás exactamente?

—Frente a *The London's PG*

—¿Qué haces allí? ¡Vente ya!

—Que ya voy en camino hombre. ¡Que pesado te pones! —Hice una pausa y resoplé

con fastidio—. Necesito un gran favor tuyo —cambié de tema.

—¿Qué será?

—Consigue un pase adicional para la entrega de esta noche.

—¿Qué? ¿Para qué o quién?

—Para Shirley —dije sin más.

Aaron se quedó completamente en silencio y logró articular palabra, luego de unos

cuantos segundos...

—¿Te has vuelto loco? —soltó.

No pude evitar reír a carcajadas.

—No. Es mi novia y quiero que me acompañe —dije divertido.

—¡Un momento! ¿Me perdí de algo?  
¿No se suponía que eso había  
terminado?

Era obvio que Aaron estuviese  
confundido. ¿Y cómo no estarlo? Lo  
último que le había contado era que no  
quería saber nada de Shirley y que me  
había ido a Escocia para

alejarme de ella.

Tuve que explicarle todo a mi  
publicista. Decirle todo lo que le había  
sucedido en el

transcurso de la entrevista, a la cual le  
había dicho también, que había decidido  
asistir a fin de cumplir y nada más.

Cuando llegué al asunto de la pérdida de nuestro hijo, Aaron casi

me deja sordo...

—¿Qué? —me interrumpió—. ¿Un hijo? ¡Madre Santa! Xander, esto debe ser

manejado de manera muy delicada.

—Tranquilo. Ya todo eso está bajo control —dije y proseguí contándole más.

Le comente que habíamos charlado y aclarado las cosas, que ella había terminado con Matías y que él mismo había introducido una demanda de divorcio.

Estaba a punto de decirle que nos habíamos reconciliado de la manera más cursi posible cuando de nuevo me interrumpió...

—¡Oh por Dios, Xander! Tu cuenta Facebook y Twitter están colapsadas de notificaciones.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy chequeando tus redes sociales. ¿Qué coño hiciste?

«¡Oh oh!», dijo la vocecita en mi cabeza. No me dio tiempo de contestar, pues Aaron

ya había descubierto unas cuantas imágenes de aquella romántica reconciliación, en medio

de la calle.

»¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué rayos tenías en la cabeza? Dando ese tipo de espectáculo en público —Aaron estaba escandalizado.

Me sentí como un niño pequeño, reprendido después de haber cometido una

fechoría.

—La amo. No pude evitarlo. Me dejé llevar —traté de expresarme, pero

Aaron

prosiguió con la reprimenda.

—¡Qué bonito! Xander Granderson: de soltero más deseado a adúltero sin

escrúpulos —habló con voz de narrador de noticias—. Eso es lo que dice en un artículo

Reí a carcajadas al escuchar a Aaron. Leyó algunos titulares de internet y el espanto

era notable en su voz.

»¿Sabes lo que significa esto Xander?  
—preguntó.

—Sí. Que ya no hay nada que ocultar. Tarde o temprano se iba a saber — contesté.

—No así Xander, nunca me ha gustado la polémica. Ahora debo tratar de enmendar

tu error.

—No es un error. Lo hice totalmente consciente de lo que sucedería.

—¡Bravo! Has echado a la basura tantos años de imagen impecable. ¡Hermoso!

“Xander Granderson el ladrón de esposas” ¡Qué bello! —comentó con sarcasmo.

Me lo imaginé a la perfección, haciendo un ademán con sus manos, como si se tratara de un anuncio que pega en la pared.

»Aunque pensándolo mejor. Esto podría aumentar tu impacto con las féminas.

¡Joder! Ya tengo idea para una campaña.  
“Caballeros, cuiden a sus esposas.  
Xander Granderson anda al acecho”

Ambos reímos al unísono.

Allí estaba el Aaron que conocía, mi amigo del alma, haciendo chistes hasta en los

momentos más tensos.

—Bien, veré que puedo hacer. Tengo varias personas que me deben favores, pero no

te prometo nada.

Dicho eso, finalizamos la llamada.

Encendí mi coche y me dirigí de inmediato a ver a mi asesor de imagen, para la acostumbrada prueba de vestuario.

Al llegar me encontré con Aaron, quien me esperaba impaciente en la entrada del *Hackett London*, donde también me esperaba Jacovich Ingarnoff y su equipo

de trabajo.

—Lo he resuelto. Me han concedido un lugar entre los invitados de la prensa. Le cederé mi pase a “tu novia” y yo... — me miró con el ceño fruncido.

—Por eso es que te amo, amigo —lo abracé.

Aaron había accedido a sentarse con los de la prensa con tal de complacerme.

Shirley ocuparía su lugar, a mi lado.

—Bien. Entra. Jack está que se arranca los pelos de la cabeza.

Entré y efectivamente me encontré con el

ceño fruncido de mi estilista, Jack, como  
a

él le gustaba que le dijera. Bielorruso de  
nacimiento. Se había convertido en mi  
asesor de

imagen hacía tres años. Todo lo que él  
decía, yo lo acataba con total gusto, pues  
sus consejos de moda, sus *tips* para lucir  
bien, marcar tendencia y robar las  
miradas de la prensa, siempre daban  
buenos resultados.

—¡Válgame Dios! Por fin te dignas a  
llegar —él suspiró de alivio al verme.

—Lo siento. Me distraje un poco —me  
encogí de hombros.

—Ya veo. ¿Qué tienes en la barbilla? —  
preguntó al acercarse. Pasé mi mano por  
la

zona indicada y vi que era labial de  
color rojo. Jack entrecerró los ojos—.  
¿Con quién andabas, bribón?

Reí con timidez.

—Con mi novia —dije sin más

Katherine y Mara, las ayudantes de Jack  
dejaron lo que estaban haciendo y me

miraron con sorpresa. Jack se quedó  
boquiabierto.

¿Tan increíble era que yo estuviese con

alguien?

¡No!

Lo difícil de creer, era con la facilidad que lo decía. Normalmente era muy reservado

con mis relaciones, pero con Shirley me sentía como un adolescente. Quería gritarlo a los

cuatro vientos y que todo el mundo lo supiera.

—¡Caramba! No sabía que tuvieras novia ¿Cuánto tiempo llevan juntos? —  
Jack se

relajó y preguntó.

Hice amago por hablar, pero Aaron se adelantó.

—Oficialmente, un par de horas —dijo mi publicista—. Y ya la quiere presentar ante

la prensa —noté un poco de molestia en su voz.

Me giré hacia él y le lancé una mirada gélida.

Jack se dio la vuelta y caminó hacia un perchero que se encontraban al final de la sala y me hizo una señal con su mano, para que me acercara. Obedecí en el

acto y me enseñó los trajes que tenía a disposición. Uno de color negro, otro azul oscuro y uno gris

claro.

—Me agrada el gris —le indiqué sin pensarlo mucho.

—¡Caramba! Sí que tienes buen ojo. Es un Armani y no me lo vas a creer...— dijo

Jack, extendiendo su mano para sacar algo del bolsillo de la chaqueta—. Ha sido confeccionado en exclusiva para ti. A tu medida —agregó y me entregó una tarjetita que

indicaba la autenticidad del traje.

La firma del mismísimo Giorgio, me heló la sangre

—¡Wow! ¿Cómo lo has conseguido?

—Tengo contactos —me guiñó el ojo y se alejó hacia el mostrador principal. Hizo un gesto con la mano, invitándome a acercarme a él.

Jacovich me mostró una serie de accesorios para acompañar tan excelente traje.

Un reloj plateado con una franja dorada, atravesando la correa, fue el elegido, gemelos plateados con forma de león, un

cinturón negro, de cuero y una corbata de cuadros, gris metalizado, componían el atuendo perfecto.

Una vez con todo eso en mi poder, me dirigí a mi departamento, donde tomé una ducha rápida y me arreglé con calma.

Faltaban escasas horas para la ceremonia y debía procurar llegar con varias horas de

anticipación, para atender a mis fans, posar para las cámaras y atender las respectivas entrevistas.

Sólo me faltaba algo más, para hacer de esa noche, una noche perfecta. Mi novia.

Me dirigí a toda prisa hacia *The London's PG*, donde Darla, la sobrina de Dianne me

dio la bienvenida.

—Un momento, Xander. Ella ya está lista. Le avisaré que ya estás aquí —dijo y fue

en búsqueda de Shirley.

Miré mi reloj, faltaban tres horas para que comenzara la ceremonia.

«Es buena hora»

Me tranquilicé un poco, pero los nervios que sentía, eran por otra cosa. Estaba

deseoso de verla.

¡Wow!

Contuve el aliento al ver la sublime  
estampa frente a mí. Era un ángel, una  
ninfa del

bosque, una diosa.

La mujer que mis ojos veían, era  
hermosa. Con un vestido rojo tallado a  
su cuerpo.

Me impactó.

No pude articular palabra alguna. Me  
limité a mirarla, mientras se acercaba a  
mí.

—Estas hermosísima —logré decir cuando mis neuronas hicieron contacto.

—¿Vamos? —preguntó ella y sonrió con ternura.

¡Madre de Dios!

Esa mujer debía de ser un sueño.  
Definitivamente, no era de este mundo.  
Tanta

belleza junta en un solo ser, no era de humanos.

Sacudí mi cabeza con fuerza, obligándome a reaccionar. Extendí mi brazo y se lo ofrecí.

—Sí. Vamos.

A medida que nos acercábamos al *Royal Albert Hall* sentía como la ansiedad se apoderaba de mí.

«¿Cómo la recibirán?».

«¿Cuál será la reacción de mis fans?».

«¿Cómo se sentirá Shirley?».

¡Por Dios!

Que hermosa se veía. No pude dejar de mirarla de reojo, mientras conducía.

Llegamos al primer desvío. Las calles estaban abarrotadas. Personas iban y

venían en

todas direcciones. Algunas calles estaban intransitables, así que debí tomar una ruta alterna que me llevó directamente al lugar donde se llevaría a cabo la ceremonia.

Bajé del auto con rapidez, frenando la intención de un caballero alto y fornido, de ayudar a Shirley a bajar del coche.

—No. Yo lo hago —dije y bordeé el coche, casi corriendo.

Era mi noche. La noche de decirle al mundo cuanto amaba a esa mujer. Y no dejaría

que nadie me robara el protagonismo.

Los gritos no se hicieron esperar. La multitud gritaba mi nombre mientras yo

sujetaba la mano de Shirley. Noté algunos ceños fruncidos entre ese mar de caras femeninas. Miraban con recelo a la mujer que caminaba a mi lado. No obstante, yo sujeté

la mano de mi acompañante con fuerza.

Fue adorable verla sonreír con timidez, saludando a la gente de la prensa y verla tratando de caminar con total elegancia, aunque el vestido y los zapatos no le hicieran fácil la tarea.

Saber que ella hacía todo eso por mí, me hizo sentir el hombre más afortunado del planeta. Sabía que si fuera por ella, habría preferido mantener nuestra relación alejada del ojo público, al margen de la polémica, pero esa noche, dejó de lado sus prejuicios y se mostró altiva y orgullosa por mí.

Aaron se nos acercó y le presenté a Shirley. Fue muy agradable con ella y supe que

por la forma en que la miraba, se le hacía una mujer muy atractiva. Aunque mi amigo tuviera preferencias muy distintas a las mías, no podía negar que una mujer era hermosa

cuando realmente lo era.

Bromearon un rato entre ellos y me llené de placer al ver que mi mejor amigo podría

llevarse muy bien con la mujer que mi corazón había elegido.

—*¡Hey chicos! Un beso para la cámara*  
— dijo de repente un caballero.

Al girarme me di cuenta que dicha voz provenía del área de la prensa.

¡Genial!

Había llegado el momento que estaba esperando, pero también al que más le

temía,

pues era el instante perfecto para declararle al mundo que la dama que estaba a mi lado era mi pareja.

Miré a Shirley y sin hablar, le pregunté con la mirada: ¿Te parece buena idea que lo

hagamos?

Mi corazón se regocijó al ver que ella asentía con la cabeza y se acercaba a mí.  
Me

incliné hacia ella y sellé con un beso, el principio de nuestra historia ante los medios. A partir de ese momento ya no

era el soltero más cotizado, cotizado tal vez, pero soltero, ya no más.

Mis fans gritaban y aclamaban por mi atención, pero yo me negaba a alejarme de ella.

En el pasado había sobrepuesto a mi fanaticada por encima de mi pareja, lo que muchas veces me había traído problemas, por lo tanto no deseaba cometer los mismos errores del pasado.

Miré a un grupo de chicas que gritaban mi nombre y ondeaban algunos posters con

mi rostro en ellos. Deseaba ir a saludarlas y compartir con ellas...

Shirley sujetó mi rostro entre sus manos, me miró con total ternura y con una voz dulce habló.

—Que sea la última vez, Xander August que dejas de lado a tus fans por estar conmigo. Ellas son parte de tu vida y ni yo ni nadie lo podrá cambiar nunca.

Su actitud me sorprendió demasiado. Era la primera vez que una de mis parejas me

decía eso, pues la mayoría de las veces se molestaban porque según ellas, le prestaba más

atención a mis fans que a ellas mismas.

Shirley por el contrario, se mostraba feliz de que compartiera con esas guapas mujeres. No había celos en sus ojos, no había inseguridad en su voz, únicamente amor.

¡Por Dios!

¿Sería posible que por fin hubiese encontrado a la mujer perfecta en todos los aspectos? Con quien pudiera pensar en dar el siguiente paso y compartir el resto de mi vida.

—Te amo —musité totalmente embelesado con ella y la besé de nuevo.

Sin perder tiempo, me acerqué a mi

fanaticada.

Compartir con mis fans era alucinante. Extrañaba mucho poder hacerlo. Regalar

sonrisas, contar chistes, tomarme las acostumbradas [selfies](#)<sup>19</sup> mientras hacía caras divertidas, firmar autógrafos y saludar a los *paparazzi*. Cuando estaba con mis fans, me olvidaba del mundo y del tiempo y lo mejor de todo, podía ser yo mismo.

Aaron se acercó a mí y me ayudó a mantener controladas a todas las bellas damas que se desesperaban por llamar mi atención.

—¿Dónde está Shirley? —le pregunté

mientras terminaba de firmar algunos posters.

—La he dejado cerca de la puerta de entrada —respondió él, señalando con su

cabeza hacia donde se suponía que estaba Shirley.

—Bien —murmuré y me giré donde me indicaba Aaron.

A primera vista, todo parecía estar marchando a la perfección. Miré de reojo la silueta lejana de aquella mujer con ese hermoso vestido rojo y volví a centrar mi atención

en la simpática chica de ojos verdes rasgados frente a mí, a quien le acababa de preguntar

su nombre para poder firmarle el ejemplar de “Remembranzas de Harvinder” que tenía entre sus manos. Sin embargo, la vocecita en mi cabeza me alertó al percibir que algo extraño estaba sucediendo.

«¿Por qué esos hombres sujetaban a Shirley del brazo?», la pregunta fue inconsciente.

Me giré de nuevo en dirección a ella.

¡Oh mierda!

Dos sujetos fornidos y de traje gris oscuro sujetaban a mi novia del brazo. Dejé lo que estaba haciendo y me apresuré en acercarme al lugar del altercado.

—¿Qué sucede acá? —pregunté cuando estuve cerca.

—¿Esta señorita viene con usted? —inquirió una mujer rubia, de aproximadamente

40 años.

—Sí. Es mi novia —lancé mi respuesta con algo de violencia.

La mujer palideció y los dos hombres

soltaron a Shirley. Estreché a mi mujer entre

mis brazos y lancé una mirada desafiante a quienes habían osado maltratarla.

La mujer se disculpó de inmediato y si no fuera porque su rostro demostró gran arrepentimiento, habría hecho todo lo posible para que ese fuese su último día como coordinadora de protocolo de cualquier evento.

—¿Por qué la has dejado sola? —le reclamé a Aaron.

—Lo siento —susurró encogiéndose de hombros—. ¿Estás bien? —le preguntó a

Shirley.

Ella asintió con la cabeza. Estaba pálida.

—Ven. No te separes de mí —la sujeté con fuerza mientras nos encaminábamos hacia la entrada del recinto.

—Bienvenido, señor Granderson —nos saludó un joven muy agradable—.  
Señorita

—inclinó su cabeza en dirección a Shirley.

Entregué los pases y entramos.

Una chica morena y alta nos indicaba por donde debíamos ubicarnos, cuando...

—*Buenas noches, señorita Sullivan.*

El joven que acababa de recibirnos, saludó a una mujer, cuyo apellido se me hizo muy familiar. Me volteé para ver si en realidad era de quien yo creía que era. Mi sorpresa

fue total al percatarme que efectivamente lo era.

—¿Roxanne? —mi vieja amiga de estudio, con quien había compartido tantas

locuras, tanto públicas como privadas.

—¡Xander! —respondió ella con gran excitación. Se me había olvidado lo efusiva

que era.

Me acerqué a toda prisa hacia mi amiga, la cual no veía desde hacía tres años. La última vez que la había visto había sido en el reencuentro de ex-estudiantes de Cambridge,

cuando ella me había dicho que estaba incursionando en el mundo de la actuación, con varias participaciones en series televisivas.

Me alegré mucho de verla, a tal punto, que dejé a Shirley a un lado.

Un error que me costaría caro, toda la noche.

—¡Hola Xander! ¿Cómo estás? —  
Roxanne me abrazó.

Muchos recuerdos vinieron a mi mente. Fiestas de jueves por la noche, paseos de fin

de semana y noches de pasión desbordante.

Sí. Roxanne y yo habíamos tenido un breve romance, que había durado lo que duró

el último semestre en la universidad, pues Roxy, como yo le decía cariñosamente, poseía

una personalidad muy peculiar. Era una mujer fría y algo calculadora, que sólo tenía un cosa en mente, “sed de éxito”. Los meses que estuvimos juntos los pasamos genial, aunque era más las veces que discutíamos porque según ella, yo era muy “celoso” y ella

era un “espíritu libre”. Ella nunca se tomó lo nuestro en serio. Quería tener amigos masculinos a montón y salir de fiesta sin mí.

Con el tiempo habíamos decidido ser únicamente amigos, pues nuestra

relación no

tenía ni pies ni cabezas y antes de que uno acabara asesinando al otro, habíamos decidido

separarnos. Sin embargo, la amistad perduró y de vez en cuando salíamos a bailar y terminábamos enredados entre las sabanas de algún buen hotel.

Charlamos por algunos minutos, acerca de cómo le había ido, lo que había hecho en

este tiempo y lo bien que me había ido a mí. Roxanne no desaprovechó el instante para tocarme, le encantaba hacerlo. Según ella, mi piel poseía cierto

magnetismo que ella no podía resistir.

Abrí mis ojos de golpe al recordar que no me encontraba solo.

¡Mierda! ¡Shirley!

Me giré hacia ella. Se encontraba de brazos cruzados, ceño fruncido y mirándome fijamente, mientras Roxanne paseaba sus manos por la solapa de mi traje.

—¡Mierda! —dije entre dientes.

—No me devolviste la llamada la otra vez —comentó Roxanne con coquetería.

Tragué grueso al mirar de reojo a

Shirley y notar que lanzaba una mirada asesina a

Roxanne.

—He estado muy ocupado —contesté y sujeté las manos de Roxanne con sutileza,

para quitármelas de encima.

—Sí. Ya veo —Roxanne lanzó una mirada despectiva a mi bella novia.

¡Santa mierda!

Shirley se acercó a nosotros y la ira que despedía de sus ojos, me hizo sentir diminuto. Reí, preso de los nervios,

pero no fue mi típica risa sino una risa extraña, la que salía de mi cuando me sentía muy nervioso.

—Ella es mi novia —le dije a Roxanne. Me giré hacia Shirley—. Amor. Ella es

Roxanne, una amiga de la Universidad. También es actriz.

Para mi completa sorpresa, Shirley sonrió.

—Un placer Roxanne.

—Igual —respondió Roxanne extendiendo la mano hacia Shirley.

No pude evitar reír. Se podía cortar el

aire con un cuchillo, y yo en medio de esas mujeres. Tragué grueso.

»Creo que he oído de ella. ¿Ella es la que está casada?

Sentí que la tensión se me bajaba al oír el comentario soez de Roxanne. Había olvidado lo sarcástica, odiosa y pesada que podía llegar a ser cuando se lo proponía. A ella no le importaba caerle bien a la gente. Simplemente, ella era ella y nada más. Le importaba lo más mínimo ser desagradable con quien fuera. Ese había sido uno de los tantos puntos en su contra a la hora de reconsiderar volver a estar juntos. Roxanne era una mujer difícil, que no

conocía la humildad y si hay algo que no tolero en una persona es que sea engreída o petulante.

—No le hagas caso. Es una bromista de primera —le indiqué a Shirley, tratando de

calmar un poco los ánimos.

—Y pesada —dijo mi novia entre dientes.

Shirley botaba chispas. Sin embargo, logró controlarse lo suficiente como para no dejar aflorar a la asesina en serie que pedía a gritos salir.

Traté de persuadirla, dándole a entender

con mi mirada, que ella no significa nada para mí, pero Shirley negó con su cabeza, no sé si era porque no entendía mi mensaje, o

porque realmente no deseaba creerme.

Roxanne se despidió de mí, dándome un beso en cada una de mis mejillas y se

marchó sin siquiera despedirse de Shirley.

—¡Que grosera! —mi amada soltó una bocanada de aire y supe que se había tragado

las inconmensurables ganas de soltar algún comentario ácido frente a ella.

—Déjala amor. Ella es así. Con una personalidad... muy peculiar.

Sí. Eso era.

Roxanne era bastante peculiar.

»Vamos. Entremos. La ceremonia va a comenzar.

La tomé de la mano y nos adentramos en el teatro.

Roxanne se alejó de nosotros y a medida que lo hacía, se giró hacia mí, para lanzarme una que otra mirada coqueta. No pude evitar sonreír ante tal despliegue de descaro.

¡Rayos!

Al girarme hacia Shirley, sus ojos desprendían ira pura. Respiré profundo para

calmar mi pulso acelerado.

A mi izquierda, una mujer hermosa, inteligente y sobre todo diplomática, que me había demostrado cuán bien puede manejarse ante una situación de tal índole.

Delante de nosotros, otra mujer, también bella, que no le importaba el hecho de que

estuviese acompañado. Roxanne no tenía

el mínimo sentido de respeto, era descarada y atrevida, y eso me excitó de cierto modo...

...pero amaba a Shirley y debía dejar de lado esos impulsos salvajes por querer

recordar viejos tiempos con la dama que caminaba unos cuantos metros por delante, a quien sin querer observaba menear las caderas al caminar.

¡Por Dios!

Roxanne estaba provocándome de todas las maneras y volví a reír ante su

desfachatez.

Un fuerte apretón en mi mano me hizo borrar la sonrisa de golpe.

Una vez más, clavé mi mirada en Shirley.

Su ceño fruncido, ojitos molestos y su lenguaje corporal decían a gritos: “La sigues mirando y te mato”.

Reí divertido ante lo que sucedía, Shirley estaba celosa y mi pecho se infló de ego.

Mi amada me celaba y se veía hermosa haciéndolo.

Sin duda, esa sería una noche bastante entretenida.



## Capítulo 18

La noche había comenzado de una manera muy divertida e imaginar a Shirley haciéndome

una escena de celos, lejos de parecerme perturbador, me pareció de lo más fascinante. La

mujer que caminaba a mi lado era sublime y elegante. Mi corazón se sentía

orgullosos de

amar a una mujer así.

Caminamos entre tantos colegas actores que no hallaba como saludarlos a todos.

La

presencia de destacadas figuras de la escena despertó en mí, cierto sentimiento de añoranza, de aquellos años en los cuales me limitaba a verlos a través de una pantalla de

televisión, deseando estar allí.

Una exuberante morena de cabello caoba nos indicó donde debíamos sentarnos y no

tardé en darme cuenta de que estábamos rodeados de personas excepcionales.

Saludé con un abrazo a mi antiguo colega de teatro, Dixon Farrell, quien se encontraba en la mejor etapa de su carrera, con un premio de la Academia recién ganado.

Nos fundimos en un efusivo abrazo y seguidamente le presenté a mi chica.

—¡Vaya! Por fin. Ya comenzaba a preocuparme de que no consiguieras a alguien que

te aguantara —me dijo al oído con su singular sentido del humor.

Reí ante su broma.

Continué saludando a unos cuantos colegas y amigos más y en la distancia pude ver

a Eddie, al lado de su prometida, Victoria, quien me sonrió amplio al verme, a la vez que

me hacía un gesto con sus manos y movía sus labios, haciendo una pregunta: “¿Quién es

la que anda contigo?”. Contesté de la misma forma, moviendo los labios, pero sin emitir

sonido: “Es mi novia”. Victoria asintió y

sonrió de nuevo, Ben me lanzó una mirada cómplice, como diciéndome: ¡Bien hecho, campeón!, enseñándome su pulgar en alto.

Reí a carcajadas.

—¡Oh por Dios! —escuché un murmullo proveniente de Shirley. Me giré hacia ella

para darme cuenta que miraba hacia el frente.

—¿Sucede algo princesa?

Con mis ojos seguí su mirada y me di cuenta de que era lo que observaba.  
Nada más

y nada menos que a la grandiosa Johana Andrews.

—¡Oh! Ya veo— no pude evitar sonreír ante su tierna reacción. Mi novia era tan inocente y entusiasta—. Ven —la sujeté con fuerza de la mano y la llevé hacia el motivo

de su fascinación

Shirley me lanzó una mirada nerviosa y me cuestionó el hecho, yo le aclaré que la

ayudaría a hacer realidad uno de sus sueños. La admiración hacia esa mujer se le desbordaba por los ojos, y no era para menos, estábamos hablando de una

de las más grandes actrices que ha visto nacer mi adorada Inglaterra.

—Señora Andrews —me acerqué con total diplomacia.

—Estimado señor Granderson. Es un placer verlo —contestó ella con su particular

sonrisa y amabilidad.

A pesar de tener ya varios años en el mundo del espectáculo, no pude evitar sentirme

nervioso ante la presencia de tan excelsa dama.

Luego de algunos segundos, sonrisas tímidas y miradas cómplices entre Shirley y yo,

Johana estrechó la mano de mi acompañante. Shirley estaba extasiada y en sus ojos pude

leer un: “¡No me lo creo!”. Me llené de dicha, al saber que de cierto modo había contribuido a la realización de uno de sus tantos sueños.

—Un placer, querida mía —dijo Johana con una resplandeciente sonrisa.

—Shirley Sandoval —indicó mi flamante novia.

En ese instante me sentí tan agradecido de la vida, por tenerla a mi lado y en fracción

de segundo me imaginé como sería una vida junto a ella y fueron hermosos todos esos pensamientos que vinieron a mi mente...

—Y futura señora Granderson —dije con convicción.

«¡Dios! Cuanto amo a esta mujer», pensé.

Shirley me miró con confusión y no pude evitar soltar una carcajada. Creo que yo estaba igual de sorprendido que ella, por mi repentino comentario.

Johana nos felicitó y argumentó que hacíamos una linda pareja. Por supuesto, cualquier persona al lado de una dama tan hermosa como Shirley, se vería bien.

La rodeé con mis brazos y con un leve movimiento de la cabeza nos despedimos de

la señora Andrews, para luego dirigirnos a nuestras respectivas butacas.

A medida que nos acercábamos a los lugares que se nos habían asignado, pude

percibir la presencia de alguien, que al

girarme a mirar a Shirley, noté que la había incomodado mucho.

—¡Genial! —dije entre dientes al mirar como mi compañera se tensaba y ponía los

ojos en blanco.

—Si quieres me siento yo a su lado — me incliné hacia Shirley y le dije al oído.

—Eso ni hablar, yo me sentaré a su lado. Sé cómo lidiar con una resbalosa.

No pude evitar reír escandalosamente. Shirley parecía una niña pequeña defendiendo

su juguete preferido, estaba decidida a dejarle claro a Roxanne que ella era la jefa.

La noche fue transcurriendo de manera amena entre colegas y en compañía de la mujer que amaba. No podía pedir más, excepto ganar.

La ceremonia se desarrolló de manera magistral, con algunas puestas en escena por

parte de los artistas más destacados de Gran Bretaña, nominaciones y ganadores, algo a lo

que yo estaba acostumbrado, pero la

personita a mi lado estaba deslumbrada. Sus ojitos brillaban con tal intensidad que me enternecían, verla era todo un espectáculo. Llegué a la conclusión de que no me importaba si ganaba o no, pues ella era mi premio. Me sentía un ganador ya, por tenerla a mi lado.

Llegó el momento de la categoría en la cual yo estaba nominado y los nervios se apoderaron de mí. Apreté con fuerza la mano de Shirley, quien trató de tranquilizarme con su dulce mirada.

Mi corazón dio un brinco en el momento que oí mi nombre salir de los labios de

quien estaba presentando el premio.

¡Por Dios!

Gané.

La gente aplaudió con regocijo y las cámaras me enfocaron. Mi imagen estaba en todas las pantallas del recinto. Tomé a Shirley entre mis brazos y la besé con euforia, no

había otra persona en el mundo con la cual deseara compartir mi alegría.

—Felicitaciones, mi amor —dijo ella al despegar mis labios de los suyos.

La abracé de nuevo y me di cuenta que

la imagen de ambos, abrazados, se proyectaba en todo el lugar.

Subí al podio para recibir mi reconocimiento. Me sentía dentro de un sueño, aunque

ya tenía varios premios en mi haber. La sensación de recibir uno más, siempre era embriagadora.

—¡Wow! Esto es fantástico. Muchísimas gracias. De verdad no me lo esperaba —

levanté la estatuilla y la miré—. Debo agradecer a todos y cada uno de lo que estuvieron

detrás de esto, al equipo técnico, al director, a mis compañeros, con quienes me divertí mucho —hice una pausa y miré en dirección a la hermosa dama que me acompañaba y en

el momento en que ella me miró a los ojos, la señalé con mi dedo índice. En ese instante

pensé en decirle que la quería frente a todos los presentes pero algo dentro de mí me lo impidió. ¿Miedo? No lo sé—. También agradecer a mis fans que me han apoyado en todo

momento, a mi Madre por haber sembrado en mí el amor hacía el teatro y sobre todo a Dios. Mil gracias.

Una vez concluido mi discurso de agradecimiento, fui guiado hacia la parte trasera

del escenario, donde me esperaban algunos fotógrafos para tomarme algunas fotos con la

estatuilla.

Cuando pude, volví junto a Shirley para asegurarme de que no asesinara a Roxanne.

Sabía que nada bueno resultaría de la proximidad entre esas dos mujeres.

Al cabo de unos cuantos minutos más, la ceremonia concluyó y todo salió tal lo

planeado.

Caminé junto a Shirley, sujetando su mano a través del largo pasillo que nos guiaría

hacia la salida del recinto. Mi idea era retirarme sin más, descansar, estar a solas con Shirley, pues no sabía si ella era partidaria de las celebraciones apoteósicas a las cuales los famosos están acostumbrados a ir.

—¡Hey Xander! ¿Irás a la fiesta? —un antiguo amigo y colega mío se acercó a nosotros al percibir que nos íbamos.

Luego de preguntarle donde se llevaría a

cabo el *after party* e indagar si Shirley deseaba ir, nos encaminamos hacia el flamante *Premier Inn*.

Fue increíble ver como Shirley se desenvolvía en ese medio. Los *paparazzi*, los flashes, los gritos, la algarabía...

Ella simplemente sonreía y se mostraba muy tranquila y elegante. Daba gusto verla.

Llegamos al lugar pautado y de nuevo, esa marea de emociones e intensidad, nos recibió. Pude percibir una serie de comentarios de mal gusto provenientes del público hacia Shirley e insultos un tanto subidos de tono.

Sabía que tarde o temprano ella tendría que hacerle frente al acoso de algunos de mis

fans, quienes ni tenían el más mínimo respeto hacia mis parejas, tal como había sucedido

con Adeline. Ella no tardaría en comenzar a recibir mensajes amenazadores vía Twitter, llamadas anónimas a altas horas de la madrugada, cartas anónimas con recados

perturbadores y mi parte favorita, — cabe destacar que es sarcasmo— los típicos chismes

de farándula haciendo mención a su

pasado.

Sacudí mi cabeza con fuerza para sacarme esos pensamientos. No podía permitir que

eso enturbiara mis ganas de pasármelo bien. Esa noche me dedicaría a disfrutarla al máximo junto a Shirley.

Una vez en el club, la noche se hizo más amena entre charlas y chistes entre colegas.

Baile, copas y Shirley, siendo mi centro de atención.

Fue increíble encontrarme a tantos viejos amigos de LAMDA y tantos ex-

compañeros de trabajo. Una velada fascinante.

—Hola Xander. Qué agradable verte de nuevo.

Me giré hacia la voz femenina que me hablaba y mi corazón dio un brinco de emoción al ver de quien se trataba.

—Hola, Anna —la saludé al instante, dándole un beso en la mejilla.

Anna sonreía y paseaba su mirada entre Shirley y yo. Parecía querer asegurarse de que de verdad era feliz.

—Anna ella es...

—Sí. Ya sé, querido. Es tu chica. Me hablaste de ella una vez —me interrumpió ella

y los colores subieron a mi rostro—. Me alegra bastante que seas feliz — dirigiéndose hacia Shirley—. Cuídalo. Es un hombre maravilloso.

Mi pasado y mi presente juntos.

La actitud de Anna frente a mi actual pareja fue admirable. Se mostró amable en todo momento.

Inconscientemente, yo había comenzado a buscar a Maggie, la novia de Anna con la

mirada. No sabía porqué, pero de cierta forma, me sentí algo nostálgico. ¡Jah! Y pensar que si Shirley nunca hubiese entrado en mi vida, tal vez, Anna sería la que fuese agarrada

de mi brazo.

Le agradecí a Anna por tal despliegue de simpatía e indagué un poco en su vida. Me

dio mucha curiosidad saber cómo le estaba yendo con su nueva pareja, pero ella no me quiso dar muchos detalles, por razones obvias. Aún no se sentía cómoda hablando libremente de su sexualidad.

Me contó que su nueva colección comenzaría a ser exhibida en diversas ciudades de

Europa y por fin, Maggie salió a relucir. Ambas se mudarían juntas a Milán.

Sentí una pequeña punzada de incómodo dolor en el corazón. ¿Por qué rayos? Tal vez, mi ego de hombre se negaba a aceptar que lo habían dejado por una mujer. No obstante, decidí ignorar tal sentimiento y la culpa apareció dando pequeños destellos, pues a fin de cuentas yo también me había dejado llevar por los sentimientos hacia otra persona. Si no me hubiese dejado Anna, tarde o temprano yo la hubiese dejado a

ella.

Sin poder evitarlo, la abracé. Un abrazo cariñoso sin ningún tipo de tensión sexual.

Anna era una mujer magnífica y una vez más me lo demostraba.

—¿Sabías que amo a esta mujer? —le dije a Shirley en forma de juego, refiriéndome

a mi ex-novia—. Anna es una gran persona y una gran amiga.

Luego de un poco de lambisconería por mi parte y de dejarle claro a Shirley, que gracias a Anna tuve el valor de aceptar

mis sentimientos por ella, mi ex-novia  
se despidió

de nosotros alegando que debía  
continuar saludando a los demás. Pude  
percibir cierta melancolía en sus ojos.

—Fue un placer conocerte. Eres muy  
hermosa. Razón tenía Xander de estar  
loquito

por ti —fue lo último que dijo Anna  
antes de retirarse.

¡Por Dios!

¿Por qué dijo eso?

Si hubiese podido verme frente a un

espejo, habría logrado ver el rojo carmesí que se

proyectaban de mis mejillas. Shirley y yo permanecemos en completo silencio mientras Anna se alejaba, era como si nos hubiese hipnotizado su presencia.

—¡Wow! —La señorita Sandoval rompió el silencio—. Nunca pensé que le diría esto

a mi novio —me miró y en sus ojos había un brillo peculiar, típico de cuando estaba deslumbrada—. Tu ex es asombrosa

Su comentario me sorprendió y ambos estallamos en una sonora carcajada.

»¿Por qué terminaron? —preguntó y dejamos de reír.

¿Por qué quería saber eso?

Me quedé en completo silencio, tratando de descifrar el gesto curioso que tenía en su

rostro, supe que estaba muy intrigada, luego de ver lo bien que me llevaba con Anna, lo

simpática y lo hermosa que era, obviamente las dudas comenzaron a arremolinarse en su

cabeza. No podía decirle que mi relación con Anna se había ido por el

excusado por culpa

de ella misma, Shirley o que Anna había buscado consuelo en los brazos de alguien más,

luego de que yo descuidara notablemente la relación y mucho menos podía decirle que ese

alguien era una mujer. No. No podía decirle nada de eso, era algo muy personal y privado

de la mismísima Anna. Tampoco quise que Shirley se sintiera incomoda, al pensar que había arruinado una relación tan bonita y sólida.

—Hola —la voz de Shirley me indicó que mi mente había divagado por un momento.

Pasé mi brazo por su espalda y la guié hacia una mesa cercana que estaba sola. Era la

oportunidad perfecta para charlar. Debía sincerarme con ella.

—Verás. La fama tiene un precio —fue lo primero que se me ocurrió decirle. «¿En

serio? ¡Qué ingenioso!»—. No tienes vida privada y no tienes tiempo para una relación —

le comenté con total serenidad, aunque por dentro era un manojo de nervios.

—Entonces... lo nuestro es... —bajó la mirada y la clavó en sus manos, con las cuales jugueteaba nerviosamente.

—Esto que estamos viviendo es hermoso —dije y sujeté sus manos entre las mías.

—¿Pero?

Por primera vez, vi miedo en sus bellos ojos.

—No hay peros. Vivamos el momento.

¿Cómo decirle que con mirar a través de sus ojos, mi alma se regocijaba? ¿Qué su

mera presencia me calmaba? ¿Qué bastaba un roce de su mano para encender mi deseo por ella? ¿Qué su boca era deliciosa? ¿Qué tan solo unos minutos a su lado, amándola, haciéndola mía, me bastaba para sentir la plenitud del paraíso en la tierra? ¿Cómo decirle

que la amaba con total locura, devoción y adoración? ¿Que no pensaba en otra cosa más,

que despertar cada día a su lado? ¿Cómo decirle que nunca antes en mi vida había tenido

tanto miedo de amar... de amar de esa manera?

Me acerqué a ella y aunque por dentro deseaba gritar miles de cosas, la razón me frenó y me hizo decir otras cosas. Debía aclararle porqué Anna y yo nos habíamos separado.

Le expresé que la razón había sido porque casi no nos veíamos, que la distancia y el

tiempo habían abierto un gran abismo entre nosotros. Algo que no era mentira, pero que

de verdad, no había sido el motivo real.

La noche era joven aún y yo deseaba disfrutarla. Dando por terminada la

conversación, me puse de pie y extendí mi mano hacia ella.

—¿Bailamos?

Pude percibir que ella no deseaba dejar de lado el tema, sino seguir indagando en las

razones de mi separación con Anna.

—¿Por qué cambias de tema? —  
inquirió, entrecerrando sus ojos y mirándome

fijamente.

—Se acabó porque esa relación no tenía futuro —respondí.

—¿La amabas?

«¡Por Dios! ¿Por qué las mujeres son así?», me gritó el viejito de mi conciencia, llevándose la mano a la frente, en señal de hastío.

¿Shirley no podía simplemente dejarlo ir?

¿Por qué le importaba saber eso?

¡Era ella la que estaba a mi lado!

Ella era mi presente.

No tenía que importarle nada más, pero yo sabía exactamente lo que ella pedía a gritos, ella necesitaba tener la certeza de saber que la amaba a ella, y una vez más se la di.

—No preguntes eso. Lo único que debe importarte es que, hoy, en este momento, te

amo a ti, Shirley Sandoval. Sólo a ti — dije y le di un dulce beso frente a todos los presentes—. Ven. Bailemos.

A pesar de que le había aclarado las cosas, sabía que dentro de su cabecita había un

montón de dudas dando vueltas. Por más

que le dijera que la amaba y que se lo demostrara, siempre tendría la duda.

«Mujeres».

Reí a carcajadas, pues era enteramente feliz.

Tenerla entre mis brazos, dando vueltas al compás de la prodigiosa voz del gran Ray

Charles , que sonaba a través de los altavoces del salón, me hizo recordar nuestra reconciliación. Ver lo hermosa que lucía, pensar en sus dulces celos por Roxanne, me ayudó a darme cuenta de que la noche era mágica.

—El secreto está en equilibrar las cosas  
—dije luego de algunos segundos—. La

confianza es fundamental. La  
comunicación también lo es. ¿No crees?  
—le susurré al oído

mientras continuábamos moviéndonos al  
ritmo de esa apasionante melodía.

Ella asintió con la cabeza.

Entre bailes, risas, besos, abrazos, la  
mirada curiosa de unos cuantos y las  
fugaces fotos de los *paparazzi*  
incógnitos, transcurrió la velada.

Shirley estuvo a mi lado en todo  
momento, mostrándose serena y

encantadora con

cada uno de mis amigos, que cabe destacar, quedaban cautivados con su presencia y con

su ligero sentido del humor.

Las horas transcurrieron y el cansancio comenzó a hacer estragos en nuestros

cuerpos, que de repente se sentían anhelantes el uno del otro. Tal vez fuesen los efectos secundarios del champán, que comenzaban a alterar nuestra libido y demandaban por una pronta consumación de nuestra pasión.

Cuando ya estábamos dispuestos a marcharnos, una voz femenina nos detuvo en el

intento.

—XAAAANDER

Era Roxanne, quien se acercaba a toda prisa hacia nosotros, con un Martini en la mano y su particular forma de caminar, moviendo sus caderas como si se tratara de un desfile en una pasarela parisina.

—¡Roxanne! — traté de sonar lo más divertido posible, aunque por dentro, una voz

me decía a gritos: ¡HUYE!

—¿No me digas que ya te vas? —  
preguntó ella, dibujando un leve puchero  
en sus labios.

—Sí. Ya nos vamos —Shirley fue quien  
le respondió.

—Bueno. Ese era nuestro plan —  
argumenté yo, sin poder evitar sonreír  
por la

actitud de Shirley.

Verla celosa era encantador.

Roxanne nos indicó que un selecto grupo  
iría a casa de Stevens, un viejo amigo de

la

Universidad, quien ahora era productor y guionista independiente. Contaba con una gran

reputación en el medio y era muy respetado.

—¿Vamos? —le pregunté a Shirley, rogando que ella dijera que no.

—Si ella no quiere ir. Podemos dejarla en su casa —dijo Roxanne con desdén.

La mirada de Shirley se llenó de ira.

«¡Mierda!».

—Sí. Vamos, mi amor —contestó mi compañera.

Respiré profundo al ver que no tenía escapatoria.

—Bien. Andando. Nos vemos allá Roxanne —le indiqué y me di la vuelta sujetando

a Shirley de la cintura.

¡Genial!

Ahora debía ir a una fiesta por mera cortesía y porque mi adorada novia había mordido el anzuelo de mi loca ex-novia.

Una vez dentro del coche, rumbo a *Woolwich*, donde vivía Stevens, pude sentir la creciente tensión entre Shirley y yo, sin destacar que durante gran parte del camino ella permaneció en total silencio, limitándose a ver por la ventanilla del auto en movimiento,

mientras yo la miraba de reojo. Sabía que ella estaba incómoda y molesta, pero... ¿Por qué? Yo no le había dado motivos. Bueno, al menos era lo que yo pensaba.

—¿Qué ha sido todo eso? —fue lo primero que se me vino a la mente al recordar el

despliegue de hostilidad entre ella y

Roxanne.

—¿Qué? —dijo ella sin apartar la mirada de la calle.

—Toda esa hostilidad con Roxanne.

—¿Hostilidad?

—Sí. Te comportaste muy raro ¿Estás celosa de Roxanne? —inquirí con cierto aire

juguetón, para restarle importancia a la pregunta.

Sin embargo, no obtuve respuesta alguna. Shirley miraba fijamente hacia el frente, con el ceño fruncido y los brazos

cruzados, tal cual una niña pequeña con una rabieta.

¡Por Dios! ¡Qué adorable se veía!

»¡Hey! Estoy hablando contigo —insistí, agitando una mano frente a su rostro—.

No

puedes sentir celos de cualquier mujer que se me acerque —traté de tranquilizarla.

—No son todas. No es cualquiera. Es ella —respondió tajante.

—¿Qué pasa con ella?

—Nada. Ya olvídalo.

—Ya tonta. Deja los celos. A mí no me atrae para nada ella — dije entre risas —. Si

quieres nos vamos a casa. Aún estamos a tiempo.

—Ya estamos aquí —dijo ella, entre dientes.

Entramos a la mansión de Carl Stevens y mis ojos se deslumbraron ante tanto lujo.

¡Wow!

Ese hombre sí que sabía cómo vivir a lo grande. Por momentos sentí que estaba en

casa de mi compadre y amigo Danny, en Canadá, pues aunque el clima frío me recordó que estábamos en Londres, la casa tenía un toque costero muy peculiar que la diferenciaba

del resto de las casas de la cuadra, con grandes ventanales que daban una bonita vista al

Támesis.

De nuevo me vi rodeado de gente talentosa, a la cual admiraba. Chistes por acá y chistes por allá. No podía evitar ser el centro de burlas de unos cuantos, pues el hecho de verme acompañado por una bella dama era un suceso según ellos “increíble”, ya que ni

con la misma Anna lo había hecho, pues siempre, (y cuando digo siempre es siempre), me

había comportado muy reservado con respecto a mis relaciones amorosas.

Con Shirley era diferente. Tenía la necesidad que todo el mundo supiera que ella era

mi mujer.

La música exquisita se coló por nuestros oídos y nos deleitó con la pegajosa melodía

de Mark Ronson . No había nada mejor en el mundo, que degustar un delicioso

*Elderflower Cordial*<sup>20</sup> con el ritmo del Funk como fondo musical.

Mientras esperábamos que el joven que preparaba las bebidas preparara las nuestras,

pude percatarme de la presencia de cierto caballero, quien al parecer era el centro de atención de las féminas, y Shirley no quedó exenta de sus encantos.

Sus ojos se posaron en aquella figura prolija que charlaba efusivamente con una decena de damas en el área de la piscina.

Tomé nuestras bebidas y le di una a Shirley, dándole un sorbo a la mía.

¡Deliciosa!

Me saboreé los labios y sin preguntárselo fui guiándola en dirección a mi colega, Ian

Ducchers. Shirley lo miraba con total admiración y era obvio que lo quería conocer, pero

no me lo iba a decir.

—Estimado caballero —dije cuando me acerqué a él.

Las damas presentes levantaron sus miradas hacia mí y algunas se sorprendieron al

ver a la hermosa chica que sujetaba mi brazo.

Ian se puso de pie.

—Míster Granderson. Es un placer volver a verlo —respondió él con una sonrisa

amable, a la vez que estrechábamos las manos.

—Le presento a mi novia, Shirley —le indiqué.

Él se inclinó hacia ella, ofreciéndole la mano.

Shirley tembló y tartamudeó. Tal gesto,

me incomodo en demasía.

Después de las pertinentes presentaciones, tomamos asiento junto a Ian. De repente

estábamos sumergidos en una conversación animada, donde hablábamos de todo un poco,

desde la última película donde Liam Neeson había hecho un trabajo excepcional, hasta el

último papel de Will Smith. Me sorprendió saber que Ian era también fan del tenis, lo que

nos había dado pie para tener una muy

eufórica plática, acerca de lo buen atleta que era

Novak Djokovic y los inicios de Rafael Nadal, sin mencionar lo hermosa que era María Sharapova. Me di cuenta que Ian era un chico muy agradable.

Shirley por su lado comenzaba a aburrirse de tantas raquetas, sonidos extraños y términos técnicos, así que nos vimos en la obligación de cambiar el tema e ir en busca de

un tema en común, la música.

Me sorprendí ante el gran conocimiento que tenía Shirley sobre el asunto y descubrí

que mi novia había audicionado para el *Latin American Idol* y que a última hora, había decidido retirarse. También descubrí que amaba Los Beatles y que era amante del rock y la música clásica.

Por momentos me quedaba anonadado, escuchándola hablar de la historia del jazz y

el hecho de que dominaba un léxico exquisito cuando de música se trataba. Ella lograba

dar con el nombre de casi todos los intérpretes de la música que iban sonando en el transcurso de la velada y

eso me impactó.

¡Wow!

Shirley era toda una cajita de sorpresas.

No me di cuenta en qué momento había pasado a hablar de videojuegos. A Ian le brillaban los ojos ante la repentina fascinación de mi novia por cierto juego llamado “El

mundo de la Guerra” o algo así, daba la impresión de que Ducchers deseaba hacer otras

cosas más (además de jugar videojuegos) con mi novia, y eso me incomodó mucho.

—¡Xander! Allí estás.

Una voz femenina me hizo salir del estupor en el que me encontraba. Me giré hacia

la misma e inconscientemente sentí alegría. Necesitaba un poco de aire y alejarme un poco

de tanto léxico [friki21](#), pues era obvio que sobraba allí.

Miré a Shirley y pedí su aprobación con la mirada, tal vez charlar un rato con Roxanne me despejaría un poco.

—Ve —dijo Shirley de mala gana.

Me levanté de prisa y me uní a Roxanne, quien hablaba con un grupo de señores, que

al parecer habían estado preguntando mucho por mí. Algunos eran guionistas, otros productores y otros tantos actores de cine independiente. Estuvimos charlando de los diversos proyectos que tenían entre manos.

George Brock, un director joven en ascenso, vislumbró la posibilidad de comunicarse con mi agente para solicitar una audición mía, pues a su criterio yo le parecía excelente para un papel en su nueva película.

Roxanne por su lado había aprovechado el instante para pegarse lo máximo a mí, al

límite de hacerme sentir intimidado por semejante invasión a mi espacio personal. De vez

en cuando daba pasitos a un lado, para alejarme un poco de ella, pues por respeto a mi pareja debía mantener la distancia. Sin embargo, Roxanne parecía no querer cooperar.

Había transcurrido casi media hora cuando giré hacia Shirley y pude ver como Ian le

hacía entrega de lo que a simple vista se

veía como una tarjeta, seguramente  
donde estaría

anotado su número telefónico. Algo  
dentro de mí se removió.

¿Qué diablos se suponía estaba  
haciendo?

¿Acaso le estaba dando su número  
telefónico a mi novia? ¿Qué rayos  
pretendía?

Tal vez la intensidad de mi mirada fue  
tanta, que hizo que Shirley levantara la  
suya

para encontrarse con la molestia de la  
mía.

La fulminé con mis ojos.

Ya nada de lo que decían las personas a mí alrededor me importaba.

Solo una cosa me importaba.

Que el niño bonito con cara de vampiro se alejara de mi mujer.

—Discúlpeme —dije entre dientes y caminé en dirección a donde se encontraban

Shirley y el señor Ducchers.

Apenas al acercarme, pasé mi mano por la espalda descubierta de mi compañera y me incliné para darle un beso en la

mejilla a la vez que tomaba asiento junto a ella. Di un sorbo de mi bebida y clavé mi seria mirada sobre el caballero que estaba sentado frente a

nosotros.

«Es mía. Aléjate».

Sólo me faltó gruñir y ladrar.

—Ya regreso. Iré a buscarme otro trago  
—dijo él de repente.

«Si, vete niño bonito. Deja a mi chica en paz», gritó la voz de mi consciencia.

Para bajar la tensión, decidí hacerle una broma a Shirley.

Saqué mi pañuelo y lo pasé con sutileza por su barbilla.

—¿Qué? ¿Qué tenía? —ella se removió con incomodidad sobre la silla.

—La baba. Se te salía.

No pude evitar estallar en una sonora carcajada.

—Tonto —respondió ella con algo de vergüenza y me golpeó el hombro con suavidad.

—¿Nos vamos? —pregunté.

Me sentía muy agotado.

—Sí. Estoy muy cansada.

Tomados de la mano caminamos entre todos los presentes y sin despedirnos de nadie, decidimos marcharnos.



## Capítulo 19

Llegamos a mi departamento y sentí que los oídos me zumbaban por el bullicio al que había estado expuesto en las últimas horas. Noté que Shirley se deshacía de sus estorbosas

zapatillas y reí por debajo ante el suspiro de alivio que salió de su boca. De verdad se había sometido a esa incomodidad por lucir como una diosa.

Sin perder tiempo, nos dirigimos hasta mi habitación y sin que ella me lo pidiera, la

ayudé a despojarse de aquel hermoso, pero a la vez agobiante, vestido.

Sentir esa suave piel rozando con mis dedos a la vez que bajaba la cremallera, hizo

que algo se encendiera dentro de mí. Una succulenta espalda que me invitaba a besarla.

Delineé con la yema de mis dedos las hermosas pecas de su espalda, que remarqué con una lluvia de besos que recorría desde su cuello hasta su omoplato derecho.

*Mmmm.*

Una delicia total.

Podía sentir como los labios me ardían con cada contacto entre mi boca y su piel.

Con astucia hice caer el vestido al suelo para sujetarme hábilmente de su pecho, sus

pezones se endurecieron en el

mismísimo instante que mis manos  
hicieron fricción sobre

ellos y eso me puso muy duro.

¡Ufff!

Una descarga de sensaciones me  
recorrió de pies a cabeza...

—Estoy terriblemente agotado, pero eso  
no me va a impedir que te haga mía una  
y

otra vez. Te deseo con locura —le  
susurré al oído y seguidamente pasé mi  
lengua por el

borde de su oreja.

Sentí como ella se estremecía entre mis brazos.

Pude haberla poseído en ese instante, allí, de pie o tumbarla sobre la alfombra, pero

no. Deseaba disfrutar al máximo de cada sensación. Verla, saborearla, tocarla, embeberme

de ella, saciarme de su feminidad, de su aroma de mujer, besar cada centímetro de su piel,

marcarla con mi virilidad...

—Ven —le indiqué y la guié hacia el baño.

La amaría de todas las maneras posibles.

No podía creerlo. Entre mis brazos estaba ella, la mujer que hacía unos días atrás había sido el motivo de mi llanto y ahora era la razón de mi alegría, de mi palpar acelerado, de mis pensamientos más impuros.

Imaginarme haciéndole el amor en todas las maneras imaginables me hizo sentir más

y más duro, deseaba a Shirley con locura. Era como si de repente me diera cuenta de que

yo era un adicto y mi droga era ella.

Mis manos recorrieron ese maravilloso cuerpo, mientras el agua tibia nos cubría y de

cierto modo aliviaba el cansancio de nuestros cuerpos.

Mis dedos juguetones buscaron a tientas sus pezones, los cuales se irguieron sin vergüenza alguna.

Mi boca recorrió toda esa divina piel, regando pequeños besos a su paso, desde la parte baja de su cuello hasta la parte baja de su vientre.

Mi lengua libidinosa saboreó esa dulce y deliciosa piel que ardió bajo mis manos.

Estaba de rodillas frente a ella, de rodillas frente a mi reina, la única mujer que tenía

el poder de convertirme a mí, que era un caballero en toda regla, en una completa bestia

primitiva, en un animal salvaje que lo único que quería era devorarla sin contemplación alguna.

Mi hambre pasional fue golpeada y cercenada, cuando mi mirada se posó sobre

aquella marca, esa cicatriz que me recordó la pérdida de un gran tesoro, la pérdida de algo que sin pensarlo

deseaba con todo mí ser.

Me detuve para poder contemplarla en todo su esplendor. Sus ojitos tiernos me

miraron, con esa chispa de timidez que sólo ella sabía mostrar y hacerme sentir como un

simple sirviente a merced de sus deseos.

Lentamente me acerqué y posé mis labios sobre aquella huella malvada del destino,

en un intento desesperado por querer borrarla, por hacer que ella olvidara todo el dolor que había sentido.

—No me alcanzará la vida para reparar el daño que te hice —dije, sintiendo como un

nudo se formaba en mi garganta.

Me aferré a su cintura y me quedé allí por un par de segundos, en total silencio, con

mis ojos cerrados y sus manos acariciando mi cabello.

Me puse de pie, dándole la vuelta para envolverla con mis brazos.

Diligentemente tomé el jabón y comencé a frotarlo por sus senos, cuello, espalda, nalgas, muslos... Sin ningún atisbo de sexualidad. De repente mi lado más

carnal había quedado de lado y tan

sólo deseaba colmarla de mi amor y mi ternura.

Mis manos se limitaron a consentirla mientras ella se recostaba en mi pecho y yo me

embebía de su aliento.

En total silencio la bañé. Ella era como una niña pequeña entre mis brazos.

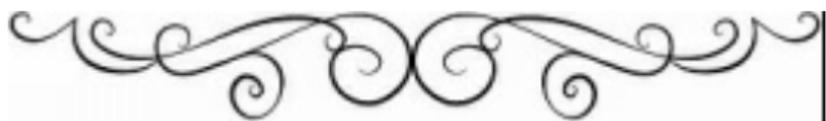
Por primera vez, la sentí realmente mía.

La tomé entre mis brazos y la llevé hasta mi cama. Con una pequeña toalla la sequé,

procurando ser lo más delicado posible. Ella me miraba y pude sentir el inmenso amor que

irradiaban sus ojos.

Mis manos retrataron cada centímetro de su cuerpo y su rostro hermoso, el cual podría contemplar durante toda la eternidad sin cansarme jamás. Su pecho que me invitó a



adorarlo, su vientre me pidió a gritos que lo llenara de mí.

Poco a poco fui sintiendo como el deseo

me arrastraba a sus redes, en las cuales  
me

sentí perdido.

Ella era mi rectitud y mi corrupción, mi  
paz y mi desasosiego...

«Ella es mi pecado».

Yo estaba dispuesto a rendirme ante la  
tentación, a arder en el fuego de sus  
caderas y

a enviciarme con su ser.

—Te amo —le dije entre besos.

Los besos apasionados encendieron la

hoguera y en cuestión de segundos  
estábamos

quemándonos en las flamas de nuestra  
fogosidad.

Manos, dedos y gemidos.

Besos, mordiscos y gruñidos.

Lenguas entrelazadas.

Cóncavo y convexo.

Los vacíos llenándose y arrastrándonos  
a un mar de sensaciones efímeras, pero  
deliciosas.

Su voz me abrazó y me animó a seguirla colmando de mí. Sus ojos en los míos me

recordaron las tantas veces que había deseado hacerla mía. Sentirla tan viva y tan real, me colmó del más infinito éxtasis.

Entre “te amo” y espasmos, nos dejamos arrastrar a los brazos de Eros, quien nos arrulló entre jadeos y mimos.

Nuestros días juntos transcurrieron rápidamente, muy a mi pesar, pues mis vacaciones se

acercaban a su final y yo deseaba pasar cada segundo de mis días junto a

Shirley.

No tardaron los encabezados de revistas amarillistas tildando nuestra relación como

algo de mera conveniencia.

Por orden de mi publicista, me distancié un poco de los medios, pues el acoso fue extremo, al tal punto de que los *paparazzi* dormían en las puertas de mi residencia con la esperanza de obtener una foto del dichoso beso “entre Granderson y su pareja”.

Era tormentoso encender la televisión y ver el montón de programas faranduleros, donde el tema central era

mi nueva relación. Aunque debía aceptar mi posición como celebridad, era muy frustrante ser perseguido día y noche por personas que lo único que

querían era una exclusiva.

—Por favor, Xander —Aaron vino a mí una tarde mientras conversábamos de las

nuevas pautas que me habían enviado desde los estudios *Alkar Pictures*—. Debes dejar de comportarte como un chiquillo.

Yo sonreí, poniendo cara de imbécil a la vez que miraba la pantalla de mi móvil y le

respondía un mensaje de texto a mi novia.

»¡Joder! Mírame cuando te hablo. Merezco un poco de respeto, al menos —bramó él

y me sentí descortés, pues tenía razón. Dejé a un lado mi móvil para prestarle atención—.

Mira esto.

Deslizó unas revistas frente a mí.

»Estas imágenes le están dando la vuelta al mundo —puntualizó y señaló con su dedo la portada de la revista.

Una imagen de Shirley y yo besándonos apasionadamente a la salida del *Radio Bar*,

sitio que se había convertido en uno de nuestros favoritos.

Reí, pues el asunto me pareció divertido.

»No Xander. No es gracioso. Es tu imagen la que está en juego. Los productores no

toman en serio a los actorcitos que se le pasan dando ese tipo de espectáculos — Aaron estaba molesto.

—¿Tipo de espectáculos? ¡Por Dios,

Aaron! No hacemos nada malo. Nos amamos.

Somos como una pareja común y corriente de Londres, sólo que con un poco de fama —

dije, sin poder evitar sonar muy relajado.

—¡Xander! Le estás agarrando el trasero.

Se llevó las manos a la cabeza.

«¡Caramba! ¿De verdad?», pregunté mentalmente y tomé la revista para observarla

con detenimiento.

Abrí mis ojos y solté una gran carcajada al recordar que ese día las cosas se habían

subido un poco de tono. El efecto de las tres botellas de vino que nos habíamos tomado,

después de la deliciosa cena, nos había desinhibido un poco.

Miré de nuevo a Aaron, quien me miraba con el ceño fruncido.

—No volverá a ocurrir. Lo prometo.

Los días continuaron su curso y era muy

gratificante para mí, ver como Aaron y Shirley se llevaban tan bien. En varias oportunidades, él me había comentado que buscaban a una chica con las cualidades de ella para desempeñar un papel en alguna serie

televisiva o película independiente, pero Shirley se negaba, pues a su parecer no se sentía preparada aún para algo como eso, pues deseaba dedicarse por unos años exclusivamente

al teatro y así, ganar experiencia.

Faltando una semana para que mis días de descanso culminaran, fuimos invitados a

una gala en beneficio a una organización que se encargaba de erradicar el abuso sexual contra niños. Como era de esperar fuimos abordados por mi grupo de estilistas, Shirley se

decidió por un vestido azul de corte sencillo, cabello suelto que caía en bucles y zapatillas a juego. Yo por mi parte, me incliné por desempolvar mi traje azul de tres piezas, el cual

no usaba desde el último festival de Cannes.

La velada fue maravillosa. Mi hermana también asistió, junto a su prometido. Ella se

mostró amable con Shirley y muy emocionada por su nueva cuñada. No dejaba de

comentar lo feliz que estaba al verme tan radiante y de hacer cumplidos a la imagen de mi

compañera, que más de una vez sorprendí completamente ruborizada. Mi cuñado Jack, era

un caballero digno de llevarse tan preciado premio para la familia Granderson, mi hermanita. Estuvimos charlando de todo un poco, siendo el tema de su boda el más destacado. Se llevaría a cabo en Irlanda, en una pequeña villa perteneciente a los

Buston,

la familia de Jack, con fecha para dentro de tres meses. Ese día, sin duda, aprovecharía para pedirle a Shirley que fuera mi esposa, si no era que se lo pedía antes.

El día de marcharme a América llegó. La promoción de mi más reciente película

había dado inicio, además de que en un par de semanas comenzaría la filmación de la tercera entrega de “*Remembranzas de Harvinder*”. Por lo tanto, mantuvimos nuestra relación a distancia.

Shirley estaba en la recta final de su

tercer año en LAMDA y se encontraba muy ocupada entre evaluaciones. Sin embargo, viajaba cada vez que podía hacerlo para verme.

Nunca olvidaré el maravilloso fin de semana que pasamos en Canadá. Ella me acompañó al estreno de mi película, en Ontario, donde la prensa aprovechó para tomarnos

fotos e inventar rumores de un posible embarazo. Fui muy feliz cuando Shirley me contó

que Matías ya había firmado los papeles del divorcio y que en un par de días sería una mujer completamente libre, lo

que me dio una idea. No había impedimento para pedirle que fuera mi esposa. No obstante, debía esperar el momento oportuno, y por supuesto, comprar un buen anillo, digno de una mujer tan hermosa como ella.

A mediados de octubre, me encontraba alojado en el *Hyatt Regency* de Beverly Hills, completamente cómodo, arreglando parte de mis cosas en el armario de la habitación, pues

serían aproximadamente dos meses los que estaría allí.

Aunque tenía mi propio tráiler disponible en el set de *Alkar Pictures*, yo deseaba cierto nivel de privacidad al

momento que mi novia llegara a la ciudad, lo que sucedería

pronto, pues sus exámenes finales ya habían culminado.

—¿Y ya pensaste como se lo vas a proponer? — preguntó mi hermano del alma,

Danny, mientras almorzábamos.

Le había comentado que tenía la intención de pedirle a Shirley que fuera mi esposa,

pero que tenía miedo de hacerlo, pues mis experiencias previas con los compromisos habían terminado de

manera muy desagradable.

Él bromeó al respecto, diciéndome que tal vez era mi maldición por ser, según él,

“jodidamente sexy”. “Tal vez no has nacido para ser único y exclusivo de una sola mujer”,

agregó. A lo cual yo le respondí: “¡Claro! Y lo dice el hombre que está casado y con tres hijos”.

Al final del día terminábamos riéndonos de nuestros disparates amorosos.

Él amaba a su esposa, Lara. Verlo tan feliz con ella y sus hijos, despertaban en mi cierta envidia. Yo deseaba vivir eso y ya me sentía preparado para hacerlo.

—No lo sé. Aún no lo he pensado —  
resoplé con algo de frustración —Me da miedo.

¿Sabes? Ella está comenzando con su carrera ¿Y si no quiere casarse?

—Le estas dando muchas vueltas,  
Xander. Si de verdad la amas, pídeselo.

—Shirley es... tan especial, tan completa.

—Arriésgate. Lánzate a la aventura.

Mírame a mí — con sus dos manos se golpeó

suavemente el pecho—. Casado, con tres hijos hermosos y una carrera exitosa.

De verdad que Danny sabía cómo tranquilizarme y alentarme cuando me sentía

acorralado.

»¿Y a qué hora llegará? —inquirió dándole un sorbo a su bebida a la vez que

interrumpía mis pensamientos.

Sacudí con fuerza mi cabeza y miré mi reloj. Marcaba las 2:13 pm.

—Debe estar por llegar. Dylan salió a recogerla al aeropuerto hace un par de horas,

pero no sé si decida pasar al hotel a descansar o venga directo para acá.

—Es un viaje largo —comentó Danny.

Shirley llegaba ese día y se quedaría conmigo por tres semanas. La extrañaba

enormemente, pero sabía que en EEUU nada podía pasar desapercibido, si en Londres el

acoso era intenso, en California sería el triple. Mi pobre novia iba a conocer de verdad lo que era ser el centro de atención de una oleada de *paparazzi* sedientos de polémica.

—Hora de volver al plató —dijo Danny, levantándose de la mesa—. Debemos ir a

prepararnos. Grabaremos la secuencia 6

—Sí, sí, sí —asentí y me puse de pie también.

Regresé a mi camerino para arreglar un poco mi vestuario y mi cabello. Mi bella novia llegaría en un par de minutos y quería estar radiante para ella, tal

pensamiento me

hizo sonreír frente al espejo.

¡Por mil demonios!

Estaba vestido como mago/guerrero persa, obvio que me veía bien.

La puerta sonó y mi corazón se aceleró.

—Adelante —dije, terminando de acomodar mi cabello.

Sentí que la puerta se abría lentamente en cuestión de segundos, la figura de Shirley

se reflejó en el espejo. ¡Dios! La alegría

de verla fue inmensa.

Me giré y fui a su encuentro.

La abracé con fuerza, inhalando el delicioso aroma de su cabellera.

Ella me miraba con completa fascinación y no pude evitar reír ante su comportamiento. Era como si no me reconociera.

—Sí. Soy yo, mi amor. Sólo es un poco de cuero y unas extensiones de cabello

—  
dije, enseñándole un mechón que colgaba de mi frente.

—Te ves fabuloso —comentó ella.

—Y tú te ves hermosa.

Tomé su rostro entre mis manos y le di un beso en los labios, pero el sonido de la puerta nos interrumpió.

»Adelante —no pude evitar ocultar mi frustración.

—¡Hey Xander! Nos llaman.

Comenzaremos a grabar la secuencia de la pelea en

unos minutos —la voz de Danny retumbó en el lugar.

Su inconfundible voz ronca hizo que

Shirley se girara bruscamente. Ella lo miró con

la boca abierta y un brillo expectante en los ojos.

»¡Oh! Tienes compañía —murmuró mi rubio compañero a modo de disculpas.

—No pasa nada. Tranquilo. Es Shirley, mi novia. Te dije que llegaba hoy.

—¡Cierto! —Danny se acercó a Shirley y la abrazó—. Es un placer, cuñada.

Ver a Danny, quien era muy posible que fuese mi padrino de bodas, abrazando con

tanta efusividad a Shirley, me hizo sonreír como idiota.

—Bien. Vamos —apresuré nuestra retirada. Danny soltó a Shirley—. ¡Hey Danny!

¿Lara está en tu camerino?

—Sí. ¿Por qué?

Mi idea era que Shirley pasara el resto del día junto a Lara, al menos hasta que terminara de rodar las escenas del día.

Sin perder tiempo, nos dirigimos hacia la estancia Maxwell/Thompson para

acompañar a Shirley.

Me despedí con otro beso, dejando pendiente la promesa de colmarla hasta el

cansancio de más besos, una vez estuviéramos en el hotel.

—Ya te entiendo, hermano —dijo Danny con cierto tono divertido. Lo miré con el ceño ligeramente fruncido—. Es preciosa —me guiñó un ojo y yo reí ante tal gesto—. No

me extraña para nada que estés loquito por ella.

—Loco es poco. De verdad no sé cómo definir lo que siento por ella. Es como sí...

En mi mente traté de buscar una palabra acorde a mis sentimientos, pero no la encontré.

—Estás enamorado. No tienes por qué buscar explicaciones —detuvo su paso y yo

hice lo mismo—. Ven acá —me abrazó—. Me alegra mucho verte así.

—Gracias Danny, para mí es muy importante tu opinión, eres como mi hermano.

—¿Cómo tu hermano? ¡Soy tu hermano! Sólo que de padres diferentes.

Ambos reímos al unísono.

Llegamos al set de grabaciones y de inmediato fuimos abordados por algunos asistentes de vestuario que removieron el brillo de nuestras caras y arreglaron nuestro vestuario.

Unos cuantos gritos provenientes desde lo más alto del estudio, nos indicó que debíamos ocupar nuestras posiciones, marcadas con pequeñas x sobre el suelo.

Los especialistas de escena se acercaron y nos sujetaron a las cuerdas elásticas con

arnés, lo que nos ayudaba a la hora de hacer alguna pirueta, aunque mi doble de

riesgo era

el que hacía gran parte de los movimientos peligrosos.

Al cabo de algunas horas de “acción”, “corte”, “sigan rodando”, “de nuevo” o “se queda”, concluimos con una de las escenas de pelea más significativas de la película.

Danny estaba sudado y con el cuerpo lleno de marcas, hechos con maquillaje, yo había terminado con gran parte de mi rostro cubierto de cortes falsos y mi cabello enredado.

Quedamos hechos polvo.

—¿Danny?

Él se giró hacia mí.

Íbamos camino a su camerino cuando una idea loca se me vino a la mente.

»Tengo una idea de cómo pedirle matrimonio a Shirley.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

Aproveché el gran interés de Danny para contarle mi plan, y aunque era un tanto disparatado, era romántico al cien por ciento.

—Cuando ella llegue a Londres, me pondré en contacto con el agente de los

*Backstreet Boys*. Sé que Shirley los ama. La sorprenderé en la academia. Ellos cantarán uno de sus éxitos más románticos y yo saldré de la nada, con anillo en mano, me arrodillaré frente a todos y le pediré que sea mi esposa. ¿Qué te parece?

—Es una idea súper cursi, pero bonita. Es muy original y romántica, pero no sé. No

creo que el director te dé permiso para viajar. Anda muy estresado con eso de que la grabación se retrasó un par de semanas. Sabes cómo es él. Además el contrato...

—Sé muy bien cuáles son las cláusulas

del contrato —lo interrumpí al notar que estábamos frente a la puerta de su camerino—, pero será un fin de semana, nada más.

Danny abrió la puerta.

—Sabes muy bien que no se puede —él sonó como típico hermano mayor.

—Se puede hacer una excepción —dije y finalmente Danny sonrió al ver que yo podía llegar a ser muy testarudo.

Shirley y Lara nos miraron como si fuésemos un par de bichos raros y supe que era

debido al montón de magulladuras falsas que teníamos en el cuerpo.

Me acerqué a mi amada y tomé su rostro entre mis manos. Sus bellos ojos se

clavaron en los míos, logrando que todo cansancio se esfumara de mi cuerpo. La besé con

ternura.

—¿Me extrañaste? —le pregunté a la vez que le daba otro beso.

—Mucho, mi amor —contestó ella con un leve suspiro que me llegó a lo más

profundo del alma.

—Yo también, pulguita —otro beso más.

El carraspeo repentino de Danny, nos recordó que no estábamos solos.

Comentó que tenía hambre, a lo que su esposa contestó que luego de cambiarnos

iríamos todos a comer algo, así que sin perder tiempo, tomé a mi novia de la mano y nos

encaminamos hacia mi camerino. Era hora de deshacerme de ese estorboso, pero

fascinante, traje de cuero y metal. Sin embargo, al cruzar la puerta de mi

camerino, fue otra cosa la que me vino a la mente. Fue como si un instinto carnal y primitivo se activara dentro de mí. Tenía casi un mes sin intimar con una dama, pues desde que estaba con Shirley me había propuesto a serle fiel, así que en el mismísimo instante que percibí que estábamos solos, mi instinto despertó, golpeándome con fuerzas.

La sujeté con fuerza de la mano y la atraje hacia mí. Sujeté su rostro entre mis manos

y la besé de nuevo, pero esa vez, fue un beso pasional, lleno de lujuria y deseo.

¡Dios!

Quería entrar en ella y perderme en su cuerpo.

De un movimiento rápido la recosté contra la pared, sin abandonar su boca.

Mis manos recorrieron su silueta con desesperación.

Me restregué con desenfreno contra su cuerpo y sentir sus senos entre mis manos, siendo el único obstáculo la fina tela de algodón que la cubría, me hizo enloquecer. Con

suaves mordiscos en sus labios, la fui llevando al límite de la cordura. Ella gimió y vibró entre mis brazos, mientras yo me colmaba de su existencia.

Me sentía súper excitado y en ese instante decidí llevar a cabo una fantasía que tenía

en mente desde hacía mucho tiempo.

—Tú —hablé, evocando el tono agresivo de un guerrero persa, a la vez que con mi

mirada libidinosa detallaba a la mujer frente a mí, quien respiraba con agitación—.

Conocerás mi ira —dejé a Xander amarrado a un lado de la habitación y dejé que fuese

Aldous, el temible mago guerrero de

Harvinder, quien me guiara.

Había tenido esa fantasía otras veces, pero nunca había tenido el valor para llevarla a

cabo. Ver a Shirley y desearla tanto me había hecho llegar al límite soportable de mi lujuria. No lograba entender porqué ella me prendía tanto. Con sólo mirarme me hacía desearla con desespero.

Ella rio con cierta timidez y estuve a punto de perder mi papel, sin embargo continué

con el juego.

—¿Te ríes de mí? —de un sutil halón eché su cabeza para atrás y su respiración acelerada golpeó mi rostro.

La fulminé con mi mirada, completamente llena de lascivia. Ella intentó acercarse a

mi boca, pero frené su impulso a la vez que negaba la cabeza y chasqueaba la lengua, indicándole que debía tener paciencia. Lo mejor estaba por llegar.

»De rodillas —le ordené.

Ella me miró con confusión y luego de algunos segundos obedeció.

Me incliné y tomé un par de cadenas, las

mismas que acababa de usar en el rodaje de

una escena.

Me agaché y rodeé sus dos muñecas con ellas. De un halón la levanté del suelo y la

guí hacia el pequeño sofá de mi camerino. No tenía ni idea de que hacer a continuación,

así que improvisé.

—Arrodíllate, aquí —le indiqué para que se situara a un lado del mueble. Ella se carcajeó y supe que se le dificultaba seguirme el juego. No obstante, yo

estaba decidido a

llevar a cabo todo mi plan—. He dicho que te arrodilles —demandé con algo de rudeza.

Ella me miró y pude ver algo de temor en sus ojos, pero finalmente accedió a hacer

lo que le pedía.

Sujeté la cadena alrededor de una de las patas de madera del sillón y me erguí de nuevo.

»Mírame —le espeté a Shirley, quien yacía de rodillas con la mirada clavada en las

cadenas que rodeaban sus muñecas.

Ella levantó su mirada hacia mí y vi como sus ojos se llenaban de asombro al encontrarse con mi erección a escasos centímetros de su rostro. Sin recordar que estaba atada, hizo un movimiento brusco y cayó de lado sobre el suelo.

«¡Mierda!».

Me incliné a toda prisa para ayudarla a incorporarse.

—¿Estás bien, amor? —perdí totalmente mi rol.

Lo último que quería era que Shirley saliera lastimada por culpa de una loca

fantasía

mía.

—Sí, bebé. Estoy bien. No te preocupes  
—contestó con total calma.

Me incorporé de nuevo, sujetando mi erección entre mis manos. Aclaré mi garganta

y de nuevo volví a mi papel.

—Hoy serás mi esclava. Harás todo lo que te diga.

Quise que me diera un poco de placer con su boca, pero recordé que estaba atada.

«¡Rayos!».

Caí en cuenta de que no había cerrado la puerta con seguro al entrar, así que me encaminé hacia ella, para cerrarla.

Me acerqué de nuevo a Shirley y la liberé de las falsas cadenas.

Mi hombría se levantó con orgullo y la tomé entre manos. Masajeé un poco para aliviar un poco la opresión de la que estaba siendo víctima.

Posé mis ojos sobre Shirley y lamiéndome los labios...

—Es todo tuyo. Vamos pequeña, no seas tímida —le dije.

Ella se acercó a gatas hacia mí y sin pensarlo dos veces, lo tomó y le dio cobijo con sus labios.

Era la gloria en la tierra.

Ella lamió la punta y luego bordeó la coronilla con sus labios, dando suaves mordiscos, para luego recorrerlo con su lengua, desde la punta hasta la raíz, metiéndolo y succionándolo por completo, friccionándolo con la lengua y sus labios.

¡Qué sensación tan exquisita!

Mis dedos se perdieron entre su cabello, mientras dejaba caer mi cabeza hacia atrás,

entregándome al placer que me regalaba su boca.

Mis caderas se movieron hacia delante y hacia atrás a la vez que mis manos

sujetaban la parte trasera de su cabeza. Yo me hundí y salía de ella, a un ritmo constante a la vez que apartaba los mechones de cabello que estorbaban a mi visibilidad.

Solté su cabeza y ella continuó

devorándome.

De prisa comencé a deshacerme de mi ropa. Ella intentó ponerse de pie, pero no se lo

permití. La detuve en el intento. Deseaba su boca allí. La deseaba así, de rodillas frente a mí. Me sentía poderoso y muy pervertido.

—Quítate la ropa —jadeé.

—¿Así, señor? —me sorprendió un poco al ver como ella desabrochaba su blusa,

seductoramente.

—Perfecto —dije entre dientes.

La sujeté con fuerza del cabello,  
obligándola a echar la cabeza hacia  
atrás y mirarme

a los ojos.

Mi boca anhelaba la suya.

Poco a poco la fui llevando hasta el  
sofá, donde caímos con violencia, sin  
abandonar

el beso salvaje en el cual nuestras  
lenguas se entrelazaban. Ella masajéo mi  
dura erección

y la pasión se acrecentó.

El sonido de la puerta nos sacó de nuestro idílico encuentro.

—Maldita sea —dije entre dientes.

—*¿Chicos? ¿Ya están listos?*

La voz de Danny me sacó de quicio.

¡Rayos!

Se me había olvidado que habíamos quedado en ir a cenar todos juntos, pero en ese

momento tenía hambre y no precisamente de comida.

—Vayan ustedes —dije, volviendo a mi

tono de voz habitual.

Esperé unos segundos pertinentes para que Danny se alejara lo suficiente de la puerta.

»¿En que estábamos, pequeña? —el guerrero persa volvió, indicándome que la

acción debía continuar.

Besos salvajes y caricias anhelantes vinieron a continuación.

Mis manos recorrieron su cuerpo con desespero. Yo ardía en deseo y ella gemía de

placer.

Mis dedos exploraron su zona húmeda,  
que me invitaba a invadirla. Lentamente  
me

desplacé hacia ese lugar tan divino,  
donde mi lengua se pudo colmar de su  
esencia femenina.

La arrastré hasta la cima y cuando vi que  
estaba a punto de estallar, me detuve.

Así

lo hice un par de veces más. Ella se veía  
desesperada por llegar a su culminación,  
pero yo

reía con malicia al verla tan excitada

por mí.

No me di cuenta en qué momento habíamos llegado a mi peinadora. Yo estaba muy

ocupado, jugueteando con mis dedos en su abertura palpitante y húmeda.

Entré en ella sin ninguna contemplación, llenándola de mí. Un escalofrió agradable

me recorrió de la cabeza a los pies y aumenté paulatinamente el ritmo de mis embestidas.

Mis caderas se movieron en un vaivén acompasado y calmado. Ella se

estremeció y gimió

entre mis brazos.

Tapé su boca con mi mano, no porque sus gemidos fueran fuertes, sino por puro morbo de sentirla dominada. Algo dentro de mí me lo demandaba. Me pedía ser rudo y no

lograba saber qué era.

Entraba y salía.

La velocidad aumentó, pero no me importaba mi placer propio, sino el de ella.

Un orgasmo la golpeó con rudeza y sentí

como se contraían todos los músculos de su

cuerpo. Su estrechez se cerró un poco más, palpitando y arropando mi duro miembro, pero

eso no me detuvo, al contrario, seguí penetrándola

Ella gemía y mi mano opacaba sus gritos de placer mientras seguía llenándola de mí,

una y otra vez, dentro y fuera.

Otro orgasmo la hizo estremecer y retorcerse entre mis brazos. La sujeté con más fuerza...

—Me detendré cuando pidas clemencia  
—dije, sintiendo como mi corazón  
amenazaba con salirse de mi pecho.

—No tengas clemencia, mi señor.  
Castígame. He sido mala —dijo entre  
gemidos,

bajo la opresión de mi mano que cubría  
su boca.

Ella quería más y le daría más.

Con fuerza y violencia embestí, sin  
contemplación alguna. Entraba y salía de  
ella, una y otra, fuerte y rápido. Sentí  
que el nirvana estaba cerca, pero traté  
de mantenerlo al margen. No quería

explotar aún.

—Pídelo ¡Vamos! —quería oírla pedir  
piedad, quería oírla suplicando.

Ella estaba quebrada en pedazos entre  
mis brazos, retorciéndose entre  
espasmos de

placer.

—Clemencia señor, clemencia —  
finalmente lo dijo.

Sus palabras fueron música para mis  
oídos.

Sin poder aguantarlo más, me corrí.



## Capítulo 20

La alarma de mi despertador sonó a las cinco en punto y sin perder tiempo, salí de la cama, procurando no despertar a Shirley. Me duché y como era mi costumbre durante las

últimas semanas, salí a correr un par de minutos para luego dirigirme a los estudios de *Alkar Pictures*. Ese día nos correspondía grabar escenas con la pantalla verde, así que no hizo falta tanto retoque de vestuario.

A las ocho de la mañana ya habíamos comenzado a rodar las secuencias pautadas

para el día.

A la hora del almuerzo me encontré con Aaron para charlar acerca de las pautas del

contrato para una nueva película .

En definitiva, me encontraba legalmente atrapado en Los Ángeles por los próximos

dos meses.

Repasé una y otra vez las cláusulas del

mismo.

Nada.

Lamentablemente, mi loca idea de regresar a Londres por un fin de semana para

pedirle matrimonio a Shirley, debía esperar.

Por lo menos unos meses más.

—Deja de mortificarte —dijo Danny de repente, al notar que no había probado

bocado durante el almuerzo—. Ya llegará el momento. Relájate.

—Estoy impaciente, Danny. ¿Tener que esperar tanto tiempo para pedirle que sea mi

esposa?

—¿Por qué no se lo pides acá?

Podríamos ir a un lindo lugar. Es más, le puedo decir

a Lara que te ayude a escoger el anillo, con eso de que se hicieron amigas ayer, ella podría darte un buen punto de vista.

—No lo sé, eso de llevarla a un restaurante, hincarme y pedírselo frente a un montón

de personas... ¿No crees que es algo

cliché?

—Es lo mismo que tienes pensado hacer en Londres, con la diferencia que tienes pensado usar a los *Backstreet Boys*.

—Los ángeles no es una ciudad muy romántica que se diga. ¿No crees? — comenté.

—Entonces espera que terminemos de grabar y llévatela a Paris, hincas tu rodilla en

la cima de la torre Eiffel mientras deslizas una [\*Jadeíta22\*](#) por su dedo a la vez que el cuarteto de cuerdas del Titanic te hacen el fondo musical.

Levanté mi ceja izquierda y le lancé una mirada de odio a Danny. Ya me parecía extraño que mi querido amigo no hubiese salido con una de sus ocurrencias burlonas.

Reí sin ganas ante su mal chiste y decidí cambiar de tema, ya tenía bastante con el hecho de no poder viajar a Londres como para aguantar las burlas de Danny.

—Contigo no se puede —me levanté de golpe y mi mal humor hizo acto de presencia.

Al caer la tarde, Shirley fue al estudio. Verla sujetando la mano de una de las

mellizas de Danny, mientras paseaban por los pasillos, me llenó de ternura y no pude evitar pensar en el pequeño ser que habíamos perdido. Desde ese día, en el que supe que

ella había estado esperando un hijo mío, contemplaba día y noche esa maravillosa visión y

era como si lo necesitase, mi alma pedía a gritos por unos ojos inocentes, unas manitas juguetonas y una voz angelical que me dijera papá.

Fueron las semanas más preciosas de mi vida, junto a la mujer que amaba y haciendo

lo que más me gustaba, actuar.

Tenía un trabajo de ensueño, una novia de preciosa, una familia amorosa y amigos increíbles. ¿Qué más podía pedir?

Mis fans comenzaron a aceptar mi relación. Aaron me mantenía informado acerca de

lo que acontecía en las redes sociales y al parecer, todo el revuelo porque yo tuviera novia ya había dejado de ser tendencia. Podíamos caminar tranquilos por las calles de California, sin ser perseguidos por un puñado de *paparazzi*.

Los días transcurrieron entre el estudio,  
salidas de noche y noches de amor,

desenfreno y pasión en nuestra  
habitación de hotel.

En los días que no me correspondía  
rodaje, nos íbamos a la playa a disfrutar  
del sol y

la arena. Otros días íbamos al hermoso  
departamento que había rentado Danny.

—Realmente es una gran mujer.

Comentó Danny mientras terminábamos  
de tomarnos un *Lewis Cabernet*  
*Sauvignon*,

reserva 2006 del Valle de Napa que Shirley había obsequiado a los Maxwell.

Yo miré a mi amada a través del gran ventanal. Ella ayudaba a Lara a servir la cena.

—Sí. Lo es —respondí sin quitar mi mirada de aquel hermoso cuerpo que conocía de

memoria.

—Cuando me lo contaste por primera vez, no lo quise creer. Pensé que sería algo pasajero, como lo de Bárbara o lo de Dannelsa —Danny hablaba y yo lo escuchaba atentamente—. Con Anna

llegué a pensar que era la indicada, pero ya vez que no —me pasó el brazo sobre los hombros—. Pensé que nunca superarías a Adeline, hasta que la vi

a ella —con su mirada señaló a Shirley—. La forma en que la miras y el hombre que eres

cuando estás con ella. Un hombre feliz —sonrió y volvió a mirarme—. Salta a la vista que

la amas demasiado.

Después de mi madre, Danny era la segunda persona que mejor me conocía. Él sabía

todo lo que había tenido que superar tras la ruptura con Adeline y lo mucho que había sufrido, incluso en ese instante que él la nombraba, me sorprendí al darme cuenta que mi

corazón ya no se aceleraba al escuchar su nombre, Shirley me había curado el corazón por

completo y no había lugar para las dudas. Ella era la mujer con la cual quería pasar el resto de mi vida.

A medida que los días pasaban, la nostalgia se apoderaba más de mí. Ya se acercaba

el día en el que mi mujer tendría que

regresar a Londres y serían casi tres meses sin vernos.

—¡Hey Xander! Necesito que veas esto —me indicó Aaron una tarde mientras

descansaba en el camerino. Shirley se había ido de paseo con Lara y los niños.

—¿Qué es? —inquirí al notar el manuscrito que tenía mi publicista en las manos.

—Es el libreto del capítulo piloto de una serie de *sci-fi* y quieren que seas el protagonista —me entregó el guión—. Bharat Shong será el encargado del proyecto y me

ha llamado personalmente para pedirme que seas tú quien la estelarice.

Me alegré mucho al saber que uno de los cineastas más importantes de Asia estaba

interesado en mí. Eché un vistazo entre las hojas, leí la sinopsis y me atrapó. Trataba de un mundo utópico donde solo vivían súper humanos que habían sido parte de un experimento

post-apocalíptico. El rol que se me ofrecía era el de un científico que de cierto modo lideraba el proyecto pero con el tiempo descubriría que él mismo era parte de dicho experimento. Un excelente argumento.

—¿No han considerado a nadie más para el papel? —pregunté.

Aaron se encogió de hombros.

—Bharat me aseguró que en la primera persona que pensó fue en ti y que está impactado por tu versatilidad.

—¿Dónde se grabará?

—Será en Inglaterra, es un proyecto de la BBC, pero el rodaje comenzaría a mediados de primavera. Así que tendrás tiempo de ir a finiquitar algunas cosas antes de que comience —comentó levantando las cejas en gesto cómplice,

pues él sabía cuáles eran

mis planes al regresar a Londres—. Por cierto, debo decirte que la productora ejecutiva es... —sonrió con algo de vergüenza— Roxanne.

—¿Roxanne? ¿La misma Roxanne que pienso? —dije.

Aaron asintió con cierto recelo.

—Vamos que si no quieres, simplemente le digo a...

—No vale. Está bien. Recuerda que yo no mezclo mi vida sentimental con el trabajo.

Ella y yo sólo somos amigos —le aclaré.

—Yo lo sé, Xander, pero ¿y Shirley?

—¿Qué pasa con ella?

—¿No crees que le incomode que trabajes con Roxanne?

—Posiblemente, pero no debería. Tendría que incomodarse también por Bárbara,

Dannessa y muchas más. Shirley está clara en lo que siento. No creo que le afecte eso —

Aaron hizo un gesto de no estar muy

convencido—. Acepto, Aaron. Ya me encargaré de



hablar con Shirley. Además es mi carrera, ella debe aceptar el hecho de que, a veces trabajaré con gente que no es de su agrado —finalicé para retirarme hacia el set.

—Mañana en la tarde. Recuerda la entrevista para MTV —me recordó él antes de

salir del camerino.

¡Cierto! Se me había olvidado la fulana

entrevista, pues estaba nominado como mejor villano en los *MTV Movie Awards*.

Era la última noche de Shirley en América, pues al día siguiente regresaba a Inglaterra. La ayudé a empacar. Llevaba un montón de presentes para todos. Para Anette, Margaret, su amigo Christopher, para Hoffman y Redman, incluso les llevaba regalos a mis hermanas y a mi madre.

La besé y un beso fue llevándonos a otro. Poco a poco, el calor aumentó. La

ropa comenzó a escasear y, entre caricias y gemidos, le hice el amor una vez más.

Después de amarnos un par de veces, nos quedamos despiertos contemplando el

silencio de nuestra habitación, recordando todas las vivencias de los últimos días.

Su cuerpo desnudo entre mis brazos, nuestras piernas entrelazadas, el calor emanando de nuestros cuerpos...

—¿A qué hora sale el vuelo mañana? —  
rompí el silencio mientras con mi mano

acariciaba su delicada espalda.

—A las dos, mi amor —respondió ella rozando mi mejilla con el dorso de su mano.

Nuestras miradas, conectadas.

—Podríamos almorzar juntos —ella asintió, accediendo—. De verdad me hubiese

gustado llevarte al aeropuerto —le di un beso en la frente.

—No te preocupes, bebé. Estaré bien.

—He pedido que alguien del estudio se encargue de llevarte.

—No era necesario. Yo podía irme sola.

—Nada de eso, eres mi reina y debes ser tratada como tal —otro beso.

Despertamos muy temprano y nos dirigimos al estudio. Yo debía grabar unas escenas

a primera hora de la mañana. Shirley se había llevado todas sus cosas a mi camerino, con

el fin de pasar el poco tiempo que le quedaba en el país, lo más cerca de mí.

Entre descansos me escapaba y me encontraba con Shirley, quien leía algún libro, en

mi solitario camerino.

La hora de ella partir llegó y no pude evitar sentir mucha tristeza. No quería que se

fuera, pero tenía que hacerlo, pues en un par de días comenzaría su último año en LAMDA. El encargado de llevarla al aeropuerto fue un joven rubio, que hasta ese día nunca había visto, llamado Brian, al menos ese era el nombre que llevaba en su gafete.

—Ya llamé a Roger. Él te recogerá al llegar.

—No hacía falta que llamaras a tu primo para que pasara por mí. Yo podía coger

un

taxi.

—No. Nada de eso. Toma —le entregué las llaves de mi departamento—.

Cuídate,

mi amor —le dije.

—Tú también.

—Nos veremos pronto —la abracé—.

Te amo mucho —le susurré al oído.

—Yo te amo más —me respondió con una sonrisa.

—Por favor, cuando llegues a Londres

me llamas. No importa la hora que sea  
—la

besé.

Un beso fue nuestra despedida.

Ella se marchó y yo me reintegré a las grabaciones.

Luego de algunas escenas, mi jornada finalizó y rápidamente me fui a mi camerino a

cambiarme, pues debía asistir a la dichosa entrevista. Aaron me esperaba a la salida del estudio y sin perder tiempo nos marchamos.

Llegamos a los estudios MTV casi a las siete de la noche y fuimos recibidos por algunos fanáticos que nos esperaban en la entrada. Algunas fotos, autógrafos y continuamos con nuestro camino.

Un caballero nos esperaba en el estudio 8.

Sin perder tiempo tomé asiento en el sofá dispuesto para los invitados. Aaron me indicó que el programa sería transmitido en vivo, así que no había lugar para las equivocaciones, debía tener mucho cuidado con lo que respondía.

Un poco de polvo para eliminar el

exceso de brillo en mi rostro. Una linda chica me

colocó un pequeño micrófono en el bordillo del bolsillo de mi camisa. Un hombre detrás

de una de las cámaras indicó: 3... 2... 1, y entramos al aire.

La entrevista fue muy divertida. El presentador, Brad Delson, era realmente chistoso.

Sus preguntas fueron muy ocurrentes. Lo que me ayudó a relajarme un poco.

Hablamos de lo que sería mi nueva película, después de finalizar el rodaje

de la secuela de “Harvinder”, de lo cual no pude revelar muchos detalles, pues el contrato que

había firmado me lo impedía. También charlamos acerca de mi experiencia en las últimas

películas en las que había trabajado.

De vez en cuando miraba mi reloj, Shirley estaría a mitad del camino ¡Dios! Apenas

habían transcurrido seis horas desde su partida y ya la extrañaba a horrores.

Tal vez Brad leía mentes, porque en ese mismo instante comenzó a preguntarme

cosas con respecto a mi vida sentimental

—Hemos oído mucho al respecto, de que si le has roto el corazón a millones de nobles chicas. De que las ventas de helados, yogures y chocolatinas han aumentado, más



la gran demanda de anti-depresivos — yo me limité a reír a carcajadas—. Los psicólogos y

psiquiatras están a tope desde que se hizo pública tu relación con Shirley Sandoval —Brad

hizo un chiste con respecto a lo apasionadas que eran mis fans.

—No creo que sea para tanto —me sonrojé—. Mis fans lo han tomado muy bien...

—Para nadie es un secreto que un grupo de chicas se ha dado a la tarea de insultar a

tu pareja, de mandarle mensajes de odio —me interrumpió él.

—Sí, pero no son todas mis fans. De hecho, ese tipo de conductas, no creo que sean

de mis fans, sino de gente que está mal

de la cabeza —reí—. Yo amo a mis fans, pues son

mi motor para seguir adelante. Sin embargo, siempre he sido partidario de mantener mi vida sentimental aparte de mi trabajo, pues es mi vida privada. No sé si me entiendes —

Brad asintió con la cabeza—. Existen personas que sólo viven para difundir odio. Esa gente nunca llega a ser feliz y por lo tanto no desean que nadie más lo sea.

—¿Y hay planes de boda? —preguntó sin más. Yo me encogí de hombros—. ¡Oh

vamos! Una pista...

Posiblemente, miles de personas me estaban viendo en aquel momento, debía ser

muy cauteloso con lo que decía.

—Soy un hombre adulto, viviendo en la plenitud de mi carrera, con una familia

hermosa y gozo de buena salud. Creo que va llegando el momento en que viva nuevas experiencias, quien sabe —me volví a encoger de hombros—, probar la vida de casado y

la posibilidad de tener hijos. Sí, hay una probabilidad muy grande de dar ese

paso pronto

¿Por qué no? Me siento preparado para hacerlo.

—Damas y caballeros, ya lo han oído. Xander Granderson está preparado para casarse —agregó Brad en tono chistoso.

La entrevista concluyó aproximadamente a las 8:30 de la noche, así que me fui a cenar con Aaron para luego irme directo al hotel.

Mi ansiedad era extrema. No sabía nada de Shirley desde que su avión había despegado. Yo tenía claro que mientras

estuviese en el aire no podría hacer uso de su móvil, así que decidí relajarme un poco y esperar pacientemente.

Llamé a mi primo Roger para recordarle que debía buscar a Shirley en el aeropuerto,

pero no contestó. Rogué internamente que lo recordara.

Me dispuse a escribir un rato en mi portátil mientras daba tiempo para que Shirley

llegara y me llamara, sin embargo el agotamiento me venció y caí rendido por el sueño.

El sonido del móvil me despertó, me había quedado dormido con la laptop sobre mi regazo, era innegable el agotamiento que sentía. Los últimos días había estado bajo un régimen bastante estricto.

Miré hacia la mesita de noche donde estaba el reloj que indicaba que eran las 3:17

am.

Imaginé que sería Shirley y mi corazón dio un brinco de alegría, sin embargo, fue otro el nombre que leí en la pantalla...

—¿Anette? ¿Está todo bien? —ella no

habló—. ¿Anette? ¿Estás allí?

—Sí. Aquí estoy —susurró ella.

—¿Sucede algo? ¿Shirley ya llegó? —  
Indagué a la vez que bostezaba—. No  
me ha

llamado y se supone que debería haber  
llegado ya.

—Emmm... es acerca de ella, Xander  
—Anette se oía muy nerviosa—. Ha  
sucedido

algo —se quedó callada y el terror se  
apoderó de mí

—¡Joder Anette! Dime que es lo que

está sucediendo —el corazón me latía frenéticamente—. ¿Le sucedió algo a Shirley?

—Ha sido atacada por un grupo de chicas cuando bajaba del taxi, al llegar a casa —

Anette habló, atropellando las palabras.

«¡Maldita sea! Roger no la recogió en el aeropuerto» fue lo primero que se me vino a

la mente, seguido de un montón de preguntas desesperadas que brotaban sin cesar en mi

cabeza. Anette procedió a contestarlas una por una. Yo me quedé mudo.

Alguien llamó a mi puerta y rápidamente me dirigí a abrirla. Era Aaron, quien entró

a trompicones. Su rostro delataba que ya lo sabía. Encendió la televisión...

—Por suerte yo estaba en casa. Escuché sus gritos y pude salir en su defensa. Ella fue trasladada de emergencia al *Saint Mary*, donde está ingresada — Anette continuó hablando y en un momento la voz se le quebró—. Xander, la han dejado hecha un desastre

—lloraba.

Anette hablaba y yo sentía que me arrancaban en alma.

—¿Quiénes fueron? —fue lo único que logré decir.

—La policía no ha logrado identificarlas pero se presume que eran... —se detuvo—.

Emmm, no sé cómo decirte esto —farfulló.

—¿Decirme qué?

—Algunas personas que pasaban por el lugar lograron escuchar ciertas cosas que le

gritaban —Anette titubeó—. Incluso yo oí algo cuando salí y me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué escuchaste Anette? —yo estaba a punto de desmayarme

—Ellas decían algo como; “aléjate de él, él es nuestro, perra”

¡Oh por Dios!

Cerré mis ojos, deseando no escuchar lo que oiría a continuación.

»Se sospecha que eran fans tuyas.

Sentí como si alguien golpeará mi rostro con tal fuerza que me hiciera entrar en

shock. De mis ojos comenzaron a brotar algunas lágrimas, aunque no sabía si era de



angustia, de rabia, o de impotencia al saber que estaba tan lejos de ella.

Luego de que Anette me asegurara que Shirley se encontraba bien atendida, que ella

misma estaba pendiente de todo y que los doctores habían asegurado que Shirley estaba estable, finalicé la llamada para darme cuenta de que Aaron me miraba con gran compasión, a la vez

que se me acercaba para abrazarme.

—Me acabo de enterar, Xander. Lo siento mucho —trató de confortarme pero tuvo el

efecto contrario.

Las lágrimas se desbordaron sin control.

—¡Maldita sea, Aaron! Le dije a Roger que la buscara y no lo hizo —me llevé las

manos a la cabeza. La desesperación ganó terreno—. Tal vez si hubiese insistido más en

comunicarme con él, hubiese atendido el

jodido teléfono, la hubiese recogido y nada de esto habría pasado.

—No te culpes, Xander. No ganas nada haciéndolo —comentó Aaron.

La narradora de noticias captó nuestra atención. Daba los detalles de lo sucedido.

*— Aún no se sabe con exactitud cuál ha sido el motivo del ataque, pero se presume*

*que han sido admiradoras de la pareja de la víctima, el actor británico Xander Granderson. Reacción que pudo haber sido desencadenada luego de que él mismo afirmara que tenía planes de*

*bodas con la actriz. Granderson, de 34 años cuenta con un*

*gran grupo de admiradores y no es la primera vez que se registran hechos de este tipo. En el pasado, Adeline Richards, actriz de teatro y quien fuese la pareja sentimental del actor, también sufrió ataque por parte de un grupo de “fans” que no aceptaban la relación, sin embargo, los incidentes no pasaron a males mayores. Shirley Sandoval, se encuentra ingresada en el Saint Mary. Fuentes cercanas a la actriz, afirman que está estable...”*

Sin darme cuenta había comenzado a temblar, debido a la gran furia que me

carcomía. Lloraba por inercia y deseaba salir corriendo, subirme al primer vuelo y largarme de allí. Estar cerca de ella.

Fue una larga madrugada.

No pude dormir ni un minuto.

—No, Xander. Sabes muy bien que no puedes irte así por así —dijo Clint, quien era

el productor ejecutivo del filme en el que estaba trabajando, luego de varios intentos por

persuadirlo para que me permitiera viajar a Londres.

—Lo sé Clint, pero necesito verla y saber cómo está —insistí.

—Ella está bien, Xander. Me encargué de averiguar acerca de su estado. Está siendo

atendida por grandes profesionales de la salud. No tienes de qué preocuparte.

—Por favor, Clint. Te lo imploro. Has una excepción. Será cuestión de un fin de semana —imploré.

—No puedo Xander. Sabes que no está en mis manos. No puedo decidirlo.

—Por favor. Nunca te he pedido nada. ¿Y si hubiese... —de solo contemplar la

idea

hizo que se me erice la piel—, pasado algo peor? ¿Tampoco me dejarían ir?

—Eso ya serían palabras mayores, pero no es el caso Xander.

—Habla con Paul, por favor —le rogué para que intercediera ante el director del estudio.

—No es tan fácil, Xander. El equipo técnico, los actores, las locaciones... ¡Todo!

Está pautado para esta semana. El hecho de que te ausentes dos días, atrasaría todo el trabajo. Aldous es el personaje

principal de esta película. No puedes irte. No hasta finalizar las secuencias pautadas para esta semana. Lo siento.

Fue inútil.

Nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión.

Mi contrato lo estipulaba.

Había una clausula bastante específica al respecto, incluso yo lo había repasado con

Aaron en la madrugada:

*“El contratado deberá cumplir con lo establecido por el contratante.*

*Respetar las pautas estipuladas.  
Cumplir el trabajo en el tiempo  
especificado. El incumplimiento de la  
misma, será motivo de demanda”.*

«¡Maldita sea!», gritó la vocecita en mi cabeza. Estaba de manos atadas, no podía moverme de Estados Unidos.

—Lo único que podría hacer es buscar la manera de que adelantemos el trabajo y puedas viajar el próximo fin de semana. ¿Te parece?

Algo muy parecido a la paz me embargó.

¡Por dios!

Esas palabras me supieron a gloria.

—¿Qué si me parece bien? ¡Dios! Por supuesto —lo abracé con euforia—.

Gracias

Clint, mil gracias.

Con la certeza de que viajaría en un par de días, me tranquilicé. Llamé a Aaron para

pedirle que arreglara todo lo correspondiente al viaje. Me comunicó que ya había hablado

con Shong, respecto a lo de la serie y que él deseaba encontrarse conmigo pasado mañana

al final de la tarde, pues viajaría al día

siguiente a Hong Kong.

Accedí a dicha reunión, pues mantener mi mente ocupada me ayudaría a sobrellevar

la ansiedad que sentía.

Pasaron dos días y mi depresión aumentó, no lograba comunicarme con Anette y no

sabía nada acerca de Shirley. Los ataques de ansiedad me tenían al borde del colapso.

Llamé a mi hermana para que fuera al hospital y me informara de la situación, pero

ella se encontraba en Escocia con su prometido.

Hoffman era el único a quien había logrado contactar y me escribía cada cierto tiempo para decirme que el estado de Shirley era igual. Estaba estable, pero inconsciente.

Estuve tentado a mandarlo todo al carajo y largarme a Inglaterra, pero cuando no era

Aaron, era Danny quienes me ayudaban a calmarme y pensar las cosas con la cabeza fría.

Escena tras escena y los días transcurrían.

Mis ojeras eran notables y debían disimularlas con mucho maquillaje.

No lograba conciliar el sueño, sólo pensaba en Shirley.

Chris se mostraba muy compasivo a cada momento y trataba de darme ánimos con

sus chistes.

La policía no tenía ningún dato sobre las perpetradoras del ataque y eso me tenía también muy estresado. Saber que un grupo de locas, enfermas y obsesionadas, andaban

seltas por allí me ponía los pelos de

punta.

¡Dios!

Pensar en ellas me ponía peor.

El día de la reunión con Shong llegó. Llegamos a las ocho de la noche al *Red Lobster*, donde nos esperaba el señor Shong junto a Roxanne, quien me recibió con gran alegría. Aaron saludó al moreno y enseguida comenzamos a charlar acerca del proyecto y

para cuando estaría pautado dar inicio a las grabaciones...

—Roxanne me ha hablado maravillas de ti, incluso yo he visto parte de tu trabajo

y

me has dejado impactado. Todas las facetas que dominas. Eres un actor muy completo —

comentó el director de origen asiático

—Muchísimas gracias —le respondí con una sonrisa mientras Roxanne deslizaba su

mano sobre la mesa y daba un ligero apretón a mi mano.

Al levantar la mirada me guiñó el ojo.

—Xander lo hará excelente, de eso no tengas la menor duda —indicó ella

mirando a

Shong sin soltar mi mano.

Aaron se dio cuenta de mi repentina incomodidad.

—Xander, recuerda que debes llamar a la agencia para lo de... —dijo Aaron de repente.

Yo lo miré sin poder entender de que hablaba.

»Lo de la nueva puesta en escena de...  
—chasqueó los dedos fingiendo que trataba

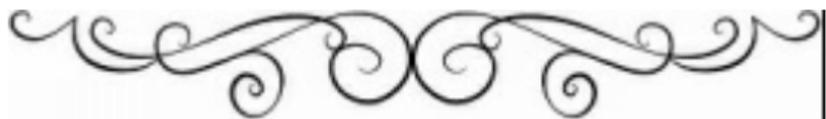
de recordar algo.

Capté lo que hacía.

Era una mentirilla para poder retirarme  
y tomar un poco de aire y alejarme un  
poco

de Roxanne.

—Cierto —me levanté de golpe—.  
Discúlpennme, debo ir a hacer una  
llamada.



Regreso enseguida —le di una palmada  
en el hombro a Aaron—. Todos tuyos.

¡Madre santa!

Me sentía abrumado y no podía dejar de pensar en Shirley, en como estaría, en lo mucho que la amaba y cuanto deseaba estar a su lado.

Tomé mi móvil e intenté comunicarme con Anette.

Nada.

La línea sonaba ocupada.

¡Maldición!

Tenía casi todo el día intentando comunicarme con ella sin tener éxito alguno, así que decidí llamar al número

de Shirley. Lógicamente tampoco obtuve respuesta así que me decidí por enviarle una nota de voz.

En algún momento la oiría.

—Amor, te extraño demasiado. Me he enterado de lo sucedido y siento mucha impotencia por no poder estar a tu lado. Estoy tratando de culminar rápido aquí para viajar y estar contigo. Cuidarte y llenarte de besos. He intentado comunicarme contigo o con Anette, pero por alguna extraña razón no conecta la llamada y cuando por fin logro contactar, el tono da ocupado. ¡Dios! Desearía estar a tu lado. Lamento mucho lo que ha

sucedido. Pensar en que ha sido mi culpa, por precipitarme. No me lo perdonaría

»¡Dios! No he podido dormir. Sólo pienso en ti, mi vida. No logro concentrarme —

no me di cuenta en qué momento había comenzado a llorar—. Te juro que haré todo lo posible para encontrar a las culpables y que paguen por su crimen, porque lo que te hicieron es monstruoso e inhumano. Nunca pensé que llegaran a eso. Trataré de llamarte

luego. Te amo.

Sentí un nudo en mi garganta

No tenía ánimos de seguir con la reunión, pero debía cumplir con mi deber.

Tomé una gran bocanada de aire y decidí colocarme la máscara de “estoy bien”.

Ante el mundo, yo estaba bien, mientras por dentro, mis demonios libraban una gran batalla.

Había puesto mi habitación patas arriba buscándolo, pero no lo encontraba. Traté de hacer

memoria para recordar cuando había sido la última vez que lo había visto, pero nada. Mi

mente se negó a cooperar.

—Aaron, ¿has visto mi móvil? —le pregunté cuando llegamos al hotel.

—No. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—En el restaurant —me toqué los bolsillos—. Me levanté de la mesa y me dirigí al

baño —en mi mente fui reconstruyendo la escena—, llamé a Anette. Le envié la nota a Shirley —hice un repaso mental—. Luego regresé a la mesa y lo metí en el maletín. No lo

usé más. Debería estar aquí —agregué,

señalando mi maletín.

—Qué raro —dijo Aaron.

—¡Diablos! ¿Tienes ideas del montón de cosas que tengo allí? Contactos, fotografías

muy personales, documentos...

—¿Qué tan personales son esas fotos?

—Aaron sonaba alarmado.

—No como estás creyendo. Son imágenes de Shirley y yo, con mi familia, algunas

con los chicos en el set...

—Estaré atento en las redes por si suben alguna imagen proveniente de tu móvil.

Por

ahora cancela la línea. Mañana a primera hora iré a comprarte uno nuevo.

Por ahora, por

favor, descansa. Tienes cara de no haber dormido en meses.

Se me hizo bastante extraño lo que había sucedido con mi móvil, así que llamé desde

el teléfono de mi habitación. Estaba apagado, enseguida caí en cuenta de que sea quien lo

tuviera no tenía intención de devolverlo.

Al cabo de casi una hora, decidí hacerle caso a Aaron y me acosté a tratar de dormir,

pero fue en vano.

Salí de la cama a las cinco en punto, pues ya no tenía sentido seguir acostado, mirando el techo y me fui para el estudio, a comenzar con el rodaje de las escenas pautadas para el día.

Como lo había prometido mi buen amigo Aaron, me compró un nuevo móvil,

idéntico al que había perdido. Sin perder tiempo, llamé para cancelar mi

línea anterior y

solicitar me fuera activada en mi nuevo celular, acción que sería llevada a cabo en 24

horas.

Debido a que no tenía teléfono personal, todas mis comunicaciones con Londres eran

a través del móvil de Aaron. Desde allí me comunicaba con Hoffman, quien me indicó que

Shirley había despertado y que se encontraba mejor.

Por fin respiré con alivio.

Desistí en el intento de comunicarme con Anette o con Margaret, pues si no me daba

tono de ocupado, la operadora me indicaba que se encontraba fuera del área de servicio.

—¡Vamos, Xander! Se encuentran en un hospital. Es posible que la cobertura allí sea

pésima. Recuerda que esos muros fueron contruidos en el siglo XVIII. Son impenetrables

—comentó mientras comíamos en mi

camerino al verme al borde de un colapso nervioso

por no lograr comunicarme con ellas.

Aaron tenía razón, me había enfrascado tanto en el afán de querer hablar con alguna

de ellas, que se me había pasado por alto ese pequeño detalle.

»¿Xander? Sé que no es el momento ni el lugar —continuó Aaron—, pero hay algo

que ha estado rodando mi cabeza en estos últimos días, por todo lo que ha sucedido...

—¿Qué sucede Aaron? —inquirí al ver que mi amigo comenzaba a tartamudear.

—No te has puesto a pensar... ¿y si ocurre de nuevo?

Fruncí el ceño.

»Esta vez hubo alguien que evitó que pasara algo peor. Y si...

¡Oh por Dios!

Abrí los ojos con espanto.

Entendí de qué estaba hablando.

La sangre se me heló.

Con todas las cosas que tenía en la cabeza no me había puesto a pensar un momento

en eso.

»Además, todo esto es muy sospechoso. Las personas que lo hicieron tenían tiempo

planeándolo, pues de otra forma, ¿cómo sabían que ella llegaba ese día?, ¿cómo sabían dónde vive Shirley? Esas personas tenían tiempo tras ella, incluso me atrevo a decir, desde antes que viniera para acá. Estaban esperando el momento oportuno para atacar.

Todo se nubló a mí alrededor.

Nunca había contemplado tal idea.

Jamás había pasado por mi cabeza que Shirley fuera el blanco de una muy enfermiza

obsesión por parte de algunas personas hacia mí.

»No es la primera vez que se meten con una de tus parejas. Siempre es lo mismo, Xander. Ya da miedo.

—¿Qué estás queriendo decir Aaron?  
¿Qué debo resignarme a estar solo porque un

grupo de locas no pueden aceptar la idea de que yo sea feliz? —estallé.

—Digo que es probable, que la persona que se encuentra detrás de esto sea alguien

que te conoce y que la conoce a ella.

—Es un disparate —respondí indignado.

—Xander —Aaron me miró fijamente a los ojos—. Tal vez deberías contemplar la

idea de que... —hizo una pausa como midiendo lo que iba a decir—, inconscientemente

eres una amenaza para tus parejas.

Aunque sonara loco lo que decía, sus

palabras tenían mucha lógica. No era la primera vez que sucedía algo parecido. Cada vez que tenía una nueva pareja, la atacaban

de algún modo. Aunque nunca habían llegado al extremo de agredirlas físicamente.

Ese nuevo suceso me hizo cuestionar que tal vez, yo si era el culpable de todo eso.

¿Hasta dónde serían capaces de llegar esas personas?

Tal vez en sus mentes desquiciadas solo contemplaban el pensamiento de que si

no

soy para ellas, entonces no sería para nadie más.

Me estremecí ante tal idea.

El resto del día no logré concentrarme.



Lo que me había dicho Aaron retumbaba en mi cabeza, como un eco incesante que

se negaba a callar. Pensar en que algo peor pudo haberle sucedido a Shirley, me ponía los

nervios de punta.

Con todo eso en mente, disqué el número de Anette...

¡Maldita sea!

Sin servicio.

Me urgía oír la voz de mi amada.

Estaba desesperado.

Al día siguiente, luego de la filmación correspondiente, por recomendación de Aaron, decidimos reunirnos con Roxanne, para finiquitar algunos detalles del contrato con Shong.

Ya que él se encontraba de viaje, la había dejado a ella a cargo, por lo tanto,

# Aaron

pensaba que sería mejor dejar todo listo antes de partir a Londres.

Los últimos días habían sido un gran suplicio para mí, con todo lo que había

sucedido. El repentino ataque en contra de Shirley, la desaparición de mi móvil, el no poder comunicarme con Anette ni con Margaret. Era como si una fuerza invisible

estuviera influyendo de cierta manera para que una serie de eventos catastróficos sucedieran.

Esa noche caminaba en dirección a la

entrada del edificio donde se estaba

hospedando Roxanne, era una simple reunión para discutir detalles relacionados con el nuevo proyecto, en el cual trabajaríamos juntos. Aaron me acompañaba para evitar estar a

solas con ella, por nada del mundo quería que las cosas entre ella y yo se torcieran en una dirección equivocada. Sabía lo insistente que era Roxanne y por mi propia seguridad, mi

publicista había acudido con el fin de mantener a raya a la señorita Sullivan.

«Mañana me iré. En pocas horas podré verte mi cielo», pensaba con cada paso

que

daba...

...pero también todas las cosas que me había dicho Aaron, martillaban en mi mente.

«¿Y si es cierto? Si yo soy un peligro para Shirley?». No podría soportar si algo llegaba a sucederle.

Sacudí con fuerza mi cabeza. No podía permitir que la incertidumbre se apoderara de

mí.

Mientras caminábamos bajo el ocaso de

Los Ángeles, algo llamó mi atención y también la de Aaron.

Ambos nos giramos y fijamos la mirada sobre una pareja que parecía estar discutiendo, la dama caminaba unos pasos por delante de él.

—*Alto. Detente* —gritó el hombre desde el otro lado de la calle.

¡Un momento!

Abrí mis ojos con sorpresa y sentí que el corazón se me detenía al reconocer al hombre.

Era Matías, el ex-esposo de Shirley.

Por inercia mis ojos buscaron a la mujer. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo y

caminaba con algo de dificultad.

Cabello castaño largo que ondeaba en el viento.

«¿Pero qué rayos?».

Fruncí el entrecejo.

Era Shirley.



## Capítulo 21

¿Qué rayos estaba haciendo Shirley allí?  
¿No se suponía que estaba recuperándose en alguna habitación del *Saint Mary*?

¡Oh no!

Recordé que Hoffman me había comentado, la última vez que habíamos hablado,

que Shirley había sido dada de alta, lo que me pareció muy extraño dado a la magnitud del

ataque. Lo último que imaginaba era que ella estaba en Los Ángeles, y mucho

menos acompañada de Matías...

¿Y justo allí?

Frente a la residencia de Roxanne.

Definitivamente, algo extraño estaba sucediendo.

—Xander ¡Espera! Vuelve a acá —dijo Aaron al notar que me alejaba de él y caminaba en dirección a Shirley.

—Es ella, Aaron. Es Shirley. ¿Qué hace aquí? — hablé sin quitar mi vista de ella a la

vez que continuaba caminando.

No sabía qué era lo que sentía. ¿Era confusión? ¿Rabia? ¿O alegría de verla? No tenía idea. Lo cierto es que continué caminando hacia ella y al parecer ella no se había dado cuenta de mi presencia, pues seguía forcejeando con Matías para que la soltara.

—¿Shirley? —logré acercarme—. ¿Qué haces aquí? ¡Oh por Dios! Mírate.

Se veía magullada, con el brazo en cabestrillo, el cabello enredado, los ojos rojos, tal

vez por el cansancio ¿o de tanto llorar? Se veía muy demacrada.

Me llevé las manos hacia la cabeza,

tratando de que no me estallara.

Verla allí, en ese estado me trastornó mucho.

Matías se negaba a soltarla del brazo.

«¿Qué carajos está sucediendo?» . La pregunta retumbó en mi cabeza.

Anette también apareció en escena, y por fracción de segundos me sentí dentro de una obra de teatro, en la cual actuaba sin saberlo.

Shirley me miró con esos ojitos tiernos, pero tan llenos de dolor. ¿O era miedo?

¡Mierda! Tantas cosas en mi mente no

me permitían pensar con claridad.

¡Genial!

Puse los ojos en blanco al ver que Roxanne se unía a la fiesta.

Me giré hacia ella al notar que venía acompañada de dos hombres fornidos, quienes

a su vez, sujetaban a un caballero delgado, de piel morena, cabello negro y de unos 30

años aproximadamente.

Roxanne sonrió con tal elegancia, que por un momento me sentí intimidado.

—¿Qué sucede aquí? —me atreví a preguntar.

—Sucede que tu adorada novia, vino a mi casa, con su amiguito, a amenazarme —la

voz de Roxanne llegó hasta mis oídos.

¿Pero qué coño estaba diciendo Roxanne?

Me giré bruscamente hacia ella, con tal desconcierto que no lo pude disimular.

—¿Qué? —clavé mis ojos sobre Shirley, demandando una explicación.

—Lo siento —el sujeto que acaba de

aparecer habló, mirando a Shirley.

Había

mucha vergüenza en su rostro.

Al detallarlo me di cuenta de que era Randy, el amigo de Shirley, lo había visto en un

par de fotografías que ella me había enseñado, pero... ¿Qué rayos hacía él allí? ¡Dios! La

cabeza me iba a estallar.

—Sí, Xander. Como lo oyes. Tú chica ha perdido la cordura. Me acusa de haber sido

yo quien mandó a golpearla —Roxanne agitó sus manos con desdén.

—Fuiste tú —refutó Shirley con molestia.

—Un momento ¿Qué? —la confusión se acrecentó dentro de mí.

Shirley hablaba y me aseguraba que Roxanne estaba detrás de todo lo que había

sucedido, pero ¿cómo?, si ella ni siquiera sabía que ella estaba en Los Ángeles, mucho menos que día viajaría de regreso a Londres.

En ese momento, Adeline, Bárbara,

Danessa y Anna, todas, vinieron a mi mente.

Recordé porque mis relaciones con ellas habían fracasado. Unas porque no tenían sentido

alguno del compromiso, otras porque lo tenían en exceso.

Shirley se acercó a mí con la intención de abrazarme, pero por instinto di un paso hacia atrás, evitando cualquier contacto. Estaba consternado, no sabía que pensar, o que decir, mucho menos qué hacer.

—¿Es eso cierto Roxanne? —pregunté con voz trémula.

¡Por Dios!

El corazón se me heló al contemplar la idea de que estaba en presencia de una mujer

tan ruin y de tan baja calaña.

¿Tentar contra la vida de un ser humano?

Eso era demasiado, incluso para la ficción misma.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, de pies a cabeza. Me estremecí.

Roxanne hizo un mohín y negó con la cabeza.

—¡Querido! Por supuesto que no. Está delirando.

—¿Qué haces aquí, Xander? ¿Por qué ella tenía tu móvil la otra noche? —  
Shirley se

acercó a mí en modo acechante.

«¿Roxanne tenía mi móvil la otra noche?», fue lo único que pude pensar. ¿De qué coño estaba hablando? Había perdido mi móvil hacía casi una semana atrás...

¿Por qué decía que...?

¡Mierda!

Me vi tentado a largarme de allí, era demasiado drama para mí y no entendía nada de

lo que estaba sucediendo.

Lo único que sabía era que Matías, el ex-esposo de mi novia, estaba allí y estaba a

escasos centímetros de ella, él era quien no me cuadraba en toda esa ecuación.

No pude evitar mirarlo con desprecio.

—¿Qué hace él aquí? —le pregunté a Shirley.

—No desvíes el tema, Xander. ¿Qué

haces tú aquí? ¿Por qué no me has llamado ni

una jodida vez desde que me ingresaron? ¿Crees que una puta nota de voz es suficiente?

En los tres años que tenía conociendo a Shirley, ella nunca me había hablado de esa

manera. Con tanta hostilidad, con tanta altanería.

La mujer frente a mí, no era la Shirley que conocía.

La desconocí por completo.

»Habla de una maldita vez, Xander ¿Qué te traes con esta tipa? —continuó Shirley

soltando improperios.

¡Por todos los cielos!

Me sentí abrumado ante tal despliegue de desconfianza. Ella estaba dudando de mí y

de mis sentimientos por ella... eso era lo que estaba sucediendo.

Había viajado sin decirme ni una sola palabra, tal vez para sorprenderme en alguna

actitud desleal junto a Roxanne. Me horroricé de solo pensarlo y me sentí decepcionado.

—Estamos trabajando juntos en un proyecto. Perdí mi móvil hace una semana —

contesté casi susurrando—. Roxanne — me giré hacia la nombrada—, dime la verdad.

A pesar que Shirley desconfiaba plenamente en mí, yo aún confiaba en ella, pero se

hizo muy difícil creer que Roxanne fuese capaz de algo tan monstruoso. No obstante, la

duda me mataba.

—¿Vas a creerle a una mitómana compulsiva?

La escueta respuesta de Roxanne me dejó más confundido de lo que ya estaba.

—¿Cómo? ¿Mito... qué? ¿De qué hablas, Roxanne?

¿Por qué decía eso de Shirley?

¡Lo juro por Dios!

Un poco más y salgo corriendo de allí.

Eran demasiadas emociones, muchas

energías chocando unas contra otras, era un

enfrentamiento en toda regla, y yo me sentía como el macho débil por el cual peleaban dos

leonas que eran capaces de todo.

—¿Por qué no le dices a Xander la verdad? —Roxanne le lanzó una mirada hostil a

Shirley.

¡Ah! ¡Genial!

Ahora se suponía que había una verdad que desconocía.

»Dile que durante años has estado obsesionada con él, que tu habitación está repleta

de posters y fotos tuyas —soltó Roxanne.

«¿Qué coño está diciendo?», gritó la voz de mi conciencia.

»Dile que conoces su vida incluso mejor que él mismo, que eres una *friki* y perturbada [\*fangirl23\*](#) que por años ha dedicado su vida a saberlo todo de él.

—¿Qué? Shirley... ¿Eso es cierto? — me giré hacia ella.

En cuestión de segundos, el mundo se

vino a mis pies. Todo lo que dijo  
Roxanne me

llenó de un terror atroz, pensar que todo  
lo vivido había sido una mentira, que  
Shirley me

había mentido durante tanto tiempo.  
Haciéndome creer que estaba conmigo  
por el hombre

que era de verdad y no por la estrella,  
celebridad, sex symbol o lo que sea que  
los medios

decían que yo era.

Pensar en la posibilidad de que ella  
estaba conmigo por hacer realidad una

de sus fantasías o para enriquecer su alter ego, me perturbó.

—Seguía cada uno de tus pasos Xander en *Twitter*, *Facebook* e *Instagram* —la voz de Roxanne siguió envenenando mi mente—. ¿Sabías que es la presidenta de tu club de fans en Venezuela?

—Dime que eso no es cierto —deseaba con toda mi alma que todo fuera falso—.  
Di

que todo es mentira, que mi fama no ha tenido nada que ver con lo que sientes por mí...

Ella se quedó en silencio y bajó la mirada, lo que me indicó que Roxanne

decía la

verdad.

El tiempo se detuvo y la mano que apretujaba mi corazón, de un tirón lo sacó, lo lanzó al suelo y lo pisoteó.

¡Maldición!

Todo había sido un engaño. Shirley me había hecho creer que era diferente. En

cuestión de segundos, recordé las tantas veces que ella había demostrado no tener el más

mínimo interés en mí. ¿Acaso todo había sido un plan? ¿Un plan macabro para

conquistarme? Fingir ser indiferente, mientras mi fascinación por ella crecía día tras día.

—Xander yo... —ella trató de hablar

—Me engañaste. Me hiciste creer que estabas conmigo por lo que soy, no por mi fama...

—No, mi amor. Yo te amo por quien eres. Tu fama es lo que menos me importa —

ella se acercó intentando abrazarme.

Por instinto, retrocedí un paso, pero ella insistió y buscó a tientas mi cuerpo.

Logrando alcanzarme, me abrazó. Me quedé inmóvil, sintiendo unas inmensas ganas de gritar.

—No quiero lastimarte haciendo un movimiento brusco. Por favor, suéltame —le

pedí, tratando de ser amable.

En ese momento la ira crecía precipitadamente y no quería cometer alguna locura.

—Xander, por favor escúchame. Ella miente.

¿Quién mentía?

Frente a mí, yacía de pie, la mujer que mi corazón amaba, despeinada y con un aspecto bastante sombrío. Había viajado a Los Ángeles sin decirme y no obstante a eso,

había llegado con una comitiva de amigos. Matías, Anette y el otro sujeto, el cual estaba

seguro que era Randy, aunque ella ni siquiera había tenido la decencia de presentármelo.

¡Por Dios!

Ella acababa de sufrir un ataque, que según lo que me había dicho Hoffman había sido grave. ¡Qué diablos hacía allí

y en esas condiciones?

«Es una loca. ¡Demente!», gritó mi consciencia, alertándome en el acto.

—¡Mírate! Viniste a Los Ángeles en estas condiciones y no me avisaste.

¿Mandas a

tu amigo a amenazar a Roxanne? ¿Qué quieres que crea? —las palabras salieron

atropelladas de mi boca.

—Los hechos hablan por sí solos, querida. Acéptalo. No eres más que una roba

fama, una oportunista que quiso aprovecharse de la buena voluntad de un buen hombre.

Roxanne habló con desdén.

De repente, el sonido de una mano estampando contra su rostro me hizo espabilar.

Shirley se había abalanzado sobre Roxanne, abofeteándola.

¡Por mi Dios!

Ver a Shirley de esa manera me hizo sentir pavor. Nunca la había visto así. Jamás la

había visto comportarse de esa manera. Perder los estribos, no era algo propio de ella.

¿Quién demonios era esa mujer y qué había hecho con mi Shirley?

—¡BASTA! —la sujeté con fuerza.

—Ella miente —fue el débil murmullo de Shirley.

—Has perdido tu identidad. No te conozco. No sé quién eres ni que hiciste con mi

novia. Ella nunca se rebajaría a esto.

Recuerdos y recuerdos llegaron a mi

mente.

La vez que la había visto con Matías y había sentido tanta rabia. ¿Era Matías también

parte de su plan?

Lo que más rabia me dio, fue pensar en que tuve que soportar, siendo el otro, su amante, por tanto tiempo.

¿Cuántas cosas más me estaba ocultando?

¿Cuántas mentiras más me había dicho?

Adeline, Bárbara, Dannessa y Anna vinieron a mi mente. Relaciones que en

su

momento habían sido hermosas pero llenas de dudas, celos y rumores. No quería más de

eso en mi vida...

...y fue la razón, la que habló.

»Lo siento, pero... no puedo. Esto me rebasa —dije—. Esto se acabó —me sentía

decepcionado—. Lo siento, pero esto ya no tiene sentido y por el bien de ambos, es mejor

dejar las cosas hasta aquí —sin poder

evitarlo, lágrimas se asomaron de mis ojos, delatando mi dolor.

La amaba, pero no podía más.

Lo mejor sería dejarla ir.

Por su seguridad y por la mía.

Mi alma estaría triste por algunos meses, pero lograría superarlo. Siempre lo hacía.

No hubo palabra alguna que me hiciera cambiar de opinión. La mirada de Aaron

estaba cargada de compasión, quien sutilmente me sujetó del brazo.

Sintiendo como mi corazón se quedaba tirado a los pies de Shirley, me alejé de ella.

A medida que daba un paso, más lágrimas se acumulaban en las cuencas de mis ojos,

amenazando con salir a borbotones, pero no podía llorar allí. No enfrente de todos.

Me detuve y me vi tentado a voltear, pero si lo hacía, no tendría las fuerzas suficientes para dejarla ir, así que tomé una gran bocanada de aire y continué mi camino.

Mi llanto desembocó cuando sentí que la

puerta del edificio se cerró detrás de mí.

—Creo que será lo mejor para ambos —  
Aaron se acercó rápidamente y puso su  
mano en mi hombro.

—¡Maldita sea, Aaron! Pensé que con  
ella, las cosas serían distintas, pero no.  
Se ha

comportado como...

—Una loca obsesiva —comentó  
Roxanne con sorna.

Me giré hacia ella, percatándome de su  
presencia y en el hecho de que ella  
había dicho muchas cosas con respecto a

Shirley.

Mis lágrimas dejaron de salir.

—¿Cómo sabías todo eso? —me acerqué a ella con gesto amenazante.

—¿Cómo dices?

—Todas la cosas que dijiste de Shirley.

—¡Ah! Lo siento Xander, yo...

—¿Te has tomado la tarea de investigarla?

—Si —dijo ella tajante—. Cuando te vi en la entrega de premios con ella, supe que

había algo raro. Sabes que tengo un sexto sentido para las personas. Había algo en ella que no me cuadraba, así que contraté a alguien para que...

—¿Qué hiciste qué? — me sentí consternado.

—Me importas mucho Xander, y no quería que te hicieran...

—¿Desde cuándo sabías todo eso? —la interrumpí.

—Desde hace unos días, pero no quería entrometerme, pues no me creerías — hizo

una pausa—. Sabes lo mucho que me

gustas, Xander. Ibas a creer que lo hacía para sembrar cizaña entre tú y ella. De hecho ahora lo estás creyendo. Tu amor te ciega, crees

que ella...

—No pienses por mí, Roxanne —  
levanté la voz—. No sabes lo que pasa por mi

mente, ni sabes lo que siento, así que no lo digas. No tienes ni idea de cómo me siento y lo que significa todo esto para mí.

Roxanne movió los labios para decir algo, pero no se lo permití.

»Ella me mintió desde el principio —  
puntualicé, mirándola fijamente a los  
ojos—.

Espero que tú no hagas lo mismo. Los  
mentirosos me dan asco.

Caminé hacia Aaron.

—No me siento de ánimos como para  
reunirme con nadie. Regresaré al hotel.

Tú

quédate con Roxanne y finiquita las  
cosas con ella. Yo necesito salir de aquí

—le susurré

al oído.

Él asintió sin decir ni media palabra.

Acto seguido camine hacia la puerta y salí de allí.

Al salir, le hice una señal a Karl, quien era el chofer que me había asignado el estudio para trasladarme por la ciudad.

—Al hotel, por favor —dije e inmediatamente él abrió la puerta trasera del auto y lo

abordé.

El sonido de su risa se recreó en mi mente. Aquella, nuestra primera noche juntos.

Mis manos recorriendo su cuerpo, mis labios recorriendo su cuello, su cuerpo vibrante y

anhelante entre mis brazos. Su olor, su esencia... su voz.

*“Te amo”.*

*“Yo también te amo”*, había respondido ella.

Sus gemidos, su aliento y esa carita de puchero que ponía cuando deseaba ir a la disco y yo tan sólo deseaba quedarme en la habitación, llenándome de su ser y de su existencia.

*“El secreto está en equilibrar las*

*cosas. La confianza es fundamental. La comunicación también lo es. ¿No lo crees?”*

Las palabras que le había dicho en aquella gala vinieron a mi cabeza.

«No confiaste en mí».

La confianza era fundamental en una relación, nada se podría lograr sin ella. Sólo eso pedía de una mujer, confianza.

*“La forma en que la miras, el hombre que eres cuando estás con ella...”*. El recuerdo de aquella velada en casa de los Maxwell y la mirada cómplice de Danny.

“*La amas*”, había dicho él.

¡Por un comino!

Era verdad.

La amaba con locura y no podía dejarla ir. Así, no.

Tomé mi nuevo móvil y disqué el número de Aaron, quien al segundo repique

contestó.

—¿Qué sucede Xander? ¿Está todo bien?

—Sí. Necesito que ubiques a Shirley.

Averigua en qué hotel se está  
hospedando ¡Ya!

—sin más, colgué y disqué el número de  
Hoffman.

Primer intento fallido. Lo intenté de  
nuevo y contestó al tercer repique.

—*¿Diga?* —su voz se oía adormilada.

—Profesor Hoffman.

—*¿Xander? ¿Qué sucede? Son las tres  
de la madrugada.*

—Lo siento profesor, pero necesito su  
ayuda. Shirley está aquí en Los Ángeles  
y...

—¿Qué? Pero... ¿Cómo?

—Le explicaré luego. Primero necesito saber dónde está hospedada.

—¿Y cómo lograré saber eso?

—No lo sé. Llame a Margaret o alguno de sus amigos.

—*Xander, es de madrugada. Todos duermen.*

—Lo sé profesor, pero necesito que lo haga. No tengo el número de ninguno, si no

yo mismo lo haría —comencé a desesperarme—. He cometido un error,

Vincent.

—*Cálmate. Haré lo que pueda y te llamaré enseguida lo sepa.*

—Gracias, Hoffman.

Colgó.

—Karl, detente a un lado, por favor. Ya no iremos a mi hotel —le indiqué a mi chofer.

—¿Y adonde iremos señor?

—En un momento lo sabremos.

Los minutos parecieron siglos y la ansiedad se apoderó de mí. Me sentía

como un completo idiota. Me había dejado cegar por la rabia y no le había dado tiempo de explicarme que hacia allí, algún motivo de peso debía tener.

¡Oh, mi amada!

La había tratado tan mal.

No pude evitar sentirme tan canalla y tan ruin.

Mi móvil sonó.

—Dime, Aaron ¿Qué averiguaste?

—Logré comunicarme con el aeropuerto. Por suerte, sólo dos líneas volaron ayer,

*Easyjet* y *British Airways*. Shirley tomó un vuelo con *British*.

—¿Y bien?

—No solicitó información de lugares para estadia ni nada. No sé dónde se está

hospedando. Lo siento, Xander.

Me quedé en silencio, pensando un momento, analizando los hechos. Shirley había

volado de improviso y lo más lógico era que no hubiera tenido tiempo de hacer ninguna

reservación en ningún hotel. Lo más seguro era que estuviera hospedándose cerca del Aeropuerto, en la zona turística.

«¡Un momento! ¿Para qué salir del área del Aeropuerto, si hay un hotel allí mismo?

Un hotel que siempre tiene vacantes»

— *Travelodge* —dije.

—¿Qué? —Aaron estaba confundido.

—Está hospedada en el *Travelodge*.  
Gracias Aaron.

Finalicé la llamada y enseguida entró la

llamada de Hoffman.

—*Lo siento, Xander. No he logrado comunicarme con nadie.*

—No te preocupes, Vincent. Ya sé dónde está.

Sin perder tiempo, le indiqué a Karl que se dirigiera al *Travelodge*. Un hotel que se encontraba dentro de las instalaciones del aeropuerto LAX. El hospedaje seguro para aquellas personas que se quedaban una o dos noches en la ciudad, pues no hacía falta reservación y siempre había vacante, pues disponía con un gran número de habitaciones y aunque no era un hotel cinco estrellas,

era bastante acogedor y agradable.

Llegamos al lugar y bajé de prisa del auto.

Casi corriendo, entré en el *lobby*.

Por suerte no había mucha gente allí, así que el riesgo de que me reconocieran y comenzara toda una ola de salvajes fans alrededor de mí, era mínimo.

Caminé hacia la recepcionista, quien miraba un pequeño televisor sujetado en lo alto

de una pared a su izquierda.

—Buenas noches —saludé.

La mujer ni siquiera se giró a mirarme.

—Buenas noches, caballero —  
respondió sin despegar la mirada de la  
pantalla.

Estaba muy entretenida viendo un  
episodio de *Doctor House*.

—Busco a alguien. Necesito saber si se  
está hospedando aquí. Llegó hoy, creo  
—esto

último lo dije en tono dubitativo.

—¿Nombre? —dijo ella y por fin su  
mirada se despegaba del televisor y se  
fijó en la

pantalla de su ordenador.

—Shirley Sandoval.

La mujer tecleó un poco, mientras yo esperaba impaciente.

—Lo siento señor, no hay nadie registrado con ese nombre.

—¿Anette? ¿Matías? O...

«¡Maldición! ¿Cómo se llama el otro?», chasqueé los dedos tratando de recordar el

nombre.

»¡Randy! Si así se llama el otro.

—¿Randy qué?

¡Mierda!

No lo sabía... y me sentí muy frustrado.

Me acerqué más a la recepcionista, tratando de mantener la calma.

—No sé su apellido, pero es un grupo. Son cuatro —indiqué el número con los dedos

de mi mano derecha—. Dos chicas y dos chicos. Al menos, eso creo.

—¡Ah! Ya. Las dos parejitas. Randy Rodríguez. Claro, reservó dos habitaciones esta

mañana. Permítame un momento —tomó el teléfono y marcó un número, supuse que era

el de la habitación—. ¿Con quién es que desea hablar?

—Shirley Sandoval.

—Buenas noches... ¿Es la habitación de la señora Shirley Sandoval?

—Señorita —moví los labios corrigiendo a la dama frente a mí.

—Hay un caballero aquí en recepción que pregunta por ella. ¿Lo hago subir?

—

Silencio —Bien. Entendido —colgó.

—¿Y bien? —pregunté impaciente.

Me sentía como un niño en la mañana del 25 de diciembre, impaciente por abrir los

regalos.

—Tome asiento señor, enseguida viene.

De repente todo ese estrés emocional que sentía se esfumó. Me senté en un sofá en

medio del *lobby*, a esperar. Tomé algunas revistas que estaban esparcidas sobre la mesa del centro y no podía

dejar de mirar el reloj que había en la pared.

Al cabo de unos cinco minutos...

—¿Qué se supone que haces aquí? —  
una voz masculina se oyó.

Al girarme pude percibir que era  
Matías, quien me miraba con el  
entrecejo fruncido

y los brazos cruzados.

—No he venido a hablar contigo.  
¿Dónde está Shirley? —instintivamente  
caminé

para alejarme de allí, pero la mano de

Matías se estampó con fuerza en mi pecho, frenándose en seco.

—¿Qué quieres? ¿Destrozarla más?  
¿Humillarla más?

—¡No! ¡Por Dios, Matías! —sutilmente quité su mano de mi pecho y con voz

calmada le respondí—. He venido a arreglar las cosas.

—Tú le ocasionas dolor. Sólo eso ha conocido desde que entraste en su vida.

—Matías yo... —traté de hablar.

—Accedí a quitarme del camino porque pensaba que contigo sería feliz, pero no.

La

has hecho desdichada y miserable. ¡Casi la matan por tu culpa!

—No, Matías, eso no es...

—Ella nunca será feliz a tu lado. ¿Lo sabes? Ella merece más. Merece un hombre que este allí para ella, cuando se enferme, cuando esté triste o cansada. Que le diga que todo va a estar bien. Un hombre que despierte a su lado cada mañana y le diga lo bella que

luce al despertar con los rayos del sol en su rostro. Un compañero que la llevé a pasear, al cine, a comer, sin tener que andarse escondiendo. Un hombre que

la...

Se detuvo y miró con desprecio hacia algo que había detrás de mí. Al girarme pude

ver un montón de hombres con cámaras, tomando fotos.

¡Maldición!

¿Cómo rayos se habían enterado que yo estaba allí?

»Ella no se merece esta mierda — señaló con desdén a los fotógrafos—. Ella merece

más y lo sabes.

Miré a los *paparazzi* y luego a Matías.

En su mirada no había rabia ni dolor, era más bien una súplica.

Él tenía razón.

Lo mejor era que me apartara de una buena vez.

Desde un principio todo había sido drama y más drama. Yo había sido el intruso, el

que le había quitado a su esposa. Yo era quien no cuadraba en esa ecuación. Él aún la amaba y deseaba hacerla feliz, él sí podría darle todo eso que yo no.

Sus palabras removieron cada fibra de mi ser.

Era el momento de dejar mi egoísmo a un lado.

Dejar que ella fuera feliz, aunque no fuera conmigo.

—Por favor Matías, asegúrate de que ella sea muy feliz.

Me giré y salí de allí, sintiendo que el alma se me desgarraba.



## Capítulo 22

En cada paso que daba sentía que me pesaba más el alma. Estaba dejando ir a la mujer que

después de tanto tiempo me había hecho sentir un amor tan intenso. Me atrevo a decir que

era la primera vez que había amado a alguien así, con esa pasión recalcitrante que me quemaba el pecho.

Subí al coche y le hice una señal a Karl, mi chofer, para que nos fuéramos al hotel.

La respiración se me entrecortó y las

lágrimas amenazaron con salir a raudales.

Apreté con fuerza mis puños, sobre mis muslos, a la vez que una cascada de vivencias compartidas me atormentaban.

Respiré profundo y sacudí mi cabeza para sacarme esos pensamientos de la mente.

Al llegar al Hotel fue inevitable no encontrarme con Aaron en el lobby, quien me siguió en completo silencio hasta el ascensor. Total silencio mientras esa caja metálica subía los cinco niveles hasta llegar al piso donde se encontraba mi habitación.

Continuamos el camino en total silencio, pero cuando entramos...

—Por lo que logro intuir. No lo arreglaron —Aaron rompió el silencio.

—¿Tu qué crees? —contesté con voz trémula y encogiéndome de hombros.

—Lo siento mucho Xander. Yo...

—No te preocupes, Aaron. Estaré bien —le di un apretón en el hombro—.

Siempre

lo estoy.

—Mira —rápidamente deslizó los dedos por la pantalla de su *iPad* y me la

enseñó.

Algunas imágenes de Shirley y yo, discutiendo acalorados, en medio de la calle.

Me dejé caer sobre el borde de la cama, sintiéndome abatido. Aaron continuaba

pasando las imágenes, una tras otra.

Algunos transeúntes habían hecho con unas tomas muy buenas, incluso había una que captaba el instante exacto en donde Shirley abofeteaba

a Roxanne.

Sin poder evitarlo sonreí.

Aaron se levantó abruptamente y me lanzó una mirada reprobatoria.

—¿Te parece gracioso todo esto?  
Xander, estás en los titulares de la  
prensa —Aaron

sonaba indignado.

—¡A la mierda la prensa! —con un  
ademán de mi mano, le hice entender lo  
poco que me importaba lo que dijeran  
—. Siempre hablarán. Me comporte bien  
o mal, siempre  
tendrán algo que decir.



—Xander August Granderson...

Allí venía el sermón.

Cada vez que Aaron usaba mi nombre completo me recordaba a mi madre, pues él y

ella lo usaban sólo en una circunstancia, cuando me iban a reprochar o regañar por algo.

—¿No te has puesto a pensar un momento en la imagen de ella? ¿En lo que dirán? —

lo interrumpí.

Él se quedó callado.

»Todo este tiempo, empeñados en cuidar mi imagen. En comportarme a la altura.  
¿Y

ella? Ella también es una figura pública. Actriz en ascenso. Mis fans la atacaron. La prensa la atacó, tildándola de oportunista y que estaba conmigo para ganar fama. Yo la atacué, al juzgarla, al dejarla. Yo quiero que ella sea feliz — hice una pequeña pausa, me

giré hacia Aaron—. Y eso, querido amigo, no lo va a obtener a mi lado.

Aaron intentó decir algo pero no lo dejé.

»Son muchas incidencias, mucho insistir. Ella ha sufrido mucho y yo también. Tal

vez esto no deba ser, tal vez lo nuestro es sólo pasajero, algo de lo cual aprender. Te caes, te sacudes, aprendes la lección y sigues adelante, así es la vida. Quizás ella consiga la verdadera felicidad junto a alguien más. Por eso la dejé ir, para darnos una oportunidad.

Culminé, pasando la mano por mi mejilla, no me había dado cuenta en que momento

había comenzado a llorar.

Aaron se limitó a ver como un hombre enamorado lloraba por la mujer que amaba.

Los días transcurrieron como de

costumbre y traté de llevar mi rutina lo más normal que podía.

Del hotel al set de grabaciones, del set al hotel.

De vez en cuando asistía a entrevistas, donde siempre sacaban a relucir mi ruptura con Shirley, pero amablemente yo les decía que no quería hablar del tema.

Por otro lado, Roxanne insistía en verme. No se resignaba a un NO y misteriosamente, aparecía en todos los lugares a donde iba. Galas, entregas de

premios o

premieres. Yo no lograba hacerla entender que yo no quería saber nada acerca de romances, amoríos ni relaciones. Quería estar solo.

Gracias a que había adelantado muchas escenas para supuestamente viajar a ver a Shirley en Londres, terminé el rodaje de mis partes, dos semanas antes de lo pautado, así

que tenía ese tiempo para mí, para tomarme un merecido descanso.

El primer lugar en el que pensé fue la casa de mi madre. Charlar un largo rato con

ella, me haría bien.

No obstante, lo primero que hice al llegar a Londres fue ir a la academia. Algo dentro de mí demandaba por saber de ella, al menos verla desde la distancia podría calmar un poco mi corazón.

Entré a la academia, procurando llamar la atención más mínima posible. Me paseé sigilosamente, asomándome en cada uno de los salones.

Nada.

Aunque unos salones atrás, logré ver a Margaret y a sus otros compañeros, no

había

rastro alguno de Shirley.

—¿Xander? —una voz grave y muy familiar se oyó a mi espalda. Me giré en el acto

—. ¡Xander! ¿Qué te trae por acá? ¿Buscas a Hoffman? —el mismísimo director de LAMDA me hablaba—. Él no está hoy acá, está dando una ponencia en *Guildhall School*.

Regresará —miró su reloj—, aproximadamente a las cuatro —indicó con una sonrisa.

Miré mi reloj.

Eran las 10 de la mañana.

La excusa de que lo esperaría no me la creería ni yo. Kurtz me lanzó una mirada dubitativa.

—Emmm, yo...—balbuceé.

—Ya veo. No está aquí por Hoffman —  
intuyó Kurtz y yo negué con la cabeza

—.Verás —pasó su brazo sobre mis  
hombros, invitándome a caminar a su  
lado—. No la

vas a encontrar aquí —lo miré confuso  
—. La señorita Sandoval se fue.

—¿Cómo? ¿A dónde? ¿Por qué? —

comencé a indagar con impaciencia.

—No sé cuál fue el motivo. Lo cierto es que una tarde, Vincent vino a mi despacho

para pedirme un permiso especial.

—¿Permiso especial?

—Un año sabático. Muy pocas veces damos ese tipo de permiso, pero en vista de que la señorita Sandoval es una de nuestras actrices más destacadas y con todo lo que ha

tenido que vivir en los últimos meses, accedí a dar el permiso. Eso la ayudará a despegarse y enfocarse de nuevo.

Hoffman estaba preocupado porque su rendimiento estaba bajando,

así que...

—¿Cuándo se fue? —logré articular la pregunta.

—Hace casi un mes. Pensé que Hoffman lo había hecho por recomendación tuya.  
En

vista de que tú y ella están saliendo,  
pues...

—Ya no salimos —lo interrumpí.

Él abrió los ojos con gran sorpresa.

—¡Caramba! No lo sabía —dijo con benevolencia

Y se lo creí.

Kurtz Pearly no era hombre de andar pendiente de farándula o chismes de internet.

Él era el director de una de las academias de actuación más prestigiosas del mundo. Su tiempo y su vida giraban en torno a la escuela de arte dramático.

—Pero... ¿A dónde? —pensé en voz alta.

—Bueno. Cuando yo ando muy estresado, cansado, confundido o

perdido... el

primer lugar en el que pienso para drenar mis sentimientos y pensamientos es... —me miró con algo de melancolía reflejada en su rostro—, mi hogar. Ese lugar donde puedo ser

yo mismo, junto a personas que no me van a juzgar nunca. Mi familia.

En el momento en que Kurtz terminó de hablar, un recuerdo vino a mi mente...

*Shirley y yo, acostados uno al lado del otro, con una sábana de seda blanca cubriendo la desnudez de nuestros cuerpos. Ella sonreía placenteramente y se acurrucaba entre mis brazos,*

*después de haber acabado de amarla  
una vez más,*

*—¿Cómo fue que decidiste estudiar  
actuación? —la pregunta salió de mi  
boca de repente.*

*Ella se removió entre mis brazos y me  
miró con esos ojitos tiernos que me  
embobaban el alma.*

*—Estaba aburrida de mi vida. Cansada  
de dejar mis sueños de lado, así que un  
día*

*decidí ir a hablar con mi mejor amigo  
—se separó un poco de mí, para poder  
hablar con*

*más comodidad—. Él vislumbró la posibilidad de que debía hacer algo distinto y cambiar*

*de rutina. Tuvo una idea súper descabellada de darme un papel secundario en una obra*

*que se exponía esa misma noche. Tuve que aprenderme mi papel en menos de dos horas.*

*Me presenté y un caballero en la audiencia le encantó mi interpretación y aquí estoy —se echó a reír.*

*—¿Qué obra era?*

*—Romeo y Julieta.*

—¿En serio? — indagué algo perplejo  
—. Al parecer esa obra es la culpable  
de que

*muchos hayamos iniciado en el mundo  
de la actuación. ¿Qué papel te tocó?*

—*La nana de Julieta. ¿Sabes? Es como  
una nodriza —yo asentí, indicándole  
que sabía de lo que hablaba—. Yo no  
decidí estudiar actuación, creo que la  
actuación me eligió a mí —sonrió,  
inclinándose para darme un besito  
tierno en los labios.*

—*El destino. A veces amigo, y otras  
veces enemigo. No sabemos que  
esperar de él.*

*Así como nosotros. Hoy estamos aquí...  
¿Y mañana? No lo sabemos —hice una  
pausa, contemplando la pregunta que  
estaba a punto de hacer—. ¿Cuál sería  
el primer lugar al*

*cual decidirías ir en caso de perder tu  
norte? —me arriesgué a indagar, por  
curiosidad.*

*—Irónicamente —rió débilmente—. El  
primer lugar que vendría a mi mente en  
ese*

*caso es justamente del cual vengo  
huyendo. Al cual decidí renunciar para  
seguir mis sueños olvidados —  
mirándome fijamente—. Mi hogar.*

—Venezuela —dije entre dientes y con la mirada perdida, volviendo al presente.

Pearly asintió y sonrió levemente.

Me sentí aliviado de saber dónde estaba.

—Gracias Kurtz. Por tu tiempo. Me agradó mucho verte.

Caminé de prisa por los pasillos de la academia para salir de allí. No obstante, una

conversación entre algunas personas, captó mi atención.

Era la voz de Margaret, quien decía alegremente.

—*Es niño.*

Me detuve frente a la puerta entre abierta y me asomé. Margaret le enseñaba la pantalla de su móvil a Christopher, el otro amigo de Shirley, mientras otras dos chicas se acercaban.

—¿Y cómo está ella? —preguntó una de las desconocidas.

—Me dice que ha ganado un poco de peso y que está muy asustada. Ser madre no es

tarea fácil —aclaró Margaret.

—¿Madre? ¿Quién está embarazada?

Pensé que las interrogantes se habían formulado sólo en mi mente. Sin embargo, mi

subconsciente me había traicionado, poniéndome en evidencia. Lo había dicho en voz alta.

Ellos se giraron bruscamente hacia la puerta, justo donde estaba yo de pie con cara

de asombro. Noté que Margaret palidecía ante mi presencia.

—¿Xander? —Me escudriñó de pie a cabeza—. ¿Ahora se te da por oír las

conversaciones de los demás, detrás de las puertas?

Reí apenado.

—Lo siento. Pasaba por acá y me ha dado por venir a saludar. No sabía que estabas

acompañada. Acabo de llegar... —ya casi balbuceaba—. No fue mi intención molestar.

—¡Ya! Déjalo correr, Xander —dijo Christopher al darse cuenta que yo estaba muy

apenado.

—¡Anette! —Comentó Margaret sin más  
—. Sí. Anette. Está esperando un hijo de

Matías.

«¿Qué? ¿Anette embarazada de  
Matías?».

Algo no me cuadraba.

—Sí —afirmó Christopher.

Mi cerebro colapsó en cuestión de  
segundos.

¡Un momento!

—¿No se suponía que Matías estaba con Shirley? —de nuevo mi subconsciente me

traicionó, pensaba que había sido una pregunta mental...

—¿Con Shirley? ¡Pfff! ¿Qué te hace creer semejante cosa —Margaret se mostró

confundida.

—Matías y Anette llevan meses juntos —dijo Christopher—. Incluso están juntos

desde antes de que mandaras a volar a... —se calló de repente al notar mi

incomodidad—.

Lo siento —se encogió de hombros.

Traté de organizar mis pensamientos lo más rápido posible.

¿Matías y Anette juntos?

¿Qué clase de broma era esa?

La última vez que había visto a Matías, había contemplado el más puro amor hacia

Shirley en sus ojos. Eso que había visto en esa taciturna mirada fue lo que me hizo decidir por alejarme de ella. La promesa de que otro hombre le diera lo

que yo no podía darle, esa

estabilidad emocional que demandaba a gritos...

Saber que él no estaba con ella de cierta manera me desilusionó y me alegró a la vez,

era una mezcla de sentimientos que no logré entender.

—Yo pensé que... —traté de hablar.

—Shirley está sola —reveló Christopher a la vez que Margaret le daba un sutil

codazo para que no hablara de más.

—Por los momentos —aseveró la morena.

En el instante que disponía a despedirme para retirarme, apareció a través de la puerta la futura mamá. Me alegré mucho por ella y sin más que esperar me acerqué a ella

con una gran sonrisa en el rostro.

Ella saludó al resto con un gesto de su mano y se detuvo en seco para recibir mi abrazo.

—¡Felicidades! —Dije con euforia y al girarme vi como todos mostraban una mueca

de horror en sus rostros—. ¿Qué sucede? —pregunté de inmediato.

—Nada —Margaret se apresuró a hablar—. Es que verla aquí nos sorprende —se

giró hacia Anette—. Tienes que permanecer en cama. Eso fue lo que te dijo el médico —le

guiñó el ojo y noté complicidad entre ambas.

Algo más sucedía. Algo me ocultaban.

Anette parecía no entender ni cuarta palabra de lo que decía Margaret.

»Lo siento —Margaret sonó apenada—.  
Tuve que decírselo.

A Anette casi se le salen los ojos de las  
cuencas.

—¿Cómo se te ocurre? —esputó la  
recién llegada.

—Tarde o temprano lo iba a saber, que  
tú y Matías van a ser padres —intervino  
Christopher.

—Lo sentimos mucho —dijo otra chica,  
creo que su nombre era Ruth, también  
compañera de estudios de Shirley.

Anette se giró hacia mí recobrando la

compostura.

—No quería que se supiera, sino hasta que pasara del primer trimestre —se encogió

de hombros—. Como ya lo sabrás. Ando con Matías. Él es el ex-esposo de mi mejor amiga y pues es —se mordió el labio—, algo rarito.

—No te preocupes. Está bien. No hay problema. Uno no manda en el corazón —

forcé una sonrisa.

La tensión que había invadido el lugar, de repente se disipó y todos reímos.

¿Quién era yo para juzgar?

Si en el peor de los casos, yo era un idiota que había dejado ir a la mujer que amaba,

por pensar que otro hombre la haría feliz y ahora me enteraba que ese supuesto hombre estaba ocupado haciendo feliz a otra mujer.

Las ironías de la vida no tienen límites.

Una vez fuera de la academia, pude respirar con calma.

Sin querer, ese lugar albergaba tantos recuerdos agradables de mis años de estudio y

crecimiento, pero también representaban el lugar donde la había conocido, donde había quedado embobado desde el primer instante que mis ojos se posaron sobre ella.

Subí a mi coche y me quedé allí, contemplando el silencio, con mis manos sobre el

volante, organizando mis pensamientos.

Afuera comenzaba a llover y los vidrios del coche comenzaban a empañarse.

Encendí la calefacción y me quedé estacionado allí, sin moverme, simplemente con

esa melodía distante de las gotas de agua cayendo sobre el capó de mi jaguar, en frente de

LAMDA.

Por primera vez en mucho tiempo me sentía invisible, y me gustaba la sensación de

no ser perseguido por cámaras ni fans gritando mi nombre.

Ese era un momento para estar a solas conmigo mismo. Después de tanta tormenta,

la marea comenzaba a calmarse y comenzaba a sentir paz.

Pensé en los tantos compromisos que tenía por delante, en toda una carrera

prominente en ascenso, en una vida llena de tantas probabilidades de éxito y me hizo sentir vacío.

Levanté mis ojos hacia ese cielo gris oscuro y me di cuenta de que me faltaba algo.

Miré a los lados tratando de buscar un por qué, buscando una respuesta.

¿Por qué me sentía tan vacío?

En ese instante comprendí, que lo más importante lo había dejado de lado, en

segundo plano. Me había concretado tanto a mi carrera y había dejado a Shirley rezagada,

atrás de mi sombra, opacada por mi luz.

Nunca me preocupé por ella o lo que ella sentía. Sólo veía y estaba pendiente de lo

que dijera la prensa acerca de mí. Y siempre era lo mismo...

Respiré profundo y puse en marcha a esa bestia de 340 caballos de fuerza,

encaminándome hacia la residencia Shelley.

A medida que me acercaba a casa de mi madre, sentía como crecía un nudo en mi garganta. Rápidamente me enjuagué los ojos para evitar que esas estúpidas lágrimas que nublaban mi visión se derramaran por mis mejillas.

No me di cuenta en qué momento había llegado a casa, pues los fantasmas de mi pasado me mantuvieron absorto durante todo el camino.

Bajé frente a la entrada y corrí para evitar la lluvia. Una vez frente a la puerta, hundi

el botón al lado de la misma y la dulce melodía de *Für Elise* de Beethoven, resonó en todo el lugar. Fue mi hermana

Elyse la que me dio la bienvenida con una cálida sonrisa.

—¡Xander! ¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana —respondí con la misma euforia que me trasmitía mi hermanita—.

¿Estás sola?

Ella asintió.

—¿Estás bien? Te noto algo cabizbajo.

—Es por toda esta mierda, hermana — dije con pesar, haciendo un ademán de hastío

con mis manos.

Elyse se acercó y me dio una palmada en la espalda.

—Cierto. Todo ha sido una completa locura. ¿Y cómo está ella?

Me encogí de hombros, dándole a entender que no sabía nada de Shirley.

—No me digas que...

Yo asentí.

—¡Joder Xander! ¿Otra ruptura? Estoy comenzando a creer que hay una fan tuya en

algún lugar del mundo, con un muñequito *voodoo* con tu rostro y lo mantiene bajo

un hechizo de esos raros, para que estés solo —reí por debajo ante tal comentario. Mi hermana poseía el don de hacerme reír hasta en los momentos más difíciles—. No lo entiendo. Es para que ya estuvieses casado y con tres hijos, con el millar de mujeres dispuestas a ser la señora Granderson.

—Tampoco es que yo tenga mucha prisa —la interrumpí.

Ambos reventamos en una sonora carcajada.

—¿Y cuánto piensas quedarte?

—Un par de semanas...

—¿Ya estás de vacaciones? —la voz de mi hermana se fue alejando a medida que se

adentraba a la casa y se dirigía hacia la cocina.

—Mientras terminan de grabar el resto de escenas y el proceso de edición.

Al llegar a la cocina, Elyse dispuso dos tazas sobre el mesón de granito blanco de la

cocina y seguidamente llenó ambas con café.

—Recién preparado —sonrió.

—Extrañaba tu café hermanita.

—Mamá no tardará en llegar.

—¿Y eso? ¿Para dónde anda?



—Sharon llegará en un par de horas.  
Insistió en venir a ayudarme con los  
preparativos.

Sentí una repentina alegría.

—¡Genial! Tengo casi dos años que no  
veo a Sharon y a la pequeña bribona.

—Patrick y la niña se vienen el fin de

semana, por eso de que la nena aún no ha culminado la escuela —me entregó sus llaves y me dio un cálido beso en la mejilla—. Tu

alcoba esta tal cual la dejaste. Ponte cómodo. Nos vemos luego, feo.

El sonido agudo de una alarma me despertó.

Di un brinco del susto.

La alarma dejó de sonar y la voz de mi madre se hizo escuchar...

—*¡Xander!* —oí en la distancia.

Me había quedado dormido luego de

darme una ducha y de haber atracado la nevera

en busca de algo de comer. Un poco de estofado de ternera con ensalada de espinacas y

maíz habían calmado mi apetito.

Mi madre me llamaba desde el piso inferior.

Era más que obvia mi presencia, puesto que había dejado mi coche aparcado frente a

la casa.

Me levanté de prisa y fui a su encuentro.

Mientras bajaba las escaleras, reconocí la voz de alguien más. Mi madre no estaba sola. Era una voz familiar y al reconocer quien era, mi corazón se aceleró de alegría.

—*¡Mamá! Te has pasado con esta sorpresota* — Sharon sonaba muy emocionada.

—*No, cariño. Yo no sabía que él estaba aquí. Debe haber llegado mientras estaba ausente* — respondió mi madre.

—*¿Y cómo entró?*— mi hermana me negaba a creerle.

—Elyse —dije cuando estuve en la misma instancia que ellas—. Elyse me

abrió la

puerta.

—Cierto. Elyse —ambas concordaron.

—Y no me avisó —farfulló mi madre, tratando de sonar indignada.

—Con lo embotada que tiene la cabeza con lo de la boda, me sorprendió que al menos me reconociera —dije.

Los tres reventamos en una sonora carcajada, antes de fundirnos en un caluroso

abrazo.

—¡Mi amor! ¿Cuándo llegaste?—  
preguntó mi madre.

—Esta mañana —dije entre dientes.

Ya comenzaba a fastidiarme la  
preguntita.

—¡Hermanito! ¡Cuánto tiempo! —  
Abracé a mi hermana mayor de nuevo—.  
¿Cómo

has estado? Necesito oír todas tus  
aventuras en Hollywood. Cuéntamelo  
todo.

—Y lo sabrás todo. No te preocupes.

—Mi príncipe.

Mamá se acercó de nuevo a mí y decidí sentarme en el sofá para hacerle la tarea más

fácil a mi progenitora, quien no paraba de desparramar besos por toda mi cara.



## Capítulo 23

Era la quinta vez que mi hermana intentaba adivinar.

—¡Duro de matar! ¡Sí! Es duro de matar  
—gritó Sharon, dando brinquitos.

Patrick, el esposo de mi hermana mayor, gritaba lo mismo. Yo negué con la cabeza y

volví a repetir el gesto.

—Anda cuñado, tiene que ser esa —dijo Patrick en tono reprobatorio.

—Pues no es. Yo vi la tarjeta. Sé cuál es —habló mi madre con diplomacia, típica de

un buen árbitro.

—Se parece mucho, pero no es esa —aseguró Elyse.

—La palabra matar está ligada —dijo

Jack viéndose interrumpido por Elyse,  
quien le

cubrió la boca con las manos.

—Nada de pistas —lo reprendió  
juguetonamente.

—Pero tú has dicho una — balbuceó él,  
frunciendo el ceño a la vez que mi  
hermana

menor me daba un besito cariñoso en la  
mejilla para luego abrazarlo.

Era Navidad y habían transcurrido tres  
meses desde mi ruptura con Shirley, y mi  
hermanita, Elyse, acababa de regresar  
de su larga luna de miel. Los

Granderson Shelley le

dábamos la bienvenida al nuevo miembro de la familia con un tradicional juego de

“adivina qué” con mímica y el tema era “Nombre de Película”.

Sharon, Patrick y mi sobrinita, Vanessa, conformaban un equipo, mientras Elyse,

Jack y yo formábamos el otro.

—No es justo —dijo Patrick—. Xander vale por dos y Vanessa por medio. Ustedes

son 4 contra 2 y medio. Eso es trampa.

—Sí, si —chillaron mi hermana Sharon y mi pequeña sobrina, secundando lo que

había dicho Patrick.

—Pero, está fácil —comentó Elyse.

Luego de un largo rato de intentos fallidos por adivinar, el equipo contrario se dio por vencido, dejando que yo revelara a que película me refería.

—Arma —dije haciendo énfasis mientras con las manos hacia un gesto con mi

pulgar y mi índice para indicarles que

tenía dos pistolas en las manos—,  
mortal —pasé mi

dedo por mi cuello y saqué la lengua de  
lado en gesto de “morir”.

Parecía un fiscal de tránsito por el  
montón de señas y gestos que hacía.

Al final todos terminamos riendo a  
carcajadas.

Así era una navidad normal en casa de  
los Shelley. Cenar y luego jugar a la  
mímica

para después hacer el intercambio de  
regalos familiar que hacíamos todos los  
años.

Faltando unos pocos minutos para el dichoso intercambio, yo me encontraba en el porche, justo debajo del arco adornado de luces y un pequeño muérdago que guindaba en

todo el centro, lo que me hizo recordar que una vez más, me tocaría recurrir a una “amiga”

para recibir el año nuevo. Pues era tradición en la familia, besar a alguien del sexo opuesto acompañado de las doce campanadas de medianoche.

Ver a mis hermanas con sus respectivos esposos causó en mí algo de envidia.

Deseaba y añoraba con todo mi corazón,

la compañía de alguien. Extrañaba esos lindos ojos ámbar, esa piel suave bajo mis manos, el sabor de sus besos y el perfume de su cabello. Tenía el nombre de Shirley tatuado a flor de piel.

—¿Y qué has sabido acerca de ella? —  
mi hermana Sharon se acercó  
silenciosamente.

Aunque ella era solo tres años mayor que yo. Parecía que fuese una década. Su nivel de sabiduría con respecto a la vida, me dejada sorprendido cada vez que nos sentábamos a

dialogar acerca de algún tema en específico. No tardé mucho en darme cuenta que esa noche el tema era yo.

Hacía ya tres meses que no sabía nada de Shirley.

Yo había regresado a Norteamérica para promocionar “*Red Dragonfly*” junto a Ewald Wittgenstein y había tratado de mantener mi mente lo más ocupada posible para

no pensar tanto en lo desdichado que era.

Un mes y medio me tomó viajar por gran parte de América, Europa y Asia.

Al final del día siempre terminaba agotado y mi cerebro no tenía tiempo de ponerse a

pensar.

Sin embargo, mi ansiedad crecía silenciosamente y de vez en cuando me había

sorprendido a mí mismo, tomando mi teléfono para llamar a la residencia Sandoval en Venezuela, pues Hoffman amablemente había obtenido esa información de su perfil

académico.

No obstante, cada vez que lograba que

ella contestara, al escuchar mi voz,  
colgaba

sin más, pero para mí era suficiente  
escucharla, aunque fuese por breves  
segundos. Su voz

me reconfortaba mucho, era un bálsamo  
que aliviaba mi alma.

—Nada de nada —contesté,  
obligándome a dejar de ahondar tanto en  
mis

pensamientos.

—¿Absolutamente nada? —insistió mi  
hermana.

Me encogí de hombros para confirmar mi respuesta previa.

—La he llamado un par de veces pero no contesta. Le he mandado notas de voz, mensajes al *WhatsApp*, pero creo que me ha bloqueado. Le he escrito miles de correos. Es como si los borrara sin siquiera abrirlos.

—¡Caramba! Se tomó muy en serio la ruptura —mi hermana se acercó un poco más

a mí—. ¿Por qué fue que la dejaste? Veo que no fue por falta de amor, pues se te ve a leguas que la amas y estás devastado. Aunque trates de disimularlo, estás mal.

¿Cómo mentirle a mi hermana mayor?  
Ella era como mi madre, me conocía  
como a

la palma de su mano.

—La dejé por idiota y por miedo.

—¿Miedo a qué?

—A hacerle más daño del que ya le  
había hecho.

—¿A qué te refieres? —indagó.

—Desde un principio —me aclaré la  
garganta—, la relación comenzó mal.  
Ella se

casó con su novio de toda la vida en un arranque de celos y rabia. Yo me di cuenta que

estaba enamorado de ella muy tarde. Ella era de otro hombre. Sin embargo, me empeñé en

que fuese mía. Ella sufrió mucho por mi culpa. Perdió un hijo mío a raíz de una discusión

y...

—¡Santo Dios! ¡Eso no lo sabía —me interrumpió mi hermana con los ojos abiertos

por el asombro.

—Nadie lo sabe. El único que lo sabe, por mi parte, es Aaron —proseguí—.

Fue

algo que decidimos mantener entre ella y yo —hice una pausa al notar que la voz se me

quebraba—. Le hicimos mucho daño a terceros. Yo dejé a Anna y ella se divorció. Nuestra

relación creció sobre los escombros de otras relaciones. No nos detuvimos un momento a

pensar qué estábamos haciendo, limpiar el suelo para construir una base sólida.

Simplemente nos dejamos llevar y con el tiempo todo se fue al diablo.

—¿Sabes dónde está ella? —preguntó Anette.

—Sí. Hoffman me dio todos esos datos una vez que lo llamé desesperado porque

quería saber de ella. Aaron me detuvo, porque si hubiese sido por mí, me hubiese lanzado

en una loca aventura a ciegas por Venezuela. Con el tiempo mi ansiedad fue mermando y

pues... mi cerebro se ha ido

acostumbrando a la idea de no verla, no tocarla...

—Escríbele —la voz de mí hermana fue serena.

—¿Que parte de lo que te he dicho no entendiste? ¡No quiere saber nada de mí!  
Ya le

he mandado como 1000 correos y a ninguno de ellos responde. Pareciera ser que los borra

sin siquiera tomarse la molestia de abrirlos.

—Pues que sean 1000 cartas —dijo de repente con cierto brillo en los ojos.

—¿Cómo dices? —me giré hacia ella para quedar frente a frente.

—No hay nada más romántico que recibir una carta de amor. ¡Vamos! Con tu puño y

letra. Que ella se dé cuenta de lo mucho que significa para ti.

—No creo que sea buena idea —le dije.

—Al menos inténtalo. No creo que pierdas más de lo que ya has perdido con ella.

Los consejos de mi hermana siempre solían ser de gran ayuda para mí. En ese caso,

era su lado de romántica empedernida, típica de los Shelley, la que hablaba por ella. La idea me pareció infantil, pero a la vez muy original y tierna. Sabía que Shirley amaba ese

tipo de detalles, así que...

¿Por qué no?

Anette tenía razón.

No tenía más nada que perder.

Excepto de herir más mi ego.

Durante la semana siguiente estuve enclaustrado en mi habitación y me encargué de

escribir uno a uno los correos que le había enviado y de los cuales nunca recibí una respuesta. Mi lado poeta aprovechó para hacer despliegue de todo su talento, y hasta la parte de dibujante, que no poseo, salió a relucir cuando me vi garabateando flores y corazones en el borde de unas cuantas cartas. Era lo más cursi que había hecho en mi vida.

Mi humor había cambiado para mejor.

Mi madre me miraba confusa mientras bailaba con la nada y tarareaba alguna melodía de cualquier canción romántica. Era como si *Lord Byron* se hubiese adueñado de mi cuerpo.

Ya casi había finalizado la semana y la última carta estaba lista y agregada al montón

de cartas, dentro de una pequeña cajita de madera. Como si eso fuese poco, le había agregado un plus a ese paquete de romance puro, una primera edición de “20 poemas de

amor y una canción desesperada” de Pablo Neruda, para que pudiera leer una pequeña porción de mi amor por ella, en su propio idioma.

Una vez listo todo, me dirigí a la oficina de FedEx más cercana y agradecí

mentalmente que estuvieran laborando

durante esas fechas. Era 30 de diciembre y parecía

un día típico de noviembre. La gente iba y venía con total normalidad.

Ahora me tocaba sentarme a esperar a ver qué sucedía. Dentro de mí, anhelaba que

un milagro la trajera a mi lado. La amaba y estaba seguro que la amaría por siempre.

Ese año lo recibí dándole un besote en la mejilla a mi sobrinita y en compañía de todos mis seres queridos. Mis hermanas bromeaban por el hecho de que hubiese preferido

pasar la navidad “solo” y no en compañía de alguna “amiga”.

—Entonces, ¿Ya estás listo para ser padre? —la voz de mi cuñado, Jack, me hizo girar en dirección a él.

Tenía una copa de champán en la mano y en la otra traía una para mí.

—¿Preparado para ser padre? No entiendo —recibí la copa.

—Una vieja tradición de mi familia dice que si recibes el año con un niño entre los

brazos, si no tienes hijos aún, ese año, el que está por iniciar, te estrenas como

padre.

—¡Wow! —di un sorbo a mi trago—. ¿Y si recibes el año con un cachorro entre los

brazos?

Reímos al unísono.

—Pues tal vez tengas mala suerte en el amor por ese año, entonces.

Jack se encogió de hombros.

—Créeme. Peor suerte de la que ya tengo, no podría tener —le contesté mirando el

cielo azul oscuro desde el balcón, donde nos encontrábamos—. De eso estoy seguro.

Di otro sorbo a mi copa, sin imaginar el montón de sorpresas que me deparaba ese

año venidero.



## Capítulo 24

Abrí mis ojos de golpe al percibir que ya había amanecido y la música de *Maroon 5*

sonaba a través de las pequeñas bocinas del radio despertador que mi hermana Elyse me

había obsequiado. Según ella, despertar con *Move Like Jagger* era una excelente terapia para las tristezas.

Salí de mi cama apresuradamente, subí el volumen y entré a la ducha, decidido a tomar un largo baño mientras daba un concierto exclusivo al jabón y al champú. De verdad, comenzaba a entender por qué mi hermana amaba despertar con una buena

canción. Las últimas dos semanas había despertado más animado de lo normal.

Ya habían transcurrido tres semanas desde mis vacaciones navideñas y en un par de

días debía volver a América.

Shirley se había negado a abandonar mi mente y por el contrario me había llenado de

sueños apasionados y mucha ansiedad por tenerla, pero lamentablemente seguía

negándose siquiera a hablarme.

Mis llamadas nunca eran respondidas y mis mensajes se quedaban en visto. No

obstante, yo ya estaba a punto de convertirme en un [Stalker24](#) profesional.

Dentro de mí, albergaba una esperanza que se negaba a morir.

Me preparé una buena taza de café y apenas terminé de tomarla, fui en busca de mi

suéter y mi iPod para irme a correr un rato.

Esa vez cambiaría un poco la ruta, para salir de la rutina y... ¿Por qué no? Pasar de

camino por un delicioso muffin de

zarzamora, el favorito de Shirley.

No sabía por qué, pero ese pequeño detalle me hacía sentir la cerca de mí.

Los días transcurrieron y con ellos iba dejando atrás mi angustia por no saber nada

acerca de la única mujer que me aceleraba el pulso. En cambio me había dedicado a mandarle recados con todo aquel que la conociera, pero era en vano....

Ella era definitivamente, la mujer más testaruda del planeta.

—Yo te recomiendo que ya la dejes ir.

Hay tantas mujeres en el mundo que desearían

una oportunidad contigo —dijo Aaron una tarde mientras me ayudaba a empacar mis cosas para regresar a América.

—Nada de eso. Algún día dará su brazo a torcer. Ella aún está un poco resentida por

todo lo que sucedió. Y no es para menos. Me comporté como un perfecto imbécil.

—Que conste que lo dices tú, pero yo creo que en vez de estarte lamentando, lo que

deberías hacer es plantarte de una vez e ir a buscarla.

—¡Jah! Para ti es fácil decirlo, Aaron. Mis compromisos me lo impiden.

—Nos harías un inmenso favor a todos. Tus cambios de humor tan repentinos, me

tienen al borde de un colapso nervioso. Ya pareces una mujer embarazada...

Aaron abrió los ojos como si un pensamiento aterrador atravesara por su mente.

—¿Qué? —pregunté, comenzando a sentirme contagiado por su repentino

terror.

—¡Oh por Dios, Xander! No habrás dejado...

—¿A alguna mujer embarazada? ¡Pffff!  
¡Por favor! No soy ese tipo de hombres  
y lo

sabes. Con Shirley dejé de cuidarme  
porque inconscientemente quería un hijo  
con ella, pero de resto... he procurado  
cuidarme muy bien. Además, la última  
mujer con la que estuve no deja de  
escribirme todos los días, diciendo que  
lo pasó delicioso y que desearía

volver a repetirlo —cerré mis ojos con  
fuerza al recordar la pequeña aventura

que había

tenido con una modelo austriaca en mi última visita a su país de origen. Yo había tomado

un par de copas de más y en última instancia, pensé con el pene y no con el cerebro—. Si

Paula estuviera embarazada, créeme que lo sabría. Es más, la tendría plantada en la entrada de la casa, con vestido de novia puesto y todo.

—Podrías estar teniendo los síntomas. He oído muchos casos en los cuales el hombre...

—¿Te estás oyendo? Suenas como un desquiciado, Aaron.

—¿Y qué me dices de Norah?

—¿Que Norah?— pregunté. Aaron me lanzó una mirada inquisitiva.

—Con la que estuviste jugando después de la boda de tu hermana.

—¡Ah! Esa Norah... No pasamos de segunda base, pues me quedé dormido.

—No lo sé, Xander. Has estado muy raro.

—¿A qué te refieres?

—A ver... ¿Desde cuándo comer yogur de fresa con maní japonés es un manjar?

—Es delicioso —contesté.

—¡Es asqueroso! Es más... ¿Desde cuándo pides muffin de Zarzamora para desayunar?

—No le había dado la oportunidad. Lo probé y me gustó.

—¡Tú odias la zarzamora! —estalló él—. Una vez alegaste que eras alérgico, para no

verte en la necesidad de despreciar el pastel que te había hecho tu vecina.

Me encogí de hombros.

—La gente cambia —respondí sin darle mucha importancia a lo que decía.

—La gente engorda, adelgaza, se corta el cabello... No cambia sus gustos de un día

para otro.

Sentí un leve cosquilleo en mi estómago al contemplar la idea de ser padre.

Me vi correteando por los largos pasillos de la finca de mi abuelo mientras un pequeñín rubio de ojos azules, una versión en miniatura de mí mismo, riendo a carcajadas

y tratando de correr lo más rápido posible para huir de mí.

Me estremecí al ver ese par de ojos castaños al final del recorrido, era mi Shirley, quien sonreía mientras acariciaba su vientre abultado y me miraba con amor desbordando de sus ojos.

De repente todo se puso negro.

Sacudí mi cabeza al darme cuenta de que era una estúpida fantasía...

—Deja de decir estupideces y terminemos de empacar. Mi avión sale en un par de horas. Menos hablar y

mover más las manitos —dije tajantemente, dando por zanjado el tema.

Sin querer, Aaron removió una parte de mí. Esa parte gris y nostálgica, llena de amargura.

Pensar en Shirley se había convertido en una tortura.

¡Dioses!

La necesitaba tanto.

Las semanas siguientes las pasé subiendo y bajando de un avión, asistiendo a ruedas

de prensa y a premieres. Siempre acompañado por mi co-protagonista, Dannessa

Finntrock.

Los tabloides habían comenzado a inventar cualquier serie de chismes y rumores

respecto a un supuesto romance entre nosotros, a lo cual decidí no hacerle caso, pues eran

simples habladurías. Dannessa estaba feliz junto a su prometido, con el cual tenía casi cinco años.

Por otro lado, Aaron estaba empeñado

en presentarme a cuanta dama preciosa  
conocía, según él, para mantenerme de  
buen humor.

Yo opté por seguirle el juego, pero  
siempre dejándoles en claro a las bellas  
damas,

que no buscaba ninguna relación seria.  
Simplemente una amistad y pasarla bien.

Una tarde mientras me tomaba un  
descanso, todo cambió.

De repente toda esperanza en mí se vio  
frustrada por la cruda realidad.

Aaron había ido a mi habitación de hotel

para planear mi itinerario de la semana siguiente, en vista de que el estreno de otra de mis películas estaba en puerta, debía organizar bien las fechas con la casa productora que se encargaba de promocionar el filme.

La televisión estaba encendida pero sin volumen, de vez en cuando levantaba la mirada para ver si decían algo acerca de mí, pero fue otra cosa la que captó mi atención.

En la pantalla se veía una imagen de Shirley acompañada de un hombre. Enseguida dejé

de lado lo que hacía y subí el

volumen...

— *Leonardo Ángeles tiene nueva conquista. Se trata de la actriz venezolana Shirley*

*Sandoval, reconocida por su excelente trabajo en la aclamada obra de teatro dirigida por actor británico, Xander Granderson, con quien también estuvo vinculada*

*sentimentalmente en el pasado. Ángeles y Sandoval se conocieron en la premier de la más reciente película de Leonardo...*

Me giré hacia Aaron, quien a la vez me devolvía la mirada cargada de horror.

Definitivamente, él no sabía nada acerca de eso.

*»Sin duda, Sandoval no ha perdido el tiempo y a escasos meses de haber roto su compromiso con Granderson, se muestra dispuesta para comenzar una nueva relación.*

*Les deseamos buena suerte a ambos —*  
continuó la mujer.

El silencio se apoderó de la habitación y en cuestión de segundos, mi perspectiva de

las cosas dio un vuelco total. Comencé a entender todo, y el hielo se clavó en mi corazón.

Shirley había decidido pasar la página.

Había decidido olvidarme.

Noté que Aaron buscaba algo en su *IPad*, desesperado por encontrar algo que me calmara. Lo conocía de sobra. Mi amigo se sentía fatal por mí.

—¿Quién es ese? —pregunté.

Aaron me mostró la pantalla de su *IPad* mientras dejaba escapar un silbido.

—Es un actor destacado. Con una gran trayectoria. Nominado a un Globo de Oro y

ganador de un Emmy —otro silbido—.

Tiene unas cuantas películas taquilleras en su currículo.

—Pero... ¿Cómo? ¿Cómo es que ella pudo continuar adelante, como si nada hubiese

pasado?

En ese instante no me importaba si había ganado mil *Oscars* o un millón de *Grammys*. Sólo una cosa era real, Shirley estaba saliendo con alguien más.

Me sentí tan estúpido por creer que ella tal vez sufría en silencio por mí, pero su orgullo era tan grande que no la dejaba dar su brazo a torcer.

No.

Ella había decidido seguir adelante.

—Necesito tomar un poco de aire —me levanté de la cama y caminé hacia la ventana de mi habitación.

—Lo siento, Xander. No tenía ni idea.

¡Por mil demonios!

Me sentía como un verdadero idiota.

Pensaba en todo el tiempo que había invertido escribiendo aquellas cartas, con tanta

ilusión y dedicación, mientras ella no había perdido tiempo para arrojarse a los brazos de

otro hombre.

—Xander, ¿Sabías que el tipo que supuestamente sale con Shirley se le vinculó con

Dannessa en el pasado? —comentó Aaron luego de un rato de revisar su *iPad*.

—¿Qué Dannessa? ¿Mi Dannessa?

—Sí. Tu Dannessa —dijo Aaron sonriendo ampliamente.

Ness, mi linda Dannessa. Una de las pocas mujeres con las cuales compartía un

pasado bastante íntimo y que a pesar de eso nuestra amistad era más grande que cualquier

enredo sentimental.

—Déjame ver —me senté a su lado para poder leer la información.

Al parecer habían estado saliendo hacía dos años atrás, lo que se me hizo ilógico, debido a que para ese entonces ella ya estaba con Jean, su pareja actual.

En las fotografías, Dannessa se veía

radiante junto a él y si no fuera porque Nessa tenía la regla de “cero relaciones con colegas”, me hubiese tragado el cuento de que estaban juntos, pues se veía a leguas que había sido una relación mediática. Fuese como

fuese, Nessa lo conocía.

»Eres lo máximo —le dije a mi amigo y lo abracé.

—¡Oh vamos! Admite que me amas y que no serías nada sin mí.

Ambos reímos divertidamente por la situación.

—¿Por qué lo haces, Aaron? —pregunté

luego de un rato.

—Porque la amas y no soporto verte desdichado —una mueca de dolor se reflejó en

su rostro.

Como era de esperar. En los siguientes días, si lograba dormir entre tres y cuatro horas por día, era mucho. Los constantes viajes de ciudad en ciudad, más el tener que asistir a las premieres en cada una. Entrevistas, sesiones de foto y ruedas de prensa.

Una tarde, por fin logramos tener un poco de tiempo para nosotros y almorzábamos

con total calma en el restaurante del hotel.

—Ness —me levanté rápidamente de mi mesa para alcanzarla—. ¿Podríamos hablar

un momento? —ella me miró con un poco de desconfianza.

—Sí, claro. ¿De qué?

—Demos un paseo, por favor.

—De acuerdo —accedió ella.

Caminamos por un rato por las áreas verdes del hotel, las cuales, convenientemente,

estaban solas.

—¿Y bien? No creo que me hayas traído hasta aquí para ver lo lindas que son las jardineras.

Reí con algo de vergüenza.

—No, Ness. Trataré de ir al grano — tomé una gran bocanada de aire—. Supe que

tuviste algo que ver con alguien llamado Leonardo Ángeles.

—Emmm... sí —frunció el ceño—. Fue algo que fingimos para darle publicidad a

una película en la que actuamos juntos.

—¿Cómo es él?

—¿Cómo? —Dannessa me miró con total confusión y luego abrió los ojos como si

acabara de descubrir algo—. ¡Caramba, Xander! No sabía que tuvieses esas inclinaciones.

—¿Qué? ¿Inclinaciones? —me horroricé al pensar siquiera lo que ella imaginaba—.

No, no, no. No es eso ¡Por Dios, Dannessa! Amo a las mujeres. Es que necesito saber cómo es él. Si tiene

alguna manía o que se yo, cualquier cosa.

—Salí con él un par de veces hace dos años, pero fue algo muy informal. Somos muy buenos amigos hoy en día —  
Dannessa me lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Por qué

de repente te interesa tanto él?

—Me enteré que anda saliendo con Shirley y eso me ha caído como una patada en el

hígado.

—¡Oh! Ya veo, pues déjame decirte que tu ex tiene buen ojo.

—¿Por qué dices eso?

—Leonardo es increíble. Un caballero sutil, cariñoso, amable, humanitario y muy

talentoso. Puedo decir que se parece a ti. Su sentido de filantropía es admirable. Él es el encargado de muchas obras benéficas en su país.

—De acuerdo, ya entendí. Es el hombre perfecto para cualquier mujer.

—Algo así —dijo ella encogiéndose de hombros —Créeme. Leonardo es muy buen

hombre y si Shirley ha decidido estar

con él, es porque ha visto todas esas cualidades. No

tienes de que preocuparte, ella está en buenas manos —me guiñó un ojo.

—Tal vez sale con él porque le recuerda a mí —dije con amargura.

—Xander —Dannessa me dio un suave apretón en el hombro—. Ve y búscala. Todos

nos hemos dado cuenta de que sufres por ella. Deja de ser tan orgulloso y testarudo. Si ella no da el paso, hazlo tú.

—Estamos de gira Dannessa, no puedo irme así como así.

—La gira termina en dos semanas. Ya no tendrás más excusas. Hazte un favor

Xander y sé feliz. Ve por ella antes de que sea tarde, porque si hay algo que tiene Leonardo es que cuando decide hacer pública una relación, es porque va en serio.

Con una nueva esperanza latiendo dentro de mi corazón, regresé a mi habitación.

Definitivamente, todos a mí alrededor concordaban con algo. Debía arriesgarme e ir

a buscarla.

¿A quién pretendía engañar haciéndome

creer que sin Shirley podría continuar como

si nada sucediera?

Mi móvil sonó y lo contesté sin siquiera mirar.

—*Hola, chico guapo. ¿Cómo estás?*

Aunque la voz se me hizo familiar, tuve que mirar la pantalla para ver que era Roxanne.

Sentí un poco de ira al recordar que ella había influido, de cierta manera, en mi ruptura con Shirley

—¿Qué quieres Roxanne? —pregunté de

mala gana.

—*¡Uy! ¿Por qué tanta hostilidad?*

—Discúlpame Roxanne, pero la última vez que nos vimos creo que te dejé claro que

no quería tener nada contigo, que me limitaría a relacionarme contigo por trabajo, nada más.

—*Qué lástima. Supe que estas en la ciudad y pensé que tal vez te gustaría acompañarme a la premier de mi nueva película.*

—No lo creo, Roxanne. Estoy muy ocupado. Lo siento.

—*Bien. Tú te lo pierdes, guapo.*

Sin decir nada más, finalizó la llamada.

Mi móvil sonó de nuevo y contesté de nuevo sin mirar la pantalla, sintiéndome

aburrido con la insistencia de Roxanne.

—¿Ahora qué, Roxanne?

—¿*Xander*? —era una voz distinta. Miré la pantalla y vi que era mi hermana, Elyse.

—¡Oh! Disculpa. Pensé que era alguien más.

—*No te preocupes, me lo imaginé.*

*¿Estás bien? Te noto algo molesto.*

—*Sí. Estoy bien. ¿Qué sucede?*

—*Te estoy llamando para avisarte que ha llegado un paquete esta mañana a la casa*

*de mamá, con tu nombre como remitente. Al parecer fue devuelto.*

—*¿Cómo? ¿Un paquete?*

—*Sí. El sujeto que lo trajo dice que la persona de destino lo devolvió sin siquiera abrirlo ¿Qué es? ¿Por qué tiene el nombre de Shirley como destinatario?*

Sentí que la vida se me iba del cuerpo al captar de qué se trataba. Eran las cartas que

le había enviado hacía dos meses a Shirley.

En ese instante entendí porque nunca obtuve respuesta o algún comentario por parte

de ella, con respecto al contenido de aquella caja.

—*Llegó esta mañana* —continuó Elyse.

—No recordaba haber puesto la dirección de mamá —dije entre dientes.

—*¿Qué es, Xander? ¿Porque ni siquiera lo abrió?*

—Porque ella es una cabeza dura que a fin de cuentas no le importó una mierda lo

que vivimos. Deshazte de eso. No quiero saber más nada de ella.

—*De acuerdo. ¿Estás seguro de que estás bien?*

No respondí, tan solo me limité a colgar.

Me sentí furioso porque de haber existido un premio al hombre más tonto y cursi del

año, de seguro lo habría ganado yo.

Me sentí burlado y con el ego hecho trizas.

No lograba entender porque ella era tan dura conmigo ¡Por Dios! Le había pedido perdón de mil maneras. Le había demostrado que me importaba. Pero Shirley se negaba a

salir de su papel de verdugo sin corazón, jugando un papel muy cruel en toda esa situación

y ya me había cansado de perder. Tal vez era hora de ser el hombre que ella pensaba que

yo era.

¡A la mierda!

¡A la mierda mi amor por ella!

¡Al demonio todo!

Tomé mi móvil y di re-discar al número de Roxanne.

—*Hola, guapo. ¿Ya me extrañas?*

—*¿A qué hora y por dónde te paso buscando?*

—*¡Wow! ¿Te has decidido a acompañarme? Emmm... a las siete, en mi hotel.*

—¿Dónde te hospedas?

—*En el Four Seasons.*

—Bien. Nos vemos luego.

Estaba cansado de amar.

Si Shirley era capaz de seguir adelante con su vida, pues yo también lo era.

Esa noche me dediqué a pasarla bien con Roxanne. Sus atenciones hacia mí, me

hicieron sentir muy cómodo y hasta me hizo recordar su buen sentido del humor.

Sin ningún remordimiento me dejé

captar tomado de la mano con Roxanne,  
al fin y

al cabo un hombre soltero puede hacer  
lo que le dé la regalada gana y salir con  
quien quiera.

Con el paso de los días, mi corazón se  
fue volviendo más duro y mis aventuras  
fueron en aumento.

Cero líos o conflictos emocionales. Era  
libre y como tal, quería disfrutar mi  
libertad.

Los rumores en diversos tabloides iban  
en aumento. En pocas semanas había  
pasado

de ser el reservado caballero a ser el *Don Juan*<sup>25</sup> de América y aunque con algunas de las damas con quienes salía, solo se limitaban a ser mis compañeras por una noche, yo no hice

nada por tratar de disimular que había química entre nosotros, incluso si no la había.

Estaba tan concentrado en jugar a la venganza que ya nada me importaba.

Las fotos de Shirley junto a su nuevo galán inundaban la web y mi resentimiento crecía.

Modelos, actrices, tenistas, cantantes, bailarinas...

A la hora de elegir a la mujer con quien compartir mi cama por una noche, no era exigente.

Hasta que un día que Aaron notó que una linda pelirroja salía de mi habitación. Él la

reconoció como la presidenta de mi club de fans en California.

—¡Te has vuelto loco! ¡Has perdido la cabeza! —me regañó cuando estuvimos a

solas—. No puedes ser tan indiscreto. El hecho que estés solo no significa que debas convertirte en un [playboy26](#). Déjales eso a los de *One Direction*. Tú

eres Xander August, hijo de Alyssa Shelley, una gran dama de la sociedad británica y de Elliot Granderson, un importante académico de Inglaterra. No puedes comportarte como un idiota, como un...

—¿Como una celebridad? ¿No es eso lo que soy?

—Entiendo que estés dolido y resentido, pero eso no significa que puedes comportarte como un completo cretino.

—¿Algo más que desee decir, señor Wickerman? —inquirí con sarcasmo.

—¿Sabes qué? Haz lo que te dé la gana.  
Yo me limitaré a hacer mi trabajo.

¡ARREGLAR EL DESASTRE QUE  
DEJAS DETRÁS DE TI!

De un portazo, Aaron salió de mi  
habitación.

Nunca antes en mi vida lo había visto  
tan molesto.

En ese instante me sentí como un  
grandísimo imbécil, pues aunque  
quisiera negarlo,

mi amigo tenía razón.

¿Qué carajo estaba haciendo?

¿Dando la imagen de estar bien con mi soltería, haciéndole creer al mundo que era

un mujeriego empedernido, sólo por querer que una mujer de la cual no sabía

absolutamente nada, (excepto que se estremecía en brazos de otro hombre), me viera y se

sintiera mal?

¿A quién intentaba engañar?

El único que sufría era yo.

Sintiéndome solo noche tras noche sin una compañera real que me esperara en

casa

para charlar acerca de lo bien o mal que me había ido en el día.

¿Qué clase de juego era ese, en el cual no tenía ni idea si estaba ganando o perdiendo?

Por otro lado, Roxanne había estado siempre pendiente de mí. Su interés era grande

y todo el tiempo me había demostrado que estaba dispuesta a todo conmigo. Tal vez fuese

verdad. Roxanne había madurado y ya estaba preparada para una relación

seria. Ya teníamos una historia en común que a pesar de sus altibajos había sido muy linda.

Y así fue como comencé a salir con la señorita Sullivan.

Las revistas y los periódicos mostraban noticias de nosotros dos. Sin querer nos habíamos convertido en los *Pitt-Jolie* del momento y aunque mi corazón le pertenecía a una bella morena con ojos de miel, me había decidido a tratar de ser feliz junto a una pelirroja de ojos cielo.

Era el segundo fin de semana que pasaba junto a Roxanne y todo marchaba como era

de costumbre.

Esa mañana desperté solo en la cama.

Miré alrededor y no había señales de nadie. Al parecer estaba solo.

Rápidamente me metí a la ducha para luego bajar a prepararme algo de comer.

Sin

embargo, no estaba solo.

La voz de Roxanne, proveniente de la sala me hizo detener de golpe.

Ella discutía con alguien por teléfono, pero no quise interrumpirla, así que opté por

seguir mi camino hacia la cocina. No obstante, hubo algo que me lo impidió, era como si

algo me dijera que me quedara, que tal vez necesitaba oír aquello.

Sacudí mi cabeza ante ese alocado pensamiento y cuando ya estaba a punto de

alejarme...

—¡Me importa un bledo! —Roxanne alzó un poco la voz—. No pienso mandarte

más dinero —silencio—. No es mi culpa que esas idiotas se hayan dejado

agarrar.

«¿De qué estaba hablando Roxanne?».

En completo silencio me acerqué más a la puerta entrecerrada de la sala de estar.

»De acuerdo. Contrataré al mejor abogado para que las saqué de allí, pero ni una palabra acerca de mí. Nadie... escúchame bien. Nadie debe saber que yo tengo algo que

ver con ustedes.

«¿Abogado? ¿De qué rayos está hablando?».

»No me amenes, estúpida. No tienes idea de lo que puedo llegar a ser capaz.

¡Oh por Dios! ¿Quién era ese monstruo que hablaba por teléfono en la sala de estar

de mi departamento?

»Así como pude mandar a darle su merecido a la maldita esa, también puedo hacer lo

mismo contigo y las demás, así que no te atrevas a amenazarme.

Sentí que el corazón me palpitaba a mil por hora.

»Escúchame bien. Logré deshacerme de Shirley Sandoval —el corazón se me paralizó—. No dejaré que tu ni nadie ponga en riesgo mi felicidad con Xander. ¿Está claro?

Finalizó la llamada y se giró de golpe hacia la puerta, para encontrarse con mi desconcertada mirada.

Ella palideció.

—¿Xander? ¿Qué haces allí?

—Shirley tenía razón. Ella decía la verdad —dije, arrastrando las palabras con

incredibilidad.

—¿De qué hablas, mi amor?

—¡NO ME DIGAS ASÍ! —grité.

—Xander, déjame explicarte. Yo...

Ella se acercó y yo retrocedí,  
alejándome.

»Por favor, bebé. Escúchame. Yo...

—Eres una mierda, Roxanne. Eres vil y  
muy mala. Eres un monstruo. Tú —la  
señale

con el dedo índice destilando desprecio  
por mis ojos—, me alejaste de la única

mujer que

he amado en mi vida.

—No digas eso, Xander. Tú me amas a mí.

Ella intentó acercarse de nuevo.

—No te me acerques. No me toques. No quiero cometer una locura —le advertí, sintiendo como la furia corría dentro de mí.

—Xander, por favor...

—Intentaste matar a Shirley. ¿Qué clase de enferma eres? —seguí hablando en

VOZ

alta.

—Todo lo hice por ti, porque te amo.  
Estaba desesperada...

—Quiero que recojas todas tus cosas de  
aquí y te largues. No quiero verte nunca  
más.

—Mi amor. Por favor.

—¡LÁRGATE! —grité y la voz se me  
quebró.



## Capítulo 25

Ira. Eso era lo que sentía, y unas ganas inmensas de partirle el cuello a Roxanne. Temblé

ante tal pensamiento y me espanté. Nunca antes había sentido algo así.

Allí, sentado sobre mi sofá, vinieron un montón de recuerdos que me cachetearon con una fuerza implacable...

—*Fuiste tú...* — había dicho Shirley acusando a Roxanne de lo que le había sucedido

y yo me había negado a creerlo .

» *Ella miente.*

La voz quebrada de mi amada continuaba reproduciéndose en mi mente. Reviví el

instante claramente y el corazón se me partió en pedazos, al recordar lo duro que había sido con ella, que ella lloraba y suplicaba que confiara en ella, pero yo me había enfrascado en una estúpida negación.

La había dañado, y mucho.

Ella me odiaba y bien merecido que me lo tenía, por no creer en ella, por dejarme llevar por las palabras de Roxanne...

—¡Maldita sea! —vociferé y di un puñetazo a la mesa de madera frente a mí, sólo

para malograrme la mano.

Me sentí burlado y usado. Me sentí como el mayor imbécil de la historia.

Había dejado ir a la mujer que amaba, por la mentira de una mujer sin escrúpulos.

Las lágrimas que rodaron por mis mejillas no fueron de tristeza sino de rabia.

—Xander... antes de irme quisiera...

La voz de Roxanne me asqueó.

—Lárgate —dije tajante sin siquiera levantar mi mirada para verla.

—Por favor, déjame hablar —insistió ella.

—No dejé hablar a Shirley para explicarme lo ruin que eres. ¿Qué te hace creer que

te dejaré hablar a ti? —mis palabras destilaron veneno.

—Xander, por favor, déjame...

—¡LARGATE DE UNA PUTA VEZ! —grité, perdiendo completamente los

estribos.

Roxanne se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta, llevando en su mano su valija.

—Entrégate, Roxanne.



—¿Cómo? —ella se giró.

—Si no lo haces tú. Te denunciaré yo. Creo que la condena es menor si eres tú misma la que te entregas.

—Me estas pidiendo que...

—Te estoy pidiendo que asumas la

responsabilidad de tus actos y que pagues por lo

que hiciste. Si no te entregas voluntariamente, velaré por que la condena que te den sea la más horripilante que puedan darte por tu crimen.

La sangre me hervía y tuve que apretar mis puños para contener mis ganas de cometer una brutalidad.

Sin más que decir, Roxanne se retiró, dejándome solo con la culpa carcomiéndome

los sesos.

—¿Qué? —Aaron quedó en shock—.  
¿Me estás diciendo que fue Roxanne? —  
yo asentí

—. ¡Madre mía!

Esa misma tarde le había pedido a Aaron que viniera a mi casa, pues necesitaba hablar con alguien y desahogarme.

Él era el indicado.

Mi gran amigo, el que siempre me escuchaba y sabía que decir. Tan acertado como

siempre. Él era una de las pocas personas a las que no les temblaba el

pulso a la hora de

decirme las cosas tal y como eran.

—¡Dios mío! Y yo la dejé ir. No le creí  
—girándome hacia mi amigo—. La  
perdí, Aaron.

—No, no, no. Nada de eso. Mírame —  
levanté mi mirada y la clavé en su rostro  
—. Si

de verdad la amas, lucha por ella.

—¿Pero cómo? Tú mismo viste que está  
saliendo con este sujeto. Se ve que ella  
ya

lo superó y que es feliz. No quiero

volver a entrar a su vida, para hacerle daño.

—No necesariamente debes hacerle daño.

—No lo sé, Aaron.

—Xander. Escúchame bien. Lo que había entre ustedes era genuino. Cuando ella te

miraba, desbordaba amor. ¿Y qué decir de ti? Sé lo que sientes con exactitud. Ese amor que se les notaba a ambos, era inmenso. No creo que haya muerto de la noche a la mañana.

—¿Qué estás queriendo decir? —

indagué.

—Yo siendo tú, me arriesgaría.



—La he llamado, le he escrito. Le mandé una caja repleta de las cartas más cursis del

universo y aun así la devolvió. Ella no quiere saber nada de mí.

—¡Juégate la última carta!

Me quedé pasmado, tratando de descifrar cual era el plan que comenzaba a formarse

en la cabecita de Aaron.

—Ve a buscarla —dijo él.

—¿Buscarla? Pero...

—Nada de peros. ¿La amas de verdad?

—Asentí de nuevo—. ¿Entonces qué  
coño

estás esperando?

Aaron caminaba frenéticamente de un lado para el otro, mientras hacía algunas llamadas.

Yo empacaba a toda prisa, decidido a ir a buscar a mi bello ángel de ojos miel.

Sin embargo mientras metía algunas cosas en mi maleta, una idea magnífica se

vislumbró en mi cabeza. Mi hermana Elyse era la indicada para ayudarme, así que tomé

mi móvil y marqué su número.

— *Hola, feo. ¿Al fin has decidido saber de la familia?*

— *Hola hermanita. Necesito tu ayuda.*

— *Soy toda oídos.*

— *A la hora de comprar un hermoso anillo de compromiso, ¿cuál es el lugar*

correcto?

—*¿Piensas proponérselo a esa pesada de Roxanne? No es por nada hermanito, es tu*

*vida y todo, pero... ¿estás seguro?*

No pude evitar reírme a carcajadas.

Hasta mi hermana era capaz de ver que Roxanne no era la indicada para mí.

¡¿Cómo era que yo había sido tan ciego?!

—No, Elyse. No pienso pedirle matrimonio a ella, sino a...

—*¡Ay por Dios! Hasta que al fin te has decidido* —sentí que tapaba la bocina —.

*Mamá, Xander le pedirá matrimonio a Shirley* —oí con claridad y no pude evitar sonreír.

—*¡Santo Dios bendito! Por fin se ha decidido* — contestó mi madre desde lejos.

—¿Te veo en el *Cabot Place*? —Dijo Elyse, haciendo una pausa—. Dentro de, ¿una hora?

—De acuerdo.

—¿Sabes dónde queda?

—Sí.

—Bien. Hasta luego —colgó.

Reí con gran entusiasmo al descubrir que tanto a mi madre como a mi hermana les

hacía gran ilusión verme junto a Shirley. Sin duda alguna, si Shirley me perdonaba, contaría con una suegra y un par de cuñadas que la adoraban.

Aaron continuaba caminando de un lado al otro cuando bajé con mi maleta por las

escaleras.

—Saldré un momento a hacer algo con Elyse —le dije.

—¿Hacer qué? Te he conseguido un vuelo para hoy. Sale a las cuatro de la tarde.

Miré mi reloj y vi que eran las diez de la mañana.

—Perfecto. Estaré aquí a las dos.

—¡Un momento Xander! ¿Podrías al menos decirme que rayos vas a hacer?

—No puedo llegarle a Shirley con las manos vacías.

—¿En serio? ¿Un regalo? ¿Piensas que puedes arreglar todo con un presente?

—No cualquier presente, Aaron. Un anillo.

Aaron abrió los ojos y luego una inmensa sonrisa se apoderó de su rostro.

—Vete, vete. Anda. Ve y compra el mejor, el más lindo y ¡el más caro! Vete.

Ya no había nada que me impidiera ir a buscarla y decirle lo mucho que la amaba,

pero...

¡Un momento!

No podía llegar así como si nada, debía ser una entrada triunfal. Algo que al verlo,

Shirley no pudiera decir que no. Algo súper romántico. ¿Pero qué?

Mientras iba conduciendo hacia el lugar donde me encontraría con mi hermana, en

mi mente se trazaba uno y otro plan. Ninguno lograba convencerme. Quería hacer algo que jamás se hubiese hecho, una proposición de matrimonio única, pero nada venía a mi

mente, todas las ideas eran clichés.

Llegué al hermoso Centro Comercial y Elyse me esperaba sentada en uno de los

bancos frontales del lugar, al verme se precipitó a correr en mi dirección, para darme un

caluroso abrazo.

—¡Enhorabuena! Hasta que al fin te decides.

—¿Y bien? ¿A dónde tienes pensado llevarme?

—Al único lugar donde puedes conseguir un anillo a la altura de tu futura esposa.

Ven —ella me haló del brazo para adentrarnos en ese maravilloso edificio.

Caminamos por los extensos pasillos hasta llegar a una tienda de joyas. Al leer el nombre, caí en cuenta.

—¿*Tiffany & Co.*? ¿De verdad?

—Las joyas que fabrican aquí son únicas. Aquí fue donde Jack compró mi anillo.

¡Vamos! —me apremió mi hermana para que entráramos.

Una bella chica de cabello castaño claro y de ojos verdes, salió a recibirnos. Su rostro angelical, me hizo recordar a

Laura y sus palabras vinieron a mi mente:

*“¿La quieres? Búscala ¿No quieres buscarla? Pasa la página ¿No quieres pasar la*

*página? Entonces búscala ¡Joder! Tú la amas, pero no sabes si ella siente lo mismo*

*¡Pregúntaselo! No le veo sentido a tener que complicarlo todo. ¿Alguna vez le diste la seguridad de que la amabas, le dijiste que estarías allí para ella, le propusiste pasar al siguiente nivel? ¿Acaso le dijiste “Hey deja a tu esposo, pues yo quiero ocupar su lugar”?*

*¿Fuiste claro con tus sentimientos?”.*

Fue increíble para mí, darme cuenta que una chica de escasos 19 años era más lista

que yo y que había tenido la respuesta frente a mis ojos todo el tiempo. Eso era lo que iba a hacer. Buscarla y preguntarle si sentía lo mismo que yo, decirle que siempre iba a estar

allí, confesar que quería despertar a su lado todo los días y amarla sin medidas, hasta el fin de mi vida.

—¡XANDER!

Elyse tiró de mi brazo con fuerza.

—Sí. Aquí estoy —respondí,  
sacudiendo mi cabeza.

—Bienvenidos a Tiffany. ¿En qué puedo  
ayudarlos? —la joven dependienta  
sonrió.

—Buscamos un... —sin saber por qué,  
no pude finalizar la oración.

—Anillo de compromiso —completó mi  
hermana al ver que me había quedado en  
blanco— Queremos ver el catálogo.

—Bien. Por acá, por favor —la rubia  
nos indicó que la siguiéramos.

Me sentía como un niño pequeño.

—¿Cuál es su color favorito? —indagó Elyse.

—¿El de quién?

—El de la Reina Isabel —poniendo los ojos en blanco—. El de Shirley, tontito.

—Púrpura, violeta, morado... toda esa gama.

Le dije sin prestar atención a su sarcasmo, mientras mis ojos se deleitaban con las hermosas joyas que nos rodeaban.

—Entonces, que sea una Amatista — Elyse se giró hacia la chica que nos atendía—.

¿Tiene algo con Amatista?

—Están de suerte. Hace un par de días nos llegó un diseño exclusivo de la nueva colección. Una hermosa amatista en forma de corazón. Oro blanco de 18k —lo sacó de la

caja y nos lo enseñó—. El diseño es bastante original. Como verán, el soporte de la piedra

se asemeja...

—A un par de manos que protegen el corazón —completé, sintiéndome extasiado

por la belleza que veían mis ojos.

—¿Te gusta este hermano? —preguntó Elyse.

Yo asentí sin decir media palabra.

Estaba impactado de ver como alguien podía fabricar algo tan precioso.

Precioso, tal

cual como mi Shirley.

Elyse y yo estuvimos de acuerdo de que ese era el anillo perfecto para pedirle a Shirley que fuera mi esposa. La joven guardó el anillo en una delicada cajita de color aguamarina y nos dirigimos a pagar.

Cuando me preparaba para pagar, mi

móvil sonó. Le indiqué a mi hermana que

continuara con la transacción, mientras yo atendía la llamada proveniente de un número desconocido.

—Diga —contesté algo dubitativo.

—*Buen día. ¿Hablo con el ciudadano, Xander Granderson?* —una voz masculina se

oyó al otro lado de la línea.

—Sí. ¿Con quién hablo? —indagué.

—Habla el oficial LaFont. Lo llamo para notificarle que hemos detenido a la

autora

intelectual del ataque que recibió la señorita Shirley Sandoval. He estado tratando de comunicarme con la víctima para que acuda a la jefatura, pero no he logrado dar con ella.

Aquí en el registro, aparece usted como contacto de confianza. ¿Sería tan amable de venir? Necesitamos hacerle unas preguntas.

Solté un suspiro, que lejos de ser de alivio, era de frustración.

—Estaré allí en... —miré el reloj en mi muñeca—, media hora.

—De acuerdo.

La llamada finalizó y Elyse se acercó a mí, agitando una pequeña bolsita con el logo

de *Tiffany & Co.*

—Listo, Romeo. Ahora sólo falta que tu Julieta acceda a llevarlo en su dedo —

sonrió como niña pequeña—. ¿Qué sucede? —su semblante cambió al notar mi molestia.

—Debo ir a la comisaría a contestar unas preguntas.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—¿Recuerdas las chicas que atacaron a Shirley, las que se suponía que eran fans más? —mi hermana asintió—. Bueno. El cerebro de la operación se ha entregado. ¡Ah!

Se me había olvidado comentarte eso.

Elyse frunció el ceño.

—¿Qué cosa? —preguntó.

—Roxanne fue quien contrató a las chicas para que golpearan a Shirley.

Los ojos de Elyse se abrieron exorbitados y su quijada casi toca el suelo.

—¡Oh por Dios! Sabía que había algo raro en ella —sentenció mi hermana sacudiendo la cabeza.

—Sí. Al parecer todo el mundo a mí alrededor lo veía. Yo era el único tarado que no veía lo vil que es —farfullé.

Me comuniqué rápidamente con Aaron, para decirle que debía ir a la jefatura de policía, mientras mi hermana y yo caminábamos hacia mi coche.

Él me comentó que había logrado contactar con mi club de fans en Venezuela, cosa

que ni imaginé que existiera en dicho país. Aaron se escuchaba exaltado relatándome las

ideas que tenía para que le propusiera matrimonio a Shirley y hubo una en específico que

me agradó bastante...

Era un excelente plan, en donde mis fans jugarían un papel fundamental.

—Llamaré a Anette. Ella debe tener el número de alguno de sus padres. Ellos deben

ser nuestros cómplices si queremos que todo salga bien.

—Muy bien, Aaron. Encárgate de eso.

Cuando finalicé la llamada ya habíamos llegado a la jefatura de policía. Elyse

condujo mientras yo hablaba por teléfono y contactaba con Anette, Margaret, Redman y Hoffman a fin de que ellos se reunieran conmigo en el centro policial, sin olvidar contarles a cada uno lo que estaba sucediendo.

Gracias a Dios, todos estaban en la ciudad y dispuesto a presentar sus testimonios con tal que se hiciera justicia.

Una vez, dentro de la estación de policía, pregunté por el oficial LaFont,

quien me

recibió de inmediato, guiándome hacia una pequeña sala de interrogatorios.

Con un ademán de su mano me indicó que me sentara. Unos cinco minutos después

un hombre alto, de cabello entre castaño y cenizo, de unos 50 años de edad, entró y se sentó frente a mí.

Encendió un cigarrillo...

—¿Le molesta que fume?—preguntó con serenidad. Yo negué con la cabeza—.

Gracias por venir señor Granderson.

Soy el detective Tyler y soy el encargado de llevar el

caso de la señorita Sandoval, que si mal no recuerdo era su pareja sentimental — asentí, manteniendo mi mirada fija en la de él—. Hace un par de horas se presentó una mujer diciendo que fue ella quien le pagó a un grupo de mujeres para que agredieran a la señorita Sandoval. Lo que más nos sorprende es que esa mujer que asume la culpa de lo sucedido

es su pareja actual...

—Disculpe que lo interrumpa detective, pero sé muy bien de qué va esto —dije.

—¿Ah sí? Pues ilústreme...

—La señorita Sullivan y yo manteníamos una relación afectiva desde hace

aproximadamente dos meses, pero eso acabo esta mañana, en el mismo instante en que me

enteré de lo que ella había hecho. Si usted está insinuando que yo tuve algo que ver con...

—Yo no estoy insinuando nada, caballero. Sólo deseo saber lo que usted sabe.

—Bien. Seré muy directo, pues ya me

estoy comenzando a cansar de toda esta mierda —el detective arqueó las cejas notoriamente sorprendido—. Roxanne me engañó.

Durante el tiempo que estuvimos juntos no tenía idea de lo... —apreté con fuerza mis puños y me mordí la lengua para no soltar ningún improprio—. La escuché hablando por

teléfono ésta mañana con alguien, no sé con quién, pero lo cierto es que confesó haber sido ella quién le pagó a esas mujeres para que golpearan a Shirley. No sé más nada.

—¿Tiene idea de por qué ha decidido

entregarse?

—Yo se lo pedí.

—¿Así? ¿Nada más?

—Creo que al final ha decidido ser inteligente. Creo que la condena es menor

cuando el malhechor se entrega. ¿O no?

—¿Sabe dónde está la señorita Sandoval? —cambió drásticamente de tema.

—En Venezuela —contesté tajante.

—Necesitamos hablar con ella. Hace

más de seis meses que no sabemos nada de

ella.

—¿Qué está insinuando?

—Nada, señor Granderson. Manténgase cerca. No salga del país, al menos mientras

están las averiguaciones abiertas.

Sin poder evitarlo, reí entre dientes ante la ironía de esas palabras.

¡Genial!

Cuando por fin todo estaba claro y me

preparaba para ir en busca de mi amada,  
un

recién aparecido me decía que no podía  
salir de Inglaterra.

»¿Dije algo gracioso? —el detective se  
acercó a mí.

—¿Qué es lo que usted quiere?

¿Polémica? ¿Sensacionalismo? ¿Ganar  
un poco de

fama, involucrándome a mí en algo que  
no tengo nada que ver? No soy un jodido

“Michael Jackson” al que puede juzgar y  
exponer al escarnio público sólo para  
obtener suculentas sumas de dinero —

poniéndome de pie—. Hay un grupo de personas afuera con

las pruebas suficientes para que usted proceda. No me necesita a mí y lo sabe. El caso está resuelto. ¿Por qué quiere darle largas al asunto?

—Me limito a hacer mi trabajo.

—Y yo me limitaré entonces a hacer valer mis derechos. No estoy detenido, así que

puedo irme cuando quiera. Si desea involucrarme, hable con mi abogado — caminé hacia

la puerta, pero antes de salir—. La

mujer que tienen detenida me separó de la mujer que

amo, a la cual tengo pensado ir a buscar. Si usted me pide que no abandone el país, pues

lamento decirle que lo decepcionaré. Mi vuelo sale en un par de horas y ni usted ni nadie

va a evitar que suba a ese avión.

Salí de allí como alma que lleva el diablo. Me detuve para saludar a Margaret y a Redman que habían llegado y esperaban a los demás. Al parecer el oficial LaFont se había

puesto en contacto con ellos también unos minutos después de hablar conmigo.

Como habíamos quedado, Elyse me esperó en el *Starbucks* de la esquina para llevarme al aeropuerto, dónde estaría esperándome Aaron.

Tomé la bolsita con la cajita y el anillo, le di un beso en la mejilla a mi hermanita y

bajé del coche para entrar corriendo al *Heathrow*, a la vez que escuchaba que mi vuelo comenzaba a abordar por el andén 8.

Caminé lo más rápido que pude,

evitando llamar la atención de la gente,  
pero fue en

vano.

Decena de personas se me acercaron  
con la intención de tomarse una foto o  
pedirme

un autógrafo.

Con amabilidad, me negué, diciendo que  
mi vuelo estaba a punto de despegar.

Me sentí muy aliviado al percibir a  
Aaron a unos cuantos metros de  
distancia de mí.

Me esperaba con un par de maletas a

cada lado. La suya y la mía.

—Así que has decidido acompañarme  
—dije cuando me acerqué por detrás de  
él.

Aaron dio un brinco.

—¡Santo Dios! Me has dado un susto de  
muerte. Y sí. Ni loco me pierdo esto.

Vamos. Registremos el equipaje y  
larguémonos.

Sin necesidad de decir nada más, ambos  
nos encaminamos hacia nuestro avión.

Entre

el registro de equipaje, verificación de

boleto, pasar por el detector de metales y atravesar la rampa hasta el avión, me devoré la uña del dedo índice de mi mano izquierda. Estaba

con los nervios de punta.

Una vez a bordo del avión pude respirar con alivio, aunque era inevitable el festival

de mariposas que tenía lugar dentro de mi estómago.

—Si sigues así, lo primero que vas a necesitar cuando aterricemos será un trasplante

de mano. Cálmate —dijo Aaron,

dándome un leve apretón en el hombro derecho—. Hice

reservación en un hotel cercano a la residencia de Shirley. Hablé con la presidenta de tu

club de fans allá —sonrió con notable ilusión—. No creía que fuera el verdadero Aaron Wickerman quien le hablaba por teléfono. Tuve que conectarme a Skype y hacer una videollamada para que me creyera. Casi se desmaya al verme y ni se diga cómo reaccionó

cuando le dije que tú irías también.

—¿Qué?—abrí mis ojos, espantado—.

Se supone que será una sorpresa para Shirley.

Para cuando llegue la noche, el planeta entero sabrá que estoy en Venezuela.

—Tranquilo. Todo está fríamente calculado.

—¿Que hiciste Aaron? —lo miré tratando de descifrar lo que me ocultaba.

—Les he hecho prometer que no le dirán nada a los medios, además que he logrado

organizarte la mejor proposición de matrimonio de la historia.

Aaron me habló sobre todos los detalles del plan que había ideado, conjuntamente con las chicas de mi club de fans. Había logrado contactar con los padres de Shirley, gracias a que Anette le había proveído del número del señor Antonio, el padre de Shirley.

Ambos, tanto la madre como el padre de Shirley serían nuestros cómplices.

—Gracias Aaron. De verdad que te mereces un aumento de sueldo.



—Dilo de una buena vez—se aclaró la garganta y trató de imitar mi voz—. Te

amo,

Aaron. No sería nada sin ti.

Ambos reímos al unísono.

—Estimados pasajeros, por favor  
abróchense sus cinturones. Estaremos  
aterrizando en un

par de minutos.

Una sensual voz femenina anunció  
nuestra llegada al Aeropuerto  
Internacional de

Maiquetía.

Abrí mis ojos y me desperecé un poco.

Me había quedado dormido en algún momento del viaje.

Al asomarme por la ventanilla pude divisar un hermoso paisaje de playas mezcladas con montañas.

Sonreí al pensar que en ese instante me encontraba a escasos metros de distancia de mi bella.

Bajamos del avión y de nuevo tuvimos que pasar por todo el tedioso protocolo de un

aeropuerto, pero a la inversa. Cuando por fin logramos salir al área donde supuestamente

alguien nos esperaría, miré en todas las direcciones.

Había un montón de gente con carteles, pero ninguno tenía mi nombre o el de Aaron.

Noté que mi estimado amigo se acercaba a una linda chica de piel canela y cabello rojizo.

Sus grandes ojos negros se abrían a medida que nos acercábamos. Vi el nombre que estaba

escrito en el cartel...

—¿Albert Newton? ¿En serio? —dije, sin poder contener el ataque de risa.

—¿Qué? —Aaron se encogió de hombros—. Fue lo primero que se me ocurrió. Son

dos grandes de la ciencia. Además era menos obvio que Xander Granderson o Aaron Wickerman.

Nos acercamos a la chica en cuestión, quién nos miraba con una radiante sonrisa de

dientes perfectos. En ese momento comprendí que lo que decían era cierto,

Venezuela contaba con mujeres hermosas por doquier.

—¡Bienvenidos a Venezuela! —dijo en perfecto inglés. Su voz era grave, pero muy

melodiosa—. *¡No puedo creer que sean ustedes de verdad!* —habló en español, dejando de lado la diplomacia. Su voz adquirió un tono chillón, que denotó su gran emoción—.

*¡Ay! Qué emoción!* —continuó en español, dando brinquitos de felicidad. Sin previo aviso, se arrojó sobre Aaron y lo abrazó, seguidamente me dio el mío, aún más eufórico que el

anterior—. Mi nombre es Katerine.  
Bienvenidos a Venezuela —volviendo al  
inglés—. ¡Un

momento! Eso ya lo dije —comenzó a  
reírse a carcajadas—. Será mejor que  
salgamos de

aquí. La gente nos mira mucho —lo  
último lo dijo casi susurrando.

Ella caminó por delante de nosotros,  
guiándonos. Miré a Aaron y moviendo  
lo

labios...

—¿Quién es ella? —pregunté.

—Es la presidenta de tu club de fans aquí —Aaron respondió de la misma forma.

Asentí al entender.

Al salir del aeropuerto, un hermoso *Mustang GT* de color rojo nos esperaba. Katherine abrió la puerta de atrás.

—Adelante caballeros.

Aaron y yo subimos al coche para encontrarnos con una segunda dama al volante, quién de inmediato se giró y nos saludó con una linda sonrisa.

«¡Santo cielo! ¿Pero es que acaso todas las mujeres de ese país eran

hermosas?»).

Sacudí mi cabeza para enfocarme en mi objetivo: Shirley.

—Hola, mi nombre es Natalia y seré vuestra chofer el día de hoy. ¿A dónde vamos,

caballeros? —la mujer me lanzó una mirada lasciva que me hizo estremecer.

—Emmm... eh —tartamudeé—. No sé. ¿Aaron?

Mi publicista estaba tan embobado viendo a nuestra chofer que tuve que darle un codazo para que reaccionara.

—¿Qué? ¿Cómo? —Sacudió la cabeza y ambas chicas rieron a carcajadas—. Lo

primero sería un lugar donde nos podemos reunir con todas las chicas.

—De acuerdo. Los últimos carteles deben estar casi listos —la chica que se llamaba

Katerine tomó su móvil—. Llamaré a las demás para ver si ya están listas.

—De acuerdo —contestó Aaron, tomando también su móvil y discando un número

—. ¿Señor Sandoval?

Me sorprendí mucho al oír a Aaron hablando en español ¡Vaya que había sido muy

diligente con todo!

»*Ya estar Xander y yo en el país* —miró su reloj para darse cuenta que tenía la hora local de Londres—. ¿Qué hora es? —le preguntó a Katerine.

—Las 10 con 34 am—contestó ella.

—*Noche. Sí. Ir de noche* —continuó Aaron—. *Está bien. Entiendo* —finalizó la llamada y se giró hacia mí—. Shirley se va a dormir aproximadamente a las diez de la noche. A esa hora su padre nos esperará para abrirnos el portón de

la residencia.

Asentí con notoria excitación.

Horas. Sólo horas me separaban de mi amada.

Llegamos a un lindo lugar, que a juzgar por la apariencia, era un edificio bastante antiguo.

Katerine habló con quién parecía ser el vigilante del lugar y nos dejó entrar sin más.

Pude ver dos grandes autobuses aparcados en el estacionamiento.

—¡Sean bienvenidos al Colegio de

Abogados! —dijo Natalia.

—¿Quién es la abogada? —preguntó Aaron con algo de picardía.

Natalia se giró...

—Yo —respondió ella.

Aaron parecía el *nerd* de la clase admirando a la líder de las porristas del colegio.

—Si sigues devorándotela con la vista, no quedará nada de ella para la noche y la necesitamos para comandar las tropas —bromeé, hablándole al oído a Aaron, quién me fulminó con la mirada.

Continuamos caminando hasta llegar a un gran salón, abarrotado de más o menos

con ciento de chicas, quienes estallaron en un sonoro aplauso al vernos.

Katerine enseguida comenzó a hablar en voz muy alta y en español, razón por la cual

casi no le entendí, pero en cuestión de segundos todas comenzaron a alejarse y a ubicarse

en un punto específico del salón.

—Xander, ven por favor —me indicó la presidenta de mi club—. Súbete aquí —

señaló una pequeña plataforma a su derecha y yo obedecí—. Listo. ¡Chicas! —se giró hacia mí—. Esto te va a encantar —me guiñó el ojo.

Lo que vieron mis ojos fue casi mágico.

Poco a poco, una a una levantó un cartel, el que a su vez formaba un cartel gigantesco donde se podía leer algo. Estaba en español, pero lo entendí.

—¿Cásate conmigo, por favor?

—Será un placer, guapo —bromeó Katerine.

—Espero que Shirley reaccione igual —contesté sonriendo ampliamente.

—Lo hará. Ya verás —dijo ella.

Más perfecto no podía ser.

Sonreí ante tan bella y romántica imagen.

En cuestión de minutos, Aaron había montado todo un *performance*, digno de Broadway, con la canción *Back to your heart* de los *Backstreet Boys*, el grupo predilecto de Shirley.

Eran casi las cinco de la tarde y el hambre nos venció.

Todo estaba listo para la noche, así que Natalia y Katerine nos llevaron a comer en

un bonito lugar para luego dejarnos en nuestro hotel.

—Xander —Katerine me detuvo antes de bajarme del coche—. Es lamentable que

algunas de tus fans no tengan sentido de respeto por tu vida privada, pero así como hay algunas locas compulsivas sueltas por allí, también hay buena gente que te admira y respeta.

—Así como nosotras —agregó Natalia—. Bueno. No te vamos a negar que más de

una vez deseamos saltarte encima y...

—¡Natalia! —la reprendió Katerine.

—De acuerdo —poniendo los ojos en blanco, continuó—. Lo cierto es que te

amamos, de manera platónica y queremos que seas muy feliz.

Me acerqué a ellas y les di sendos besos en las mejillas. Ambas se quedaron mudas.

—Muchísimas gracias por todo esto —dije—. Procuraré que ambas sean invitadas de

honor a mi boda.

Sin más que agregar, bajé del coche y

entré a mi hotel.

Me duché y me vestí acorde a la ocasión, mientras sentía que el corazón se me iba a

salir por la boca en cualquier momento.

Aaron no dejaba de hacer llamadas a diestra y siniestra. Según él, quería que todo saliera perfecto mientras lo único que deseaba era tener a Shirley entre mis brazos.

El momento llegó y a la hora pautada, Natalia y Katerine nos recogieron para ir a llevarle la bella serenata a mi futura esposa. Internamente rogaba que ella aceptara serlo.

Le di la dirección, que me había dado Hoffman, a Katerine y sin más que esperar nos

dirigimos al lugar, donde nos esperaba un señor de tez trigueña, cabello cenizo, de estatura media y muy delgado, quien al vernos comenzó a hacernos algunas señales para que nos

acercáramos.

—¿Señor Antonio Sandoval? — preguntó Aaron.

El hombre asintió.

—De prisa. Shirley está por irse a la cama. Por aquí —nos indicó mi futuro

suegro.

Aaron y yo seguimos al señor, mientras Katerine y Natalia se encargaban de situar a

las demás chicas en sus posiciones.

—Esa es la ventana de su habitación — susurró el señor Antonio.

Las chicas captaron el mensaje y comenzaron a organizarse en sus respectivos

lugares.

Mi corazón latía deprisa y comencé a transpirar más de la cuenta. Los nervios

se habían apoderado de mí.

—Estamos listas, Xander. Di cuando y empezamos —dijo Katerine.

Tomé una gran bocanada de aire y lo fui soltando lentamente, al terminar...

—Comiencen —les dije.

Las chicas comenzaron a encender velas de colores y enseguida empezaron a cantar

las primeras líneas de la canción.

Al ver que nadie se asomaba por la ventana, miré en dirección a los padres de Shirley, quienes se encontraban en la

puerta del edificio.

—Iremos a ver por qué no sale —dijo la señora Sandoval.

Mis bellas fans comenzaron a cantar más fuerte y yo esperé pacientemente detrás de

todas ellas. Esperaba que la dulce mirada de mi Shirley contemplara lo que sucedía afuera,

debajo de su ventana.

Mi corazón se detuvo cuando vi que alguien se asomaba.

Era mi momento.

Saqué la cajita con el anillo del bolsillo de mi pantalón y comencé a caminar entre

las chicas, a la vez que me unía al canto.

Mi bella amada me miró desde su ventana y me sentí como todo un Romeo.

Me puse de rodillas y abrí la cajita, revelando el hermoso anillo que había escogido

junto a mi hermana.

—Perdóname —grité, sintiendo que la voz se quebraba—. De nuevo.

—*Perdónalo... Perdónalo... Perdónalo*

—mis fans comenzaron a gritar,  
dándome

apoyo.

—Fui un imbécil por no creer en ti —me  
puse de pie y me acerqué un poco más al

pie de su ventana—. Me comporté como  
un verdadero idiota. Por favor  
perdóname —

rogué, juntando mis manos.

Su mirada fue indescifrable.

No tenía ni idea en que estaba pensando  
y su silencio era una total tortura.

— *Perdónalo... Perdónalo...*

*Perdónalo..* . —las chicas continuaron gritando, en coro.

«Por favor, habla. Di algo».

Era en lo único que podía pensar.

Oír su voz sería un bálsamo que aliviaría mi pena.

—No lo sé. Me has hecho mucho daño.

—Lo sé, pulguita. Sé que no me alcanzará la vida para remediarlo, pero al menos déjame intentarlo —dije rápidamente.

—¿Qué se supone que es todo esto? —

su voz era fría y distante.

—Son chicas de mi club de fans, aquí en Venezuela, y quieren decirte algo —grité una vez más.

Como lo habían practicado, una a una fue levantando su respectivo cartel. Cada uno,

un pequeño pedacito de la inmensa pancarta. Shirley miró con atención lo que estaba sucediendo.

Me arrodillé de nuevo, al ver el asombro en su rostro.

Ella clavó su mirada en la mía y pude

percibir que habían lágrimas en sus ojos, pero

su semblante seguía siendo indescifrable.

—¿Me concederías el honor de ser mi esposa y convertirme en el hombre más feliz

del mundo? —dije a todo pulmón.

Ya no tenía miedo de decirle cuanto la amaba.

Sin querer, mis ojos se empañaron.

Shirley se dio la vuelta, se metió en su habitación y cerró la ventana,

dejándome de

rodillas y sin respuesta alguna.

Mi corazón dio un brinco.

El pánico me invadió.

Me puse de pie...

—¿Eso ha sido un no? —le pregunté a Aaron, quien se me acercó, dándome un apretón en el hombro.

—Al menos lo has intentando —dijo él.

Me giré hacia las chicas con total resignación.

Había perdido a Shirley.

Ella no quería saber nada de mí.

—Gracias a todas. Estoy en deuda con todas ustedes...

—No te pongas así Xander. Tal vez fue a vestirse para bajar —la linda Katerine trató

de darme esperanzas.

—No lo creo. Será mejor que nos vayamos.

Me giré dispuesto a marcharme de allí.

En mi mano, mi corazón hecho trizas.

—Xander. Espera —Aaron me detuvo e hizo un gesto con la cabeza para que me girara.

Ante mis ojos tenía la visión más hermosa que jamás hubiese visto. Era mi Shirley,

quien estaba parada en la puerta, mirándome, pero había algo extraño en ella, se veía diferente.

Mi quijada casi toca el suelo cuando me percaté de algo.

¡Ella estaba embarazada!

—No me diste la oportunidad de

decírtelo —dijo ella al notar mi asombro.

Quedé en shock.

Lo último que me imaginaba era eso.

Ella se veía hermosa con esa enorme panza.

Me contó todo lo que había sucedido, también me comentó que tenía ocho meses de

embarazo, lo cual cuadraba a la perfección con la última vez que habíamos estado juntos,

antes de todo el desastre que había

armado Roxanne.

Me sentí mal por no haber estado con ella durante ese tiempo, por no haber podido

experimentar ese placer de ver crecer a mi pequeño no nacido.

Sí. Shirley me confesó que sería un varoncito.

—¡VOY A SER PAPÁ! —grité, lleno de euforia mientras reía a carcajadas y abrazaba a mi futura esposa.

Las personas a nuestro alrededor celebraron aplaudiendo y gritando.

Mientras yo no

paraba de pedirle perdón y besar su bello rostro.

—Sabes que nunca podría negarme a perdonarte. Que tan solo basta una mirada tuya

para enternecerme el alma, así seas el tonto más tonto del mundo —dijo ella y esa vez fue

ella la que me besó con gran pasión.

—Te amo tanto, Shirley —susurré entre besos.

—No creo que más que yo —dijo ella

juguetonamente

¡Dioses!

Cuanto extrañaba su picardía.

—No me pongas a prueba, señorita Sandoval —la besé de nuevo—. ¡Hey!  
A todas

estas. No me has dicho ni sí ni no —me separé de ella para poder contemplarla mejor. Ella

me sujetó fuertemente de la solapa de mi chaqueta y me atrajo hacia ella para devorar una

vez más mi boca.

—¿Eso responde tu pregunta? —dijo ella sin apartarse.

—Yo creo que sí.

Saqué el anillo de su cajita y lo deslicé lentamente por su dedo.



Epílogo

Siete años después.

La fría mañana de Londres, no contribuía en lo más mínimo con el estado anímico de Xander, quien miraba

por la ventana.

Afuera hacían unos 11°C aproximadamente y para más colmo, llovía.

«Tal y como llueve en mi corazón», pensó.

Se giró de golpe cuando sintió que alguien entraba en su estudio.

—Van a ser las nueve, tesoro —le dijo su madre.

Xander asintió con la cabeza y sonrió a medias.

—Enseguida salgo —le indicó él.

Se giró nuevamente hacia la ventana y miró como Londres compartía su dolor.

Estaba muy triste, pero debía hacer de tripas corazón, pues él mismo se lo había buscado.

Tomó su billetera y se la metió en el bolsillo del pantalón. Acomodó su corbata frente al espejo e inhaló profundo.

«Al mal paso, mejor darle prisa».

Salió de su estudio, sintiendo como el corazón se negaba a aceptar su realidad.

La amaba con todas sus fuerzas y siempre lo haría.

Se subió en su auto y lanzó una rápida mirada a su madre, quien lo miraba desde la

puerta de la casa.

Alyssa podía sentir el dolor de su hijo como si fuese el suyo propio.

«Que Dios te dé fuerzas, hijo», fue su deseo.

Sin darle más preámbulo al asunto, puso el auto en marcha.

Llegó a un elegante edificio al cabo de casi media hora de camino.

Si hubiese podido retroceder el tiempo,

Xander lo habría hecho, así podría evitar lo

que había sucedido.

«El error más grande de mi vida».

¿Cómo había sido tan tonto como para caer en la tentación? Él lo había prometido,

pero no lo había cumplido.

Había roto el sagrado juramente que le había hecho a Shirley y ahora debía pagar el

precio de sus actos.

La vio.

En la distancia pudo percibir la figura de la señora Granderson y junto a ella su pequeño August.

Sintió que el estómago se le revolvió, pues se suponía que el niño no debía estar allí.

—¿Por qué lo has traído? —le preguntó a su esposa cuando estuvo cerca de ella.

—Se dice “hola”, primero que nada —respondió Shirley con notable molestia.

¿Cómo fue que su tierna, dulce y encantadora Shirley se había convirtió en una mujer tan dura?

No lograba entender.

O tal vez, se negaba a entenderlo.

—¡Papi! —Richard se abalanzó sobre él.

—Hola, campeón. ¿Cómo estás?

—Tengo sueño, pero tuve que venir con mami porque tía Anette no podía cuidarme.

—Pudiste haberme llamado —Xander le lanzó una ruda mirada a Shirley—. Mi madre podría haberlo cuidado.

—No creo que haga falta. No nos tardaremos mucho aquí —contestó ella sin quitar

su mirada de la pantalla de su móvil.

La verdad era que Shirley no podía mirarlo. Temía que si lo hacía, su impecable interpretación de mujer fuerte, se viniera abajo. Amaba a su esposo con cada célula de su

ser, pero no podía perdonarlo. Ya no le quedaban lágrimas que derramar ni mucho menos

corazón para despezar.

—¿Señor y señora Granderson? —la

voz de una mujer captó la atención de la pareja—. Adelante —agregó la mujer, haciendo un ademán para que entraran en la oficina

del Licenciado Flowers.

—Disculpe —Xander se acercó a la encantadora secretaria que acababa de salir de

la oficina de su jefa—. ¿Podría quedarse con el niño, un momento?

La mujer miró al pequeñín y sin dudarlo, asintió.

Shirley tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no reventar el llanto.

Aun

dudaba de la decisión que había tomado. Aún estaba temerosa de hacer lo que iba a hacer,

pues eso significaría que todo se había acabado.

—Buenos días, señores. Tomen asiento —solicitó el abogado que Shirley había contratado para llevar el caso.

Shirley colocó una carpeta sobre el escritorio y Xander hizo lo mismo.

El Licenciado Flowers tomó ambas carpetas y las hojeó. Quería cerciorase

de que

ambas partes hubieran firmado, pero le sorprendió mucho que uno de ella no lo había hecho.

Shirley sintió que el corazón se le iba a salir por la boca y no pudo evitar mirar a su

esposo, quien también la miraba.

Había amor, mucho amor, en sus ojos.

¿Pero por qué?

¿Cómo era que habían llegado hasta allí?

¿Cómo era que estaban a punto de divorciarse, si todavía se amaban?

»¿Señor Granderson? —la voz del abogado los obligó a romper con la conexión—.

Veo que aún no ha firmado. ¿Debo preguntar por qué?

Xander sacudió su cabeza con fuerza y carraspeó la garganta, para deshacer el nudo

que se le había hecho.

—Lo siento. Se me ha olvidado.

Rápidamente sacó el bolígrafo que tenía

en el bolsillo de su camisa, tomó su carpeta y...

...levantó su mirada para ver a su esposa por última vez, antes de que dejara de serlo.

—¿Por qué? —le preguntó.

Shirley trató de ser lo más fuerte posible, pero una necia lagrima salió de sus ojos.

Con rudeza, se la limpió. No podía darse el lujo de flaquear. No allí. No después de tantas cosas.

Xander miró la otra carpeta que tenía el

abogado y pudo percatarse de que Shirley

ya había firmado.

Cerró los ojos y tomó una gran bocanada de aire.

«La decisión ya está tomada».



¿Cuál fue el error que cometió Xander?

Descúbrelo en:

Agradecimientos

Mis más humildes y sinceras gracias a:

Dios, en primer lugar, como siempre.

Esa fuerza suprema

que me permite vivir un día más.

Gracias por las bendiciones

derramadas en mí, a lo largo del camino

que recorrí al escribir

este libro.

Mis padres, quienes han sido un motor

esencial en la

materialización de mis sueños, siempre apoyándome y

motivándome a ser mejor cada día y a luchar por lo que quiero.

Mi editora, Ingrid Fillipi por brindarme su dedicación y

talento, por las tantas sugerencias aportadas, de las cuales

aprendí enormemente.

Stefania Bloom, mi cómplice de sueños. Gracias por tu

paciencia y por aguantar mi mal humor. De verdad que sin ti, yo

ya habría tirado la toalla desde hace rato. Eres mi pana del alma

y eso me lo demuestras cada vez que haces algo en pro de mi

crecimiento. Tus consejos siempre llegaron a mí en el momento

indicado.

Todas las *hiddlestoners* que estuvieron pendientes en el

momento que publiqué esta historia como fanfic exclusivo de

Tom Hiddleston/King of Heart, página de Facebook que

administro desde el año 2013 y por la cual he logrado compartir

mi pasión por las letras con más de 29.000 personas que la

siguen, a todas esas personas... un millón de gracias.

Mis *hiddlesisters* especiales: Jemima, Karla, Andrea, Nilda,

Carmen, Graciela, Analí y Wendy, quienes comparten una

hermosa locura conmigo.



Si nos has leído la parte de Shirley, te

invito a hacerlo. Deléitate

con un amor de ensueño.

<https://www.amazon.com/gp/product/B>

## **Glosario de Términos.**

***Bullying1:** Acoso físico o psicológico al que se somete frecuentemente una persona.*

***Xarderfobia2:** Es un juego de palabras que la autora hace. Fobia significa Temor intenso e irracional, de carácter enfermizo, hacia una persona, una cosa o una situación. En este caso hace referencia a un miedo hacia Xander.*

**Remembranzas de Harvinder3:** La autora hace referencia a lo que es un trabajo a futuro. Una saga de al menos 9

libros que será publicado muy pronto.

**Red Dragonfly4:** Nombre de la próxima novela de la autora. Que será del género Romance Terror.

**Matrioska5:** es un conjunto de muñecas rusas que se encuentran huecas por dentro, de tal manera que en su interior albergan una nueva muñeca, y ésta a su vez a otra y otra. Pueden llegar a ser 20 en una sola.

**Remake6:** El término alude a las

*producciones audiovisuales que reproducen más o menos la trama, los personajes, la ambientación y otros detalles de una obra anterior.*

**Fanboy7:** *Dícese de un chico que apoya apasionadamente algo o a alguien, a tal punto de defender al objeto de su admiración, de manera enfermiza.*

**Hipster8:** *Dícese de quienes se asocian a tendencias musicales indie y alternativas, a una moda alejada de las corrientes predominantes, basados más en lo independiente*

**Friend zone9:** *En la cultura popular, se*

*le conoce como una relación platónica en donde uno de los dos integrantes desea entrar a una relación romántica o sexual, pero el otro no.*

**Polka10:** *Baile de pareja originario del centro de Europa, de movimiento rápido y muy popular en el siglo XIX.*

**Locker11:** *Casillero donde se guardan cosas.*

**Valet12:** *se trata de un conjunto de personas trabajando en equipo, haciendo lo necesario para recibir y entregar automóviles eficientemente.*

**Flashmob13:** *traducido literalmente del inglés como «multitud relámpago»*

*(flash: ‘ destello, ráfaga’; mob: ‘ multitud’)* es una acción organizada en la que un gran grupo de personas se reúne de repente en un lugar público, realiza algo inusual y luego se dispersa rápidamente.

**Outfit14:** es una palabra del inglés que significa vestimenta, ropa o conjunto.

**Cardos cicerbitas15:** planta herbácea silvestre con hojas espinosas e inflorescencias, la cual pertenece a la familia Asterácea y es conocida como la flor nacional de Escocia.

**Excuse moi16:** Del francés: Significa Perdóneme o discúlpeme.

**Feminazis**<sup>17</sup>: es un término, tanto adjetivo como sustantivo, que es usado con sentido peyorativo para referirse a feministas que son percibidas como radicales o que promueven la vulneración de derechos de los varones.

**Pictionary**<sup>18</sup>: es un célebre juego de mesa creado por Rob Angel que consiste en adivinar una palabra a través de un dibujo hecho en papel.

**Selfies**<sup>19</sup>: es un autorretrato realizado con una cámara fotográfica, típicamente una cámara digital o teléfono móvil.

**Elderflower Cordial**<sup>20</sup>: es una bebida hecha en gran medida a partir de azúcar refinada y el agua de las flores del saúco Europeo. En este caso es un coctel que lleva un poco de alcohol.

**Friki**<sup>21</sup>: (del inglés freaky, y este de freak, 'extraño', 'extravagante', 'estrafalario') o friqui es un término coloquial para referirse a una persona cuyas aficiones, comportamiento o vestuario son inusuales.

**Jadeíta**<sup>22</sup>: es la piedra preciosa más cara del mundo, llegando a costar más de tres millones de dólares por quilate.

**Fangirl**<sup>23</sup>: Dícese de una chica que

*apoya apasionadamente algo o a alguien, a tal punto de defender al objeto de su admiración, de manera enfermiza.*

***Stalker24:*** *es una persona que acosa y persigue ininterrumpida e intrusivamente a un sujeto con el que se pretende iniciar o restablecer un contacto personal contra su voluntad.*

***Don Juan25:*** *Hace referencia al personaje creado por Tirso de Molina. Se trata de un seductor valiente y osado hasta la temeridad que no respeta ninguna ley divina o humana.*

***Playboy26:*** *Se dice de un hombre que*

*es muy mujeriego y sinvergüenza.*

# Document Outline

- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)

- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)